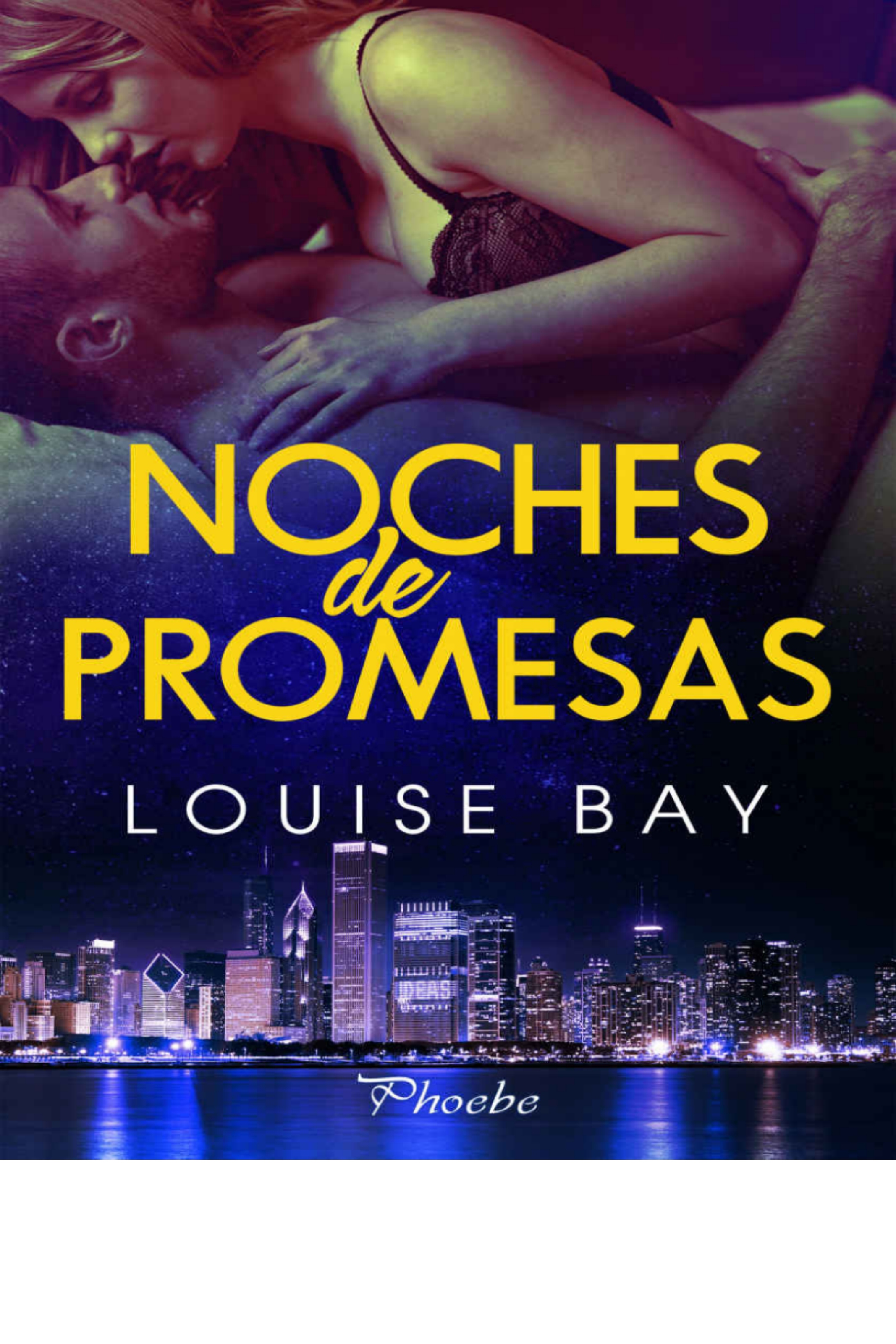

NOCHES
de
PROMESAS
LOUISE BAY
Phoebe

LOUISE BAY

NOCHES *de* PROMESAS

Traducción de María José Losada



Título original: *Promised Nights*

Primera edición: septiembre de 2023

C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-19301-60-4
BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografía de cubierta: photographee.eu/maxym/depositphotos.com

Índice

Contenido especial

1

LUKE

No me gustaban las bodas, sobre todo cuando las únicas personas a las que conocía eran aquellas cuyos nombres aparecían en la invitación. Solo había visto a los novios una vez, dos como mucho. Eran amigos de Emma. Aunque Emma y yo llevábamos más de tres años siendo novios y vivíamos juntos, seguíamos llevando vidas sociales separadas. Me gustaba esa independencia que teníamos el uno del otro. Me daban pena las parejas que no podían hacer nada por separado.

Si hubiera dependido de mí, no habría asistido a esa boda. Seguramente, Emma querría pasar el fin de semana poniéndose al día con sus viejos amigos de la universidad. No necesitaba que la acompañara. Y mientras ella hacía lo que le gustaba, yo habría podido estar con mis propios amigos, haciendo lo que me gustaba a mí.

—¿No son preciosas las flores? —susurró Emma; el cuarteto de cuerda estaba tocando una melodía familiar para mantenernos entretenidos cuando los novios se ausentaron para firmar el registro.

Eché un vistazo a la vieja iglesia de piedra desde los asientos que ocupábamos al fondo de la nave. ¿Alguien más tenía tanto frío como yo? ¿Y qué era ese aroma dulce y familiar que flotaba en el aire? No me había fijado en las flores.

Asentí cuando Emma me miró. ¿Acaso las flores no eran siempre bonitas? ¿Algún invitado a una boda habría dicho que las flores eran horribles? No compartí ese pensamiento con Emma; normalmente era la más cínica de los dos, y esa era una de las razones por las que encajábamos tan bien, así que quizá estaba siendo injusto. Las flores eran bonitas.

Los novios se sonrieron el uno al otro cuando reaparecieron y caminaron por el pasillo del altar. Todos los seguimos al exterior para sufrir el comienzo de la interminable sesión de fotos.

—Han contratado al mismo fotógrafo que Julie y Tim —comentó Emma—. Sus fotos fueron fantásticas, ¿verdad?

Asentí y coloqué la mano en la parte baja de la espalda de Emma, guiándola hacia la bandeja de copas de champán. Cogí dos y le di una.

Era la tercera boda a la que íbamos ese año. Con suerte, la última. Mis compañeros estaban pasando todos por el altar, y, cada vez que se

anunciaba un nuevo compromiso, yo hacía todo lo posible por felicitarlos, aunque no entendía por qué tenían que casarse. El matrimonio era una institución anticuada y no impedía que la gente se separara, así que no le encontraba sentido.

Mis padres habían muerto cuando mi hermana y yo éramos unos adolescentes. Quizá por ello toda esa pompa me parecía tan irrelevante. La vida me había demostrado que todo lo bueno se acababa y que no existían los finales felices. Si había alguna esperanza de que yo creyera en los cuentos de hadas, había muerto con mis padres. Para mí, solo las parejas como ellos merecían ser felices para siempre. Todo el mundo tenía claro que habían estado locos el uno por el otro. Era algo que no nos había gustado cuando éramos niños, por supuesto, pero, al echar la vista atrás, me daba cuenta de que su amor mutuo fue lo que hizo que en casa se hubiera respirado tanta felicidad en nuestra infancia. Y, si no les había funcionado a ellos, ¿qué esperanza nos quedaba al resto?

—Por la última boda de la temporada. —Hice chocar mi copa con la de Emma.

—Podrías mostrarte un poco más entusiasta —dijo, frunciendo el ceño.

—Di lo que quieras: no vas a convencerme de que estás disfrutando.

—Por supuesto que estoy disfrutando. ¿Por qué no? Todo el mundo parece feliz y enamorado. Es precioso.

Emma me dio su copa de champán, abrió el bolso, sacó un pañuelo y se secó los ojos. ¿Estaba enfadada? Era una de las chicas más fuertes que conocía. La había visto llorar solo tres veces desde que era mi novia.

Acerqué la cabeza hasta su oreja.

—¿Estás bien?

Me miró.

—Ha sido una ceremonia preciosa, y parecen muy felices.

Le acaricié la parte baja de la espalda y ella apoyó la cabeza en mi hombro. Nunca habría descrito a Emma como una mujer sensiblera, pero al parecer lo era en las bodas. Le pasé la mano por la cintura. No era un movimiento con el que estuviera demasiado familiarizado, pues no éramos el tipo de pareja que necesitaba estar tocándose todo el rato. Para mi sorpresa, me correspondió deslizando el brazo por debajo de mi chaqueta, aunque eso no detuvo sus lágrimas.

—Nena, ¿qué te pasa? —La aparté de la multitud de gente que se había juntado para escuchar las instrucciones del fotógrafo. Estaba seguro de que no quería que nadie la viera tan alterada. Cuando mi hermana se ponía así, solía ser por culpa de las hormonas. Decidí no decir nada; no estaba seguro de que Emma se tomara bien la

sugerencia.

—Es una boda tan bonita… —comentó mientras nos acercábamos a un árbol en el extremo del césped—. Estaba pensando que, cuando nos casemos, nuestra boda debería ser como esta.

Tuve que esforzarme para mantener la respiración uniforme, con un ritmo constante, y dejar la mano en su espalda. *¿Cuando nos casemos?* ¿De dónde había sacado esa idea? No estábamos en ese punto, y, desde luego, no era algo que yo hubiera pensado que estaba escrito en nuestro destino. Siempre había creído que estábamos de acuerdo en esas cosas, así que luché contra la sensación que me provocaba la sangre congelándose en mis venas y cosquilleándome por todo el cuerpo. Quería tensarme, detenerme, pero seguí respirando, seguí andando. Por suerte para mí, nos interrumpió un chillido. y, al girarme, vi a una niña de corta edad con un corto vestido rojo que corría hacia nosotros con los brazos extendidos, claramente emocionada por ver a Emma.

Aproveché la ocasión y me disculpé para ir al baño y me acerqué de nuevo a la iglesia, donde podía sopesar la bomba que acababa de caerme encima. Me restregué la cara con las manos. ¿Emma había hecho ese comentario porque llevaba una copa de champán encima o de verdad había estado hablando de *nuestra boda*?

Acababa de cumplir treinta años. Lo último en lo que pensaba era en el matrimonio. No estaba preparado para dar ese paso, ni entonces ni quizá nunca. No creía en la eternidad. El accidente de mis padres me había demostrado que eso no existía. No quería pensar en algo que durara hasta que la muerte nos separara. Me parecía demasiado deprimente.

Tal vez ella había asumido de forma muy conveniente que, como nunca había surgido ese tema entre nosotros, estábamos de acuerdo en que íbamos a acabar casándonos. No habíamos hablado nunca al respecto, así que yo imaginaba que estaba contenta con nuestra relación como estaba. Había sido ella la que había sugerido que nos fuéramos a vivir juntos. Como había justificado en su momento, tenía sentido: ahorrábamos en facturas y en el pago de la hipoteca. Era lógico. Pero ¿casarnos? Eso no era lógico, no tenía sentido. Nunca había pensado que fuera a cambiar la situación entre nosotros. Pero ¿y ella? Aquel pensamiento supuso una breve y aguda descarga eléctrica en mi cerebro, y me palpitó la cabeza como respuesta.

Ya en el cuarto de baño, dejé que el agua se enfriara antes de llenar la copa para tomar un trago. Estudié mi reflejo en el espejo mientras bebía; me fijé en la forma en que la nuez se movía en el cuello de arriba abajo a medida que el líquido entraba en mi cuerpo. Dejé a un lado la copa, me agarré a la encimera y volví a inspirar hondo. Necesitaba que mi cuerpo recuperara la normalidad, pero aún podía

sentir la sangre congelada en las venas y el pánico que asomaba en mi respiración entrecortada.

ASHLEIGH

—Me alegro mucho de que hayas podido venir —dijo Haven al abrir la puerta del apartamento en el que vivía con su marido—. Te he echado de menos en la cena del domingo.

Haven y yo habíamos sido amigas íntimas desde que teníamos dos años, y la cena del domingo por la noche era nuestro ritual particular. Pero hacía unas semanas que no la celebrábamos. Había estado saliendo con alguien y, bueno…, todo se había complicado.

—¿Dónde está Jake? —No oía a su marido traqueteando en la cocina.

—En el estudio. Parece que han hecho un gran avance. —Se encogió de hombros—. ¿Qué tal tu cita con Richard? —preguntó Haven; recorrió el pasillo hasta el enorme salón diáfano desde el que se disfrutaban unas vistas impresionantes del paisaje urbano, que parecía una enorme obra de arte dominándolo todo.

Inspiré hondo y contuve el aliento al ver Londres, el hogar que me había negado a abandonar a los dieciocho años, cuando mis padres se habían marchado a Hong Kong.

—Bien —respondí, y tomé asiento en la barra del desayuno mientras Haven servía un poco de vino.

—¿Y? ¿Cómo fue?

Era una pregunta capciosa. Llevaba saliendo con Richard algo menos de tres meses, pero la noche anterior me había acostado con él por primera vez, y Haven sabía que era lo que tenía planeado.

—Sí, nos acostamos —afirmé, yendo directamente a la parte por la que me preguntaba en realidad.

Se apartó de la nevera, esperando a que ampliara la información.

—¿Y? —preguntó cuando guardé silencio.

Me encogí de hombros.

—Estuvo bien. Solo fue sexo.

—¿Que fue «solo sexo»? —Giré con el taburete cuando Jake entró. Me abrazó y me miró como si esperara una respuesta.

—Necesitamos que resuelvas la crisis energética mundial durante unos veinte minutos más y luego podrás venir a tomar una copa de vino —le anunció Haven a Jake.

—Pero yo quiero oír hablar de lo que solo fue sexo —pidió Jake.

—Lo sé, pero yo también, y Ash se hará la tímida hasta que te vayas. —Me reí—. Son cosas de chicas —continuó Haven—. Danos veinte minutos y te lo compensaré esta noche.

Ella le guiñó un ojo, y él la agarró por la cintura para besarle el cuello. Eran muy felices juntos; Jake sacaba lo mejor de Haven, y viceversa. Eran la viva estampa de lo que se suponía que era el amor, el amor verdadero, no dos personas que se conformaban con lo primero que aparecía, nada que ver con «No hay nadie mejor, así que esta persona está bien». Y yo ya me había dado cuenta de que un amor como el suyo era más raro de lo que los cuentos de hadas nos hacían creer.

—Basta —dije; me tapé las orejas y cerré los ojos.

—Vale, veinte minutos —concedió Jake, y se separó de Haven para volver al estudio.

Haven abandonó cualquier pretensión de preparar la cena al traer una botella de vino y dos copas que dejó en la barra del desayuno. Se sentó en el taburete que había junto al mío.

La cena del domingo era una tradición familiar. Y yo consideraba a Haven y a su hermano, Luke, mi familia. Nuestro círculo se había ampliado cuando Haven se había casado con Jake y su hermana Beth y él habían pasado a formar parte de dicho círculo. Por supuesto, el vino y los cotilleos eran componentes esenciales del ritual.

—Nos ha dado veinte minutos, y tenemos mucho de qué hablar. Así que empieza a largar —me animó Haven.

—No hay mucho que decir. Supongo que hemos pasado al siguiente nivel. —Desgraciadamente, la experiencia había sido poco memorable. Sin embargo, Richard era un tipo simpático, y tan amable que me sentía mal al decirlo, al sentir eso. Quería que me gustara. Quería que estar en la cama con él fuera explosivo…, pero no había sido así. Había sido agradable. Pero agradable también estaba bien, ¿no?

—Pero ¿te gustó? Has dicho que solo fue sexo. Eso no suena a sexo del bueno. —La mirada de Haven me recorrió como si fuera a ponerme a hablar por otro sitio que no fuera la boca.

—Estuvo bien —repetí, sin saber qué más decir—. Es decir, creo que tiene potencial.

—¡Oh, Dios mío!, ¿tan malo ha sido?

—No he dicho que haya sido malo —respondí. No había sido increíble, eso era todo—. Es un buen tipo. Y se preocupa por mí. La primera vez con alguien nunca es fácil, en especial si no estás borracho.

Envidiaba a Haven. Ella había encontrado al elegido. Pero la mayoría de la gente no lo conseguía, ¿verdad? Desde luego, no encontrabas al amor de tu vida dos veces, y yo había conocido al mío hacía toda una vida. Lástima que ese sentimiento nunca hubiera sido mutuo. Aun así, no tenía derecho a alcanzarlo dos veces. Tenía que hacer las paces con la idea de que un buen chico era una buena opción. Quizá la única.

En ese momento sonó el timbre y Haven se levantó de la silla para abrir. Respondió al interfono, dejó entrar a Luke en el edificio y se quedó en la entrada esperando a que su hermano llegara a la puerta.

Luke.

Inspiré hondo.

Podía recordar el instante exacto en que me había enamorado de Luke. Era verano, y Haven, él y yo estábamos sentados bajo un magnolio en el jardín de sus padres, bromeando y riendo. Se había vuelto hacia mí y sonreía, con una sonrisa enorme —con los dientes perfectamente blancos resaltando contra su piel dorada— y el cabello muy necesitado de un buen corte. Había arqueado las cejas y me había colocado un mechón de pelo detrás de la oreja. Y eso había sido todo. Había saltado la chispa. Incluso en el presente, casi quince años después, me ardían las mejillas al recordar aquel momento.

—¿Va a venir Emma hoy? —pregunté, cambiando de tema. No sabía si me pasaba solo a mí, pero la velada parecía fluir mejor cuando la novia de Luke no estaba presente.

—No lo creo —dijo Haven mientras se giraba para abrir la puerta —. Supongo que lo sabremos ahora.

Solté un suspiro de alivio cuando oí a Luke en el pasillo.

Incluso tantos años después de conocerlo, tenía que recordarme a mí misma que debía respirar cuando entraba en cualquier sitio. Tenía el aspecto de un vikingo: alto, rubio y, bajo su piel tensa y dorada, con unos músculos que parecían duros como el acero. Su mera presencia física casi me abrumaba durante los primeros segundos que pasaba a su lado. Siempre era como si acaparara todo el aire, todo el espacio a su alrededor, y solo pudiera verlo a él. Sonreí cuando se acercó a mí.

—Hola, forastera, ¿dónde te habías metido? —preguntó, y me levantó del asiento como si fuera una muñeca para envolverme en un fuerte abrazo—. Hueles muy bien —añadió.

Ignoré su pregunta. Si Richard y yo queríamos tener una oportunidad de luchar por lo nuestro, tenía que distanciarme de Luke. Tenía que darme cuenta de que había más gente aparte de él. Había llegado a la conclusión de que, si seguía comparando a todos los hombres a los que conocía con el que consideraba el amor de mi vida, iba a morir sola y rodeada de gatos. Así que había empezado por pasar menos tiempo con él, y por eso no había ido a cenar los domingos con tanta regularidad.

—Tienes buen aspecto —dijo. Sonreí, mareada por su proximidad, y me concentré en no parecer idiota.

—¡Seguro que es por eso de «solo fue sexo»! —bramó Jake desde atrás. Los dos nos giramos—. Ahora que ha llegado Luke puedo salir, ¿verdad? —preguntó.

Haven puso los ojos en blanco; cogió dos cervezas de la nevera y le

dio una a Luke.

—¿Qué es eso de «solo fue sexo»? —preguntó Luke antes de darle un trago a la botella.

—Creo que son Ash y Richard —dijo Jake, haciendo chocar su cerveza contra la de Haven y contra mi copa.

—Bien, pues de eso no quiero saber nada más. —Luke hizo una mueca; Haven me miró y puso los ojos en blanco. Siempre había sido como una hermana pequeña para Luke. Nunca se había mostrado ambiguo al respecto.

Richard me había invitado a salir varias veces antes de que le dijera que sí. Era médico en el mismo hospital donde yo trabajaba como enfermera. ¿No parecía la trama de una novela romántica?

Solo que cuando Richard estaba cerca no sentía el golpeteo en el pecho que tenía en ese momento porque Luke estaba a menos de un metro de mí.

—¿No podéis ir a poneros al día con el rugby o algo así? —sugirió Haven.

Contemplé el cuello de Luke mientras la cerveza se deslizaba por su garganta, seguí con los ojos el líquido invisible hasta el triángulo de piel desnuda expuesto en el cuello abierto de su camisa. Me obligué a apartar la mirada. ¿Cómo podía seguir teniendo ese efecto en mí después de tantos años?

Jake encerró la cara de Haven entre sus manos y la besó apasionadamente; ella agitaba los brazos como si estuviera protestando, aunque todos sabíamos que no era así. La soltó al cabo de un par de segundos y se fue al otro lado de la estancia con Luke para ver la televisión, dejando a Haven con una expresión aturdida y confusa.

Ella sonrió y puso los ojos en blanco.

—Es incorregible.

Me alegré de que hubiera encontrado a un hombre tan estupendo como Jake; había sido infeliz durante demasiado tiempo antes de conocerlo. Sonreí y solté un suspiro cuando la ausencia de Luke les dio más espacio a mi mente y a mi cuerpo.

—En fin, volvamos al sexo con Richard. ¿Qué pasó? —me preguntó, volviéndose hacia mí; con eso me alejó aun más de cualquier pensamiento sobre Luke.

Haven y yo rara vez hablábamos directamente de lo que sentía por Luke. De adolescentes lo habíamos hablado, pero de adultas lo evitábamos, conscientes de la volatilidad del tema. Me encantaba el mundo que habíamos creado juntos —el vínculo, aquella experiencia compartida—, y no quería destruir nuestra familia. Quería encontrar a alguien especial, alguien que pensara que yo era algo más que una hermana. Haven lo había conseguido, y me había hecho pensar que yo

también podía.

Estaba claro que Haven no iba a olvidarse del tema de Richard; quería que fuera feliz incluso más que yo misma.

—Estuvo bien, aunque nada del otro mundo. Tampoco fue horrible. —Richard era un tipo tan agradable que quería que hubiera sido mejor, y estaba segura de que con un poco de práctica podía llegar a serlo.

Ella torció la boca mientras consideraba mi confesión.

—Creo que el sexo puede mejorar a medida que una pareja se conoce, y tú has esperado mucho tiempo. Tal vez fuera demasiada presión.

Asentí con entusiasmo.

—Exacto. Bueno, ya veremos. —Deseaba con desesperación que tuviera razón, pero me preocupaba que Richard fuera un tipo demasiado agradable. Quería que follara bien. Necesitaba a un tipo que supiera lo que queríamos los dos y que lo hiciera realidad. Richard había sido… demasiado tierno.

—Y es muy detallista contigo —me recordó Haven.

—Exacto. Lo es. —Estaba decidida a no rechazar a Richard solo porque no fuera Luke. Había estado haciendo eso durante demasiados años.

Estaba lista para buscar mi final feliz.

2

Luke

Me quedé en casa de Haven hasta que me echó, pasada la medianoche. Antes me había ofrecido a llevar a Ash a casa, pero ella se había negado. No la había visto demasiado últimamente, y me habría venido bien hablar con ella. No recordaba la última vez que habíamos estado a solas. A veces quedábamos para comer o después del trabajo, pero había pasado mucho tiempo desde la última ocasión en que nos habíamos visto. Cuando la abracé para saludarla me di cuenta de que el aroma que desprendía era el que había olido en la iglesia el día anterior. Nunca me había fijado en el perfume que usaba, probablemente porque para mí solo olía a Ash.

Abrí silenciosamente la puerta del piso que Emma y yo compartíamos, intentando girar la llave lo más despacio posible en la cerradura para evitar el estruendo excesivo que hacía. Era tarde, y ella tenía que madrugar al día siguiente para ir al hospital.

No encendí ninguna luz; me desnudé en silencio hasta que me quedé en calzoncillos y me metí bajo las sábanas.

—Hola —dijo.

Había estado seguro de que dormía.

—¿Te cuesta dormir? —pregunté.

Se puso de lado, frente a mí.

—Sí, un poco. ¿Qué tal la cena del domingo?

—Bien. Todo el mundo me ha preguntado por ti. —No era del todo cierto, ni siquiera era una mentirijilla piadosa, pero seguro que habían querido saber de ella.

—Qué bien… —respondió.

Suspiré y me puse la mano detrás de la cabeza, clavando la vista en la luz de las farolas que se colaba en el dormitorio por los bordes de la persiana. El ambiente estaba cargado por las palabras tácitas de la conversación que estábamos a punto de tener.

—¿Disfrutaste de la boda? —preguntó.

—Sí, claro. —Había evitado deliberadamente el tema desde que había visto sus lágrimas el sábado, y volví a hacerlo—. Haven puso pato para la cena. Deberíamos probarlo alguna vez. Estaba muy bueno. Se está convirtiendo en una buena cocinera.

—Parece que el matrimonio le sienta bien. ¿Has pensado en algún momento si a ti también te convendría? —preguntó.

Me hormigueó la piel y se me secó la boca. Me quité las sábanas de encima para ir a por agua.

—¿Por qué iba a hacerlo? Somos felices tal y como estamos —dije mientras iba al cuarto de baño, deseando que dejara el tema.

—El matrimonio es el siguiente paso para dos personas que son felices y están enamoradas, ¿no? —preguntó, alzando ligeramente la voz para que yo siguiera oyéndola con claridad a pesar del ruido del grifo. Me sentí como si me estuviera hundiendo en arenas movedizas. Notaba la presión por todo el cuerpo, como si me estuvieran estrujando entre dos paredes de hormigón, igual que en la escena del compactador de basura de *La guerra de las galaxias*. De hecho, en ese momento me habrían ido bien un par de trucos mentales Jedi.

—No veo por qué. —Esperaba que eso fuera el final, pero sabía que no iba a serlo. La conversación nos estaba llevando por una calle de un solo sentido. Volví a cepillarme los dientes para dar tiempo a que Emma que se durmiera. ¿Por qué había sacado ese tema si todo iba tan bien?

Volví a dejar el cepillo de dientes en el vaso, me enjuagué la boca y regresé al dormitorio. Ella me miró fijamente.

—¿Nunca has pensado en casarte conmigo? —volvió a preguntar, ya a bocajarro.

—Ya te he dicho que no. No te miento, Emma. —Volví a meterme bajo las sábanas y me tumbé boca arriba, mirando al techo y deseando que la conversación concluyera de una vez.

—¿No quieres casarte antes de que tengamos hijos?

Dios, ¿ los niños también eran parte de la ecuación?

—¿Quieres que hablemos de niños?

—Tenemos que hablar de estas cosas, Luke. No quiero ser solo tu compañera de piso. Haven se ha casado. Y Jake y ella estuvieron juntos poco tiempo antes de que él le propusiera matrimonio.

—A ellos les funciona.

—¿Crees que no iba a funcionarnos a nosotros? —preguntó.

Me pasé las manos por la cara.

—Es tarde. No quiero hablar de esto ahora. Necesito dormir. Y tú tienes que madrugar. Discutámoslo en otro momento si crees que es tan importante.

—¿Si creo que es tan importante? Claro que es importante. No podemos quedarnos como estamos —me espetó—. A veces puedes ser un auténtico capullo.

—Tú has sido la que ha sacado el tema en mitad de la noche.

—¿El tema? ¿Me estás tomando el pelo? Llevamos viviendo juntos casi tres años. Mira a tu alrededor, Luke. Todo el mundo se casa. Las

personas viven juntas, se casan y luego tienen hijos. ¿Por qué te consideras una excepción?

—¿Así que quieres casarte porque todo el mundo lo hace? Me parece un razonamiento excelente. —El litigante que había en mí quería ganar la discusión independientemente de los méritos y deméritos de lo que se estaba diciendo.

—Quiero casarme porque te amo, maldito idiota. Quiero tener hijos contigo porque quiero ser la madre de tus hijos. Tal vez no hoy, pero sí algún día. Dios, Luke, ¿por qué te sorprendes tanto?

No podía discutir con alguien que me decía que me quería aunque escupiera las palabras. Repasé los recuerdos de las conversaciones que habíamos mantenido a lo largo de los años, tratando de encontrar alguna vez en la que hubiéramos hablado de matrimonio. No se me ocurría ninguna. Siempre había supuesto que a ella le daba igual, como a mí. ¿Me había equivocado? ¿La había engañado?

—¿Pero por qué sacas el tema ahora? —pregunté en voz baja.

Inspiró.

—Porque quiero que sigamos adelante, que demos el siguiente paso en nuestra vida juntos. No entiendo por qué tienes tanto interés en que todo siga igual.

—No sé qué decir. Esto no es… —No sabía cómo terminar la frase. *¿Algo que quiera? ¿Algo en lo que hubiera pensado?* No quería hacerle daño a Emma, pero no veía el matrimonio en mi futuro.

Tenía que hablar de aquello con alguien que no fuera ella. Quería hablar con Haven o con Ash.

—¿Me quieres? —me preguntó al ver que no terminaba la frase.

—Por supuesto que sí. Es decir, estamos juntos y…

—Eso es, cariño. Esto es lo que hace la gente. Se casa. Sé que a los hombres no les gusta pensar que están haciéndose mayores, pero es así. Todos envejecemos. Ya no somos niños jugando a las casitas.

¿Mis padres también habían pensado eso? ¿Uno de ellos quiso casarse y se lo había sugerido al otro y luego habían decidido, racionalmente, que daban el paso correcto? Yo no lo creía. Siempre me había parecido que habían tomado un camino diferente. Mi relación con Emma nunca se había podido comparar con la de ellos. Lo que había entre ellos había significado que tenían que casarse. Si Emma y yo no sentíamos que *teníamos que casarnos,* ¿por qué deberíamos hacerlo? No significaba que no la amara. Solo que éramos diferentes a otras parejas.

—Piénsalo. Esto es lo que quiero, Luke. Un futuro juntos.

A la mañana siguiente me levanté después de que Emma se fuera. Me sentí como una mierda por fingir que dormía para evitar otra

discusión mientras ella se arreglaba. A media mañana seguía nervioso por la falta de sueño y no podía concentrarme en nada más que en intentar controlar el pánico que aún me recorría el cuerpo, así que fui a la escalera principal del edificio del bufete, buscando un número entre mis contactos. Le di a marcar al llegar a Ash. Necesitaba hablar con una persona, una que fuera mi amiga, que me conociera. Alguien que quisiera que fuera feliz, pero que no dudara en darme una patada en el culo si hacía falta. Alguien que me llamara gilipollas si me lo merecía, pero que en última instancia no me juzgara. Ash era esa persona. Haven y yo estábamos unidos, pero era mi hermana y no tenía la misma perspectiva que Ash. Haven no tenía la dulzura de Ash, una virtud que hacía que lo que salía de su boca, por duro que fuera, resultara más soportable.

—Joder, voy a meterme en un buen lío, ¿no ves que estoy de guardia? Espero que se te esté cayendo el pito a pedazos —contestó Ash al teléfono con un fuerte susurro. A pesar de mi mal humor, no pude evitar reírme. Quizá no todo lo que decía fuera tan dulce.

—¿Cómo va el asunto de curar a los enfermos y a los moribundos?

—Trabajo en cuidados paliativos, imbécil. Aquí no se cura nadie, ¿o no lo sabes ya?

—Deja de poner excusas por ser mala enfermera.

No entendía cómo se las arreglaba Ash para hacer su trabajo y estar tan contenta todo el tiempo. Lo único que hacía era pasar de un paciente a otro. Veía a la gente en su momento más vulnerable, en sus últimas semanas o meses de vida, y parecía tomárselo con calma.

—Quería saber si podías quedar para comer, o quizá para tomar algo después del trabajo. —Pensé que había perdido la conexión por un segundo, porque ella no respondió de inmediato—. ¿Ash? —comprobé si podía oírme.

—Sí… No sé. Estoy ocupada esta noche y voy a almorzar dentro de diez minutos…

Joder, tendría que ir hasta Hackney si quería verla. Bajé las escaleras a toda velocidad.

—Iré a verte. Puedo estar ahí en diez minutos, siempre y cuando no tengamos que comer en la cafetería del hospital —ofrecí. Enseguida encontré un taxi—. Hospital Hommerton —le dije al taxista, apartando el teléfono para que Ash no pudiera oírlo y cambiara de opinión. Necesitaba verla. Necesitaba su coherencia, su familiaridad, su lógica. Ella debía de saber lo que tenía que hacer con Emma, pero me pareció que surgían más dudas por su parte—. Vamos. Hace tiempo que no almorzamos juntos.

—Vale, pero solo tengo una hora. —Colgó.

Sonreí. Mi día mejoraba: estar con Ash era justo lo que me hacía falta.

Menos de diez minutos después, mientras jadeaba por correr calle arriba, donde me había dejado el taxi, levanté la vista del teléfono y me encontré con ella de pie justo delante de mí. Me relajé de inmediato y curvé las comisuras de los labios.

—Hola —dije.

—Hola —contestó Ash. Me sonrió y todo me pareció mejor. El pánico que antes había amenazado con invadirme desapareció como por ensalmo.

ASHLEIGH

No debí haber aceptado comer con Luke. Hacía meses que no nos quedábamos a solas; desde que había empezado a salir con Richard. Y había una razón para ello, una que tenía que haber recordado antes de ceder y aceptar verlo.

Mi corazón rebosó en cuanto lo vi. *Respira, Ash.* Me parecía tan grande y guapo, tan familiar… Era como si me perteneciera, porque en mi cabeza siempre me había pertenecido.

—¿Qué llevas puesto? —me preguntó, enarcando las cejas. No me extrañaba que nunca me hubiera visto más que como una amiga; si me hubiera vestido con un mantel, habría estado más atractiva.

—Lo sé, es un pijama. He tenido un accidente. En realidad, el accidente lo ha tenido otra persona, pero mi ropa ha quedado literalmente cubierta de mierda. —Luke hizo una mueca—. ¿Te da vergüenza ir conmigo?

—Todo te queda bien, y lo sabes. —Me sonrió mientras nos dirigíamos al puesto de bocadillos al final de la calle.

Puse los ojos en blanco, intentando fingir que me molestaba que me hiciera un cumplido.

—Dime, ¿qué le trae por Hackney, señor abogado de la City? —pregunté—. ¿Visitando los barrios bajos?

—Nada especial. ¿Acaso no puede un amigo invitarte a comer sin más motivo que verte?

Deseé que no fuera amable conmigo, que se comportara como un auténtico gilipollas. Así habría podido odiarlo y superarlo. Aunque, en el fondo, no tenía ningún deseo de odiarlo. Quería que formara parte de mi vida, aunque solo fuera como amigo. Habíamos llegado hasta ese momento, y solo tenía que reajustarme y asegurarme de que nuestra relación funcionaba así, incluso si estaba saliendo con otro.

—Nos vimos ayer.

—Sí, pero no tuvimos oportunidad de hablar demasiado. Y quería comentar algo contigo.

Le señalé el camino hacia el mostrador del puesto de bocadillos.

Como nos conocíamos desde hacía tanto tiempo, habíamos llegado al punto en el que él sabía lo que yo pensaba sin necesidad de intercambiar ni una palabra. ¿Richard y yo solo necesitábamos tiempo para llegar a ese punto o lo que nos hacía ser así se debía a algo más que a la cantidad de años que Luke y yo habíamos pasado juntos?

—¿Es de jamón? —le pregunté cuando llegó de nuevo hasta mí con una bandeja llena de bebidas y bocadillos envueltos en papel encerado.

—No; inténtalo de nuevo. —Sonrió. Era una rutina habitual. Yo tenía que adivinar lo que me había pedido, y solo entonces me permitía tomarlo.

—¿Carne asada y rúcula? —Arrugué la cara de forma exagerada, esperando el veredicto.

—No te gusta la ternera —me recordó con el ceño fruncido, mirándome como si estuviera loca.

Me reí.

—Lo sé. Pero podrías haberlo olvidado. ¿Jamón y huevo?

—No —dijo; desenvolvió su bocadillo y le dio un mordisco. Me sonreía como si le hubiera tocado la lotería.

—¡Oh, Dios mío! ¿Pollo a la coronación? —Era mi favorito, y en ese puesto solo lo tenían de vez en cuando. Nuestro ritual me distrajo, y dejé de pensar en que no debía estar allí con él; me hizo recordar que, a fin de cuentas, solo éramos Luke y Ash. Amigos desde la infancia.

Me tendió el bocadillo por encima la mesa. Lo desenvolví: había acertado.

—Gracias. —Me alegraba de verlo. Estaba contenta de tenerlo para mí sola; había pasado mucho tiempo desde la última vez.

—Dime, ¿te pasa algo? Hace siglos que no te despiertas con resaca en la habitación de invitados con mi hermana. ¿Te has vuelto abstemia?

Nunca había mencionado que yo no hubiera estado tan presente en su vida últimamente. Me pregunté si Haven le habría dicho algo, aunque me había prometido que no iba a hacerlo.

—Ja. Ja —dije—. Supongo que estoy ocupada. He hecho algunos turnos extra y he estado saliendo con Richard. —Todo eso era cierto, pero nada que me hubiera alejado de él en otro momento.

Me miró como si fuera a seguir hablando. Tuve que apartar la mirada. Sus ojos azules podían ver a través de mí y hundirme. Tenía que mantener las distancias.

—¿Así que vas en serio con ese tipo?

Me encogí de hombros y miré a un lado, temiendo lo que podían revelar mis ojos.

—Es demasiado pronto para decirlo. Pero le importo. Y yo quiero

algo serio. —Quería estar enamorada de alguien que no me viera como una hermana, alguien que me correspondiera; pero no estaba segura de que Richard fuera esa persona.

—¿Es así como pasa? ¿Decides que quieres tener algo serio y tratas de encontrar al hombre que llene el vacío?

Se me encogió el estómago. No estaba segura de si me estaba juzgando o si le interesaba de verdad, pero me sentía incómoda hablando de ello. Tal vez porque no podía contarle la verdad: no podía tener lo que quería de verdad, así que intentaba saber si había algo más ahí fuera. Seguí masticando para no tener que contestar.

—Es que creo que Emma quiere ir en serio.

Se me encogió el pecho y el corazón me golpeó en las costillas. Tragué saliva.

—¿Tú qué opinas? —Fue todo lo que pude decir.

Soltó el aire y hundió los hombros.

—No sé. Emma dice que tengo miedo a los cambios y yo solo quiero que todo siga igual.

Su voz era débil, y apenas podía oírlo por encima de los latidos de mi corazón, que repiqueteaban en mis oídos. Joder. Llevaba tiempo preguntándome cómo iba a sentirme si Luke y Emma se casaban o tenían hijos. Era así.

—Bueno, eso es verdad.

—Supongo. Pero no es solo eso…, es que no creo que sea de esa clase de hombres.

—¿A qué clase de hombres te refieres? —Estaba intrigada. ¿Cómo se veía a sí mismo y cómo veía su relación con Emma? En realidad, yo no era imparcial, por supuesto, pero no los entendía como pareja. No parecía gustarles pasar tiempo juntos.

—A los que se casan, supongo. —Me miró y arqueé las cejas—. ¿Parezco un capullo?

Me reí, aliviada de poder comportarme con normalidad durante unos segundos.

—Quizá un poco.

—No quiero decir que sea un ligón, pero necesito libertad. Nunca he engañado a Emma ni a nadie. Es solo que no le veo sentido al matrimonio.

—Pero si es importante para ella y la amas…

Di que no. Di que me quieres a mí.

—Ya, ya…

—Entonces…, si no te molesta y es solo que no crees en la institución, ¿no piensas que… podrías hacerlo por ella? Quizá así le des lo que necesita. —¿De verdad estaba tratando de convencer a Luke para que se casara con alguien que no era yo?

—¿Aunque no crea que sea lo que quiero? No es que el matrimonio

sea malo, al contrario. Para mis padres era lo idóneo. Pero ¿para mí? No, no me va.

Dejé el bocadillo en la mesa. Era oficial: se me había quitado el apetito. Esa conversación no trataba precisamente de lo que había imaginado para pasar la hora del almuerzo.

—¿Qué vas a hacer?

Se encogió de hombros.

—No sé. Es lo que ella quiere, con hijos y todo. —No era una sorpresa, pero oírlo en voz alta lo convertía en real. La parte más egoísta de mí se sintió aliviada de estar saliendo con Richard. Era una prueba que podía utilizar una parte de mi cerebro para demostrar a la otra que no había una verdadera razón para sentirme devastada porque, después de todo, tenía novio.

—¿No quieres tener hijos?

—La verdad es que no. Por lo menos por ahora. Pero está claro que Emma lo tenía en mente desde hace tiempo. Dios, siento tener que darte la lata con esto. Es un problema del primer mundo comparado con las cosas que ves en el trabajo. Tienes razón. Soy un capullo.

Puse los ojos en blanco.

—Yo no he dicho eso.

—Hablemos de ti. Si lo de Richard va en serio, ¿cómo es que aún no lo conocemos? —preguntó.

No podía imaginarme tal escena en ese momento. No quería que Luke conociera a Richard. No quería verlos juntos. Me habría dedicado a compararlos más de lo que ya lo hacía, y Richard iba a salir perdiendo y no se lo merecía. Era un buen hombre y un gran partido. Mis compañeras del hospital me decían continuamente lo afortunada que era, lo perfectos que éramos el uno para el otro.

—Supongo que estoy demasiado ocupada —contesté—. ¿Qué más te pasa? ¿Algo raro en el trabajo? —Esperaba que pillara la indirecta y cambiara de tema.

—Así que estás ocupada… Pues me han confirmado que me proponen como socio este año.

—Vaya, Luke, es increíble. —Le sonreí. Llevaba mucho tiempo trabajando duro para conseguirlo. Me alegré de que por fin empezara a ver los frutos. Era un buen hombre. Había conseguido alcanzar el éxito gracias a su determinación y a su esfuerzo, no al politiqueo y a las puñaladas por la espalda. Se lo merecía.

Me devolvió la sonrisa, un poco avergonzado.

—No es seguro. Pero sería uno de los socios más jóvenes de la historia del bufete si lo consiguiera, así que…

Por un segundo me olvidé de la distancia que debía mantener entre nosotros, le cogí la mano y se la apreté.

—Estoy orgullosa de ti —dije—. Tus padres estarían muy muy

orgullosos. —La muerte de los padres de Luke justo antes de que empezara la universidad había sido horrible, pero él se había mantenido firme, se había encargado de Haven y le había dado todo lo que necesitaba emocionalmente. Nunca había abandonado los estudios en la universidad, y había conseguido sacar buenas notas al mismo tiempo que se aseguraba de que Haven estuviera bien cuidada. Siempre me había sorprendido lo maduro que se había vuelto de la noche a la mañana. Se había convertido en el cabeza de familia, y era una responsabilidad que se tomaba muy en serio. Quería seguir el legado de sus padres: demostrar que la gente amable, honrada y trabajadora triunfaba al final.

Miró hacia la mesa y asintió al tiempo que giraba la muñeca para que nos cogiéramos de la mano.

—Prométeme que no cambiarás, que no te perderé, Ash —dijo muy serio mientras me miraba con los ojos entrecerrados.

Se me entrecortó la respiración y fruncí el ceño. ¿Qué me estaba pidiendo?

—Aquí estás… —Me llegó desde atrás la voz familiar de Richard—. Se me había ocurrido que podría encontrarte aquí. —Todo a mi alrededor se inclinó ligeramente, y me pregunté si era eso lo que se sentía justo antes de sufrir un desmayo. Giré la cabeza e intenté apartar mi mano de la de Luke. Al principio se resistió, pero cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, me soltó. La fría formica me alivió el hormigueo de la palma de la mano.

Si cerraba los ojos, ¿podía teletransportarme a otro lugar para que el momento que estaba a punto de ocurrir no sucediera? Sentí como si el mundo se ralentizara y estuviera viendo dos trenes a punto de chocar. No quería que pasara eso. Luke era Luke. Richard era Richard. Para mí existían en universos paralelos, y si se encontraban, todo podía explotar o implosionar, o podía suceder algo igualmente terrible.

Richard se agachó y me besó en la frente y se volvió con rapidez hacia Luke, tendiéndole la mano derecha.

—Soy Richard, el novio de Ash. —Su sonrisa se le reflejaba también en los ojos, y me di cuenta de que no estaba reclamando el territorio. No intentaba hacerse notar. Me preguntaba a menudo por mis amigos, e imaginé que estaba encantado de conocer por fin a uno de ellos. Seguí mirando la mesa mientras Luke se levantaba y estrechaba la mano de Richard.

—Soy Luke —dijo. No dio ninguna explicación sobre su relación conmigo. No supe si era porque confiaba en que Richard sabría quién era o porque quería mantenerlo a la expectativa.

—Ah, cierto… El hermano de Haven —dijo Richard. Por culpa de mi descripción, conocía a Luke solo como el hermano de mi mejor

amiga. Y eso era lo que necesitaba que fuera—. ¿Puedo sentarme con vosotros?

Sentí náuseas. Me levanté bruscamente y las patas de la silla resonaron contra el suelo.

—En realidad tengo que volver ya —dije. Lancé una mirada a Luke, instándolo a que me apoyara.

—Sí, yo también —añadió Luke tras un segundo de vacilación, y me atreví a coger aliento.

Me puse la chaqueta, recogí el bocadillo a medio comer, lo envolví en el papel encerado y lo metí en el bolso.

—Nos vemos luego —dije, mirando a Richard.

Arqueó las cejas y asintió, con una expresión cálida y extrovertida.

—Encantado de conocerte, Luke. —No sonaba celoso ni crítico. Era sincero y amable, como Luke.

Solo que no era Luke.

—Igualmente. Estoy seguro de que volveremos a vernos —dijo Luke, sonriéndole.

Salí disparada por la puerta, sin esperar a ver si Luke me seguía. Me detuve al notar el aire fresco de primavera. ¿Cómo iba a justificar que hubiera interrumpido nuestra comida en cuanto había llegado Richard? Oí abrirse la puerta de la cafetería y Luke apareció a mi lado.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Claro —dije, intentando sonar normal. Eché a andar hacia el hospital—. ¿En qué estás trabajando ahora? —No quería que mencionara lo que acababa de ocurrir, y esperaba que no hubiera percibido ningún tipo de atmósfera rara que mi subconsciente pudiera haber creado.

Luke se dejó llevar.

—Sabes que no puedo decírtelo porque es secreto.

Me reí. Le encantaba fingir que su trabajo era más interesante de lo que era.

—No seas idiota. No eres James Bond, ¿sabes?

—¿Y qué crees que soy?

—Un abogado frustrado que intenta ser más peligroso de lo que es —me burlé.

Sonrió.

—Vas a acabar conmigo, conoces todos mis secretos.

Se me encogió el corazón. Era cierto. Yo conocía los suyos y él conocía los míos.

Me abrazó cuando llegamos a la entrada del hospital.

—No permitas que Richard cambie las cosas entre nosotros —dijo por encima de mi hombro, con un tono más ronco que antes, como cuando estábamos cogidos de la mano. Se apartó—. ¿Nos vemos el domingo?

Sus palabras, su cercanía, su solemnidad me desconcertaron.

—Sí, creo que sí.

—¿Me lo prometes? —preguntó, con los ojos clavados en los míos.

—De acuerdo. Nos vemos en casa de Haven y Jake.

La nube negra que se cernía sobre él pareció pasar tan rápido como había llegado. Sonrió, me revolvió el pelo y se alejó calle abajo. Me quedé quieta unos segundos, con más palabras en la boca de las que había emitido. ¿Qué había querido decir con que Richard iba a cambiar las cosas entre nosotros? Necesitaba desesperadamente saber qué estaba pensando.

3

Luke

Todo iba demasiado deprisa. Emma quería que las cosas cambiaran entre nosotros; Haven estaba casada, y, aunque hacía tiempo que no tenía novio, Ash salía en serio con alguien. Por mi parte, anhelaba que las cosas siguieran como estaban. Quería que Haven y Ash se despertaran con resaca en la habitación de invitados; quería que cenáramos los tres juntos, que nos riéramos con la facilidad con la que habíamos crecido. Sin embargo, ninguna de esas cosas había ocurrido últimamente. Quería poder coger la mano de Ash porque éramos amigos desde siempre, no apartarla porque llegara su novio.

Como Emma ya iba a estar en casa y no quería que volviera a sacar el tema del matrimonio, me había quedado trabajando hasta tarde. Había estado pensando un poco en su reciente declaración, pero no encontraba ninguna solución al respecto. Solo podía concentrarme en las formas en las que el matrimonio iba a restar cosas a mi vida, no en cómo podía añadirlas. Así que, casi a las diez, me dirigí a casa. Con suerte, ella estaría dormida.

Entré y enseguida oí el sonido de la televisión. Se me encogió el corazón.

—¡Hola! —gritó Emma.

—Hola —repuse, entrando en el salón.

—Las sobras de los espaguetis están en la nevera —informó.

—Gracias. —Me quité la corbata y la chaqueta, y fui a la cocina.

Emma se levantó del sofá y me siguió.

—¿Quieres que te los caliente? —Nunca me hacía la cena a menos que fuera su día libre. Los dos tendíamos a valernos por nosotros mismos cuando trabajábamos.

—Ya me encargo yo, gracias.

Abrió la nevera, cogió una cerveza y me la dio.

—Gracias —dije, forzando una sonrisa.

—De nada. Nunca va a ser un buen momento para discutir ese tema, ya lo sabes. —No se anduvo con rodeos.

Inspiré hondo y eché la cabeza hacia atrás. No quería hablar de eso.

—Emma, estoy muy cansado.

—Lo sé, pero apenas hay un momento en el que uno de los dos no

esté exhausto. Si esperamos a estar los dos llenos de energía, vamos a seguir así años. —Su voz era más suave que de costumbre, pero me di cuenta de que no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

—Nos ha ido bien así hasta ahora. Me gusta mi vida. —Estaba contento con las cosas como eran. Estaba a punto de convertirme en socio. Mi trabajo iba a ser absorbente durante los próximos años. Y su trabajo también era muy exigente. ¿Dónde creía que iban a encajar los niños? Ya sin hambre, cogí la cerveza y me desplomé en el sofá.

Emma me siguió.

—Ha llegado el momento de pasar a la siguiente etapa de nuestras vidas. ¿No te parece a ti también?

No podía mirarla. No sabía qué veía en mí. Miedo, tal vez.

—Soy feliz como estoy. Pensaba que tú también lo eras. —Nunca le había hecho pensar que quería algo más; al menos, no lo creía.

—Quiero casarme y tener hijos —respondió. No añadió si era feliz o no, como si no importara—. ¿Tú no? —preguntó.

No podía hacer otra cosa que concentrarme en lo que no iba a tener si me casaba con Emma. Sobre todo, si teníamos hijos. Íbamos a renunciar a nuestra libertad. Lo que más me gustaba de Emma era su independencia y el hecho de que no necesitaba nada de mí. Si me convertía en su marido y luego en padre… Eran roles que implicaban ser protector. Algo que había hecho toda mi vida con Haven. En su momento había querido hacerlo, aunque había sido la muerte de mis padres lo que me había obligado a ello. Pero no quería asumir esa responsabilidad con Emma ni con otra persona. Podía alterar toda nuestra relación.

—Esto es importante para mí —comenzó Emma, arrodillándose en el sofá, frente a mí—. Quiero una familia. Quiero que seamos una familia.

Me concentré en los latidos del corazón golpeando contra mi pecho. ¿Era demasiado joven para sufrir un infarto? Haven era mi familia. Haven y Ash. Y ahora Jake y su hermana, Beth, habían ampliado el grupo, pero Emma nunca había llegado a formar parte de él. No quería crear una familia que me alejara de la que ya tenía. Los golpes en el pecho se hicieron más fuertes. Di otro trago a la cerveza.

—Te he dado tiempo y espacio. No he sido exigente ni absorbente. Pero ahora debes darte cuenta de lo que tienes conmigo.

—Pero ¿no es por eso por lo que lo nuestro funciona, porque somos independientes? No sabía que querías que fuéramos diferentes, que esperabas que cambiáramos. —No quería ni necesitaba nada más de ella.

—Quiero que seamos una unidad. Una familia. Nuestros hijos y nosotros. En este momento estoy compitiendo siempre con Haven y Ash, y eso no es justo.

Tenía razón: yo tenía una unidad. Haven y Ash. Me volví hacia ella.

—¿Así que no se trata de casarnos, sino de que no quieres que pase tiempo con mi hermana?

—Dios, no he dicho eso. Me siento en un segundo lugar todo el tiempo. No quiero un compañero de piso. Quiero a alguien con quien pueda envejecer, alguien con quien compartir mi vida.

Siempre que me imaginaba envejeciendo, pensaba en Haven, en Ash y en mí. ¿Había engañado a Emma todos esos años? Me miró expectante, esperando que dijera algo que la hiciera sentir mejor, pero no fui capaz. No pensaba mentirle, y no podía decir nada que ella quisiera oír.

La conversación con Ash me había ayudado a darme cuenta de que eso no iba de que yo no quisiera que las cosas cambiaran. Se trataba de que no quería casarme, no solo porque no creía en el matrimonio, sino también porque el matrimonio no era adecuado para mí, y menos el matrimonio con Emma. Nuestra relación no contemplaba eso.

Haven, Ash y yo éramos un equipo. Éramos una familia. Jake lo había entendido desde el principio y se había convertido en un hermano para mí en poco tiempo. Emma aún no lo había entendido, y no estaba seguro de que fuera a hacerlo.

—¿Vas a madurar alguna vez? No puedes estar toda la vida pendiente de tu hermana. Pensaba que las cosas cambiarían después de que se casara. Ella ha seguido adelante, tiene una relación. ¿De qué tienes tanto miedo?

No me gustaba discutir. La vida era demasiado corta. Me arrepentía de todas las discusiones que había tenido con mis padres antes de que murieran. Quise retroceder en el tiempo. Durante años, las palabras que les había dicho, las típicas acusaciones de adolescente, me habían dado vueltas en la cabeza sin dejar de atormentarme. Solo el hecho de que Haven sintiera lo mismo lo hacía todo un poco más soportable. El dolor era compartido.

Me levanté, para abrir una brecha entre nosotros.

—Ah, claro, así que ahora te vas. Tenemos que hablar —dijo, con la voz cada vez más aguda—. Dime lo que quieres. Dime si me quieres.

—No sé qué decirte. No quiero casarme. No estoy preparado. Y no sabía que habías empezado a pensar en tener niños.

—¿No crees que la mayoría de la gente se casa a los treinta? Pues todo el mundo lo hace. ¿Por qué te sorprende? Es lo que hace la gente.

No respondí.

—¡Luke! —exclamó.

—¡¿Qué?! —grité, y me arrepentí al instante—. No sé qué quieres que te diga —continué, más suavemente.

—De acuerdo —dijo ella—. Si vas a tener esa actitud, duerme en la habitación de invitados esta noche. No puedes decir que no sabes lo

que quiero. Creo que he sido muy clara. Te sugiero que pienses qué es lo que quieres tú. Te doy un mes.

—¿Un mes? —pregunté.

Dio un sorbo a la copa de vino.

—Sí. Tienes un mes para decidir lo que quieres.

—¿Qué quieres decir? ¿Que tengo un mes para decidir si quiero casarme contigo? —pregunté.

—Sí, tenemos que poner un límite de tiempo a esto o…

—¿Y si decido que no quiero casarme?

—No lo sé. —Sonaba cansada—. Supongo que eso será todo. Esas cosas son importantes para mí. Es lo que quiero de la vida, una familia, y si no puedes dármela, entonces…

No tenía que terminar la frase. Lo comprendí. Quedaba un mes para que mi vida cambiara para siempre, tomara la decisión que tomara.

ASHLEIGH

Richard me miró desde el otro lado de la mesa, con los ojos ligeramente entrecerrados. Estábamos en el que era su restaurante francés favorito. Demasiado masculino para mi gusto —oscuro, con paneles de roble y suelos de madera casi negra—, pero lo recibían como si fuera un viejo amigo, y eso le gustaba. Los camareros se preocupaban por nosotros y nunca surgían problemas. A veces parecía que cenábamos con el personal entre nosotros.

—Estoy encantado de haber conocido a Luke —dijo por fin.

Llevaba tiempo esperando a que mencionara ese encuentro. ¿Nos habría visto cogidos de la mano? Asentí y tomé otra cucharada de sopa para no responderle.

—No sabía que habías quedado con él para comer.

Tragué saliva. ¿Estaba enfadado?

—Fue algo de última hora. Haven, Luke y yo crecimos juntos. Ya te lo dije.

—Sí. Todavía tenéis una relación muy cercana —dijo.

No supe si era una pregunta o una observación, así que guardé silencio, concentrada en mi sopa.

—Es bonito —añadió.

—Lo es. Somos como una pequeña familia.

Asintió y esbozó una generosa sonrisa. No estaba celoso, al parecer. Parecía gustarle todo lo que me hacía feliz. Quería lo que era bueno para mí, y eso era sano por su parte.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien. Ya me estoy acostumbrando. —Richard no llevaba mucho

tiempo trabajando en el hospital—. Megan me ha estado enseñando los engranajes.

—¿Megan? —pregunté.

—Sí, Megan Fable. —Puso los ojos en blanco y sonrió.

Claro, por supuesto que sí. A Megan le encantaba coquetear y estaba desesperada por pescar a un médico. Siempre quería más atención masculina, pero, por alguna razón, no había logrado salir en serio con nadie.

—Eso está bien —dije—. Me alegro de que te estés acomodando.

—Es un poco lanzada, ¿no? Es decir, guau…

Me reí.

—Un poco.

—Es guapa, pero no es mi tipo.

Me di cuenta de que estaba atajando los celos que yo pudiera tener si me enteraba de que trabajaban juntos. Era muy amable por su parte. Le sonreí.

—Es muy guapa.

—No tanto como tú.

—Richard…

No estaba acostumbrada a tantos halagos.

—¿Qué? Es verdad. Eres guapísima.

—Tú tampoco estás mal. —Me sonrojé. Se me daba tan mal hacer cumplidos como recibirlos—. ¿Juegas al rugby mañana? —pregunté, cambiando de tema. Richard jugaba en el equipo del hospital.

—Sí, y va a ser una gran noche. Puedes venir si quieres.

Me gustaba ver el rugby. Luke nos había obligado a Haven y a mí a ir a verlo desde pequeñas y no me importaba nada ver cómo se ensuciaban y sudaban un montón de hombres en forma con pantalones cortos ajustados.

—¿Y ser la única chica? No saldría viva.

—Es verdad. Cualquiera de ellos se vería obligado a apartarte de mí. Me retracto. No puedes venir mañana.

Me reí. Era tan mono…

—Tienes una sonrisa preciosa —añadió, sonriéndome.

—Gracias —respondí, tratando de ser un poco más amable con ese cumplido que antes.

—Y el vestido te queda muy bien. Pero es que todo te queda bien. —Noté calor en las mejillas. En parte por sus palabras y en parte porque me avergonzaba estar pensando en que Luke me había dicho en la comida que todo me quedaba bien. ¿Lo había dicho en serio? ¿Creía que yo era atractiva? No había tenido tiempo para cambiarme al llegar a casa, así que me había puesto lo que tenía más a mano y me había maquillado un poco. Algo que no hacía para ir a trabajar.

—¿Vas a ir a casa de Haven el domingo? —preguntó.

—Sí, me toca hacer la cena a mí. Solíamos alternar los sitios, pero ahora nos juntamos sobre todo en casa de Haven y Jake porque tienen una cocina impresionante. Sin embargo, seguimos turnándonos para cocinar. —Lo estaba deseando. Me encantaba experimentar con los postres, y tenía en mente una tarta de queso con arándanos. Quería que Beth me diera su aprobación. Era la mejor repostera a este lado del Atlántico.

—Entonces, si cocinas tú, ¿significa eso que puedes invitar a quien quieras? —preguntó.

Se me revolvió el estómago. Había sido insensible al mencionarlo y luego no invitarlo. No estaba segura de estar preparada. Era muy probable que Luke quisiera hablar de Emma, y yo no estaba segura de cómo me afectaba eso. Si anunciaba que iba a casarse con ella, me excusaría y me metería en la cama durante una semana. Tener a Richard pegado a mí podía complicar las cosas.

Y, de todos modos, me parecía demasiado pronto. Jake, el marido de Haven, había empezado a venir a las cenas de los domingos por la noche casi cuando empezaron a salir, pero los novios ocasionales no hacían acto de presencia. No había ninguna regla al respecto, pero así había sido siempre.

—Creo que Haven quiere hablar de algunas cosas, así que no creo que sea buena idea que vengas mañana. ¿Quizá en otro momento?

—Estoy deseando conocer a tus amigos —comentó—. Tal vez podríamos invitarlos a tu casa un domingo. Yo podría ayudarte a cocinar.

Asentí y me concentré en trocear el pan.

—¿Qué tal el próximo fin de semana? —preguntó.

—No va a poder ser. Haven está viaje, creo. —Estaba mintiendo, y no sabía muy bien por qué. Lo que sí sabía era que aún no estaba lista para presentarlo a mi familia.

—Vale, entonces deberíamos irnos un fin de semana. ¿Quizá a Lake District? —preguntó.

—Suena muy bien. —Lo dije de verdad. Richard me gustaba, y disfrutaba pasando tiempo con él. Era amable y atento, y yo le gustaba a él. Tal vez estar a cierta distancia de Londres y de Luke era justo lo que necesitaba.

4

LUKE

—¿He interrumpido algo? —le pregunté a Haven mientras me abría la puerta. Había llegado pronto para la cena del domingo. Quería hablar con ella sobre Emma.

—No, solo unos recién casados practicando sexo salvaje por todas partes. Nada más.

—La, la, la, la —canturreé, tapándome los oídos, y la seguí por el pasillo—. Para ya. O no voy a poder mirarte, y tenemos que hablar. ¿Tienes una cerveza? —pregunté cuando entramos en la cocina. Fui directo a la nevera. Rara vez hablaba de temas de pareja con nadie. Comentarlo con Ash había sido más difícil de lo que esperaba, aunque el breve intercambio me había ayudado. Sabía que no podía casarme con Emma solo para tenerla contenta, como Ash había sugerido; tenía que querer hacerlo. Con suerte, el alcohol podía contribuir a que mis palabras fluyeran con más facilidad.

—Hay de varias marcas ahí dentro. Creo que Jake te ha traído tu favorita —dijo Haven, removiendo algo en el cuenco. Otro punto a favor de que mi hermana estuviera casada era que siempre había cerveza en su casa—. Estoy haciendo *fingers* de queso.

Le quité la chapa a la botella y me acomodé en uno de los taburetes de la barra del desayuno.

—¿Quieres que te eche una mano? —pregunté.

—Hoy cocina Ash. Esto lo hago solo por diversión. Concéntrate en contarme qué pasa entre Emma y tú.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo sabes que quiero hablar de mi relación con Emma?

—Porque soy adivina —respondió—. Y porque te conozco. Sé cómo te pones cuando no eres feliz.

Fruncí el ceño, pero ella no me miraba: estaba demasiado concentrada en la sartén que tenía delante.

—¿Crees que soy infeliz?

—¿Lo niegas?

Lo pensé. ¿Cuánto tiempo creía Haven que llevaba siendo infeliz? Era algo nuevo para mí. Antes de que Emma expresara el deseo de avanzar en nuestra relación, nunca había considerado que fuéramos

infelices juntos; tampoco había pensado que me sintiera desgraciado.

—Emma quiere casarse —solté sin más. Haven me miró a los ojos y apretó los labios como si intentara impedir que se le escaparan las palabras, y asintió muy despacio.

—¿No tienes nada que decir al respecto? —Esperaba más reacción por su parte. Quería saber si le preocupaba tanto como a mí romper nuestra rutina.

—Bueno, ¿quieres casarte con ella?

Me encogí de hombros y me concentré en la parte exterior de la sartén que sostenía Haven, como si al mirar con suficiente atención pudiera tener visión de rayos X y ver lo que estaba haciendo. ¿Quería casarme? Casarme. Era una palabra rara. *Casarme, casarme, casarme, casarme.* Solo quería que todo siguiera como siempre. Así que no, no quería casarme. Mi dilema, tal y como yo lo veía, era que, de cualquier manera, me casara con Emma o rompiera con ella, iba a terminar siendo infeliz.

—No puede sorprenderte tanto —dijo Haven, entrecerrando los ojos. Ese era el problema. No me lo esperaba.

—¿Sorprenderse de qué? —dijo Jake en voz alta desde detrás de mí.

—Emma quiere casarse —dijo Haven.

Puse los ojos en blanco. No había secretos entre ellos.

—Me ha dado un mes para que me decida, o supongo que habremos terminado. —Las cosas casi habían vuelto a la normalidad esa mañana. Yo había salido a correr y ella había ido al gimnasio. Supuse que el ambiente había estado un poco tenso, pero no me había gritado, así que lo veía como un avance. Sin embargo, si era realista, había abierto la caja de Pandora, y las cosas nunca iban a volver a ser como antes.

—Parece que va en serio. ¿Tú quieres casarte con ella? —preguntó Jake.

—Pues esa es la cuestión —dijo Haven.

—No, la verdad es que no —dije—. No le veo sentido. Pero llevamos siendo pareja mucho tiempo y la quiero, y por mucho que no nos vea casándonos, separarnos sería… —No había pensado mucho en cómo sería mi vida sin ella. Vivíamos juntos. Iba a tener que mudarme, y eso iba a ser un gran cambio. Y la hipoteca estaba a nombre de los dos; además, teníamos una cuenta bancaria conjunta. Nuestras finanzas estaban entrelazadas.

—Pues parece que no deberías casarte con ella —dijo Jake con sencillez, cogiendo una cerveza de la nevera.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Nunca había pensado en casarme antes de conocer a Haven. Era una institución que no entendía, a la que no le veía sentido. Entonces

la conocí y, bum…, solo podía pensar en eso. Quería decirle a todo el puto mundo que era mía. Quería poder decir que era mi esposa.

Miré a Haven: intentaba reprimir una sonrisa, pero su expresión me decía lo mucho que le gustaba lo que Jake decía.

—Si no te sientes así, entonces, no deberías casarte con ella —dijo Jake, tomando asiento en el taburete enfrente de Haven.

—Pero no todo el mundo es como tú, Jake. ¿Qué pasa si nunca siento eso por nadie? Es decir, no me ha pasado hasta ahora. Y solo os pasó a Haven y a ti porque empezasteis a trabajar juntos. Emma es una buena opción, en muchos sentidos. Es una buena persona.

—Entiendo…, pero tienes que averiguar si estás dispuesto a conformarte. Por lo que dices, no es la mujer adecuada para ti. —Haven pinchó el hombro de Jake con un dedo a modo de leve castigo—. Oye, no digo que no sea buena gente. No tengo ni idea, solo la he visto un par de veces. Lo único que digo es que, si no quieres llevarla al altar, no es la adecuada para ti.

Di otro trago a la cerveza. No creía que llegara a querer llevar al altar a nadie.

—Nos llevamos bien. He estado mucho tiempo con ella.

—Joder, si tienes que convencerte a ti mismo para casarte con ella, entonces algo no está bien —aseguró Jake—. Estarías desesperado por casarte si fuera la mujer correcta.

No estaba seguro de que fuera tan fácil como Jake parecía creer. Entendía que adorara a Haven, y no me habría gustado que fuera de otra manera, aunque, siendo sincero, no creía que resultara igual para la mayoría de la gente.

Sonó el intercomunicador, y Haven fue a contestar.

Miré la etiqueta de la botella de cerveza.

—No seas un capullo con ella —dijo Jake—. Conoces la respuesta, y, si no la quieres, merece que le dejes seguir adelante y encontrar a otro que la ame de la manera que ella necesita.

Se me encogió el corazón ante las palabras de Jake. Su reacción no había sido la que yo esperaba. Había pensado que iba a decirme lo estupendo que era estar casado y que debía pasar por el altar. Supongo que esperaba que me ayudara a ver las ventajas, porque yo solo… Tampoco era que no tuviera sentido lo que decía, ese era el problema, lo dejaba todo muy claro. No tenía *ganas* de casarme con Emma. Y si el matrimonio era lo que ella quería, tal vez debía dejar que encontrara a alguien con quien pudiera alcanzar su meta.

—En serio, tío. Si tienes que pensarlo, no está bien —dijo Jake.

Ash nos saludó y se sirvió una copa de vino. La miré mientras echaba un vistazo a la nevera. Tenía buen aspecto esa noche. Bueno, siempre tenía buen aspecto, pero las últimas veces que la había visto estaba mejor…, diferente. Cuando se unió a nosotros, se sentó entre

Jake y yo en los taburetes de la cocina, y miró a Haven, que hacía algo con hojaldre y huevo. Parecía poco apetitoso, pero no iba a decírselo.

—¿Seguro que no necesitas que te eche una mano? —preguntó Ash, e hizo una mueca cuando Haven no miraba. Resoplé, y Haven levantó la vista.

—Estoy segura. Dejarás de verme dentro de un minuto y podrás ponerte tú a cocinar —dijo Haven—. ¿Cómo está Richard?

—Lo conocí el otro día —intervine.

Haven dejó de hacer lo que estaba haciendo y clavó los ojos en los míos.

—¿En serio? —Miró a Ash y luego me miró a mí otra vez—. ¿Cuándo? ¿Por qué? —Haven aún no conocía a Richard, así que seguro que se preguntaba por qué yo sí.

—Fui a comer con Ash esta semana y me lo presentó —le expliqué.

—¿Comisteis juntos? —preguntó Haven. Esperaba que se centrara en Richard y no en que Ash y yo hubiéramos quedado para almorzar. Haven y Ash intercambiaron una mirada que no pude descifrar. ¿Le había parecido mal a Haven que yo lo conociera primero? No era su estilo.

—¿Cómo es? —preguntó al fin.

—No tiene dos cabezas. —Decidí no mencionar que, en cuanto había aparecido, Ash se había levantado de la silla lo más rápido que había podido. No había entendido qué había pasado allí. Haven puso los ojos en blanco—. Bueno, ¿qué quieres que te diga?

—¿Te cayó bien? —me preguntó Haven.

—Lo tuve delante cinco segundos. Podría ser un Gandhi o un Charles Manson. Pero parecía un tipo decente, y Ash tiene buen gusto en todo, así que…

—¿Es «él»? —preguntó Jake—. Ya sabéis que ahora soy un firme defensor de la teoría de que existe el elegido.

—Es obvio —respondió Ash.

—¿Es obvio que es el elegido? —pregunté mientras se me retorcían las tripas. ¿Había conocido Ash a su futuro marido? No se me había ocurrido que fuera eso lo que había estado buscando. Si ese era el caso, quería saber más sobre él. ¿Era lo bastante bueno para ella? ¿La merecía?

¿Podía hacerla reír como yo?

Ella sonrió.

—Me refería a que es obvio que Jake cree en todo eso. Míralos a los dos tortolitos. — Levantó la barbilla para señalar a Haven y Jake, que se lanzaban miraditas.

—¿Y tú no crees en todo eso? —De repente me fascinaba saber cuál podía ser la respuesta.

Quería que me mirara, pero sus ojos se quedaron clavados en su copa.

—Sí, creo en ello.

ASHLEIGH

Los chicos se habían ido a ver un partido en la televisión, y yo sabía que estaba a punto de enfrentarme al interrogatorio de Haven.

—¿Así que habéis almorzado juntos?

Intenté no darle importancia. No era para tanto.

—Sí, un día Luke me llamó y me lo pidió en el último minuto. Antes lo hacíamos a menudo; tampoco es como si hubiera cruzado una línea moralmente reprobable por almorzar con tu hermano.

Haven ladeó la cabeza.

—No he dicho ni una palabra. ¿No crees que estás un poco a la defensiva? Es solo que pensaba que estabas haciendo sitio en tu vida para Richard, eso es todo. Quiero que seas feliz.

—Estuve con Richard ayer por la noche. Tengo mucho sitio para él.

Haven golpeó el borde de la sartén con su cuchara de madera.

—¿Y qué tal el sexo? ¿Ha mejorado?

—No recuerdo haber dicho que hubiera que mejorarlo. —Eché una mirada por encima del hombro para comprobar que los hombres no estaban escuchando.

Haven arqueó las cejas mientras me miraba. Pensé que había dicho algo así, pero oírlo en voz alta sonaba mal. Richard era un buen tipo.

—No está mal. Es un hombre dulce, cariñoso y muy atento —aseguré. El sexo había sido… agradable. Pero era cierto: el mundo no se había tambaleado a mi alrededor.

—Pero tú quieres que te empuje contra la pared y te empotre como es debido —replicó Haven. Había dado en el clavo, como siempre.

Suspiré.

—Puede ser. Quiero decir, Richard es genial en muchos aspectos. Debería gustarme más de lo que me gusta. Es amable conmigo, es guapo, tiene un buen trabajo. Es solo que… hay algo que no está bien, como si no sintiera lo que debo sentir por él. Pero tal vez no sea necesario sentir más, ¿verdad? Tal vez llegue con el tiempo. —Quería que me empujara a quedarme con Richard porque no estaba segura de nada. ¿Debía aspirar a los fuegos artificiales? ¿Era eso lo que podía hacerme feliz? Durante años, amar a Luke no había hecho que alcanzara la felicidad. Querer más de Richard me parecía egoísta e inmaduro cuando todo en él era genial… Al menos, en apariencia.

—Sea lo que sea, ¿sientes eso por Luke? —preguntó en voz baja. Rara vez hablábamos abiertamente de mis sentimientos por Luke.

Bromeaba con él, le decía que algún día íbamos a casarnos, lo llamaba guapo y ese tipo de cosas. Y a veces él me devolvía el coqueteo. Era un juego, o lo había sido. Yo ya no lo hacía. La diferencia entre Luke y yo era que mi coqueteo fingido encubría sentimientos reales, sentimientos que había guardado desde aquel día bajo el magnolio. Entonces me había enamorado de Luke. Le había entregado mi corazón. Luke era como fuegos artificiales, pero no podía obligarlo a sentir eso por mí. Y estaba casi segura de que estaba a punto de casarse.

Me encogí de hombros.

—No importa lo que sienta por Luke. Sé que me ve como una hermana pequeña. Lo he aceptado, y por eso salgo con Richard. —No estaba segura de haber conseguido apartar por completo a Luke de mi corazón, pero lo estaba intentando. Tal vez solo necesitaba darme más tiempo con Richard. Tal vez necesitaba conocerlo mejor, llegar a conocerlo como conocía a Luke.

—Creo que es una gran idea. Emma y él llevan juntos mucho tiempo, y ella está cerca de la treintena: su reloj biológico se ha puesto en marcha.

Mi corazón se aceleró ante las palabras de Haven. ¿Había aceptado casarse con ella? ¿Haven lo sabía?

—Me ha dicho que se siente presionado por ella —comenté.

Haven se sonrojó y apartó la mirada.

—¿Te lo ha contado?

—Sí, hablamos de ello en el almuerzo.

—Bien. ¿Qué te parece?

El estómago me dio un par de volteretas. Joder, odiaba pensar en ello, pero, más que nada, quería que fuera feliz.

—Creo que tiene que decidirse por algo: o pasa por el altar o lo dejan. Debe de quererla. Son pareja desde hace años. Así que deberá elegir lo que le haga más feliz.

Haven apretó los labios.

—Sí, tienes razón. Es solo que no creo… En fin. Volviendo a ti. Quizá Richard no sea el hombre adecuado para ti porque necesitas más química. Pero no se trata de tachar cosas de una lista. El que cumpla unos criterios arbitrarios no significa que estéis destinados a estar el uno con el otro —dijo.

—¿Destinados? —¿De verdad acababa de decir eso? Se había vuelto idiota desde que se había casado con Jake.

—Ya sabes lo que quiero decir. —Se rio —. No significa que tengas que pasar el resto de tu vida con un hombre solo porque encaje en la descripción.

—Quiere que nos vayamos de fin de semana. A Lake District. Y creo que nos vendrá bien pasar más tiempo juntos. Con suerte, descubriré

si existe un futuro para nosotros.

—Y si no lo hay, quizá conozcas a alguien en ese máster del que hablabas.

Giré la base de la copa de vino sobre la encimera, observando cómo el alcohol se deslizaba hasta los bordes con el movimiento.

—Ya, pero aún tengo que resolver si voy a hacerlo o no.

—¿Hacer qué? —preguntó Luke, pinchándome en la cintura con un dedo de camino a la nevera.

—¿No te lo he dicho? —pregunté—. Estoy pensando en hacer un máster.

—¿En serio? Vaya —alegó, desviando la atención de la nevera. Rara vez se afeitaba en domingo, y la barba incipiente que cubría su mandíbula parecía lo bastante crecida como para que me hiciera cosquillas en la piel. Tenía que concentrarme.

—¿Crees que no debería hacerlo? —le pregunté. No se lo había dicho a Richard porque aún no había decidido si presentarme o no.

—Dios, tienes que hacerlo. Creo que es increíble. Deberías hacerlo. ¿Es porque quieres cambiar de trabajo, te ayudará a ascender y esas cosas? —preguntó, dejando dos cervezas frías sobre la encimera y mirándome con intensidad.

—Si de verdad quiero ser directora de enfermería en un hospital, me lo pedirán, y si quiero dejar de trabajar como simple enfermera y dedicarme a otro tema más amplio relacionado con la sanidad, supongo que también me ayudará. No podemos quedarnos parados, ¿verdad? No puedo estar limpiando vómitos de mi uniforme el resto de mi vida.

Le brillaban los ojos, y todo su cuerpo parecía concentrado en mí. Me encantaba cuando tenía toda su atención.

—¿Cómo es que no me has hablado de esto? ¿Cuándo empiezas?

Haven fingió no mirarnos mientras se dedicaba a cortar las cebollas que le había pedido.

—Todavía no he decidido si debo hacerlo o no.

—¿Por qué no ibas a hacerlo? Es decir, creo que eres la mejor limpiando vómitos y una miríada de otros fluidos corporales del uniforme, y estoy seguro de que tus pacientes te echarían de menos, pero eres una chica lista. Puedes hacer lo que quieras.

—¿Tú crees? Sé que soy una buena enfermera, pero me preocupa que al estar en una clase con un montón de personas inteligentes me convierta en… —*¿La tonta de la clase?*

—Eres muy inteligente. Podrías haber hecho lo que hubieras querido con tu carrera. Eres capaz de enfrentarte a una sala llena de consultores de gestión. Lo que pasa es que tu corazón es aún más grande que tu cerebro. Por eso eres enfermera.

Me encantaba que me viera así. Luke siempre sabía lo que tenía

que decir, y, cuando lo hacía, yo no tenía una buena razón para no intentarlo, salvo el coste, por supuesto. Me encogí de hombros.

—Tengo que hacer un examen y rellenar una solicitud. Se acerca la fecha límite.

—¿Empezarías en enero?

Asentí.

—¿No es genial, Haven? —preguntó Luke.

—Sí, debería hacerlo.

Les sonreí a los dos. Si les hubiera dicho que iba a volar a la luna, les habría parecido una buena idea.

Como había prometido, Richard organizó un fin de semana en Lake District. Eligió un precioso hotel rural que parecía estar en medio de ninguna parte. No habría podido pedir un lugar más romántico.

—Vaya, qué vista —me admiré, mirando las montañas y el lago por la ventana del dormitorio. Me encantaba ver que el sol lo teñía todo de amarillo antes de llegar al horizonte.

—Es precioso, ¿verdad? —preguntó Richard; se acercó y me rodeó la cintura por detrás con las manos. No me resultaba del todo natural, pero tampoco desagradable. Solo raro.

—¿Cómo has dado con este lugar?

—Un tipo del trabajo pasó aquí su luna de miel.

Entendía por qué. La habitación era enorme pero acogedora, con una chimenea y una cama con dosel. Era lo que aparecería si escribías *«hotel rural romántico»* en Google. Del mismo modo, si hubieras escrito *«hombre romántico, atento, amable y generoso»,* habría salido Richard, porque hacía gala de todas esas cualidades.

—Se me ocurrió que podríamos pasar la noche aquí. Se supone que el restaurante del hotel es muy bueno, así que he hecho una reserva para las ocho, si te parece bien.

—Claro —dije, y recosté la cabeza en su pecho. No podía ser más atento y amable.

—Si lo prefieres, no tenemos que ir a ninguna parte. Seguro que tienen servicio de habitaciones. —Me apartó el pelo y me besó en el cuello.

Llevábamos tres meses y era nuestro primer fin de semana juntos. Habría tenido que estar desesperada por mantener ocupado al servicio de habitaciones, pero no me sentía así. Tampoco era que no pudiera soportar que me tocara. Cuando me besaba, me gustaba. Pero tenía emociones encontradas sobre que me tocara; sobre él, en realidad. No lo echaba de menos cuando no estaba y no me emocionaba verlo, aunque cuando estábamos juntos, lo pasaba bien. Con suerte, y dado que las cosas entre nosotros se estaban poniendo más serias, mis

sentimientos por él se volverían más intensos. Pero las palabras de Haven resonaban en mi cabeza: tal vez no era el hombre adecuado para mí.

Sonó el teléfono y, aunque no me moví para contestar, Richard me soltó la cintura.

—Atiende la llamada, y mientras me daré una ducha rápida —dijo, y luego me plantó un beso en la mejilla.

El nombre de Luke parpadeaba en la pantalla. Hablando de coincidencias…

—Hola —le dije. ¿Por qué me llamaba?

—Hola, estoy en el supermercado. ¿Qué vino comentó Haven que debía llevar el domingo? —El ruido de los demás clientes de la tienda resonó por debajo de su voz.

—¿Por qué tengo que saberlo? —El agua empezó a correr en el baño, y me relajé un poco. Me resultaba extraño hablar con Luke mientras estaba con Richard. Me volví hacia la ventana; no quería desperdiciar la vista.

—Tú también estabas, ¿verdad?

—No me acuerdo. Pero compra el *pinot noir*. Aunque no sea el que te pidió, le gustará.

—De acuerdo. Y tengo que pedirte un favor.

Me sentí enferma. ¿Me iba a decir que estaba prometido y que quería que leyera algo en su boda?

—Tengo un evento del trabajo. Una especie de entrega de premios. ¿Puedes venir conmigo? Es de etiqueta y todo eso. —Con los años, me había acostumbrado a acompañarlo a eventos como ese. Aunque no lo había hecho desde que se había mudado con Emma.

Cambié el peso de un pie a otro. Me alegraba que me lo pidiera, pero sabía que no debía ir.

—¿Por qué no puede acompañarte Emma?

—Estará trabajando.

Apoyé la frente en el frío cristal que tenía delante. Quería ir. Y esa era la diferencia. Si hubiera sido Richard quien me lo pidiera, habría dicho que sí, aunque en realidad no quisiera. Si iba con Luke, íbamos a reírnos durante toda la noche y a pasarlo de maravilla.

—¿Cuándo es? —pregunté. Debía decir que no. Debía inventarme una excusa. Pasar tiempo con Luke no iba a hacer que Richard me gustara más, y ese era mi objetivo en ese momento.

—Es dentro de cuatro semanas. Por favor, di que vendrás. No puedo soportar asistir a estas cosas, y tú conseguirás que sea divertido.

—¿No puede ir Haven?

—No pienso llevar a mi hermana. ¿Es que quieres que parezca patético? —preguntó.

Sonreí.

—Pensaba que yo era como una hermana para ti. —Lo estaba provocando, rozando el flirteo, y no estaba bien.

—Bueno, eres como una hermana, pero no de sangre. Nadie tiene que saber que te he visto hacerte pis encima. Podríamos ser pareja. —Hacía tiempo que había superado el punto en el que jugar a ser su pareja era suficiente para mí. Necesitaba algo real.

—Dios, tenía cinco años. ¿Alguna vez me dejarás olvidarlo? —Había encontrado a Luke orinando en las rosas de mi madre, y yo había pensado unirme a la diversión, pero había acabado con las braguitas mojadas y recibiendo una regañina de mi madre. Luke se había reído hasta que casi se le habían salido los ojos de las órbitas.

—Yo esperaría sentado.

—Comprobaré mi agenda. No sabré si trabajo esa noche hasta la semana que viene. —¿Cómo era que Emma ya tenía su horario? Trabajaba en el mismo grupo de hospitales, y los médicos y las enfermeras recibían los horarios con cuatro semanas de antelación. Seguro que aún no lo sabía.

—Eres la mejor. Te veré el domingo.

Negué con la cabeza cuando vi que daba por hecho que iba a ir con él.

—No iré el domingo, pero te avisaré.

—¿No vas a ir? ¿Por qué? —preguntó.

Vacilé un segundo antes de decidir ser sincera.

—Me voy fuera el fin de semana. Con Richard.

—Ah, es verdad. Entonces… Entonces ¿vas en serio?

No quería hablar de eso con él.

—Ya te lo dije, llevamos saliendo tres meses. Llevamos tres meses en serio. En serio de verdad, no como tú y Emma.

No dijo nada.

—Hablaremos la semana que viene —me despedí.

—Sí, vale. —Noté algo en su voz que no había estado allí antes. No podía identificarlo, pero parecía inseguridad.

La ducha dejó de oírse y volví a meter el móvil en el bolso justo antes de que Richard apareciera en albornoz.

—Muy bonito —le dije.

—Gracias. En la parte de atrás de la puerta hay un gancho con un «PARA ÉL» y un gancho con un «PARA ELLA». —Enderezó la parte delantera de la bata para mostrarme las palabras «PARA ELLA» bordadas en el bolsillo del pecho.

Quería preguntarle si se había dejado el pene en Londres. Sonreí ante mi propia broma, pero no sabía si a Richard le haría gracia.

—¿Te has equivocado de albornoz? —le pregunté.

Se detuvo frente a mí, y me agarró por la cintura.

—No —dijo, acercándose a mí—. Me lo he puesto porque soy para

ti. Tuyo. —Apretó los labios contra los míos, y yo le rodeé el cuello con los brazos mientras cerraba los ojos, dejando que nuestras lenguas se encontraran—. Soy todo tuyo.

Y ese era el problema. Yo no era toda suya, pero intentaba serlo.

5

LUKE

—¿Por qué no has traído a Emma? —preguntó Haven al abrir la puerta.

—¡Cómo me alegro de verte, querido hermano! ¿Qué tal estás? —respondí con sarcasmo. Me agaché y la besé en la mejilla, y luego pasamos al salón a doble altura.

—¿Y? —insistió ella.

Jake estaba en la cocina y nos saludamos arqueando las cejas.

—No ha querido venir, y no puedo obligarla —dije. La verdad era que no había insistido demasiado. Prefería que estuviéramos los cuatro solos. O los cinco, cuando Beth se unía a nosotros. Encajábamos bien.

—¿Le has sugerido que viniera? ¿Qué ha respondido? —preguntó.

—Que siempre se siente incómoda porque tenemos bromas personales, o algo así.

—Ya… ¿Y por qué Jake no se siente así? Llevas más tiempo con Emma que yo con él. —Haven agitó el cuchillo de verduras en el aire para dar énfasis a sus palabras—. ¿Te incomodaba venir a cenar el domingo por la noche? —preguntó a Jake, que parecía estar rallando algún tipo de verdura con un rallador de queso, y estaba convirtiendo el procedimiento en algo inusualmente complicado.

Negó con la cabeza.

—Nada me habría impedido pasar tiempo contigo, y quería conocer mejor a tu familia. De todas formas, Ash y Luke me cayeron bien desde el principio; ¿por qué no iba a gustarme pasar tiempo con ellos?

—Para, que vas a hacerme llorar —dije, y Jake me sonrió.

—¿Así que quiere casarse contigo, pero no traga a tu familia? —consideró Jake. Pasó de rallar la verdura a remover algo en el fogón, con los ojos fijos en la olla como si esperara que salieran *gremlins* de ella en cualquier momento.

—No es tan sencillo —razoné—. Hasta yo entiendo que es más difícil para ella que para ti. Haven y Ash son dos mujeres para tener en cuenta.

—¿Qué significa eso? —Haven entrecerró los ojos mientras apuntaba con lo que parecía un cuchillo muy afilado en mi dirección.

—Significa que las dos son muy protectoras, y está genial y todo eso, pero… —La presencia de Ash complicaba las cosas. No era mi hermana, pero me conocía igual de bien, si no mejor, que Haven. Y yo disfrutaba de su compañía, pero mis novias no habían entendido demasiado bien nuestra relación—. Dejemos el tema por favor. He oído que Ash está fuera este fin de semana. —Siempre había algo raro en el ambiente cuando ella no estaba los domingos. Me resultaba inquietante.

—Sí, Richard la ha llevado a Lake District. Va muy en serio con ella. Se nota que tiene la luz verde parpadeando sobre la cabeza —comentó Haven.

Miré a Jake para ver si se preguntaba qué demonios quería decir. Y sí, parecía tan confundido como yo.

—¿A qué te refieres con que tiene una luz encima de la cabeza?

—Ya sabes, cuando los chicos están listos para casarse, las luces se ponen en verde. Richard está dispuesto y quiere pasar por el altar. Se nota.

—¿De dónde has sacado esa tontería? —preguntó Jake, y la llevó hacia sí y la besó con rudeza.

Ella lo apartó.

—Cuidado con la salsa o se quemará —le advirtió—. Todo el mundo sabe que a los tíos se les enciende la luz verde de repente, y, cuando eso pasa, se casan en menos de un año.

—¿Tú crees? —pregunté.

—Entre tú y yo no pasó eso —dijo Jake con cara de confusión—. Quiero decir que yo no tenía la luz verde hasta que te conocí.

—Sí, pero yo soy especial, la excepción que confirma la regla. O algo así. Solo quiero decir que creo que, si Ash quiere casarse con Richard, estarán comprometidos a finales de año.

Se me revolvieron las tripas ante la idea de que se me impusieran más cambios, de que Ash se comprometiera. Me había centrado en que casarme con Emma habría cambiado las cosas, pero, si Ash se casaba con Richard…, ¿qué podía provocar eso con nuestra rutina, con las cenas de los domingos por la noche? ¿Iba a poder seguir saliendo con ella? ¿Invitarla a eventos de trabajo? La cabeza empezó a darme vueltas.

No estaba seguro de si el hecho de que Jake y Richard estuvieran dispuestos a comprometerse tan rápido significaba que yo era diferente o si solo era que no estaba con la mujer adecuada. Haven era, sin duda, la mujer adecuada para Jake, pero ¿y Ash? ¿Era la mujer adecuada para Richard? ¿Era Richard el hombre adecuado para ella?

—Nunca se sabe. Puede que se declare este fin de semana —dijo Haven.

—¿Qué? Es imposible. Si la conoce desde hace tres meses… —protesté.

Jake asintió.

—Puede que tu hermana tenga razón. Cuando lo sabes, lo sabes. A mí me llevó menos tiempo saber que iba a casarme con Haven.

—Tienes que estar de coña. ¿Le gusta tanto como para casarse con él? No me dio esa sensación.

Haven no respondió y se limitó a ponerme delante unas manzanas y un pelador de verduras.

Cogí una manzana y empecé a pelarla.

—No estoy seguro de que encajen bien, ¿sabes? —En mi cabeza siempre había imaginado a Haven casada algún día, pero no había pensado lo mismo en el caso de Ash. Siempre la había visto como… si fuera mía, de alguna manera. Como si fuéramos una pareja. Tampoco era que hubiera habido algo romántico entre nosotros, solo que sabía que era especial para mí y yo para ella. Había un vínculo entre nosotros—. No quiero que termine casada con un perdedor. Ya es bastante malo tener que aguantar al tuyo. —Ladeé la cabeza hacia Jake y él sonrió.

Intenté recordar cómo era Richard, pero solo habíamos intercambiado una presentación fugaz. No había visto ningún tipo de chispa entre ellos, pero tal vez fuera una ilusión por mi parte. Supuse que podía parecerle guapo y que podía ocuparse de ella económicamente; a fin de cuentas, era médico.

—Supongo que en apariencia es un buen partido…

—Y tú podrías estar casado con Emma a finales de año —me recordó Haven.

—De eso nada —dijo Jake antes de que tuviera oportunidad de responder. Haven le dio un manotazo de forma juguetona en el brazo —. ¿Qué? —preguntó, y ella le lanzó una mirada de advertencia.

—¿Has decidido ya lo que vas a hacer? —preguntó.

Aunque había intentado olvidar el ultimátum de Emma, no había pensado en nada más. Al principio estaba convencido de que iba de farol, que se habría calmado en un par de días y que todo iba a volver a la normalidad. Pero sabía que eso no iba a ocurrir. El problema era que queríamos cosas diferentes. Cuanto más tiempo pasaba, más claro tenía que no quería casarme con ella.

—No. —Lo único que sabía era que, tomara la decisión que tomara, iba a perder algo.

—Hola —saludé al entrar en nuestro piso después de cenar.

—Hola —respondió ella. Era un progreso. Al menos esa noche me hablaba.

—Haven y Jake han preguntado por ti —dije mientras me juntaba con ella en el salón.

—Bien.

—Emma…

—No me digas «Emma» en ese tono, como si fuera una arpía poco razonable. Mi único pecado ha sido quererte. Ahora solo quiero que decidas de una vez si ves un futuro conmigo.

Me desplomé en el sofá. Me encantaba ese sofá. Lo tenía desde la universidad, lo había comprado cuando compartía piso en segundo curso. Emma había intentado convencerme de que me deshiciera de él cuando nos fuimos a vivir juntos, pero yo había tenido que regatear con ella y, al final, había cedido a mudarnos a la zona que le gustaba con la condición de que permitiera que me lo quedara. Pasé la mano por el suave cuero marrón del reposabrazos y agradecí la familiaridad que me ofrecía. No tenía sentido responder a Emma. No tenía nada que añadir: estaba claro que no iba a convencerla. Las cosas no iban a volver a ser como antes, así que ella tenía razón. Tenía que decidir si quería casarme o no, si quería tener una familia y hacer todas esas cosas que hacía la gente normal.

—Si nos separamos, me quedo con el piso. Te compraré tu parte —añadió.

Estaba claro que había estado pensando en ello. Haciendo planes. Dios, no podía seguirle el ritmo.

—Aceptaste darme algo de tiempo para pensarlo. Es una decisión que no se toma a la ligera.

Emma suspiró, cogió su libro y se levantó de la silla para ir al dormitorio.

—La cuestión es que no debería ser así.

Era temprano, pero la cama me pareció un buen lugar para estar. Necesitaba algo de espacio para pensar. ¿Iba a sentirse Ash así cuando Richard le propusiera matrimonio? ¿Iba a tener dudas? Sabía que Haven y Jake nunca se habían cuestionado su futuro juntos. Eran conscientes de lo que querían, y Jake adoraba a mi hermana. Pero no todas las parejas tenían esa suerte, ¿verdad? Que Richard no hubiera ido todavía a cenar el domingo por la noche sugería que Ash no iba tan en serio con él como Haven con Jake. Pero quizá, si él se lo propusiera, ella podía ir más en serio. Cerré los ojos. Habría tenido que concentrarme en mi relación con Emma, no pensar en Ash y Richard.

¿Debía seguir el consejo de Jake y esperar a la chica adecuada? ¿Era el tipo de hombre que encontraba a la chica adecuada? No estaba seguro. Emma tenía razón: llevábamos juntos el tiempo suficiente para comprender lo que sentíamos el uno por el otro. Y aunque la quería, a fin de cuentas, si era sincero conmigo mismo, no quería casarme con

ella. Por mucho que intentara imaginarme casado con Emma, era más fácil imaginar mi futuro sin ella que formando parte de su vida. De hecho, eso no me resultaba tan incómodo. Volví a pensar en Ash. La idea de que ella no formara parte de mi mundo porque había construido una vida con Richard me parecía… Bueno, era impensable. La mera posibilidad hacía que me subiera la temperatura y me sudaran las palmas de las manos.

Había echado de menos a Ash esa noche. Las cenas nunca eran lo mismo sin ella. Seguramente iba a volver tarde de pasar el fin de semana fuera. Saqué el móvil para mandarle un mensaje.

Luke: *Hola. Te he echado de menos en la cena de esta noche.*

Ojeé algunos correos del trabajo sin dejar de preguntarme si iba a contestar.

Ash: *Es bueno saber que alguien me echa de menos.*

Sonreí ante la pantalla. Por supuesto que la echaba de menos.

Luke: *¿Has comprobado tu agenda? ¿Puedes ir a la cena de entrega de premios?*

Estaba deseando que llegara esa noche, puesto que ya la había invitado; esperaba que no tuviera que trabajar.

Ash: *Sí, puedo ir. Richard también sale esa noche.*

¿Desde cuándo el hecho de que Richard saliera se había convertido en un factor fundamental en la toma de decisiones de Ash? Quizá Haven tenía razón e iban en serio. Mis dedos se crisparon por la necesidad de marcar su número. Quería llamarla y preguntarle qué pasaba, si iba a casarse con él. Yo era como un hermano para ella y tenía derecho a saberlo, ¿no? Pero no era solo porque quisiera protegerla.

Eran celos.

De Richard.

ASHLEIGH

—Ha sido increíble, ¿verdad? —comentó Richard, y me dio un suave

beso en los labios. Estábamos metiendo las maletas en el coche, preparándonos para volver a casa desde Lake District.

Asentí. El fin de semana había sido encantador, pero no increíble. Richard había sido amable, considerado y atento, como siempre. No podía quejarme de nada, pero no me había reído tanto como de costumbre, no había hecho el tonto ni me había sentido yo misma.

—Siempre me olvido de lo bonito que es esto —dije; me aparté del coche y volví la vista hacia el lago que tenía ante mí; arriba, las montañas se recortaban contra el cielo azul. Inhalé el aire de la montaña. Antes de que mis padres se mudaran a Hong Kong, solíamos visitar Lake District con bastante regularidad. Haven y Luke nos habían acompañado una vez, antes de que murieran sus padres. Incluso cuando llovía, que era la mayor parte del tiempo, era un lugar increíble, mágico y muy diferente de Londres.

—Gracias por traerme de vuelta.

—Tendremos que regresar cuando podamos. Quizá podamos pasar aquí la luna de miel. Nunca se sabe —dijo Richard, sonriéndome.

Su sugerencia me retorció las tripas, pero esbocé una sonrisa. No fue emoción lo que me recorrió el cuerpo, sino ansiedad al pensar en la luna de miel con Richard, de vivir mi vida con Richard. Era un tipo estupendo y sabía que estaba LOCA con mayúsculas por no sentirme encantada ante la sugerencia. Pero, por mucho que lo intentara, no me tomaba nuestra relación tan en serio como él. En realidad, suponía una decepción no ser capaz de enamorarme de él. Una parte de mí se preguntaba si estaba destinada a ser infeliz o si iba a elegir el camino más difícil hacia la felicidad y estaba abocada al fracaso.

Richard me abrió la puerta del acompañante y subí. Me acomodé para el largo viaje.

—¿Tienes una semana ajetreada? —preguntó mientras arrancaba el motor.

Asentí.

—Sí, estaré bastante ocupada. Tengo que estudiar para el examen de ingreso, así que las próximas semanas serán brutales.

Me miró.

—Perdona. ¿De qué estás hablando? ¿A qué examen de ingreso te refieres?

—De lo que te conté de inscribirme en un máster de dirección de empresas.

—No me has comentado nada. ¿Por qué quieres hacerlo?

—Creo que será positivo. Me ayudará si quiero dirigir el departamento de enfermería en un gran hospital, o… no sé. Puede que quiera cambiar mi carrera y pasar a desempeñar un papel más general en la atención sanitaria. —Me gustaba el reto que suponía un máster, y cada vez era más frecuente que lo hicieran las enfermeras. Aunque

me gustaba mi trabajo y el contacto con los pacientes, podía hacer más por la gente si tuviera la oportunidad de influir en la política del hospital.

Richard no respondió. Se limitó a mirar a través del parabrisas la carretera que teníamos delante.

—¿No crees que sea una buena idea? —pregunté.

—No pensaba que fueras una chica de carrera, eso es todo.

¿Qué significaba eso?

—¿Qué es una chica de carrera?

Frunció el ceño, miró en mi dirección y de nuevo a la carretera.

—¿No te gustaría quedarte en casa con tus hijos? —preguntó.

—Bueno, a menos que sepas algo que yo ignoro, no estoy embarazada. De todos modos, me gusta trabajar. No entiendo que ser una «chica de carrera» pueda ser algo malo.

—No digo que sea algo malo. Me parece estupendo que hayas ido a la universidad, pero la maternidad es el trabajo más importante que podrías hacer.

—¿Como la paternidad?

—Bueno, sí, pero es diferente, ¿no?

—¿Tú crees?

—Bueno, debemos tener en cuenta que mi potencial de ingresos es mayor que el tuyo, así que tiene más sentido que, si uno de los dos tiene que quedarse en casa, seas tú.

¿De verdad estábamos hablando de cómo iba a ser nuestra vida de casados? Quise desabrocharme el botón superior de la camisa para aliviar la opresión que sentía en la garganta, pero llevaba un cuello de pico y no era eso lo que me agobiaba.

—Quién sabe, a lo mejor acabo ganando más que tú si me saco el máster.

—¿Y es eso lo que quieres?

—¿Qué? ¿Tener una carrera exitosa y gratificante? Claro, ¿no es eso lo que quieres tú?

—Ya, pero ¿quieres más eso que tener hijos y ser ama de casa?

¿Cómo era posible que estuviéramos teniendo esa conversación al principio de un viaje de cinco horas en coche?

—Quiero tener hijos y una carrera. Supongo que como tú.

Richard asintió, pero no contestó.

Haven tenía razón. Richard no era el hombre adecuado para mí. Si no lo hubiera sabido antes, la forma en que él veía nuestro futuro juntos habría aclarado mis sentimientos. En última instancia, si no queríamos las mismas cosas en la vida, no importaba que hubiera o no pasión entre nosotros. En cierto sentido, suponía un alivio. Me ofrecía una razón sensata para no querer a Richard. No tenía que preocuparme de si estaba dispuesta o no a renunciar a la pasión a

cambio de un buen hombre ni de que querer a alguien que era mi mejor amigo —que me hacía reír pero que también sabía cómo hacer que se me encogieran los dedos de los pies— fuera ingenuo y ridículo. Se trataba de problemas concretos de compatibilidad.

Tenía que decírselo. Cuanto antes, mejor. Estaba claro que se tomaba lo nuestro en serio, y no era justo que siguiera pensando que yo también lo hacía.

—Oye, ya has pedido el vino, por lo que veo —le dije a Haven al llegar a la mesa. Habíamos quedado en uno de nuestros restaurantes favoritos de Londres. No era lujoso, pero el personal era amable y los aperitivos, increíbles.

—Tienes muy buen aspecto —respondió ella.

—Gracias. —Había ido a casa a cambiarme. Quería sentirme bien esa noche.

—¿Ir a Lake District te ha sentado bien?

Sonreí.

—Algo así. Siempre me gusta volver allí, pero lo mío con Richard no funciona.

—¿Qué quieres decir? —Hizo una pausa justo antes de servir el vino. Señalé mi copa. Necesitaba un trago.

—Terminé con él anoche. No encajábamos.

—¿Por el sexo?

—Sí y no. Creo que el sexo era solo una prueba de nuestra falta de conexión en muchos aspectos. Queríamos cosas diferentes, y yo no podía ser yo misma a su lado; no me hacía reír. Creo que habría sido infeliz con él; seguramente, no habría alcanzado todo mi potencial.

—Me parece que has tomado la decisión correcta. Necesitas a alguien que te haga más feliz, que te haga florecer.

Asentí.

—¿Cómo se lo tomó? —preguntó.

No estaba segura de cómo se lo había tomado. En un momento dado, estaba hablando de nuestra luna de miel y mostrándose muy atento, pero apenas había reaccionado cuando nos vimos al día siguiente y le dije que no creía que lo nuestro fuera a funcionar.

—Bien, creo. A veces pensaba que le gustaba de verdad y otras veces no estaba segura de si era yo o la idea que tenía de mí lo que le gustaba. Creo que voy a empezar a buscar citas por internet —dije.

—¿Así que esto no es por Luke? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—¿No has terminado con Richard porque estás enamorada de Luke? —Miré por encima del hombro para comprobar quién estaba cerca. Lo último que necesitaba era que Luke estuviera escuchando

detrás de nosotras.

—Haven, llevo mucho tiempo enamorada de tu hermano; no estoy segura de que eso vaya a cambiar en el futuro, pero sé que se casará y tendrá un par de hijos con Emma. Me alegro por él si eso le hace feliz. Solo necesito concentrarme en lo que me hará feliz a mí.

Parecía sorprendida.

—¿Crees que lo quieres?

—Sé que es así —respondí.

—Lo siento —dijo Haven, cogiéndome la mano—. No sabía que sentías algo tan fuerte.

—No pasa nada. He tenido mucho tiempo para acostumbrarme a que él no sienta lo mismo. Si no ha pasado ya, no va a pasar. —Inspiré hondo—. No digo que lo haya superado ni que vaya a hacerlo nunca. Solo sé que tengo que conseguir que mi mundo no esté centrado solo en él. —Haven tenía los ojos vidriosos por las lágrimas—. Lo siento. No debería haberte dicho nada —alegué, apretándole la mano.

—No, me alegro de que lo hayas hecho. Siento que no hayas podido hablar conmigo de estas cosas.

Aparté la mano.

—Es tu hermano. No quiero que te resulte incómodo. De todos modos, ahora no volveremos a hablar de ello. Voy a seguir adelante. Salir con Richard ha sido bueno para mí; solo me falta encontrar al hombre adecuado. ¿Podemos clonar a Jake? Me serviría perfectamente.

—¿Sabes?, con sus contactos científicos y su dinero, es una auténtica posibilidad. Se lo preguntaré. Mientras tanto, ¿más vino?

Asentí.

—Ah, sí…, y tiene que adorarme como Jake te adora a ti.

—Por lo que decías, Richard te adoraba.

—Supongo que sí, pero lo que busco es adoración mutua.

—Acuérdate de que Jake y yo nos odiábamos cuando nos conocimos. No siempre se trata de amor a primera vista.

—Lo sé, pero le di a Richard tres meses, y no ha funcionado. Lo sabes, ¿no?

A cuanta más distancia estuviera de Luke a partir de ese momento, mejor. Tenía que dejar de comparar lo que tenía con él, lo que sentía por él, con mi siguiente cita. Tal vez la práctica hacía al maestro.

6

Luke

No iba a agotar el plazo que me había impuesto Emma. Ya había descubierto adónde nos encaminábamos, y me parecía injusto alargar la situación. Emma tenía libre el día siguiente, así que iba a decírselo por la tarde. Le había enviado un mensaje a primera hora para sugerirle que habláramos cuando volviera del trabajo, y me había contestado que iba a estar en casa a las ocho. También había llamado a Haven para preguntarle si podía pasar unos días con ellos mientras buscaba un lugar para vivir.

El corazón me retumbaba en el pecho. Todas las piezas encajaban en su sitio, solo tenía que apretar el gatillo. No estaba seguro de si iba a encontrarme con lágrimas o con ira. Últimamente, Emma había sido impredecible. Una parte de mí pensaba que le estaba dando la conclusión que esperaba y que solo quería que me marchara. Pero otra parte de mí temía por mis partes masculinas. No quería que me castrara.

Había metido en una maleta las cosas que iba a necesitar durante unos días, y estaba a punto de esconderla detrás de la puerta de la habitación de invitados cuando oí las llaves de Emma en la cerradura. Había llegado el momento. Tenía que soltar la noticia lo más rápido posible, sacarlo todo y ver cómo se sucedían los acontecimientos.

Entré en la cocina y saqué dos copas del armario. Había comprado una botella de su vino favorito. ¿Era demasiado insensible por mi parte? ¿Podía pensar que iba a pedirle matrimonio? Joder, tal vez era un error. En realidad, no sabía qué era lo correcto. No quería que se enfadara. No quería que me odiara. Solo necesitaba que entendiera que, aunque la quería, no deseaba casarme con ella.

—Hola —me saludó en voz baja, quitándose el abrigo al entrar en la cocina. Sus ojos se dirigieron al vino y curvó levemente las comisuras de los labios. Joder, pensaba que eran buenas noticias. Sus ojos fueron hacia los míos y se puso seria. Le pasé una copa.

—¿Qué tal en el trabajo? —pregunté.

—Bien. Un paciente me vomitó encima. ¿Y tú qué tal?

Sentía náuseas y era consciente de cada uno de mis huesos, como si mi nerviosismo me hubiera penetrado hasta el esqueleto.

—Todo normal —dije. Ella cogió su vaso y se desplomó en mi sofá. Yo me senté frente a ella en la mesa de centro. Tenía que hacerlo ya o iba a darme un ataque de nervios—. He estado pensando en lo que me dijiste. —Sus ojos mostraban una mezcla de miedo y excitación, y apretó tanto la copa que los nudillos se le pusieron blancos—. De hecho, desde que surgió el tema, apenas he pensado en otra cosa, y no va a funcionar. —Se me encogió el estómago mientras buscaba una reacción en su rostro. Se quedó muy quieta—. Lo siento —susurré.

—¿Necesitas más tiempo? —preguntó en voz baja. No era lo que esperaba que dijera—. Sé que no debería haberte puesto ese plazo. Si no estás preparado, puedo darte más tiempo. —Sus palabras fueron más rápidas al final, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Me eché hacia delante y le cogí la mano.

—Has hecho bien en presionarme. No había pensado en ello, y debería haberlo hecho. Debería haber entendido lo que sentías sobre nuestro futuro juntos, y no lo hice. Lo siento. —Había sido egoísta. Había querido congelar el tiempo y vivir en ese momento el resto de mi vida, porque, si eso fuera posible, no iba a perder nada ni a nadie.

Durante meses, después de la muerte de mis padres, no había dejado de recordar la última vez que los había visto, la última vez que los había abrazado, la última vez que les había dicho que los quería. Deseaba recordar esos momentos como si fueran perfectos. Lo hacía tan a menudo que las imágenes se habían distorsionado en mi cabeza y no podía distinguir lo que había sucedido en realidad de lo que me había inventado. Además, a partir de entonces me había aferrado a todo lo que me rodeaba porque temía perder algo, y no me cuestionaba si de verdad lo quería o no.

Era hora de madurar y de seguir adelante.

—¿Y no quieres casarte conmigo? —preguntó, con la voz temblorosa al pronunciar la palabra «conmigo». Joder, ¿cómo podía aligerar la situación?

Le cogí la mano y se la apreté.

—Te quiero. Eres increíble. Brillante, amable…, tienes todas las cualidades que cualquier hombre valoraría en una esposa. —Se le derramaron las lágrimas por las mejillas.

—Pero ¿no es suficiente para ti?

—Se trata de que no quiero casarme. Por ahora, pero quizá nunca. No me veo con hijos. A ti sí, y eso está bien. Quiero eso para ti, pero…

—Esperaré. Puedo darte un año y ver si comienzas a sentir otra cosa. —Parecía tan triste que me recriminé que fuera por mi culpa.

Negué con la cabeza. A esas alturas habría sido fácil aceptar un año más, pero, cuando pasara, todo iba a seguir igual. Y no podía hacerle eso. Quería que tuviera el futuro que imaginaba, y yo no podía dárselo.

—No voy a aceptar eso —dije, apretándole la mano—. No puedo.

—No me importa. Esperaré. No debería haberte presionado, sabía que no estabas preparado. Por favor, Luke, no me dejes.

Un mes antes no habría podido imaginar que estuviéramos manteniendo esa conversación. Pensaba que éramos felices. Disfrutábamos de una relación que nos daba mucha libertad. Y la amaba. La quería de verdad. Pero al ver que me estaba ofreciendo ese tiempo extra, supe que no podía aceptarlo porque no era justo para ella, porque, en última instancia, no era lo que yo quería. Quería pasar página. El malestar en mi estómago ya no era por el impacto que la conversación estaba teniendo en mí, sino por lo que le estaba provocando a Emma. Estaba preparado para un futuro diferente.

—No creo que sea una buena idea. No creo que vaya a cambiar nada. Lo siento —dije.

Tomó aire y entrecerró los ojos.

—¿Hay otra persona?

—Por supuesto que no. —¿Cómo podía pensar eso?—. Nunca te he engañado, ni a ti ni a nadie.

—¿Tampoco tienes nada Ash?

Se me encogió el corazón. ¿Creía que había algo entre nosotros? Mis sentimientos hacia la relación de Ash y Richard me habían dado vueltas en la cabeza y me habían provocado confusión, pero no había llegado a una conclusión sobre el porqué.

—Con nadie.

Asintió.

—Así que te irás a vivir a otro sitio.

—Me mudaré con Haven de forma provisional.

—De acuerdo —dijo ella, con el cuello en tensión—. Hablaré con mi padre para reunir el dinero para comprar tu parte.

—Ya sabes dónde estoy. Te avisaré si encuentro un apartamento.

Se echó a llorar de nuevo. Me dieron ganas de tomarla en mis brazos y hacer que todo fuera mejor. Me acerqué a ella, pero se apartó.

—Lo siento —dije, otra vez—. ¿Quieres que me quede esta noche? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No, llamaré a Kelly. Deberías irte ya. Te quería de verdad, Luke.

Cerré los ojos.

—Lo sé, y yo te quiero. Y quiero que seas feliz.

Me levanté, fui a la habitación de invitados y cogí la maleta.

Gracias a Dios, el día siguiente era viernes. Mi cerebro estaba a punto de fundirse por todos los ajustes que había estado haciendo

últimamente en mi vida. No solía ir de copas con los colegas, pero esa noche fue una excepción. Necesitaba olvidarlo todo, y el alcohol era el tratamiento perfecto. Podía sumergirme en esas relajadas sensaciones soporíferas y dejarme llevar un rato. Podía usar el alcohol para bloquear la culpa y el malestar, y también la ansiedad por lo que iba a ocurrir después.

La reacción de Emma a la ruptura había sido desgarradora. Me sentía culpable de que no estuviera incluso más enfadada conmigo; tenía razones para estarlo. Sin querer, le había hecho creer que podíamos llegar a ser algo más. Debí haber sido más sensible con ella.

—¡Los chupitos! —gritó Mark, otro de los abogados del bufete, mientras ponía una bandeja con vasitos llenos de vodka delante del grupo que habíamos ido al Chancery Bar. No podía recordar si ese era el cuarto o el quinto chupito que tomaba, pero todo se estaba volviendo agradablemente confuso.

—Solo para que lo sepas: Wendy ha descubierto que estás libre —me susurró Mark.

Me estremecí. Wendy, la jefa de administración, flirteaba con la mayoría de los abogados solteros, y varios de ellos habían tenido relaciones con ella. No pensaba ser uno más; no era mi tipo.

—¿No te interesa? —preguntó Mark—. Está buenísima.

Negué con la cabeza.

—Donde tengas la olla no metas la…

A Mark le pareció lógico y no insistió. Observé a las mujeres presentes en el bar. ¿Cuál era mi tipo? A Emma me la habían presentado en una fiesta. Era guapa, divertida e inteligente, pero no estaba seguro de preferir un tipo de mujer por el físico.

Llevábamos horas bebiendo cuando el grupo empezó a dispersarse. Miré el reloj. Ni siquiera eran las nueve. Dios, si parecían las dos de la mañana… No solía beber chupitos con el estómago vacío. Tal vez había llegado la hora de irme. Sin embargo, lo único que me esperaba en casa era una pareja que me daba ganas de vomitar: estaban tan enamorados que me provocaban náuseas. Saqué el teléfono. ¿Qué estaba haciendo Ashleigh? Podía darme una vuelta por su casa. Podíamos hablar. No le había dicho que había roto con Emma. ¿Qué iba a pensar al respecto? Quería saber más sobre lo que ella sentía por Richard. Quería saber más sobre él, si era o no lo bastante bueno para ella. Más que eso, quería entender por qué pensar en ellos juntos me ponía celoso.

Ir a verla se convirtió, de repente, en una urgencia.

Ashleigh

—¡Más vale que el edificio esté ardiendo! —grité como respuesta a los golpes que sufría la puerta de mi casa. ¿Quién demonios hacía tanto ruido a esas horas de la noche? Acababan de dar las nueve y yo estaba en pijama, sin maquillar, viendo la televisión. Habría sido una noche perfecta para no hacer nada si no hubieran decidido aguármela.

Miré por la mirilla y abrí la puerta de golpe.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Luke—. ¿Estás borracho?

Entrecerró los ojos como si le costara concentrarse.

—Sí. ¿Puedes darme un poco de agua?

Puse los ojos en blanco y fui a la cocina. Me siguió y la puerta se cerró detrás de él.

—Es tarde, Luke. ¿A qué has venido?

—Joder. —Se enderezó en toda su altura—. Perdón. ¿Está Richard aquí?

Abrí el grifo de agua fría y llené un vaso. Era obvio que Haven no le había contado que había roto con Richard. Negué con la cabeza. Sonrió y se acercó al sofá, donde se tumbó.

—¿Tienes algo para picar? —preguntó—. Mejor algo que lleve queso.

—Eres consciente de que hay un montón de restaurantes de comida rápida a los que puedes recurrir cuando estás borracho para llenarte de carbohidratos y agua, ¿verdad?. No tienes por qué venir a mi casa. —¿Cómo iba a mantener la distancia con él si seguía acosándome?

Luke gimió.

—Deja de quejarte, Ash. Te encanta cuidar de la gente, te dedicas a eso.

—Deberías irte a tu casa —dije—. ¿Llamo un taxi?

—Aggg, no. No puedo soportar oír a mi hermana follando con Jack. Déjame quedarme un poco más. Con suerte, se cansarán y estarán dormidos cuando llegue.

No tenía sentido.

—¿Por qué vas a oír a Haven y a Jack?

—¿Puedo quedarme contigo? —preguntó, y su cara se iluminó, aunque luego se apagó—. No. Tampoco quiero oíros a Richard y a ti. Quizá pueda irme a vivir con Kate Upton. A ella no me importaría oírla follar.

Era divertido e irritante a partes iguales cuando bebía tanto. Le tiré un cojín.

—Estás borracho. Vuelve a casa y podrás acostarte con tu novia.

—Necesito una casa. ¿Vienes a ver pisos conmigo?

Ni siquiera fingí querer saber de qué estaba hablando.

—Voy a hacerte un sándwich y luego te largas.

Me dispuse a prepararle un sándwich de queso, que sabía que era su favorito. No solía ver a Luke borracho desde que había dejado la

universidad. No era propio de él. ¿Y por qué hablaba de Haven y Jake? Parecía fuera de sí.

—¡Si tienes ganas de vomitar, vete al baño! —grité.

De repente, apareció en la puerta de la cocina.

—Qué buena el agua. —Volvió a llenar su vaso—. ¿Me estás haciendo un sándwich? —Parecía un poco más sereno.

—Por lo visto, soy una pringada —alegué; corté el pan por la mitad, lo puse en un plato y se lo di.

—No he debido beber con el estómago vacío.

—¿En serio? —Me reí entre dientes.

—¿He interrumpido algo?

—Sí. —Pero, como siempre, estaba encantada de verlo.

—¿Una noche de tele y palomitas? —me preguntó, sonriéndome de un modo que parecía más coqueto de lo que pretendía. A mí empezaba a resultarme demasiado tortuoso.

Me reí.

—Eso no significa que no hayas interrumpido algo.

—Lo siento. he ido a tomar unas cervezas después del trabajo y… estoy intentando distraerme. —Se restregó la cara con las manos.

—¿Va todo bien con Emma?

—Sí, y, ¿sabes?, sé que es lo correcto, pero romper con alguien siempre es difícil. Llevábamos juntos mucho tiempo.

Los nervios se me anudaron en la boca del estómago. ¿Habían roto? No respondí.

—Haven te lo ha contado todo, ¿verdad?

—¿Contarme qué? Hace muchos días que no hablo con ella.

—Emma y yo rompimos anoche. Me he mudado, y todo. Voy a quedarme unos días con Haven y Jake. —Le dio un mordisco al sándwich; yo sentía náuseas y la cabeza me daba vueltas—. Está muy bueno —dijo señalando el sándwich—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con Ashleigh Franklin?

Intenté actuar con normalidad. Le di un empujón en el hombro y volví al salón.

—No te hagas el sorprendido. Sé preparar un sándwich. Háblame de lo de Emma.

—Dime que soy desconsiderado e ingenuo, pero no me había dado cuenta de que quería casarse y tener hijos.

—Eres desconsiderado e ingenuo.

Hizo una mueca.

—Has dicho que te lo dijera —le dije.

—Lo sé. —Suspiró—. ¿Puedes creerlo? Es decir, me siento fatal.

—Creo que cuando una persona siente más que otra en una relación es difícil encontrar el equilibrio por ambas partes. Es como si se usara el mismo mapa para llegar a sitios distintos. Si fue sincera

consigo misma, Emma debía de ser consciente de que tú no querías lo mismo que ella, y que debería haberse alejado antes. Pero tú también podrías haber sido más sensible. —Era fácil empatizar con Emma. Las dos sentíamos algo por Luke que no era recíproco.

—Me siento fatal.

Yo me sentía feliz, y tal vez empezaba a albergar cierta esperanza, aunque sabía que no estaba bien. Luke y yo no estábamos juntos porque él no sentía eso por mí, no tenía nada que ver con Emma.

—¿Así que te has largado?

Asintió.

—Tal vez puedas arreglarlo. —Intentaba ver hasta qué punto estaba decidido. Estar lejos de ella podía hacer que viera lo que se estaba perdiendo.

—No quiero un futuro con ella. Se acabó. Así que necesito encontrar un apartamento donde vivir.

—Lo siento.

—No lo sientas. Es lo correcto, y ahora que ya he dado el paso me siento aliviado y un poco culpable. Pero no siento tristeza ni añoranza.

Lo entendía. Era lo mismo que me provocaba la ruptura con Richard.

—Me alegro mucho de que estuvieras en casa y no con tu novio. —Suspiró, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá. Cerró los ojos—. ¿Qué haría yo sin ti?

Sus palabras resonaron en mis oídos cuando le quité el plato de la mano, justo antes de que cayera en un sueño inducido por el alcohol.

¿No se daba cuenta de que no solo había estado torturando a Emma todos estos años, sino también a mí?

7

LUKE

Escudriñé el bar del hotel; estaba algo iluminado, pero no pude verla. Joder, sabía que iba a llegar tarde. La irritación me punzó el cuello. Había empezado a escribirle un mensaje cuando levanté la vista y la vi acercándose a mí. Me dedicó esa sonrisa suya, grande y contagiosa, y yo no pude hacer otra cosa que devolvérsela.

Mis ojos recorrieron su cuerpo.

—Ash —dije, porque no podía pensar en otra cosa. Estaba…, bueno, preciosa. Impresionante como una modelo. Las palabras se me atascaron en la garganta. Dios, ¿siempre había sido tan guapa? Las luces acariciaban sus pómulos e iluminaban su rostro, y el pelo le caía alborotado sobre los hombros al descubierto.

—Estás muy guapo —dijo, tocándome la pajarita. Sentí su aroma familiar cuando se acercó. Llené mis pulmones, queriendo inhalar su olor, que siempre me tranquilizaba. Usaba el mismo perfume desde la universidad, y se mezclaba con su calidez para crear una esencia a su medida. Yo había salido con una chica que llevaba el mismo perfume, pero en ella olía diferente, no tan bien. En Ash olía a hogar—. Te he visto entrar. ¿Has pensado que llegaba tarde?

—Estás… increíble —logré decir, incapaz de concentrarme en su pregunta. Tartamudeaba, alterado por su mirada, y ella estaba tan tranquila y serena como siempre. Llevaba un vestido negro indecentemente escotado y, aunque la falda llegaba hasta el suelo, de vez en cuando se le veía el muslo. La tela se ceñía a todas sus curvas, resaltaba su pequeña cintura e insinuaba lo que había debajo—. ¿Crees que es legal llevar un vestido como este?

—No empieces a comportarte como un hermano mayor —dijo, y puso los ojos en blanco.

Fraternidad era lo último que sentía. Me resultaba extraño fijarme en Ash de ese modo, hasta me parecía incorrecto en muchos sentidos, pero tenía ganas de besarle el hombro desnudo. Su piel parecía suave y, bueno, hecha para ser besada.

Tenía que recomponerme. Estaba claro que la separación de Emma me estaba afectando más de lo que pensaba. Le puse la mano en la espalda y la guie al exterior del bar, en dirección al salón de baile.

—¿De qué va esto? —preguntó, mirándome—. ¿Por qué estoy aquí?

—Es una aburrida cena de premios. El bufete opta a bufete del año. No vamos a ganar, pero piensa que hay vino gratis y que quizá no te parezca tan aburrido.

—De acuerdo. ¿Y por qué estoy yo aquí?

—¿Habrías preferido estar en otro sitio? —La idea de que estuviera conmigo como si fuera una obligación me estremeció. Quería que tuviera tantas ganas de pasar esa noche conmigo como yo de pasarla con ella. Cualquier velada era mejor si Ash formaba parte. Era divertida e inteligente, y me conocía mejor que yo mismo. ¿Cómo no íbamos a pasarlo bien juntos? Tal vez tenía que convencerla.

—Te lo diré al final de la velada. Si quieres, incluso te daré una puntuación. Y luego te diré si has ganado al resto de las alternativas de la noche. —Me sonrió.

—¿A qué alternativas te refieres? —pregunté. ¿Qué habría hecho un viernes si no hubiera estado conmigo? Salir con Richard, supuse—. ¿Te habrían llevado a París?

—Vale, no hay necesidad de ser sarcástico. Podría estar disfrutando en casa de comida china y una película de un Ryan.

—¿Una película de un Ryan? —No estaba seguro de qué le preguntaba.

—Reynolds o Gosling. Cualquiera de ellos me valdría.

Sonreí mientras tardaba un segundo en sintonizar con lo que estaba diciendo.

—¿Seacrest no?

—¿Estás de coña? No es mi tipo —respondió, mirándome como si me hubiera vuelto loco.

¿Cuál era su tipo? ¿Las estrellas de cine con abdominales? ¿Richard, el médico?

—Pero ya que has sacado el tema, ¿el señor Seacrest es tu tipo? —preguntó, burlona—. ¿Es la verdadera razón por la que Emma y tú lo habéis dejado?

Puse los ojos en blanco. Podía parecer una diosa, pero seguía siendo la Ash de siempre, lo cual me parecía bien, incluso perfecto.

Nos detuvimos en la entrada del salón de baile frente al tablón con la distribución de los asientos.

—Vamos; estamos en la mesa veinticuatro.

Entramos en la inmensa sala. A un lado, un escenario recorría casi toda la longitud, y el resto estaba lleno de mesas redondas de doce asientos cada una. Había estado en un millón de eventos de ese tipo, y no podían ser menos interesantes. Por suerte, Ash me acompañaba esa noche, así que iba a pasarlo mejor que de costumbre. En algún momento de mi vida me había convertido en un abogado muy serio. Supuse que cuanta más gente confiaba en ti y te admiraba, menos te

divertías.

Presenté a Ash a varios de los comensales. Se sentó a mi derecha, y al otro lado de ella estaba un socio junior de otro departamento, Isaac, al que no conocía muy bien. Esperaba que este no la aburriera: ella ya pensaba que mi trabajo era bastante tedioso, así que no necesitaba más pruebas.

Nos sentamos todos y me acerqué a ella.

—¿Estás bien? —le pregunté. Parecía inquieta, casi nerviosa.

—Claro —dijo, pero no me pareció nada convincente.

—Te agradezco que hayas venido conmigo.

—Seguro que me lo paso bien.

—Me aseguraré de que así sea —interrumpió Isaac—. De todos modos, ¿por qué sale una chica tan guapa con este viejo aburrido? —preguntó, señalándome.

Ash se rio.

—No es tan malo. Me sacó de la cárcel hace un par de años; se lo debo.

—Me cuesta creerlo —dijo, sonriéndole como si se la estuviera imaginando desnuda—. ¿A qué te dedicas?

—Soy enfermera.

—¿Una chica con uniforme? La noche se pone cada vez mejor. —Le guiñó un ojo, y mi irritación aumentó.

Mientras Isaac estaba distraído con el camarero, apoyé el brazo en el respaldo de la silla de Ash, y me ladeé hacia ella.

—¿Quieres cambiar de asiento? —le pregunté al oído—. Puedes sentarte aquí si no ves bien el escenario.

Ash me posó la mano en el muslo, y se me puso la piel de gallina; evidentemente, su vestido me estaba alterando demasiado.

—Estoy bien —dijo, intuyendo el motivo de mi oferta—. Isaac es divertido. Y, de todos modos, puedo arreglármelas sola. ¿Qué crees que hago cuando no estás cerca?

¿Cómo podía pensar que estaba bien? Isaac era un idiota, y ni siquiera estaba borracho todavía.

—Si intenta algo, házmelo saber.

—De acuerdo, papi. —Sonrió y se dio la vuelta para responder a una pregunta que le estaba haciendo Isaac. Ese idiota no iba a monopolizarla toda la noche; iba a asegurarme de ello.

La invitada que tenía a mi izquierda, del mismo departamento que Isaac, me preguntó algo sobre el vino. Intenté ser educado, pero estaba distraído. Ansiaba hablar con Ash, y no quería que ella se centrara en Isaac.

—¿Crees que ganaremos? —me preguntó la mujer de mi izquierda.

—Ni hablar. Pero ya sabes lo que dicen: es bueno estar nominado.

—Eso es una gilipollez —aseguró ella.

Asentí.

Miré a Ash y a Isaac. Él le cogía la mano, con la palma hacia arriba, como si fuera *Madame* Zorba a punto de leérsela. Ella se reía. ¿Qué le estaba diciendo? ¿Por qué la tocaba?

Me sentí aliviado cuando nos llamaron al orden y comenzó la velada. Al menos eso significaba que la atención de Ash se concentraba en el escenario y no en Isaac. El presentador era un conocido cómico de televisión. Observé a Ash mientras se quedaba absorta ante la presentación, riéndose de los chistes sobre lo aburridos que eran los abogados.

Se ladeó hacia mí.

—Es como si te estuviera describiendo a ti —dijo, riendo.

¿Era eso lo que pensaba de mí? ¿Me consideraba un viejo abogado aburrido? Nos divertíamos juntos, ¿verdad? Siempre me lo pasaba bien cuando estaba con ella, pero quizá el sentimiento no era mutuo.

—No soy tan aburrido, ¿verdad? —pregunté. Para que se me oyera por encima de la charla y el número cómico, acerqué mi silla a la suya. Volví a sentir su perfume familiar cuando acerqué la cabeza a su oreja. Le aparté el pelo del cuello y dejé al descubierto su delicada piel. Sus ojos se posaron en los míos, y me pareció ver que se ruborizaba. No debía tocarla así. No era algo propio de nuestra amistad. Es decir, nos abrazábamos y nos consolábamos, pero nunca nos habíamos tocado de una forma que fuera innegablemente… sexual.

Parecía prohibido.

Se apartó de mí, y se me revolvió el estómago al pensar que había traspasado una línea que habíamos creado hacía décadas.

Ashleigh

Me ardió la piel al sentir el roce de los dedos de Luke en el cuello. ¿Había querido tocarme así?

Tenía claro que era una mala idea acompañarlo esa noche. Precisaba espacio, pero no sabía decirle que no. No me hacía falta que me recordara lo mucho que me hacía reír, ni cómo podía ser yo a su lado y lo mucho que parecía gustarle que fuera así. Tampoco necesitaba que me recordara lo bien que le quedaba el esmoquin. A algunos hombres les sentaba como un guante, y él era uno de ellos. Era alto y tenía la espalda muy ancha, parecía recién salido de un anuncio de Tom Ford: sin duda, estaba hecho para ir de gala. Debía ser obligatorio para hombres como él. Cuando lo había visto por primera vez esa noche, no había podido evitar enderezarle la pajarita, ya de por sí recta. Por mucho que me resistiera, me sentía atraída por

él.

El chico que se sentaba a mi otro lado, Isaac, estaba muy pendiente de mí, y yo intentaba concentrarme en lo que decía. Era atractivo, aunque no tan guapo como Luke. Sin embargo, me permití disfrutar un poco de su atención. De hecho, intenté centrarme en él y no en Luke, que estaba sentado demasiado cerca de mí; ambos tenían el mismo buen aspecto, y habrían debido hacerme sentir lo mismo.

—¿Cuánto tiempo llevas con Luke? —Isaac me llenó la copa de vino. Ya estaba mareada. No debía beber más.

Sonreí.

—No estamos juntos. Somos viejos amigos. —*«Me ve como a una hermana»,* estuve a punto de decir. Pero yo no me sentía como su hermana y él no me había tocado de una manera fraternal.

—Así que le haces un favor al acompañarlo aquí… Es muy amable por tu parte. Es un tipo con suerte. Y un estúpido, si solo sois amigos.

—Luke no es estúpido, pero solo somos amigos. Y, oye, no es un favor tan grande. Estoy pasando una buena velada.

—Bueno, a mí me ha hecho un gran favor. Me siento el hombre más afortunado del mundo esta noche, sentado al lado de una chica tan guapa.

Sonreí. Isaac soltaba bastantes frases cursis, pero era evidente que encubrían a un hombre tierno. Había salido con gente mucho peor.

—¿Estás saliendo con alguien? —me preguntó Isaac. Sentí la mano de Luke en el muslo, como si quisiera interrumpir.

—Rompí con mi novio hace un par de semanas —respondí—. Perdona… —dije, y me volví hacia Luke.

Vi que me miraba con el ceño fruncido.

—¿Lo has dejado con Richard? —inquirió—. ¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque la última vez que te vi fue cuando me dijiste que Emma y tú habíais roto, y mi ruptura no parecía tan significativa. Luego me olvidé.

—Nada de lo que ocurre en tu vida es insignificante para mí. —Sus palabras me llenaron de nerviosismo. Deseé que las hubiera dicho de otra manera—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Lo nuestro no funcionaba. —De hecho, apenas había pensado en Richard desde la última vez que lo había visto.

—¿Rompiste tú? —preguntó.

—Sí. No le veía sentido a seguir juntos si sabía que no éramos compatibles de verdad.

—¿No era el hombre adecuado? —Sus ojos se clavaron en los míos.

Parpadeé y le sostuve la mirada.

—No. —Fue casi un susurro.

Luke frunció el ceño y apartó la mirada.

—¿Crees que debería haber terminado antes con Emma?

Me encogí de hombros.

—Eso solo puedes saberlo tú.

—Pero tú me conoces mejor que nadie —dijo, y por un momento deseé que no fuera así. Era mucho más fácil si solo era el hermano de mi mejor amiga.

—Puede ser, pero no sé lo que quieres en una mujer. No sé qué es lo que te llama la atención. —Estaba jugando con fuego.

Su mirada se desvió hacia mis labios y de nuevo a mis ojos. Pude ver cómo las palabras paseaban por su cabeza; casi habían salido de su boca cuando nuestra mesa estalló en aplausos. Las personas con las que estábamos sentados, incluido Isaac, se abrazaron y aplaudieron. Miré a Luke, que estaba recibiendo palmadas en la espalda de un chico de la mesa de al lado. Debían de haber ganado.

Descorcharon el champán e Isaac me puso una copa en la mano y brindó conmigo.

—Ha resultado una velada estupenda. Quizá seas mi amuleto de la suerte —dijo—. No debería perderte de vista.

Le sonreí.

—¿Y qué pasa ahora? ¿La gente se emborracha? ¿O debería decir que se emborracha más?

—Eso, y luego bailamos. Dime que bailarás conmigo cuando empiece a tocar el grupo —rogó.

—No soy buena bailarina. Ya veremos.

—A mí me parece una promesa —respondió—. Discúlpame un momento: acabo de ver a alguien a quien tengo que saludar. —Isaac se levantó de la mesa.

Sentí una mano en el brazo y me volví hacia Luke.

—Parece que le has causado una gran impresión —comentó, mirándome los ojos y los labios. No supe qué responder—. Pero no bailes con él —continuó en voz baja.

El ambiente se había vuelto pesado entre nosotros, como si hubiera palabras a nuestro alrededor que no decíamos. Me faltaba el aire, y necesitaba que volviéramos a estar como siempre. Alcé las cejas.

—¿No quieres que baile? ¿Tienes miedo de que te avergüence? —pregunté, dándole un codazo juguetón en la cintura para intentar disipar la tensión que había entre nosotros, que nos rodeaba, que nos envolvía.

Sonó una canción lenta y conmovedora que parecía desentonar ligeramente con el ambiente festivo de la sala.

—No, no es eso. Es que… Es solo que no quiero que lo hagas. Si vas a bailar con alguien, debería ser conmigo.

Intenté mantener la sonrisa.

—¿Qué quieres decir con «debería»?

—No lo sé. —Me tendió la mano y se la cogí con timidez—. Vamos —dijo, y me llevó a la pista de baile.

Nunca había bailado con Luke. Al pensar en esa idea, ni siquiera podía recordar la última vez que había bailado lento con un chico. En el instituto, probablemente. No estaba segura de recordar con quién. Por suerte, la pista de baile se llenó enseguida, y Luke me guio entre las parejas hasta el fondo, lejos de las mesas.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó cuando nos pusimos uno frente al otro.

Me reí, relajándome al ver que sus pensamientos eran tan parecidos a los míos.

—La verdad es que no tengo ni idea. Podemos volver a sentarnos si quieres.

Se había inclinado un poco hacía mí para poder oírme, y me rodeó la cintura con las manos. Sentí chispas por todo el cuerpo. Levanté las manos y subí las palmas por su pecho hasta sus hombros.

—No —dijo—. Quiero bailar contigo.

Escudriñó mi cara en busca de una reacción, pero aparté la mirada. No podía dejarle saber que yo también quería bailar con él. Me subió las manos por la espalda y me estrechó contra él. Se me aceleró el corazón; no estaba acostumbrada a tanto contacto físico con él. Todo mi cuerpo rozaba el suyo mientras nos balanceábamos al ritmo de la música.

Luke agachó la cabeza hacia mi oreja para que nuestras mejillas se tocaran.

—¿Lo estamos haciendo bien? —me preguntó.

No sabía qué responder.

—Me siento bien —añadió.

Yo me sentía demasiado bien. No debí haber dejado que la situación se me fuera tanto de las manos. Había bebido demasiado y allí estaba, en brazos de Luke, engañándome a mí misma al pensar que lo que sentía era mutuo. Debía parar, alejarlo, irme a casa. Y al final del baile lo haría. Había pasado los últimos meses tratando de bloquear mi corazón a Luke, y había hecho un buen trabajo, pero él estaba reabriendo viejas heridas.

—Estás preciosa esta noche. Eres un bomboncito —susurró.

Debía hacer que dejara de decir esas cosas. Estaba alimentando mi adicción por él.

—¿Qué estás pensando? —me preguntó al ver que no respondía. Sus manos bajaron hasta mi cintura y luego volvieron a subir por mi espalda.

—En que creo que me gusta bailar contigo más de lo que debería —respondí. Sentí sus labios en mi cuello, pero en el caos de sensaciones que me asaltaban tal vez lo imaginé.

La canción terminó, y empecé a alejarme.

—Todavía no —dijo—. ¿Podemos quedarnos aquí, así, un rato más? No quiero volver a la mesa.

Esas palabras tenían más significado del que él había pretendido, ¿verdad? ¿Qué quería decir con ellas? ¿Estábamos nosotros, Ash y Luke, amigos de toda la vida, muy cerca, tocándonos, al borde de algo?

8

Luke

Me gustaba. *Me gusta mucho, muchísimo*. ¿Ella sentía lo mismo? Ya no quería estar allí. Quería que estuviéramos solos. No quería socializar con toda esa gente que solo formaba parte de mi vida laboral. Ash era mi verdadera vida.

La música se volvió más movida. Ella se echó hacia atrás, y esa vez se lo permití.

—¿Quieres que nos vayamos? —pregunté.

—¿Seguro que no quieres quedarte a celebrar tu victoria?

—¿Aún te queda en casa algo del tequila que trajiste de México? —pregunté.

—Sí, creo que sí.

—Entonces vamos a tomar un chupito de celebración.

Sonrió y salimos; le puse la mano en la parte baja de la espalda. No quería perder el contacto con ella ni por un segundo. No nos detuvimos ni para decir que nos íbamos: nos acercamos a la salida y paramos un taxi, sin más. Estaba nervioso. Había ido a casa de Ash un millón de veces, pero esa noche era diferente; esa noche no estaba solo con Ash, mi mejor amiga, sino con Ash, el bomboncito. Ash, con la que había bailado lento. Ash, a la que casi había besado. Ash, a quien quería besar.

—Gracias por invitarme esta noche —murmuró, casi como si estuviera tratando de encontrar algo que decir.

—Me alegro mucho de que hayas venido —dije. Y lo decía en serio.

—No me importa ser tu acompañante cuando lo necesites. —Me sonrió. Era tan hermosa… La luz la rodeaba y la hacía brillar.

Me tomé un momento para saborear esa increíble sonrisa.

—Nunca serás solo eso, Ash. —Entrecerró los ojos un poco. Si no la hubiera conocido, no me habría dado cuenta—. No eres la suplente de nadie.

—Quería decir que…

—No te he invitado esta noche porque Emma y yo nos hayamos separado. Te lo pedí antes de que ocurriera. Te lo pedí porque prefería pasar la noche contigo antes que con cualquier otra persona.

No respondió, así que la miré a la cara para ver si lo había

entendido. Encontré en su rostro una mezcla de confusión y aprensión. ¿Había dicho demasiado? ¿No sentía ella lo mismo?

El taxi llegó al edificio donde estaba su apartamento antes de que pudiera profundizar en esa idea. La seguí al salir del vehículo y entré en el portal. Nos quedamos en silencio en el ascensor. Cada átomo de mi cuerpo quería llevarla hacia mí, pero me resistí. No quería asustarla. No quería estropear nuestra amistad si ella no sentía lo mismo. No habría podido vivir si ella no formara parte de mi vida de una forma u otra, pero en ese momento quería que fuera toda mi vida.

—Tequila… —dijo.

Dejó el bolso en la mesa del recibidor, se quitó los zapatos y fue a la cocina. La seguí, saqué dos vasos de chupito del armario que había encima de la nevera y cogí un par de limas que corté rápidamente en rodajas. Conocía su cocina casi mejor que la que había compartido con Emma.

Ash sacó el tequila y la sal, y nos instalamos en el salón; nos sentamos en la alfombra, con los ingredientes colocados delante de nosotros en la mesa de centro.

Intercambiamos una mirada, como si supiéramos que estábamos en la línea de salida de algo. Levanté la botella de tequila a modo de pregunta, y ella asintió.

—Deberíamos jugar a «Atrevimiento o verdad» mientras bebemos —anunció.

Sonreí. Me parecía perfecto.

—Empieza tú —dijo ella.

Serví los chupitos con cuidado, intentando idear una pregunta que abriera la puerta sin asustarla.

—¿Isaac te ha parecido atractivo? —pregunté. Quería saber la respuesta. ¿Cuál era su tipo? ¿Era Richard? ¿Isaac?

¿Yo?

Frunció el ceño y me miró con intensidad.

—Es guapo —repuso, y se me aceleró el corazón. No era la respuesta que yo quería—. Y divertido, lo cual es importante… Al menos, un poco. —Los celos me corroían las entrañas e intenté inspirar hondo sin que se diera cuenta.

—¿Te gusta un tipo de hombre concreto? —pregunté. Mi atención se centró en sus piernas ágiles mientras se movía para sentarse con ellas cruzadas frente a mí.

—Oye, no puedes hacer dos preguntas seguidas. Toma el chupito.

Sonreí, eché la sal en el dorso de la mano, la lamí y bebí el tequila de un trago. Sentí la mirada de Ash sobre mí. ¿En qué estaba pensando? Cerré los ojos mientras el licor dejaba un rastro ardiente en mi garganta. ¿Qué iba a preguntarme?

Observé cómo rellenaba mi vaso.

—Tu turno —dije.

Se pasó el dedo índice por el labio inferior, meditando la pregunta. La sangre se fue toda a mi polla al pensar en su boca sobre mí.

—¿Qué quieres que te pregunte?

Le sostuve la mirada. Era lista. Me había hecho una pregunta sin hacerme una pregunta. Se estaba conteniendo, y lo entendía. Estábamos en un terreno nuevo, inestable. Curvé las comisuras de los labios.

—Pregúntame algo… íntimo.

¿Se le había cortado la respiración?

Buscó la sal, pero yo la cogí mientras ella se estiraba para alcanzarla. En lugar de dársela, la tomé de la mano y se la giré para que mostrara la palma. Me eché hacia delante y le lamí una línea de la muñeca. Sabía tan dulce como olía y tuve que contenerme para no inmovilizarla contra el suelo y devorarla entera. Ash tenía los ojos fijos en los míos y la boca entreabierta. Eché sal sobre la marca húmeda que había dibujado en su piel, pero no le solté la mano.

Lentamente, agachó la cabeza, su lengua recorrió el camino que yo acababa de trazar, y de mala gana le solté la mano. Volvió a beber.

Sin apartar los ojos de los míos, se lamió los dedos para secar el zumo de lima.

—Tu turno —dijo. Al moverse hacia delante, su vestido reveló la curva de su pecho y tuve que reprimir un gemido. Era condenadamente hermosa.

—Cuando te pusiste ese vestido esta noche, ¿querías que me fijara en ti?

Apartó la mirada.

—Siempre quiero que te fijes en mí —susurró

Se me encogió el estómago. Estaba subiendo la apuesta. Rápidamente, tomé el chupito. Quería saber qué iba a pasar a continuación.

—¿Por qué estás aquí? —inquirió, mirándome directamente.

Era una buena pregunta. La pregunta definitiva. ¿Por qué estaba allí? Había ido para arriesgarlo todo. Podía evadir la respuesta, decirle que estábamos celebrando el premio, en lugar de mencionar que quería pasar hasta el último momento de esa noche con ella. Era como si se hubiera desatado dentro de mí el deseo de estar con ella y dominara cada uno de mis pensamientos, cada una de mis acciones.

—Porque quiero besarte —le dije. Era verdad desde la había visto con ese vestido; solo que no era toda la verdad.

Se sonrojó y apartó la mirada.

—¿Así, de repente? —preguntó con tono suspicaz.

—Oye, no puedes hacer dos preguntas seguidas. Bebe el chupito —dije, usando sus palabras contra ella—. ¿Quieres que te ayude?

—Creo que esta vez me las arreglaré.

Tenía que digerir lo que le había dicho. Quería darle tiempo para pensar si quería besarme o no. ¿Iba a tener que convencerla para que me devolviera el beso?

Sin dedicarme una sola mirada, siguió con el ritual del tequila, cerrando los ojos ante el ardor del alcohol.

—Es mi turno. —El corazón me latía en el pecho—. Así que tienes que decirme la verdad, sea cual sea —dije, recordándole que no habría escapatoria a esa pregunta. Ella asintió—. ¿Quieres que te bese?

Apartó la mirada como si le hubiera hecho daño.

—Luke… —dijo—. No puedes preguntarme eso. —Su voz era suave, incluso triste.

—¿Por qué? —Me sentía confundido de verdad.

—Porque sabes la respuesta —aseguró.

—¿Sí? —Tal vez sí. Quizá siempre había habido algo de cierto bajo las bromas y las burlas.

—Sabes que he querido que me beses desde siempre. Puede que bromee sobre ello, pero eso no significa que no vaya en serio.

Su sinceridad me oprimió el corazón. Era una de las muchas cosas que me gustaban de ella. No necesitábamos jugar a «Atrevimiento o verdad». Cada conversación con Ash era sincera.

Inspiré hondo. Había llegado el momento, el punto de no retorno. Me bebí el chupito de tequila sin sal ni lima.

—Eres preciosa. —Me eché hacia delante y le puse la mano en la nuca.

—Luke… —susurró, en parte avisándome y en parte llevándome a rastras al hogar.

Estaba lo bastante cerca como para sentir su aliento contra los labios. Avancé y la besé. Su boca era suave e incitadora, y metí la lengua en su interior, queriendo probar más de ella, queriendo conocer su sabor.

ASHLEIGH

Luke me estaba besando.

¡Luke me estaba besando!

Lo sentía en cada centímetro de mi cuerpo. No sabía muy bien cómo habíamos acabado así, solo era consciente de lo mucho que me gustaba, de que era como siempre lo había imaginado: perfecto. Se mostraba fuerte, firme y ansioso, ansioso como si hubiera olvidado que se trataba de mí. Como si hubiera olvidado nuestra historia y todas las complicaciones que ese beso traía consigo. Todo desapareció

con el roce de sus labios.

Dejó escapar un pequeño suspiro de satisfacción y se separó un poco de mí.

—Eres tan hermosa… —susurró. Era lo que siempre había querido oír de él, pero en ese momento en que lo había oído no parecía real.

—¿Es el tequila el que habla? —pregunté en voz baja, confundida por lo que parecía un cambio de opinión demasiado repentino. Luke se apartó aún más y se sentó en el sofá. Había roto el momento, el hechizo. Pero entonces me tendió la mano. Se la cogí y me sentó en su regazo.

Me acarició la espalda y enterró la cabeza en mi cuello.

—No…, no lo sé. Creo que se ha ido gestando durante un tiempo y que me he dado cuenta ahora. Me sorprendió que no me gustara nada que salieras con Richard. No sabía por qué me molestaba tanto, y esta noche, cuando te he visto, me he dado cuenta.

—¿Te has dado cuenta de…? —pregunté.

Me apartó el pelo del cuello y se agachó para besarme allí.

—De que quería besarte.

No era una gran explicación, pero mi cerebro se había nublado con la confusión, la lujuria y el tequila. Mi cuerpo gravitaba hacia el suyo como si estuviera bajo su control. Me besó en la clavícula. ¿Me hacía falta entenderlo todo en ese mismo instante? Como si respondiera a mi pregunta, su boca volvió a encontrarse con la mía y me recorrió con la lengua el borde de los labios. ¿Sentía lo mismo que yo? Me acerqué a él y completé nuestra conexión. No quería dejar que se alejara nunca.

Le recorrí el pecho con las manos. Lo había imaginado mil veces, pero lo tenía más duro de lo que esperaba, más definido. Se movió debajo de mí y gimió. Me quedé quieta durante un momento, preguntándome por un momento si no debía tocarlo.

—No pares —susurró. Me alejó de su regazo y me empujó al sofá antes de gatear sobre mí.

Me separó las piernas con las rodillas y me miró antes de zambullirse de nuevo en mi boca. En ese momento lo sentí por completo; estaba duro contra mi muslo. Me deseaba. Me deseaba de una forma que nunca pensé que podía hacerlo. Llevaba quince años deseándolo, pero de alguna manera todo había sucedido demasiado rápido. No era para nada cómo esperaba.

—Dios, sabes tan bien, Ash. ¿Cómo no sabía que tenías este sabor? —preguntó, lamiendo entre mis pechos.

Me calentaba la piel por todas partes. Sus palabras, sus dedos, sus labios…, todo conspiraba para hundirme. Me gustaba mucho, casi demasiado.

—Luke —dije en voz baja. No pareció oírme—. Luke… —repetí. Le puse las manos a ambos lados de la cara. Me miró con los ojos

encendidos—. ¿Qué estamos haciendo? —pregunté.

Me dio un beso en los labios y se puso a mi lado. Colocó su pierna sobre la mía y apoyó la cabeza en la mano.

—¿No lo deseas? —me preguntó, recorriéndome el cuerpo con la mano.

—Sí, claro, pero…

—Pero te preguntas qué pasará después. Si seguiremos siendo amigos; qué dirá Haven; si será tan bueno como parece…

Le sonreí.

—Sí. Es más o menos eso.

Asintió.

—Es lo único en lo que pensado toda la noche. Bueno, y preguntarme a qué sabrías, qué sentiría al enterrarme en ti y qué aspecto tendrías cuando te corrieras.

—Luke… —dije, avergonzada.

—No puedo evitarlo. Es como si alguien hubiera abierto una puerta y hubiera entrado en un mundo diferente. No hay vuelta atrás.

Me llevé la mano al pecho para intentar calmar mi corazón.

—¿Crees que deberíamos ir más despacio? —pregunté. Íbamos demasiado deprisa, y pronto habríamos llegado a un punto en el que las cosas cambiarían para siempre.

—Lo que tú quieras. No quiero forzarte a nada. Mi corazón y mi entrepierna dicen una cosa, pero tal vez mi cerebro está sincronizado con el tuyo.

—Estoy bastante segura de que nuestras ingles también están sincronizadas —dije entre risas.

Luke me sonrió.

—Tienes la sonrisa más fantástica del mundo. Siempre lo he pensado.

—Vamos a prometer que, pase lo que pase esta noche, siempre seguiremos siendo familia.

—Eso es innegociable en lo que a mí respecta —dijo con esa sonrisa sexy que desde siempre hacía que se me derritieran las entrañas.

—Entonces bésame. —Le estaba dando permiso para cruzar la línea de no retorno; a él y a mí misma.

Por la forma en que me miró, me di cuenta de que sabía lo que le estaba pidiendo. Me miró a la cara, quizá en busca de algún rastro de duda, pero yo sabía que no había ninguna. Se levantó y me tendió la mano. Los nervios en el estómago bailaron cuando la cogí. Me condujo por el pasillo hasta el dormitorio.

¿Y si no era tan bueno? ¿Y si tenía alguna manía rara que yo no entendía? ¿Y si mi cuerpo no respondía a él como lo hacía mi mente?

—¿Estás nerviosa? —me preguntó cuando entramos en mi dormitorio.

—Un poco —respondí, sin aliento.

Me pasó una mano por la espalda y tiró de mí hacia él.

—Yo también —dijo. Nunca había visto a Luke nervioso por nada. ¿Estaba así al pensar en acostarse conmigo?

Nuestros cuerpos estaban estrechamente unidos. Busqué los botones de su camisa y desabroché metódicamente el primero y el segundo. Sosegué mi respiración y me dispuse a desabrochar el tercero. Deslicé el dedo por su piel expuesta, y contuvo una brusca inspiración. Me encantaba poder hacerle eso.

Me pasó los dedos por el cuello y me bajó el vestido por los hombros. Era una prenda suelta y, al pegar los brazos a los lados, se deslizó por mi cuerpo y cayó a mis pies. Miré a Luke y sus ojos se agrandaron al recorrerme de arriba abajo. Apartó la mirada y tomó aire.

—Eres preciosa. No sé por dónde empezar. —Me rozó la mejilla con los nudillos. Terminé de desabrocharle la camisa. Él estaba esforzándose en bajarse los pantalones, desesperado por llegar al siguiente paso. Antes de empezar con la cremallera, lo toqué a través de la ajustada tela, y él gimió, poniéndome las manos en los hombros.

—Dios, Ash… —Me acercó a la cama y me empujó suavemente hacia atrás—. Túmbate. Quiero saborearte mientras recobro el control.

Me tendí en la cama y levanté las nalgas para que se deshiciera de mi ropa interior. Se arrodilló junto a la cama y me separó los muslos. No había lugar para la timidez. Me conocía mejor que nadie, a excepción de Haven. Que me viera así me parecía totalmente adecuado.

Su lengua parecía conocer mi cuerpo incluso mejor que su mente y, cuando rodeó mi clítoris, me sentí perdida. Me arqueé sobre la cama y Luke deslizó las manos debajo de mis nalgas y me llevó hacia él, intensificando la presión, el placer. Grité su nombre como si fuera una plegaria; no tenía ni idea de que podía ser así. Había perdido el control sobre mi mente, mi cuerpo y mi corazón.

9

Luke

Ver cómo se estremecía con las réplicas del orgasmo que acababa de provocarle me hizo sentir como un puto dios. Era perfecta… Perfecta para mí. Había sido idiota al no darme cuenta durante todos esos años. Quizá siempre lo había sabido, pero había habido una especie de barrera invisible que me había impedido reconocerlo.

Me quedé de pie junto a ella mientras se recuperaba del primer orgasmo de la noche. Me moría de ganas de llevarla al siguiente. Me desnudé con rapidez; mi erección resultaba casi dolorosa, pero me aplacaba la idea de que pronto iba a estar dentro de ella.

—¡Joder! —dije, recordando de repente que no tenía condones.

Ash levantó la cabeza para mirarme.

—No he traído condones. ¿Tienes alguno? —pregunté.

Cuando negó con la cabeza, me desplomé de espaldas sobre la cama. Eso no podía estar pasando. Me había prometido a los diecisiete años que nunca iba a mantener relaciones sexuales sin protección. Había sido uno de los últimos consejos que me había dado mi padre antes de morir. Me había dicho que tenía que hacer todo lo posible para evitar que mi novia se quedara embarazada, o algo peor. Era un buen consejo que había seguido sin excepciones. Ni siquiera me lo había saltado con Emma.

Nos tumbamos uno junto al otro. ¿Era un error no usar nada con Ash? Si se quedaba embarazada, ¿cómo iba a reaccionar yo? No me invadía el pánico como cuando Emma hablaba de matrimonio e hijos, pero tal vez era la lujuria la que mantenía a raya esos sentimientos.

—Yo nunca… —dijo—, y tomo la píldora.

No necesitaba más acicate.

—Nunca, ni una vez. Ni con nadie. Estoy seguro. ¿Estás segura tú?

Sonrió y asintió. Moví el cuerpo sobre el suyo y me agaché para besarla, despacio, con paciencia, explorando su boca con la lengua. Me agarró las nalgas y hundió las uñas en mi carne.

—Dios, necesito estar dentro de ti.

Separó las piernas, invitándome. Me coloqué en su entrada, desesperado por sentirla a mi alrededor, pero al mismo tiempo deseaba que esa deliciosa tortura durara para siempre. Sin embargo,

levantó las caderas.

—Paciencia… —me burlé de ella.

—Creo que ya he tenido bastante paciencia —dijo.

Me hundí en ella lentamente, centímetro a centímetro, deleitándome con la sensación de calor que crecía entre nosotros. Tuve que quedarme quieto cuando llegué tan profundo como pude. Necesitaba vaciar mi cabeza de la realidad de lo que había entre nosotros, de lo que estaba ocurriendo. Si no lo hacía, iba a terminar demasiado rápido, y yo quería que no acabara nunca.

Empecé a salir de ella lentamente, contemplándola, intentando ver lo que sentía por la expresión de su hermoso rostro. Su boca formaba una O perfecta mientras deslizaba mi carne sobre la de ella.

—Ash… —susurré.

—Me gusta demasiado —respondió ella.

Le respondí con un nuevo embate. No pude contenerme. Mi cuerpo había superado a mi mente. Necesitaba follar con ella.

De sus labios se escapaban algunos ruidos guturales que nunca antes había oído. La Ash que tenía debajo era alguien a quien no había conocido nunca. Acerqué la cara a su cuello y le lamí la piel para saborear el brillo que se estaba formando sobre ella. Era como néctar, y la mordí, ansiando más. Ella se tensó a mi alrededor y gemí, retirándome un poco de su interior. Estaba duro, a punto, preparado…, pero la quería allí de nuevo, conmigo esa vez. Aún no sabía cómo funcionaba su cuerpo; no sabía lo que la excitaba. Sonreí al pensar que iba a aprenderlo muy pronto.

Sin romper el contacto, me apoyé en las rodillas y le levanté el trasero para apoyarlo sobre mis muslos. Le recorrí el cuerpo con las manos, le pellizqué un pezón y luego el otro, frenando el movimiento de sus pechos, que se sacudían al compás de mis embestidas. No iba a poder contenerme durante mucho tiempo. Le recorrí el vientre tenso con la palma y la bajé hasta que le rocé el clítoris con el pulgar. Ella gimió y llevó las manos por encima de la cabeza para agarrarse a las almohadas que tenía detrás.

—¿Esto es lo que te gusta? —pregunté—. ¿Te gusta que te acaricie mientras follamos?

Sus inspiraciones eran breves y entrecortadas, y nuestros ojos se encontraron mientras su boca se abría un poco más, dándome la respuesta.

—Más, por favor… Dios, más —dijo sin aliento.

—Quiero que te corras —ordené, acelerando el ritmo.

—Por favor, más… —respondió. Se veía hermosa, deshecha, expuesta, mía.

Me moví con más fuerza, más rápido, apretando los dientes, intentando no caer ante ella. De pronto, ella llegó; arqueó la espalda y

se estremeció. Y durante todo el tiempo sus ojos estuvieron fijos en los míos. Me derramé en su interior con tanta fuerza que creí que iba a desmayarme por el esfuerzo y el éxtasis.

Me desplomé sobre ella y me aparté, llevándola hacia mí. Era preciosa, como un tesoro abandonado que por fin había encontrado. No quería dejarla ir nunca. Todavía jadeaba cuando la besé en la sien.

—Eres increíble.

Nos quedamos tumbados mientras se nos normalizaba la respiración, hasta que Ash intentó zafarse de mis brazos, pero la acerqué más.

—Necesito ir al baño —dijo.

—No tardes —le dije, sin querer perder el contacto con ella ni un segundo. La habría seguido si no creyera que iba a pensar que era un completo lunático—. ¿Agua? —pregunté, y ella asintió.

Volví al dormitorio desde la cocina con dos vasos de agua al mismo tiempo que Ash regresaba con una camiseta.

—¿Qué te has puesto? —pregunté.

—Un disfraz de Wonder Woman. ¿A ti qué te parece que llevo puesto? —Lo decía como si pensara que estaba loco.

—Lo del disfraz podemos intentarlo mañana. De hecho, insisto en que lo intentemos mañana —respondí, y ella puso los ojos en blanco —. Lo que quiero decir es que por qué llevas ropa. Te quiero desnuda en mis brazos.

Me miró con timidez, y yo cogí el dobladillo de su camiseta. No se resistió, y levantó los brazos para que pudiera quitársela.

—¿Y también ropa interior? —pregunté, incrédulo—. Toda fuera —ordené.

Soltó una risita, se quitó las bragas y se metió debajo de las sábanas. Yo la seguí. La llevé hacia mí y se recostó en el hueco de mi brazo, con la cabeza apoyada en mi hombro. Me pasó la mano por el pecho y sentí que se me ponía dura otra vez. Dios, parecía un adolescente.

—¿Te sientes raro? —me preguntó. Me sentía de todo menos raro.

—No.

—Pero somos nosotros, Luke. Somos amigos.

—Somos buenos amigos, y no, no me siento raro. Me siento estúpido por no haberme acercado a ti antes. ¿Y tú? —pregunté.

Me recorrió el pecho con los dedos y luego bajó hasta encontrarme otra vez duro y preparado para ella. Me rodeó la polla con el puño, y lo llevó hacia arriba con la presión perfecta.

—No quiero que te sientas rara —susurré—. Dime lo que sientes; dime lo que quieres que haga.

Me miró con los ojos ardientes.

—Quiero que follemos a cuatro patas. Con fuerza.

Gemí al oír sus palabras y la puse boca arriba, acercando mis labios a los suyos.

—Qué boca tan sucia tienes —susurré entre besos.

Me mantuve sobre ella.

—Date la vuelta. —Se giró y se tumbó boca abajo. Puse las rodillas a ambos lados de sus caderas y le aparté el pelo del cuello—. Extiende los brazos y no te muevas —dije. Hizo lo que le pedía, entregándose a mí. No había terminado de besarla. Mi boca buscó su cuello y se paseó entre sus omóplatos. Le lamí la columna hasta la parte baja de la espalda. Su piel era suave, perfecta… Bajé la lengua hasta los hoyuelos que tenía justo encima de las nalgas, y se las acaricié. Su culo era redondo y suave. Le separé las nalgas, y ella se retorció debajo de mí e intentó mirar por encima del hombro para ver lo que le estaba haciendo.

—¿Qué…?

—Shhh. Recuéstate. —Soplé la piel expuesta, y ella gimió—. ¿Has probado por aquí? —pregunté.

—No —gimió.

Me excité al pensar que podía ser el primero en reclamar su culo. No ese día, pero pronto. Necesitaba estar dentro de ella lo antes posible, así que me eché hacia atrás.

—Ponte de rodillas —dije, y obedeció. Los pezones se le habían endurecido y respiraba con rapidez, de forma entrecortada; estaba lista para mí.

Sin previo aviso, me hundí en ella.

—¡Luke! —Se aferró a las sábanas, agachó la cabeza y yo la penetré de nuevo.

—¿Te gusta? ¿Te gusta así, nena? —Le agarré los hombros y los sujeté con las manos, asegurándome de penetrarla a fondo cada vez que lo hacía.

—Sí, justo así. —Su voz era agitada y débil, como si su energía estuviera en otra parte.

Estaba muy apretada, y la penetré tan profundamente que resultaba perfecto. Aumenté el ritmo, intentando no concentrarme en los ruidos que hacía. Los sonidos que salían de su boca me hacían creer que no existía nadie que la hiciera sentir así. Me hacían verme poderoso, como si la poseyera.

Se tensó con fuerza, estrujando mi polla.

—Joder. Joder. ¡Dios…! —grité, y le cedieron los brazos al alcanzar el clímax. Tan pronto como supe que se había corrido, me dejé llevar y perdí el sentido de lo que estaba haciendo.

Me desplomé sobre ella. Me sentía como si hubiera corrido una maratón. Mis manos buscaron las de ella y entrelacé nuestros dedos; quería que nos mantuviéramos conectados tanto como fuera posible.

El sueño debió de reclamarnos en algún momento, porque me desperté en el hueco del brazo de Luke acunada por sus suaves ronquidos. Miré el reloj. Habíamos estado despiertos casi toda la noche. Fui a hurtadillas al baño y, cuando volví a la cama, se acercó a mí aún dormido. ¿Sabía a quién buscaba? ¿Creía que yo era Emma? Se me revolvieron las tripas al pensarlo, y evité sus brazos.

Se giró hacia mí y abrió los ojos.

—Ash, ven aquí.

Sonreí, tanto porque me quería cerca como por mi tonta suposición. Él sabía que era yo. Volví a tumbarme y me dejé envolver por sus brazos.

—Voy a tener que meterme en la ducha dentro de un minuto —le advertí. Como estábamos abrazados no podía ver su cara.

—Me parece una idea estupenda —dijo—. Y luego podemos volver a la cama.

—No. —Solté una risita—. Tengo que ir a llevarle la compra a la señora Malcolm. —La señora Malcolm vivía en la planta baja, y, aunque aún se las arreglaba para moverse, le costaba hacer la compra.

—¿Sigues haciendo eso? —preguntó.

—Sí, nos turnamos algunos vecinos.

—¿Por qué tienes que ser tan buena persona? Quiero que te quedes en la cama conmigo todo el día.

Me reí.

—Puedes ayudarme y luego, cuando terminemos, podemos… hacer otras cosas. —¿Iba a quedarse conmigo todo el día? ¿Ya éramos *algo*?

—Voto por «otras cosas».

Le di una patada juguetona en una pierna moviendo el pie hacia atrás.

—Haces que suene muy sucio.

—Me siento sucio. Estoy desnudo. Tengo una erección del tamaño de la Gran Muralla China.

—Ya te gustaría… —bromeé.

—La verdad es que no. Creo que una erección de ese tamaño sería terriblemente molesta. —El tono de Luke era serio, como si estuviera considerando en detalle los aspectos prácticos de tener una polla tan grande.

—Eres un friki.

—Hablando de eso, también tenemos que encontrar un disfraz de Wonder Woman para ti.

—No, de eso nada. ¿No tienes planes para hoy? —pregunté, sorprendida de que estuviera planeando pasar el día conmigo.

—¿Estás tratando de deshacerte de mí? Porque, si es así, olvídate.

No voy a dejarte sola para que te vuelvas loca pensando. ¿Crees que soy tonto? Voy a estar aquí contigo cuando tengas la crisis. Te serviré vino y te daré chocolate, y luego practicaremos sexo y todo irá bien. —Me sonrió como si supiera que quería darle un puñetazo.

—Perdón, ¿qué dices? ¿De qué crisis hablas?

—El colapso que estás a punto de sufrir por lo que ha pasado —dijo, rodeándome la cintura con las manos.

Me aparté de su pecho, tratando de poner cierta distancia entre nosotros, irritada por lo seguro que estaba de sí mismo… y por lo mucho que podía acertar conmigo. Me llevó hacia él y me besó en la coronilla.

—¿Quieres hablar sobre ello? —preguntó.

—No. —*Sí.*

—Mientes fatal.

Suspiré.

—Todo ha pasado muy rápido —me defendí.

—La verdad es que no. No me di cuenta hasta anoche, pero creo que siempre ha habido algo entre nosotros.

—Por mi parte sí ha sido así —confesé.

—No, no solo por tu parte. Por la mía también. Solo que eras demasiado joven, y sabía que, cuando pasara, sería de verdad y estaría acabado. No estaba preparado.

—Y esa es otra. Emma y tú. Quiero decir, acabáis de separaros. No quiero ser tu chica puente.

—Primera crisis… —dijo, riendo entre dientes.

Le di otra patada y me encerró las piernas entre las suyas.

—Emma y yo no encajamos desde hace mucho tiempo. Debería habérselo dicho antes. No me enfrento bien a los cambios, ya lo sabes. Y la quería, de verdad, a mi manera. Pero no lo suficiente. Entre nosotros faltaba algo.

—Lo siento. —No me gustaba que se sintiera así. Estuviera o no conmigo, quería que fuera feliz.

—No lo sientas. Lo que sea que haya pasado nos ha conducido a este momento y a este lugar, y no puedo pensar en nada mejor.

—Luke… —dije, conmovida por lo que había dicho.

—¿Tengo que preocuparme por ser tu chico puente después de Richard? —preguntó.

—No: él era el chico con el que salía para olvidarme de ti.

—¿En serio? —preguntó.

Me di cuenta de lo que había dicho y noté las mejillas calientes por la vergüenza.

—Quizá un poco.

—¿Funcionó?

Arqueé una ceja.

—Parece que no.

Me estrechó con más fuerza, y me relajé contra él.

—Así que la ducha, las compras de la señora Malcolm, el disfraz de Wonder Woman ¿y de regreso aquí? —preguntó—. ¿Quieres ir a cenar fuera o nos quedamos en casa?

—Quizá tenía planes para esta noche. Es sábado —le recordé.

—¿En serio? Si es así, no pasa nada. Puedo volver a casa de Haven, pero no me digas que tienes planes si no es así. Ahora que somos más de lo que éramos, no seas tú quien empiece a jugar. Si vamos a hacer que esto funcione, tenemos que aprovechar lo mejor de nuestra experiencia y mejorarlo.

Tenía razón.

—Lo siento.

—No lo sientas. Quiero saber lo que deseas. Si me quieres aquí, me quedo. Si no, me voy.

Me aferré a él. La idea de que se marchara era horrible.

—Te quiero aquí. Siempre. Yo solo… ¿Es que no se me permite una crisis?

—Por supuesto, pero eso no significa que no vaya a llamarte la atención. Dime, ¿vamos a probar si funciona? Quiero intentarlo contigo, Ashleigh. ¿Sientes lo mismo?

¿Cómo podía pensar que iba a decirle que no?

Lo miré y asentí.

—Sí.

Me pasó la lengua por la comisura de los labios.

—Buena respuesta.

No podía decir exactamente qué hora era, pero desde donde estaba tumbada boca arriba en la cama, de repente podía ver la línea entre la pared y el techo con más claridad que antes, así que el sol debía de haber empezado su andadura, llevando consigo la mañana del domingo. Por supuesto, Luke no estaba estudiando las sombras de mi dormitorio. Estaba dormido, tumbado boca abajo. Como tenía el sueño pesado, apenas se había movido en las cinco horas que yo llevaba despierta, mirando la nada.

Había una razón por la que la gente decía que las cosas siempre eran diferentes por la mañana. En la mayoría de los casos, se decía para reconfortar. Para mí, era cualquier cosa menos reconfortante. La esperada crisis por fin había comenzado a manifestarse.

Era domingo, y la burbuja para dos que habíamos ocupado desde el viernes por la noche estaba a punto de estallar e íbamos a tener que dejar entrar el mundo real. Íbamos a tener que enfrentarnos a Haven, y la realidad de lo que habíamos arriesgado me cubrió como una

nube.

Me sentía estúpida por haber pensado que podía resultar. Luke había roto con Emma hacía nada. Su estado de ánimo no era el adecuado para tomar decisiones sobre una posible nueva relación. No le gustaban los cambios, y tal vez estar conmigo solo había sido una forma de consolarse. No podía ver la situación con claridad.

Me cubrí la cara con las manos. ¿En qué había estado pensando? Haven, si se viera obligada a elegir, siempre iba a escoger a su hermano, y entonces yo no solo habría perdido a mi amor, sino también a mi familia. Sentí náuseas. ¿Cómo había sido tan imprudente como para arriesgarlo todo?

Eso iba a ser durísimo; era casi imposible que una relación entre nosotros no fracasara. Pero como ya había rozado la promesa de algo, iba a sentirme peor que si nunca lo hubiera probado. Luke no estaba enamorado de mí desde hacía quince años. No iba a acabar tan destrozado como yo.

No estaba segura de poder seguir sin él.

Pero tampoco estaba segura de poder superarlo.

10

Luke

Aunque solo era la segunda mañana que me despertaba con Ashleigh a mi lado, sabía que era algo de lo que nunca iba a cansarme. Salir del sueño envuelto en su olor dulce y sexy y sentir su piel suave e impecable calentando la mía me provocaba una erección descomunal. Gemí y me puse de lado. La abracé, tiré de ella hacia mí y hundí la cara en su pelo.

—Buenos días, preciosa. —Moví las caderas para que se pusiera de espaldas a mí y pasé la mano por su vientre plano. Se relajó y se fundió conmigo. Dios, encajábamos a la perfección. Le puse una pierna sobre la mía y hundí los dedos en su sexo.

—Luke… —susurró, moviéndose suavemente contra mi mano.

—¿Te he despertado?

Negó con la cabeza y me incorporé para verle la cara. No parecía somnolienta; tenía un aspecto increíble, el pelo alborotado y la piel que ya empezaba a sonrojarse. Moví el pulgar sobre su clítoris.

—Esto no es justo —dijo.

—¿Hacerte sentir bien no es justo? Sé que te gusta. Estoy llegando a entender tan bien tu cuerpo como el resto de ti.

Cerró los ojos y suspiró como si estuviera cediendo, y yo balanceé las caderas contra la hendidura de su trasero. Dios, estar con ella era increíble fuera cual fuera la manera.

—Luke… —susurró de nuevo.

—Ashleigh… —respondí en el mismo tono melancólico.

Sumergí los dedos entre sus pliegues, extendiendo su resbaladiza suavidad. Dios, estaba más que preparada. Separó las piernas.

—Sí, por favor… —suspiró.

—¿Sí?

Echó la mano hacia atrás y me agarró por la cadera, clavándome los dedos en la carne.

—Dime —dije—. Dime lo que quieres.

—Te quiero dentro de mí, por favor.

—Sé más concreta. —Me encantaba que fuera sucia. Que se le escaparan las palabras más apasionadas como si estuvieran justo debajo de la superficie, listas para salir. Me recordaban que la

Ashleigh a la que había conocido durante tanto tiempo no era la chica completa. Que la que yacía a mi lado, suplicándome sexo, lo era todo en más de un sentido.

—Quiero que follemos y que no paremos nunca. Quiero sentir tu polla dentro de mí. Por favor. Ahora.

Me deslicé dentro de ella, hasta la empuñadura. Era un milagro que hubiera conseguido contenerme tanto tiempo.

Me clavó las uñas en el antebrazo y solo las retiró cuando se acostumbró a mí. La sangre me inundó la polla al pensar que casi era demasiado grande para ella.

—¿Ves qué bien? —dije.

Me moví detrás de ella; me retiraba despacio y me hundía con fuerza, como sabía que le gustaba. Mi pulgar cambió de dirección las vueltas sobre su clítoris, y ella me agarró la muñeca.

—No, es demasiado; es brutal. Estoy a punto, y será muy pronto.

Gemí al ver que podía hacer mío su cuerpo con tanta rapidez. Detuve el pulgar. Quería que estuviera así unos segundos más, al borde del clímax. Sentir cómo se corría a mi alrededor iba a llevarme al límite.

Volvió a echar el brazo atrás para clavar los dedos en mis nalgas, empujándome para que me moviera con más fuerza. Le subí la pierna para abrirla más: quería entrar en ella todo lo que pudiera. ¡Joder! Era la forma perfecta de despertarme. Deseaba que fuera así todos los días. Para siempre.

Movió la mano sobre su sexo. No la había visto tocarse hasta entonces, y cerré los ojos para memorizar la imagen. Sus dedos, resbaladizos por la lubricación, buscaron mis testículos y me hicieron sentir chispas de placer en la columna. Dios, qué salvaje era… Empujé con más fuerza.

—Quiero quedarme dentro de ti para siempre. —Hice el esfuerzo de hablar. Mi mente estaba tan concentrada en cómo me sentía, en cómo la hacía sentir, que me resultaba difícil articular las palabras.

Su mano cubrió la mía, y llevó mis dedos de nuevo a su sexo. Estaba a punto. Pasé el pulgar por el nudo de nervios y ella se estremeció.

—Sí, Dios, sí. —Su voz era ronca, como si estuviera a punto de entrar en una espiral de placer.

Aumenté el ritmo, me impulsé dentro de ella y sustituí el pulgar por los otros dedos mientras ella se retorcía debajo de mí. El sudor me resbalaba por la espalda mientras intentaba arrancarle un orgasmo antes de rendirme al mío. No iba a poder contenerme mucho más, así que aumenté la presión sobre su clítoris. Gritó y su cuerpo se puso rígido.

Me cogió la cabeza, me eché hacia delante y rocé sus labios con un

beso distraído. Le sujeté las caderas y me hundí dentro de ella una y otra vez, dejándome ahogar por los restos de su orgasmo, robándolos, tomándolos como munición para mi propio placer. La sensación en mi columna se hizo más intensa, se apoderó de mí y me vacié dentro de ella.

Ni siquiera había dejado de moverme dentro y fuera de ella antes de ponerme duro de nuevo. Una vez no era suficiente con ella.

—¿Otra vez, cariño? —preguntó.

—Sí. No quiero parar nunca.

—¿Cómo consigues que sea tan bueno?

—Es por ti. Por lo que me provoca tu cuerpo. —Ash era tan excitante que toda ella me respondía como si me necesitara.

Se movió debajo de mí y, aunque no podía soportar la idea de no estar en su interior, pensar en ella a cuatro patas me dio fuerzas para moverme. Ella también sintió la urgencia al estar boca abajo y ponerse de rodillas. Dios, estaba hecha para posar así, como si estuviera esperando mi polla.

—Vuelve a metérmela, por favor —suplicó, y la cubrí, mi pecho contra su espalda, hasta la empuñadura otra vez.

—¿Así está bien? —pregunté, burlándome de ella. Por su cabeza agachada y las sábanas entre sus manos, supe que sí. Me quedé quieto, esperando una respuesta.

—No pares —gimoteó—. Por favor…, nunca…, sí… —No pude contenerme, impulsé las caderas contra su culo.

Poseerla me parecía más urgente, más desesperado y primitivo que cualquier otra cosa. Mis dedos tiraban de sus caderas, hundía los pulgares en la delicada carne de su culo. La embestí una y otra vez, llegando cada vez más profundo.

Dios, sí, quería quedarme así para siempre.

—Mírame, Ashleigh. —Necesitaba mirarla a los ojos, ver el efecto de mi polla en su cara.

Giró la cabeza lentamente, como si le pesara mucho. Tenía los ojos entornados y la boca entreabierta. Me miró y se pasó la lengua por los labios, dejando un rastro brillante. No pude contener el gemido que brotó de mi pecho.

—Necesito que te corras —gemí, justo cuando su espalda se arqueó y gritó mi nombre una y otra vez.

Mis últimas embestidas la hicieron desplomarse sobre el colchón, y caí encima de ella, con la respiración agitada y entrecortada.

Ashleigh me había conquistado. Me había dado a probar algo que no sabía que existía.

Ashleigh

Luke y yo conseguimos levantarnos de la cama —algo positivo, ya que me arriesgaba a no poder andar en una semana si no lo hacíamos—, y fuimos el domingo por la noche cenar con Haven y Jake. Mientras nos dirigíamos a su apartamento, todavía podía sentir los efectos de Luke entre mis muslos, a través de mi piel.

Llegar juntos era inusual, pero no inaudito, así que esperaba que Haven no sospechara nada. Aun así, quería contarle lo que había ocurrido. Por un lado, no era capaz de ocultarle nada durante mucho tiempo y, por otro, acabaría destrozada si atara cabos y se diera cuenta de que se lo habíamos ocultado.

Tras una noche de insomnio y preocupación, y una mañana de orgasmos capaces de quitar el sueño, había convencido a Luke para que me dejara contárselo mientras él y Jake veían la tele.

—Hola, chicos, a buenas horas —dijo Haven al abrir la puerta—. ¿Cómo estás? —le preguntó a Luke—. ¿Habéis solucionado las cosas? —Luke le había enviado un mensaje a Haven para decirle que no iba a pasar en su casa las noches del viernes y del sábado, pero no le había dicho dónde iba a estar. Obviamente, ella había supuesto que había vuelto con Emma. El corazón me dio un vuelco. ¿Por qué se había apresurado a pensar que iba a ser así? ¿Estaba esa relación tan acabada como Luke parecía creer? Tal vez Haven había pensado que era bueno que Luke se reconciliara con Emma.

Luke desvió la pregunta.

—¿Dónde está Jake?

—Me encanta lo bien que os lleváis; ¿debería sentirme celosa? Ve con tu amigo, anda. Está en el estudio.

Luke se agachó hacia mí como si fuera a besarme. El horror debió de reflejarse en mi cara, porque se detuvo y se echó a reír.

—Díselo rápido —susurró.

—¿Qué pasa? —preguntó Haven.

Me encogí de hombros.

No vi vino en el mostrador.

—¿Aún no has abierto una botella? —pregunté mientras miraba dentro del frigorífico.

—No, te estaba esperando. Debería haber un Oyster Bay ahí dentro.

Mierda, iba a tener que decírselo ya, mientras estuviéramos sobrias.

Serví las copas y me senté en el taburete. Haven estaba rallando queso. Así que ese era mi momento, antes de que tuviera un cuchillo en la mano.

—Fui a la entrega de premios con Luke el viernes —empecé.

—No deberías torturarte así. Que se busque sus propias citas.

—Lo cierto es que me lo pasé muy bien.

—¿Sí? Guay… A veces esas cosas pueden estar bien. Depende de quién te toque al lado y esas cosas. —Accionó un par de interruptores

del horno.

¿Cómo iba a decírselo? No estaba segura de qué tipo de reacción iba a tener. Quería que se emocionara, pero una sensación en la boca del estómago me decía que esa no iba a ser su respuesta.

—¿Te he dicho que conseguí ese artículo para el *Sunday Times*? —preguntó. Desde que Haven se había hecho *freelance,* su carrera había despegado. Estaba muy orgullosa de ella.

—Santo cielo, ¿en serio? Es increíble. —Me levanté y le di un abrazo—. Sabía que podías hacerlo, es una pasada. ¿De qué irá ese artículo? ¿De los colegios?

Asintió.

—Todavía no me lo puedo creer. Es decir, quiero ser independiente, trabajar de *freelance,* pero ¿quién va a decirle que no al *Sunday Times*?

—¡¿Qué está pasando ahí?! —gritó Luke desde el sofá. Estábamos abrazadas y sonriendo. Tal vez pensaba que ya se lo había dicho.

—Va a escribir un artículo para el *Sunday Times* —contesté.

—Ah, sí, es cierto. Me lo había comentado… —recordó Luke.

Haven puso los ojos en blanco.

—Ten hermanos para esto…

Eso era. Una pausa natural en la conversación. Tenía que decírselo ya.

—Así que, ya sabes, el viernes… —empecé.

—Creo que ya están —me interrumpió, echando un vistazo al horno—. He hecho *fingers* de queso para que los chicos no empiecen a quejarse de que tienen hambre. —Abrió la puerta del horno y sacó una bandeja—. ¡Chicos, el picoteo! —gritó.

Luke se acercó dando saltitos, me acarició brevemente la parte baja de la espalda al pasar junto a mí y luego se dirigió a la nevera. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Pensé que deberíamos habernos quedado en casa. Habría sido menos complicado.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, buscando a tientas unas cervezas.

—Estamos cocinando, y le estoy contando a Ash lo del *Sunday Times,* ya que tú no pareces interesado en absoluto —dijo Haven.

Luke me miró y sonrió, consciente de que me había acobardado.

—¿Y Ash ya te ha dicho que nos besamos el viernes por la noche?

—¡Luke! —dije—. Se suponía que debías facilitarme las cosas, no soltarlo sin más.

Haven miró a su hermano, luego a mí y de nuevo a su hermano.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Quiero decir que nos besamos, y luego hicimos otras cosas. Yo siento algo, ella siente algo… —Se encogió de hombros—. Estamos…, ya sabes…

—Muy sutil, Luke —dije.
—¿Qué? —preguntó—. Al menos yo he sido capaz de decírselo.
—Iba a hacerlo. Estaba esperando el mejor momento.
Miré a Haven, que removía algo en una sartén como si su vida dependiera de ello.
—¿Haven?
Inspiró hondo.
—No sé qué decir. —Sugerir que no parecía contenta era quedarse corta.
—¿Te molesta que no te lo haya dicho yo? —pregunté. Parecía a punto de llorar.
—¿Por qué ahora? —espetó ella. Luke intentó rodearla con un brazo, pero ella se zafó—. Has tenido años para hacerlo. ¿Qué es diferente ahora? —Era una buena pregunta. ¿Qué era diferente?
—Bueno, estaba con Emma, y antes de eso éramos demasiado jóvenes y no me di cuenta de lo que sentía hasta hace poco —le explicó Luke con ternura a su hermana.
—Dime lo que estás pensando, Haven —dije—. Por favor, sé sincera. —Se me estaba revolviendo el estómago. No me gustaba verla enfadada, pero encima esa vez era yo la causante de su angustia.
Apagó los fogones y nos miró a Luke y a mí.
—Creo que estamos bien. Nos queremos. Somos una familia; pero ahora, si os enfadáis, lo pondréis todo en peligro. —Terminó de remover el contenido de la sartén aún con el fuego apagado y se volvió hacia nosotros—. Luke, lo has dejado con Emma hace nada, y ha sido una relación seria, de mucho tiempo. No puedes superarlo en veinticuatro horas —dijo señalando a Luke—. Y a ti, Ash, que lo amas desde siempre, no quiero que te rompa el corazón. —Su voz era cada vez más aguda—. Si lo hace, me veré obligada a elegir con cuál de los dos paso las vacaciones y esas cosas. Será horrible.
—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Jake, acercándose. Pegó a Haven contra su cuerpo.
—Son unos cabrones. —Nos señaló a Luke y a mí.
—¿Qué ha pasado? —Jake miraba a Luke.
—Es porque Ash y yo. Nosotros…, más o menos, nosotros… —Luke frunció el ceño, con expresión confundida.
Me llevé la mano a la frente. ¿Qué esperaba? ¿Que íbamos a convertirnos en la pareja más feliz del mundo?
—Ni siquiera hemos descubierto lo que estamos haciendo, Luke. Tal vez ella tenga razón. Acabas de dejarlo con Emma…, no te juzgo. Hemos actuado precipitadamente…
—¡No! —gritó, y se acercó a mí. Puso las manos a ambos lados de mi cara—. No —repitió con más suavidad—. Nos conocemos de toda la vida. Nunca trataría tu corazón como otra cosa que el tesoro que es.

Esto es de verdad. No voy a marcharme, y no voy a dejar que te vayas. —Dejó caer un beso sobre mis labios y apoyó la frente contra la mía —. Confía en mí.

Me derretí bajo sus dedos. ¿Siempre me había dejado convencer tan fácilmente? Haven tenía razón al preocuparse. Debíamos escucharla, pero todo lo que podía ver en Luke era al hombre que tan desesperadamente quería que fuera.

—Bueno, creo que eres adorable —dijo Luke—. Haven, esto es bueno. Son tus dos personas favoritas fornicando. —Jake y Luke se echaron a reír, y yo aproveché la oportunidad para darle un golpecito juguetón a Luke.

—Dios mío, ¿lo habéis hecho? —Haven se llevó las manos a las orejas—. No me lo digas. No quiero saberlo.

—No entiendo por qué has tardado tanto. Creía que se te había caído la polla o algo así; llevas toda la vida cerca de este bombón y nunca habías intentado nada —bromeó Jake con Luke.

—¡Jake! —gritamos Haven y yo al unísono.

—¿No quieres que sean felices? —le preguntó Jake a Haven.

—Sí, quiero, pero no me gustaría que sufriera ninguno de los dos, y, definitivamente, no quiero tener que tomar partido si rompen.

Las náuseas me invadieron al pensar en que Haven o Luke no formaran parte de mi vida.

—No vamos a romper.

Aunque mi corazón se estremeció ante las palabras de Luke, Haven tenía razón. Podía ser difícil retomar la situación anterior. Si Luke volvía con Emma, o conocía a otra persona, iba a quedar destrozada. No iba a poder ir a cenar los domingos y verlo con su nueva novia. Se habría roto nuestra rutina, nuestra familia.

—No puedes decir que no vamos a romper nunca —le dije a Luke.

—Sí que puedo. Te conozco de toda la vida. Esto es todo; punto. —Intentó agarrarme la mano, pero me aparté de él y negué con la cabeza. Por mucho que quisiera que fuera verdad, sabía que no podía ser tan sencillo. La vida nunca lo era.

11

ASHLEIGH

La luz mortecina que se filtraba a través de las cortinas me indicó que eran alrededor de las cinco. Las cinco era una hora aceptable para que algunas personas se levantaran. Corredores, remeros, adictos al trabajo, madres primerizas…, seguro que había un mundo despierto a esas horas de la madrugada. Me acerqué al cabecero de la cama en busca del móvil. Las cinco y doce minutos.

Mis dudas sobre nuestra relación de pareja, sobre los sentimientos de Luke hacia mí y sus motivaciones en torno a lo que estábamos haciendo llevaban rondando en mi cabeza veinticuatro horas. Las cautelosas palabras de Haven en la cena del domingo habían despertado mi miedo. La insistencia de Luke en que solo estaba «volviéndome loca», como él lo había descrito, y su certeza de que todo iba a ir bien me habían aplacado temporalmente. Y la seguridad que me proporcionaban sus manos en mi cara y el contacto de sus labios habían hecho que le creyera.

Así que todo iba bien, ¿no?

Tras pasar otra noche en vela, en la que sus palabras se batieron en duelo con mis dudas, me convencí de que no todo iba tan bien. Yo no estaba bien. Todo estaba resultando demasiado fácil, demasiado conveniente, demasiado repentino. No podía creer que él estuviera preparado. Solo unos días antes había estado valorando la idea de casarse con Emma. Lo que sentía en ese momento era, casi seguro, la reacción a verse libre de repente. Luke no había llevado nunca bien los cambios, ni siquiera los más pequeños, y durante la última semana su vida había dado un vuelco. No podía evitar pensar que aferrarse a mí —que, al fin y al cabo, le era familiar— era una consecuencia de ello. Y aunque había esperado toda la vida a que Luke y yo nos convirtiéramos en pareja, no estaba dispuesta a que mi corazón se viera pisoteado si él cambiaba de opinión en pocos días.

Lo que hubiera entre nosotros parecía frágil, temporal y vulnerable. Arriesgado. Y no habría podido soportar que fracasara cuando llevaba tanto tiempo amándolo. Debía impedir que siguiéramos adelante; podían salir mal demasiadas cosas. Tenía demasiado que perder.

Si le ponía fin a todo en ese momento, podía perder al amor de mi

vida, pero aún había una oportunidad de que mi familia y mi corazón no quedaran destrozados.

Cuando él hubiera superado lo de Emma, y si seguía sintiendo lo mismo, quizá entonces podía permitirme estar con él, desearlo, amarlo. Por el momento, debíamos poner fin a aquello por el bien de ambos. Necesitábamos tiempo para asegurarnos de que estábamos haciendo lo correcto.

Era mejor que estuviera duchada y vestida antes de despertar a Luke para hablar con él. No quería volver a rendirme ante sus caricias. Si estaba lista, podía irme a trabajar mientras él salía del piso. Iba a ser más fácil, para mí al menos, si no tenía que comportarme de forma normal con él de inmediato.

Me duché, me sequé el pelo y me vestí con el piloto automático. Luke no se movió ni un centímetro. De tratarse de cualquier otra persona, habría sospechado que había muerto mientras dormía, pero habiéndolo conocido durante la mayor parte de mi vida, sabía que normal en él. De adolescentes, e incluso hasta hacía poco, Haven y yo habíamos tenido poca consideración por los que nos rodeaban cuando nos despertábamos temprano, con ganas por reírnos de los chicos, las fiestas y la vergüenza inducida por el alcohol de la noche anterior. Hasta que Haven se casó con Jake, nos quedábamos a dormir en casa de la otra después de salir por la noche. A veces incluso acabábamos en la habitación de invitados de Luke. Y a menos que sonaras como un despertador, era imposible espabilar a Luke. Insistía en que su cuerpo estaba sintonizado en una frecuencia que le impedía dormir con alarmas. A mí me sonaba a lógica rara y masculina. Pero daba igual.

Dispuesta a marcharme —y a hablar—, programé la alarma y me senté en el extremo de la cama, cerca pero sin tocarlo, y esperé a que se despertara. El corazón me latía con fuerza en el pecho. Sabía que lo correcto era acabar con todo, o al menos poner pausa a lo que hubiera entre nosotros. Pero debía resolverlo antes de que pudiera pensármelo mejor. Estaba renunciando a lo que había deseado siempre, incluso anhelado: Luke. Y aunque era lo correcto, no iba a ser fácil.

Luke se despertó de inmediato cuando empezó a sonar la alarma. Fue casi como una escena de dibujos animados por lo rápido que sucedió. Como si alguien lo hubiera enchufado y, de repente, estuviera activo.

—Hola —dijo, girándose al verme por el rabillo del ojo. Sonrió, pero al mirarme, las comisuras de sus labios volvieron a su sitio. Me conocía muy bien. Se incorporó, se pasó las manos por la cara e inspiró hondo. Era tan guapo que no me parecía justo que se despertara, se diera la vuelta y me dejara sin aliento con ese pelo revuelto, la mandíbula recia y la piel dorada que yo sabía que era tan suave y cálida como parecía.

Maldito fuera.

—Quieres hablar. —No era una pregunta. Me conocía bien.

Me concentré y asentí.

—Lo haremos funcionar, Ashleigh. Por favor, confía en mí.

El sonido de mi nombre completo me envolvió. No lo oía a menudo. Y solo dos veces en labios de Luke, antes de que empezara lo que había entre nosotros. Una vez, cuando mis padres se mudaron a Hong Kong y tanto Haven como él vinieron conmigo al aeropuerto a despedirlos, y otra vez, en la cena de entrega de premios hacía ya unas noches.

Parpadeé y llené mis pulmones de aire.

—Necesito que me escuches. No que me tranquilices ni que intentes convencerme de que estoy equivocada, de que en realidad me siento diferente. Necesito que atiendas a lo que voy a decir.

Desvié la mirada hacia él cuando no contestó. Me estudiaba con intensidad, con los ojos entreabiertos y el ceño fruncido por la ansiedad. En su rostro se reflejaba el esfuerzo por permanecer en silencio, por darme lo que yo quería.

—Hemos ido demasiado rápido, Luke. Hace literalmente pocas horas que has terminado una larga relación que parecía que iba a durar para siempre. Por mi parte, he estado enamorada de ti toda mi vida; deseo esto demasiado. Te deseo tanto que, durante los últimos días, me he contentado con dejarme llevar. —Hice girar la mano entre nosotros. El miedo a lo que estaba haciendo me subió por la columna vertebral y me cortó la respiración. Solo tenía que pasar los próximos minutos y todo habría terminado—. Necesito ser todo o nada para ti…

—Ashleigh, nunca podrías…

Levanté la mano para impedirle hablar.

—Todo… o nada. Y ahora mismo no creo que estés en posición de tomar decisiones sobre qué o quién lo es todo para ti. Tengo que saber que no te aferras a mí porque necesitas algo en lo que apoyarte. Que no se trata de que estés intranquilo por los cambios que están ocurriendo en tu vida en este momento. —Me hundí la uña del pulgar en el dedo con la esperanza de que me distrajera del dolor de mi corazón—. Te conozco, Luke, y te gusta que la vida sea ordenada y predecible. Y yo no quiero ser una manta de seguridad para ti. Quiero ser tu amante, tu compañera, tu mejor amiga, la mujer sin la que no puedes vivir. No porque sea fácil, sino porque la vida sería menos emocionante sin mí, menos alegre, menos dulce. No porque estés acostumbrado a mí ni porque me conozcas y sea cómodo.

Me estiré la falda con las palmas de las manos. Había dicho lo que tenía que decir.

El silencio inundó el espacio que nos separaba, y levanté la barbilla para mirarlo, ansiosa por saber qué iba a encontrar en su rostro. Era

como si se hubiera quedado inmóvil, conteniéndose.

Me levanté de la cama y su mano salió disparada para agarrar la mía.

—¿Podemos hablar de esto? —Su tono era suplicante—. Entiendo lo que dices, pero no sé lo que significa. —Entrelazó los dedos con los míos—. ¿Hemos terminado?

—Por ahora.

Intenté que la opresión de mi pecho no se convirtiera en sollozos.

—¿Qué significa «por ahora»? Joder… —Se pasó las manos por el pelo. Estaba claramente frustrado.

—Es solo que… creo que necesitas algo de tiempo…

—No necesito tiempo. Te necesito a ti.

Inspiré hondo. ¿Cuánto tiempo había esperado para oír aquello? ¿De verdad iba a marcharme?

—Vale, pues yo necesito tiempo.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

Sabía que, si le hubiera puesto límites a Luke, nuestra relación se habría convertido en una tarea más de su lista. Si le hubiera dicho lo que necesitaba, cuánto tiempo necesitaba, él se habría aplicado con diligencia en la tarea y habría esperado. Todo habría girado en torno a mí cuando yo necesitaba que girara alrededor de él. Mi preocupación no se iba a desaparecer en un período de tiempo determinado. Tenía que experimentar la vida sin mí, que superar el cambio, la incómoda sensación de incertidumbre, que avanzara, que disfrutara y que luego decidiera que era a mí a quien quería. No como si fuera una cura o una conveniencia, sino porque estaba enamorado de mí.

—Debo saber que has ordenado tu vida, y que todavía me eliges a mí. Que no solo soy conveniente.

—Ashleigh, tú no…

No podía escuchar sus argumentos en contra.

—Eso es lo que necesito. Me lo has pedido y te lo he dicho. Haz nuevos amigos, ten citas. No sé, adopta un perro, cómprate un coche nuevo. Sigue con tu vida. Ve cómo te va. Demuéstrame que soy una elección consciente para ti.

—¿Quieres que tenga citas?

La pregunta hizo sentir enferma. ¿En qué estaba pensando? Eso sería horrible. Lo último que quería era que conociera a otra mujer, pero, si lo hacía, al menos iba a saber que no estábamos hechos el uno para el otro. Si aceptaba lo que me ofrecía en ese momento, podía pasarme la vida preguntándome si alguna vez había sido mío de verdad. Podía volverme insegura y necesitada, una cáscara de mí misma.

—Sí, ten citas. —Miré por la ventana de mi dormitorio. Tenía que irme, o podía derrumbarme y decirle que todo había sido una broma.

Le apreté la mano, tratando conscientemente de capturar la sensación de su piel contra la mía para poder recordarla más tarde, cuando me sintiera sola y lo añorara. Separé los dedos de los suyos y me dirigí hacia la puerta—. Sé que es difícil.

Saltó de la cama y se puso los calzoncillos.

—Dios, Ashleigh. ¿Es que tienes miedo a ser feliz? ¿No sientes lo que hay entre nosotros? ¿Por qué te alejas como si no fuéramos nada?

No podía girarme y mirarlo.

—Luke, lo eres todo para mí. Esa es la cuestión. Pero todo esto ha sido tan rápido que parece que podría acabar mañana. Y si me dejo llevar más, podría ser mi perdición. Así solo han pasado unos días, y no dejaremos de ser amigos.

—Nunca perderemos eso, Ashleigh. Te lo prometo. —Su voz se quebró, y el sonido me desgarró.

—No hagas promesas que no sabes si puedes cumplir. Necesito que hagas eso, Luke. Por favor.

Suspiró, y necesité toda mi fuerza de voluntad para no volverme y consolarlo.

—Si te hace falta que te demuestre mis sentimientos, entonces eso es lo que haré. Porque tú eres lo que quiero, Ashleigh. Lo que necesito. Lo que siento no va a cambiar.

Me dolía el corazón. Quería decir que mis sentimientos tampoco iban a cambiar. Pero algo me impedía pronunciar las palabras.

LUKE

—¿Así que no has ido al bufete? —preguntó Haven. Había llegado a casa y me había encontrado allí con la mirada perdida. Al salir del piso de Ashleigh, me había ido a casa de Haven con la intención de meterme en la ducha e ir a trabajar. No había sido capaz de afrontar el día envuelto en el olor de Ashleigh, en sus palabras, en sus dudas. Al llegar, me había sentado en la cama solo un segundo para ordenar mis pensamientos, y cuando había vuelto a mirar el reloj ya había pasado medio día.

Negué con la cabeza.

—Los he llamado. He estado pendiente de los correos. Lo demás puede esperar. —Habría sido un desastre si hubiera ido al bufete. Mejor fingir una enfermedad que aparecer y darles motivos a mis clientes para demandarme por negligencia. Mi cabeza parecía una máquina de *pinball* mientras pasaba de estar enfadado con Ashleigh por tener tan poca fe en mí, en nosotros, a planear cómo iba a recuperarla, para luego saltar de nuevo a una abrumadora sensación de pérdida. Quizá Haven pudiera ayudarme a entenderlo.

Haven me miró con preocupación en los ojos.

—Lo siento mucho. Ayer no quise ser tan pesimista sobre vuestra relación. Solo me asusté. ¿Quieres que hable con ella? —Me miró mientras llenaba la lavadora de ropa. No había podido hacer otra cosa en todo el día que pensar en Ashleigh. Esperaba, si ya no podía olerla en la ropa, poder despejar la mente y encontrar la manera de recuperarla.

Haven tenía una expresión de vergüenza y culpa.

—No es culpa tuya. Yo sabía que era probable que tuviera una crisis… Es decir, vamos, es Ashleigh…, pero pensé que podría hablar con ella y ayudarla a superarlo. Pensaba que la conocía.

Haven entrecerró los ojos.

—¿Ashleigh?

Tardé un momento en darme cuenta de lo que me estaba preguntando.

—Sí. Eso es lo que es para mí. —Ashleigh tenía razón. Mi comprensión sobre ella y mis sentimientos hacia ella habían sido repentinos. En solo unos días había pasado de ser Ash, la mejor amiga de mi hermana, la chica a la que le había pedido que fuera mi acompañante porque no quería ir con mi novia, mi familia, a Ashleigh, alguien que me hacía querer presionar al Parlamento para que aprobara una ley que asegurara que tenía que estar desnuda el resto de su vida. Alguien que, cuando me tocaba, me hacía sentir el roce de su piel horas después y anhelarla durante más horas. Alguien a quien quería proteger de la oscuridad, mostrarle la luz. No estaba seguro de si era porque nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, pero aunque Ashleigh y yo solo llevábamos juntos unos días, me sentía diferente, más maduro, y lo que tenía con ella era más intenso que cualquier otra cosa que hubiera experimentado con otra persona.

Pensaba que ella había sentido lo mismo.

—¿Te ha dicho algo? ¿Te ha llamado? —pregunté, desesperado por saber cómo podía mejorar la situación.

—No, lo siento. —Por lo amable que estaba siendo Haven, me di cuenta de que estaba preocupada. Estar con Jake había suavizado su carácter, le había hecho tener confianza en sí misma sin convertirla en una pusilánime. Seguía siendo capaz de darme una buena tunda cuando lo necesitaba.

—Me dijo que quiere saber que es una elección consciente para mí. Pero ¿cómo puedo hacerlo si ella no está conmigo? Le preocupa que solo la quiera porque está…, no sé, disponible.

—¿Tiene motivos para estar preocupada?

Llevaba todo el día intentando responder a esa pregunta.

—Sí y no.

—Malditos abogados. Dame una respuesta directa.

Me pasé las manos por la cara y cerré los ojos con fuerza. Deseé estar teniendo esa conversación con Ashleigh. Deseé que ella me hubiera dado más tiempo esa mañana.

—Ella me conoce, es verdad. Así que, sí, me gusta la constancia en mi vida. Me aferro a cosas a las que tal vez no debería para crear permanencia. Probablemente esa fue la razón por la que estuve con Emma tanto tiempo. —Hubo un ruido sordo donde debería haber surgido el latido de mi corazón, como si estuviera envuelto en niebla—. Pero no, mis sentimientos, o debería decir el cambio de mis sentimientos hacia Ashleigh no ha sido por eso. No lo sé, Haven. Es como si alguien me hubiera quitado la venda y Ashleigh fuera una persona nueva para mí. Quiero decir que sigue siendo Ash, pero además es mía. O lo era.

—Pues díselo. Ella arriesga a su familia estando contigo. Tienes que convencerla de que no vas a romperle el corazón. Pero tiene razón, tienes que estar seguro de que la quieres de verdad.

Ashleigh había sido clara. Tenía que saber que ella era mi elección.

—Nunca he estado tan seguro de nada. No hay vuelta atrás. Solo debo proporcionarle pruebas. Pero eso está bien, porque a eso me dedico, ¿verdad? Construyo casos, descubro y presento los hechos. Aún no sé cómo hacerlo, pero lo conseguiré. —Tenía que hacerlo. Perderla para siempre no era una opción—. ¿Cómo te recuperó Jake?

—Queriéndome. Dándome tiempo y estando ahí para apoyarme a pesar de que yo lo había alejado y había perdido la fe en nosotros.

Así que era eso. Tenía que darle espacio, demostrarle que había tenido tiempo y oportunidad de pensar en todas las versiones imaginables de mi vida, y que aun así la quería en el centro de ella.

Iba a demostrarle que ella era mi elección.

Mi única opción.

Les dije a Jake y a Haven que estaba cansado y me acosté pronto. No lo estaba. Tenía planes que trazar, una estrategia que formular. Miré a mi alrededor: la bolsa con mis pertenencias estaba colgada en un rincón, con la ropa desparramada por la parte de arriba. En el tocador había dejado un montón de carpetas del trabajo que había llevado el viernes. Esa no podía ser mi vida. Saqué el portátil y me conecté. Cogí un cuaderno.

Primer paso: encontrar un lugar donde vivir.

Cuanto más lo pensaba, más cuenta me daba de que en realidad estaba deseando irme de casa de Haven. Tal vez fuera en parte porque era lo que Ashleigh necesitaba de mí, pero, de repente, me encantaba la idea de seguir adelante. Por mucho que quisiera a mi hermana y a Jake, no quería ser un apéndice de su vida. Quería tener una propia.

Abrí la página web de una inmobiliaria y miré pisos de alquiler cerca de la zona donde había vivido con Emma. Al hacer clic y desplazarme por la pantalla, me di cuenta de que las fotos eran de un lugar que había dejado atrás. No tenía ningún motivo para vivir en esa zona. Empezaba de cero y solo tenía que preocuparme de mí mismo. ¿Qué quería en realidad? ¿Dónde quería vivir? No tenía límites, nadie a quien tener en cuenta al hacer mi elección. Podía poner una chincheta en el mapa y decidir que iba a ser ahí. Las posibilidades eran infinitas y, en cierto sentido, desalentadoras, pero tenía que tomar una decisión si quería seguir adelante.

Hice lo que mejor se me daba y me metí de lleno en los detalles, navegando por distintas páginas web, enviando correos y concertando visitas para los días siguientes. Comprobaba los sitios y decidía qué me parecía bien.

Para cuando terminé, eran cerca de las dos, pero la adrenalina que corría por mis venas alejaba el sueño. ¿Ashleigh estaba durmiendo? ¿Le preocupaba si iba a ser capaz de hacer lo que me había pedido? Cerré los ojos e imaginé el contorno de su cuerpo cubierto por las sábanas color crema, el pelo extendido por la almohada y los labios entreabiertos. A lo largo de los años, habíamos pasado mucho tiempo juntos, pero solo en los últimos días había sabido cómo era mientras dormía. Atrevida, divertida, enérgica, Ash dormía sin control. Era suave, reflexiva: una heroína imaginada por Tennyson. Me conecté al correo.

«Lunes, 12 de septiembre

Querida Ashleigh:
Hoy has llenado todos mis pensamientos. Te echo de menos, pero quiero que sepas que empiezo a entender lo que me has pedido que haga y por qué.
Voy a ponerme a mirar pisos mañana. Ojalá me acompañaras. Podrías ayudarme a elegir. Pero ya lo verás, de una forma u otra.
Cree en mí y cree en ti.

Con todo mi amor.

Luke».

Mi ratón se detuvo sobre el botón de envío. ¿Estaba siendo demasiado insistente? ¿Quería saber de mí en ese momento?

Finalmente, pulsé «Borrar» y cerré la sesión.

Menos de doce horas después de verlo por internet, estaba firmando el contrato por un piso amueblado en la City. Era el segundo que había visto. Había salido pronto del trabajo para avanzar en el primer paso

de mi plan.

Los ventanales del suelo al techo dejaban entrar luz natural en el apartamento; era muy diferente del lugar que había compartido con Emma.

—Se puede ver el Támesis desde fuera —informó la agente inmobiliaria.

Abrí la puerta del balcón y salí para asomarme por encima de la barandilla. Era tranquilo, elevado y alejado del bullicio de Londres, a pesar de estar justo en el centro. Era exactamente lo contrario al piso que había compartido con Emma y del que había visto antes de ese. El nuestro había sido una vivienda victoriana rehabilitada en el oeste de Londres y estaba a cuarenta y cinco minutos del trabajo. Sin embargo, mi nuevo hogar estaba a diez minutos andando del bufete. A Emma le encantaban los elementos originales del otro apartamento y el jardín que rodeaba la casa. Para mí, disponer de jardín solo significaba que tenía que cortar la hierba o pagar a alguien para que lo hiciera. Pero me habría conformado con cualquier cosa que la hiciera feliz, y había agradecido no tener que tomar la decisión. Me tocaba elegir a mí, y me di cuenta de que prefería ese piso elegante, moderno, construido recientemente, en el centro de la ciudad, desde el que no tenía que hacer grandes desplazamientos y que tenía unas vistas estupendas. No debía hacer nada más. Podía mudarme y vivir allí.

¿Iba a gustarle a Ashleigh? Supuse que no podía tomar esa decisión pensando en nadie más que en mí mismo. Ese era el quid de la cuestión, ¿no? Eso era lo que ella quería de mí. Que viera las opciones que se abrían ante mí, que sopesara cada una cuidadosamente y que eligiera. Cada hora que pasaba lejos de ella lo tenía más claro.

De vuelta al interior, pasé la mano por el frío mármol de la barra del desayuno. ¿Me veía leyendo el periódico allí?

—Hay dos dormitorios —me dijo la agente inmobiliaria mientras la seguía por el piso. Señaló el dormitorio principal y el de invitados—. En ese hay un escritorio, así que podría usarlo como estudio.

Quizá me resultaba difícil imaginarme viviendo allí porque siempre había compartido piso. Se me ocurrió que, si me sentía solo, podía organizar alguna cena de los domingos. La mesa del comedor tenía capacidad para seis, así que cabíamos todos. Ver a mi familia allí me iba a ayudar a asentarme.

—¿Podría alquilarlo mes a mes? —pregunté. Supuse que así podía probar y ver si me gustaba.

—Sí, solo tiene que avisar con treinta días de antelación después del primer mes, así que la estancia mínima será de dos meses.

—Me lo quedo. —No tenía sentido retrasar la decisión. Tenía que dar el paso y seguir adelante.

Los ojos de la agente se abrieron de par en par.

—Y podría traer algunos muebles adicionales. Un sofá… —Mi viejo sofá de cuero marrón era lo único que iba a llevarme del piso que había compartido con Emma. Me encantaba. Había sido mi primera compra como adulto, y había sido testigo de mucha cerveza, bromas y chicas. Allá donde iba, el sofá iba conmigo.

—No creo que eso sea un problema. ¿Cuándo quiere mudarse?

—Si pudiera, lo habría hecho ayer.

La agente sonrió.

—Volvamos a la oficina para que firme el papeleo y pueda darle las llaves.

Metí las manos en los bolsillos y sonreí.

Estaba progresando.

12

ASHLEIGH

Miré por la ventana de la cafetería donde había almorzado con Luke hacía apenas unas semanas. Llovía, y los cristales se habían empañado. Limpié el vidrio con la manga del uniforme para ver mejor las gotas de lluvia del exterior. Era como si estuviera contemplando el interior de mi corazón. Húmedo, gris y miserable. ¿Luke pensaba lo mismo? ¿Estaba sufriendo como yo? Quería llamarlo, aunque solo fuera para oír su voz, para que me dijera que todo iba a salir bien. Mi cerebro sabía que tenía que darle espacio y tiempo para averiguar lo que quería en realidad. Por otra parte, mi corazón pensaba que mi cerebro era idiota.

A mi dolor se sumaba que no podía hablar de ello con Haven. No quería crear conflictos cuando no los había, pero tampoco quería que me dijera que había sido una estúpida por esperar que una relación con Luke pudiera funcionar o por alejarlo. De repente, no podía acercarme a ninguno de mis dos mejores amigos, y esa separación era una sensación casi física que me cortaba como un millón de pequeñas cuchillas.

Y luego, por supuesto, estaba la culpa. Dos pacientes me preguntaron si estaba bien. Dios, eso me puso mala. Estaba distraída y me compadecía de mí misma cuando estaba rodeada de gente en sus últimas semanas de vida. ¿No estaba siendo increíblemente egoísta?

—Hola, Ash. —Una voz a mi espalda interrumpió mi autocompasión. Estaba considerando si tenía o no las fuerzas necesarias para saludar a la persona que me había hablado cuando Richard apareció ante mí—. ¿Estás bien? —preguntó.

Asentí y me obligué a curvar las comisuras de los labios en una sonrisa poco convincente. No había visto mucho a Richard desde que habíamos roto. No era raro, porque no había pasado demasiado tiempo desde entonces y, seguramente, él había tenido turno de noche. Los míos eran más predecibles: principalmente, de lunes a viernes de ocho a cuatro y algún que otro sábado. ¿Quién había dicho que los cuidados paliativos no tenían su lado bueno?

—¿Puedo acompañarte? —preguntó.

Quería decirle que no. Prefería quedarme sola y hundirme de lleno

en mis miserias, pero Richard era demasiado amable para negarme.

—Claro. —Volví a sentarme en la silla, con el sándwich sin comer delante de mí, mientras que Richard dejaba la bandeja y alternaba la mirada entre su comida y mi cara.

—Pareces disgustada.

Me concentré en su cuello, sin querer mirarlo a los ojos. ¿Cómo iba a decirle que tenía el corazón roto, pero no por él?

—Cuéntame un chiste —pedí—. Distráeme.

—Un cura, un rabino y un vicario entran en un bar. El camarero dice: «¿Es una broma?».

Sin mucho entusiasmo, imité el redoble de los tambores y el golpe de un platillo.

—Es malo. Pero gracioso. ¿Qué te pasa?

Me encogí de hombros y me volví hacia la lluvia.

—Es una mierda que llueva.

—Sí, pero llueve muchas veces y normalmente no te pones triste. ¿Qué tal si te animo?

Richard estaba siendo amable, pero yo solo quería que desapareciera. No quería que me animara.

—Tengo entradas para ver a Bradley Cooper en *El hombre elefante*. ¿Quieres acompañarme?

Levanté la barbilla. ¿Por qué? ¿Me estaba invitando a salir para levantarme el ánimo o porque quería que le diera otra oportunidad? Tal vez Luke buscara otra oportunidad con Emma después de que lo alejara. La idea me revolvió el estómago.

—Es el próximo jueves. Probablemente estés ocupada, pero…

—¿Cómo es que tienes una entrada de sobra? —Estaba siendo desagradecida, lo que no era mi intención. Pero tenía que saber en qué términos me estaba preguntando—. Es una función muy popular…

—Se las compré a mi madre, pero me equivoqué de fecha y está en un retiro de yoga. Esperaba que siguiéramos siendo amigos, pero si te sientes incómoda…. —Esta vez le tocó a Richard concentrarse en la lluvia. Dios, le había contagiado mi mal humor.

—Es muy amable por tu parte. Me encantaría ir al teatro. —¿Pero cómo le dejaba claro que no me interesaba volver a intentarlo con él? —. Quiero decir que es muy amable por tu parte invitarme, pero ¿seguro que no prefieres llevar a otra persona? —No quería que desperdiciara una buena oportunidad para salir. Pero, al mismo tiempo, tenía curiosidad por saber cómo iban a convertir a Bradley Cooper, de entre todos los hombres del mundo, en el hombre elefante. Era la primera vez que pasaba diez segundos sin pensar en Luke. Supuso un alivio saber que era posible.

—No, me gustaría que fuéramos juntos. Como amigos —dijo las últimas palabras como si estuviera respondiendo a su madre. *«Sí,*

volveré a la hora de cenar». «Sí, me he lavado los dientes». Nunca me había parecido tan joven. Sonrió, y no pude evitar devolverle la sonrisa.

—Me apetece acompañarte —dije. Por supuesto que me apetecía. Era un buen tipo y yo tenía que ampliar mi círculo social. Pasar algún tiempo con alguien que no conociera a Luke era bueno para mí.

—Nunca se sabe, Ash, podrías enamorarte de mí una vez que veas *El hombre elefante*.

Puse los ojos en blanco.

—¿Es ese tu plan?

—No puedo decírtelo. Lo único que sé es que la mujer más sexy del hospital acaba de aceptar ir al teatro conmigo.

—Sí, sí…, la más sexy. Especialmente con las Crocs. —Me señalé los pies. Quería irme, pero debía saber lo que podía esperar de mí.

—Sé que solo somos amigos, pero no se puede descartar nada en esta vida. —Sonrió—. Recuérdalo.

Cuando terminé el turno, el pequeño rayo de luz que había provocado la invitación de Richard había desaparecido y todo se había vuelto gris de nuevo. Tuve el impulso de enviarles un mensaje a Haven o a Luke, o de llamarlos, y luego recordé que no podía. Había apagado el teléfono. No podía enfadarme por que no sonara si, para empezar, no estaba encendido.

Lógica femenina.

Estaba mirando la nevera, intentando decidir si tenía hambre suficiente para hacerme una tortilla, cuando el sonido del timbre me hizo dar un respingo. Mierda, no estaba vestida para tener compañía. Tampoco estaba mentalmente preparada para hablar con la gente sin parecer una loca. Había podido gestionarlo en el trabajo, o al menos eso creía; nadie me había preguntado si me encontraba bien, así que, obviamente, lo había conseguido. Sin embargo, me había costado un esfuerzo ímprobo. En ese momento, lo único que quería era sentarme y ver algo en la televisión que no me hiciera pensar. La puerta vibró bajo la fuerza de un puño.

Joder.

Los nervios me atenazaron el estómago ante la remota posibilidad de que fuera Luke, dispuesto a decirme que había sido una idiota, a encerrar mi cara entre sus manos y darme un beso al estilo Hollywood. Habría sido mucho más fácil si esa hubiera sido su reacción. Aunque habría cedido ante él y, a la larga, eso nos habría destruido. Pero al menos no me habría sentido tan desesperada como estaba, y justo en ese momento, eso no sonaba tan mal.

—¡Abre la puta puerta, Ash! —gritó Haven. Corrí a mirar por la

mirilla para ver si estaba sola.

—Ya voy, arpía impaciente. —Entre los gritos, olvidé por un segundo que tal vez podía ser incómodo, dado que me había acostado con su hermano y luego lo había dejado. O algo así. ¿Haven iba a elegir bando? ¿Había venido a decirme lo que pensaba? ¿A darme una patada en el trasero?

Abrí la puerta de golpe y, antes de que pudiera decir nada, pasó por mi lado cargada con las bolsas del supermercado.

Dejó en la encimera de la cocina lo que parecían carbohidratos para un año.

—He traído algo de cada grupo de alimentos obligatorios. Vino, helado, chocolate, pan blanco y pizza. Ah, sí, y, por supuesto, Coca-Cola *light*. —Forcejeó con el sacacorchos—. ¿Con qué quieres empezar?

Cogí una enorme tableta de chocolate y rompí el precinto.

—Parece que te has duchado —comentó, lo que me dejó muy claro que esperaba encontrarme en un estado más desastroso.

—No ha muerto nadie —respondí.

—No, solo acabas de decirle al amor de tu vida que no quieres estar con él.

Dejé que sus palabras flotaran en la cocina mientras intentaba averiguar si parecía enfadada conmigo. ¿Estaba molesta? ¿Decepcionada? Pero no noté nada de eso. Su tono era totalmente neutro.

—¿Crees que estoy loca? —pregunté.

—Quiero a mi hermano, ¿verdad? —Haven me miró, y tuve que apartar la vista—. Y también te quiero a ti. Quiero que seas feliz. Por lo que me ha contado, te entiendo. O eso creo. Y estoy aquí para apoyarte. Hasta que la muerte nos separe.

—Eres un bicho raro. Creo que es por los votos que intercambiaste con tu marido —dije, negando con la cabeza.

—La cuestión es que tú y yo no necesitamos votos. Así son las cosas. —Me puso un vaso de vino frío en la mano y me dio un empujón para sacarme de la cocina, cargadas con el alcohol y la comida.

—Me preocupaba que me dijeras que era idiota. —Rompí un trozo enorme de chocolate.

—Puedo hacerlo, si quieres —respondió Haven.

—Sabes lo que estoy tratando de decir. No sé si deberíamos hablar de esto. Porque, claro…

—Por supuesto que deberíamos hablar de ello. —Tomó un trago de vino, lo dejó sobre la mesa y se sentó, expectante—. Venga, finge que no es mi hermano. Lo único de lo que no quiero saber nada es de su polla, ¿vale?

Me dejé caer en el sofá, aliviada de que estuviera allí y de que no pareciera enfadada. Seguíamos siendo nosotras, a pesar de lo que había pasado con Luke. Y tal y como estaba la situación, era imposible que no hablara de ello. De hecho, si no lo hacía, Haven podía atarme y experimentar conmigo cinco tipos diferentes de tortura china si era necesario, dado el carácter que se gastaba, pero yo quería hablar de ello con ella.

Las lágrimas me llenaron los ojos de inmediato y me puse tensa. No había llorado. No quería llorar porque, si lo hacía, habría aceptado la posibilidad de que Luke y yo hubiéramos terminado. Mientras lograba contener las lágrimas, me encontraba en un mundo en el que Luke y yo solo estábamos separados temporalmente porque él iba a elegirme, porque íbamos a acabar juntos.

—No hay nada por lo que llorar. Lo tuyo con Luke solo es cuestión de tiempo —dijo Haven, dando voz a mis pensamientos—. Esto es solo…, no sé, la precuela. —Su extraña analogía resultó muy reconfortante.

—¿Cómo está? —pregunté, con una voz tan baja que imaginé que no podría oírme.

—¿De verdad quieres saberlo?

Miré a mi alrededor, eludiendo el escrutinio de Haven. ¿Quería oír hablar de él? ¿Iba a hacerme sentir mejor o peor? Asentí.

—Sí.

—Se ha mudado.

—¿En serio?

—Sí. —Cogió el vaso y bebió otro trago de vino. ¿Eso era todo? Joder, necesitaba más detalles. Abrí los ojos de par en par, animándola a seguir.

—Ha alquilado un ostentoso apartamento en la City.

—Vaya, ¿de verdad? Qué rápido… —Quería saberlo todo. Quería enterarme de por qué había elegido el centro en lugar del oeste de Londres. Pero quería que me lo contara él. Aun así, eran buenas noticias, ¿no?

—Sí, creo que se ha sorprendido incluso a sí mismo. Solo necesitaba un empujón. Así que gracias. Jake y yo podemos volver a follar como conejos por todo el apartamento.

—Me alegro de haber sido de ayuda.

—Está intentando hacer lo que quieres. —Me dio un vuelco el corazón. Al menos no estaba enfadado conmigo ni se había rendido. Pero tenía que asegurarme de que no estuviera haciendo eso para que yo lo aceptara de nuevo. Quería que experimentara otras cosas y que siguiera eligiéndome a mí.

—No quiero ser la opción fácil.

—Lo entiendo perfectamente. Y él también está a favor. Lo siento si

planté dudas en tu cabeza. Mi bocaza y yo…

—Vamos, Haven. No has sido tú. No pienses eso. Se trata de que quiero sentirme digna. Tengo que saber que Luke me quiere como yo lo quiero a él. Que no estamos juntos solo porque es el camino más fácil. —Inspiré hondo—. Siempre había pensado que tenerlo sería suficiente, pero necesito más.

—Creo que es valiente por tu parte —me animó.

—Podría arrepentirme. Él podría pensar que no valgo la pena, o conocer a alguien mejor.

—Si es así, sería idiota —alegó Haven—. Y puedo decirlo porque salimos del mismo vientre. Una forma alternativa de verlo es que, si ocurre lo peor, que no creo que ocurra, significaría que, de todos modos, no habría funcionado a largo plazo.

—Y por eso somos amigas —dije, y tiré de ella para abrazarla.

13

Luke

Haven me había preguntado en repetidas ocasiones por qué no contrataba a una empresa de mudanzas, y, aunque yo había insistido en que los hombres de verdad no necesitaban ayuda en esas situaciones, había alquilado una furgoneta y, con nuestros vaqueros más viejos, habíamos hecho el trabajo nosotros mismos, empezaba a pensar que podía tener razón. Estaba hecho polvo. Y tenía calambres en las lumbares. Dios, me sentía un cincuentón en vez de un hombre que acababa de entrar en la treintena.

—Es feo, ¿verdad? —comenté, mirando mi querido sofá de cuero marrón con Jake y Adam, mi antiguo compañero de la uni, intentando recuperar el aliento después de subirlo por cuatro tramos de escaleras.

Había quedado con Emma para retirar las pertenencias que me quedaban en el piso que habíamos compartido. Para ser justos, el único mueble grande era el sofá, pero había un sinfín de cajas —que no sabía qué contenían— llenando cada centímetro de la furgoneta alquilada. Emma lo había empaquetado todo y se había ido el fin de semana para no encontrarse conmigo. Me sentí mal al saber que seguía tan afectada que evitaba verme. A pesar de que solo habían pasado unas semanas, yo lo había superado sin problemas. Y no solo porque me había acostado con Ash: era por algo más. Tenía que rehacer mi vida, pero nunca habría dejado a Emma si ella no me hubiera obligado a casarme, y era consciente de que habría desperdiciado mi tiempo. Desde la separación, de alguna manera todo sabía un poco más dulce, olía con más intensidad. El sol brillaba un poco más. Tenía opciones y oportunidades que podía aprovechar y hacer realidad… o no. Todo dependía de mí. Me sentía vigorizado.

—Sí, se parece a uno de los Rolling Stones. Como si hubiera tenido una gran vida, se hubiera divertido mucho y hubiera visto cosas que te harían taparte los ojos, pero está viejo, agotado y a punto de morir —reflexionó Adam, pensativo.

—El Keith Richards de los sofás —asintió Jake—. Me importan una mierda estas cosas, pero es muy de mil novecientos noventa y ocho.

Me reí entre dientes. Tenían razón. Estaba anticuado y se caía a pedazos. No me extrañaba que Emma me lo hubiera dejado. Se había

quedado con todos los demás muebles del piso, y yo no me había molestado en discutir con ella. Estaba más que satisfecho de dejar atrás todas las pruebas de nuestra vida juntos.

—Es hora de decirle adiós, amigo —me aconsejó Adam—. Vas a ser socio. Te has mudado a este estupendo piso nuevo. ¿Por qué coño quieres conservar un asqueroso sofá de estudiante en tu flamante vida nueva?

Adam tenía razón. En los últimos días se me había impuesto un nuevo mundo, lo quisiera o no. Y lejos de encontrarlo aterrador e inquietante, lo estaba disfrutando.

—Creo que tienes razón. No lo necesito ni lo quiero. Pero sabes lo que eso significa, ¿no? —pregunté—. Tenemos que volver a llevarlo abajo para dejarlo junto al contenedor.

—¡Qué capullo! —contestó Adam—. Vas a pagarme un curry y suficiente cerveza para pillar una buena curda.

—A la de tres —dijo Jake—. Uno, dos, tres… —Levantamos el sofá y desanduvimos nuestros pasos.

A pesar de que me había aferrado a ese sofá durante años, de que había sido reacio a abandonarlo, me parecía lo correcto deshacerme de él. Lo llevamos escaleras abajo, casi decapitando a Adam en varias ocasiones. Había sido ridículo pensar durante tanto tiempo que era tan increíble. Había tenido una venda en los ojos con respecto a ese sofá, alrededor de la vida en general. Jake tenía razón. Ese cambio era exactamente de lo mismo que me había hablado Ashleigh, y cada momento que pasaba lejos de ella lo entendía más. Le estaba agradecido: me había obligado a enfrentarme al futuro con más amplitud de miras.

Viviendo literalmente a la vuelta de la esquina, llegaba antes a la oficina. El reloj de mi ordenador marcaba las ocho y cinco y llevaba veinte minutos sentado ante la mesa en el diáfano despacho común, buscando en Google dónde podía entrenar triatlón. Subir y bajar el sofá por las escaleras me había dejado medio muerto. Todavía no estaba preparado para llegar a la mediana edad. Me hacía falta algún tipo de objetivo que me motivara a volver a las sesiones regulares en el gimnasio. Joder, entrenar era muy duro. Me gustaba correr, y había estado en algunas rutas ciclistas, así que un triatlón parecía una buena opción. Iba a proporcionarme concentración y algo que hacer durante los fines de semana, cuando no estuviera trabajando. Al no salir con nadie, tenía mucho más tiempo libre del que esperaba. Tiempo que no quería malgastar ni dedicar al trabajo. Completar una triatlón iba a ser todo un logro.

—Hola, Luke.

Fiona se había detenido junto a mi mesa. Era una abogada especializada en medio ambiente, y ese año también era candidata a socia. Tenía una mente magnífica, pero sus modales tranquilos hacían que, además, a menos que la escucharas atentamente, pareciera un poco rarita. Sin embargo, era cualquier cosa menos eso.

—¿Tú también haces triatlón? —me preguntó.

—Lo estaba pensando. Parece muy duro.

—Lo es. —Arqueó las cejas y sonrió.

Giré la silla para mirarla.

—¿Lo dices por experiencia?

—Empecé a entrenar hace unos años, después de una ruptura —continuó—. No me había subido a una bicicleta desde que era adolescente, y hubo algunos momentos antes y durante la carrera en los que pensé que me moría. Pero el subidón que me dio al terminar fue mejor que cualquier droga. Deberías probarlo. Te garantizo que te engancharás después de la primera competición.

—¿Crees que es realista que alguien empiece a mi edad?

—Dios, por supuesto. Eres joven, y está claro que haces ejercicio. —Desvió la mirada hacia el suelo—. Quiero decir que te encantará.

No había hecho mucho ejercicio últimamente, pero al menos parecía que estaba en buena forma, aunque no me sintiera así.

Nunca había mantenido una conversación con Fiona de algo que no fuera trabajo. No me había planteado su existencia fuera de esas cuatro paredes, pero estaba claro que le apasionaba el tema sobre el que estaba hablando.

—¿Algún consejo sobre cómo empezar?

Se acercó a mi ordenador y empezó a teclear. Me alejé con la silla ligeramente.

—Aquí —dijo—. Prueba en esta página web. Yo en tu lugar empezaría con un *sprint,* a ver cómo te va.

—Vaya, ¿cincuenta kilómetros es un *sprint*? —Aquello parecía cada vez más brutal.

Hizo clic en varios menús y se desplazó por la página hasta abrir una hoja de cálculo.

—Empieza con un plan de entrenamiento, pero no tengas miedo de cambiar lo que se te ocurra. La primera vez no sabrás distinguir la derecha de la izquierda. Eres un tipo grande y pareces estar en forma, pero… —se ruborizó y se apartó del teclado, pero siguió mirando la pantalla—, pero no sabes cómo va a reaccionar tu cuerpo. Si quieres, puedo echar un vistazo a tu plan. Tal vez se me ocurran algunas ideas sobre dónde entrenar.

—Sería estupendo, gracias —dije sonriendo—. Es una suerte tener a alguien con quien hablar de todo esto. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Vale, envíame el plan de entrenamiento por correo cuando lo tengas y le echaré un vistazo. Podríamos ir a tomar un café algún día y hablar del tema. —Se encogió de hombros—. Pero estoy segura de que estarás…

—Quizá podríamos quedar el viernes. —Poner a una triatleta en mi camino había sido como si el universo me dijera que iba por buen camino. Lo que hacía treinta minutos era una vaga idea se estaba convirtiendo en una auténtica opción. Tener a alguien que me ayudara a empezar era justo lo que necesitaba.

—¿Después del trabajo? —Tenía dos reuniones consecutivas el viernes.

—Sí, suena bien. —Fiona sonrió y se puso en marcha. Antes de llegar a la puerta, se quedó parada.

—Has venido a hablar del caso Nigelson, ¿no? —Me reí.

Se dio una palmada en la frente y se giró para mirarme.

—Pues sí. He venido a dejarte esto —me dijo, dándome el montón de papeles que llevaba bajo el brazo—. Es el informe medioambiental que me pediste. Te he enviado por correo mi análisis, pero se me ha ocurrido que querrías ver el original.

—Gracias, es genial. Pensé que tardarías más.

—Oh, tenía algo de tiempo libre, así que me he puesto a ello antes de lo que esperaba. —Sonrió y se dio la vuelta para marcharse—. Nos vemos el viernes.

Por fin todo estaba saliendo bien. El piso. El triatlón. Incluso me había puesto al día con Adam. Estaba continuando con mi vida, tal como Ashleigh quería. Pero no podía dejar de pensar que todo habría ido un poco mejor si ella hubiera estado aquí para compartirlo.

14

ASHLEIGH

Richard sugirió tomar algo rápido antes de ir al teatro, y no encontré ninguna razón para negarme. Podía irme bien tener un poco distracción. Al menos había conseguido asiento en el autobús. Llevaba un *e-reader* en el bolso, pero no me atrevía a leer. En la memoria del aparato solo había novelas con finales felices, y estaba demasiado preocupada por si iba a conseguir el mío como para leer sobre el de los demás.

Como de costumbre, me perdí en pensamientos sobre Luke.

¿Cuándo iba a volver a verlo?

Haven había cancelado la cena del domingo por la noche, para lo que se inventó una disparatada excusa sobre su peluquero.

Sabía que su intención era darnos un tiempo a Luke y a mí, y se lo agradecía, pero lo echaba mucho de menos.

Haven me había mencionado que Luke se había mudado y yo quería conocer hasta el último detalle. Joder, quería ver con mis ojos su nuevo hogar. No quería perderme otra cena de domingo. Tampoco era que hubiese cambiado de opinión, se trataba más bien de que quería seguir siendo su amiga, estar presente en su vida mientras decidía lo que quería. Porque, si no me quería a mí, quería comprobar que íbamos a seguir siendo amigos, a formar parte del mundo del otro.

El autobús se detuvo y vi cómo la gente bajaba en fila para dejar sitio a los que hacían cola para subir. Conseguí escabullirme justo antes de que se cerraran las puertas. Había desconectado, y no me había dado cuenta de que había llegado a mi destino. No debía responsabilizarme de las necesidades sanitarias de la gente en ese momento; apenas podía bajarme del autobús en mi parada. Por suerte, el restaurante estaba a pocos metros. Miré el reloj. Solo llevaba diez minutos de retraso.

Vi a Richard enseguida y me relajé cuando me sonrió a modo de saludo. Le di mi abrigo a la camarera.

—Hola. Siento llegar tarde —dije al acercarme a la mesa.

—No te preocupes. —Se levantó y me besó en la mejilla—. He pedido un poco de vino. ¿Te parece bien?

—No creo que llegue un momento en mi vida en el que diga que no

a una copa vino.

—Tal vez cuando estés haciendo el máster. Entonces no podrás pasarte el tiempo libre bebiendo. ¿Cómo va la solicitud?

Fue una sorpresa que me lo preguntara. No había parecido muy interesado por el tema cuando éramos novios.

—Bien. Haré el examen de ingreso dentro un mes y, si me aceptan, empiezo en enero.

—Estoy seguro de que así será. Eres muy inteligente. Tienen suerte de que te presentes.

Su respuesta distaba mucho de la que esperaba. Arqueé las cejas.

—Lo eres —insistió—. Todos los médicos lo sabemos.

—¿Lo sabéis? ¿Habláis de mí? ¿De las enfermeras?

—Pues claro. ¿Me estás diciendo acaso que las enfermeras no hablan de los médicos?

—Las enfermeras están demasiado ocupadas y son muy profesionales. Los médicos… —dije, girando el dedo índice en su dirección—, por el contrario, son evidentemente una panda de cotillas con un trabajo facilón.

Richard se rio entre dientes.

—Bueno, no sé lo del trabajo facilón, pero acepto que somos cotillas. Y en realidad los tíos son mucho peores que las mujeres.

Puse los ojos en blanco.

—¿Qué? —Levantó las manos.

—Lo dices como si fuera toda una sorpresa que los hombres sean tan cotillas como las mujeres. Eres un buen tipo, pero a veces quiero darte un buen capón en la cabeza.

—¿Por qué? Estaba siendo amable y diciendo que las mujeres no son las cotillas que cabría esperar.

Me eché a reír.

—Santo cielo, me desesperas… ¿Y no ves que haciendo eso estás reforzando el estereotipo? No es un cumplido.

Se quedó callado de repente, como si yo hubiera pulsado el botón de pausa. Parpadeó varias veces y frunció los labios.

—Dios, tienes razón. Joder. Ya ves. ¿No te he dicho que eres muy lista?

—Sé que soy lista, pero gracias. —Sonreí.

—¿He metido la pata con esas cosas muchas veces? Ya sabes, cuando éramos novios. —Tenía los ojos muy abiertos, como si yo fuera Galileo diciéndole que la Tierra se movía alrededor del Sol.

Me encogí de hombros.

—Tal vez. Un par de veces.

—Dios, lo siento. —Había olvidado que podía ser gracioso. Mi vida habría sido mucho más fácil si hubiera sido capaz de enamorarme de él.

—Está bien, pero ahora que somos amigos, te avisaré cada vez que metas la pata.

—Excelente —dijo, dando una palmada en la mesa—. Como si fueras mi entrenadora para citas. Así seré mejor para la próxima, sea con quien sea. —Intentó sostenerme la mirada, pero aparté la vista. Era culpa mía si se me insinuaba: al fin y al cabo, había aceptado volver a salir con él. Aunque hubiéramos dejado claro que solo éramos amigos.

Me reí para aflojar la tensión.

—Puede ser. Ahora sírveme más vino.

—Como empieces a roncar en el teatro, fingiré que no estás conmigo.

—No me importa. Además, no te preocupes, Bradley Cooper normalmente puede mantener mi atención. —Le dediqué una sonrisa y cogí el menú.

Dos semanas después

Me bajé del taburete y me puse a darle vueltas.

—No se puede ajustar la altura. Toma, bebe esto; te sentirás mejor —me ofreció Haven, poniendo una copa llena delante de mí en la barra del desayuno.

Volví a sentarme y me bebí la mitad del vino. El corazón me latía en el pecho, y no dejaba de pasarme las manos por los vaqueros para limpiarme el sudor. Nunca me había puesto nerviosa por ver a Luke. ¿Y si me miraba y todo lo que había sentido por mí se había esfumado? ¿Y si me veía y se daba cuenta de que no le resultaba tan atractiva? Es decir, durante años no se había fijado en mí, así que no debía de resultarle tan difícil apagar esos sentimientos, ¿no?

Beth estaba picando los champiñones; Jake llevaba una jarra en una mano y deambulaba sin rumbo con ella. Mientras, yo no podía concentrarme en nada de lo que había alrededor.

Un golpe en el pasillo hizo que el corazón me rebotara contra las costillas. Era él.

—Hola —dijo, jadeando al entrar. Se echó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas, tratando de recuperar el aliento. Llevaba una pequeña mochila y vestía ropa de correr. Tenía las puntas del pelo húmedas de sudor y su hermosa piel dorada resplandecía. ¿Había llegado corriendo?

—Tienes un aspecto asqueroso —alegó Haven.

Parecía cualquier cosa menos eso. En ese momento me habría sentido muy feliz si hubiera podido lamerlo hasta dejarlo limpio.

—Es por salud. He estado haciendo ejercicio. ¿Y tú? —preguntó; se

irguió y le sonrió a su hermana. Me permití soltar una risita. Tal vez quisiera pasarle la lengua por todo el cuerpo, pero seguía siendo el hombre del que había sido amiga toda mi vida. Alguien capaz de hacerme reír a los pocos segundos de llegar.

No podía apartar los ojos de él. Le sentaba bien el *look* deportivo. La camiseta se le pegaba al torso y el contorno de su tableta fue claramente visible cuando estiró los cuádriceps. *¿En serio?* Rápidas instantáneas de él, desnudo y sobre mí, con los ojos cerrados mientras me penetraba, se filtraron en mi cerebro. Me aparté y bebí otro trago de vino, concentrándome en el pie de la copa mientras la dejaba en la barra.

Por el rabillo del ojo vi que Luke se movía junto a la puerta.

—Voy a darme una ducha, ¿vale? —Se quitó la mochila y se perdió por el pasillo.

—Eso espero, Betty, la Sudorosa —dijo Jake, descorchando una botella de vino tinto.

¿Había llegado deliberadamente con ese aspecto, rezumando testosterona, con un aura casi invencible y físicamente perfecto? Maldito fuera. Tuve que reprimirme para no tocarme la frente con el dorso de la mano antes de desmayarme. Si intentaba hacerme saber lo que me había estado perdiendo, lo había conseguido.

LUKE

Contento de tener una excusa para salir de la cocina, me apoyé en la encimera del lavabo. Debía haber estado preparado mentalmente para ver a Ashleigh. Me había parecido muy relajada, sentada en el taburete como si fuera una cena de domingo más. Y tal vez lo fuera para ella. Pero estaba tan atractiva que había sentido un vivo deseo de tocarla, de besarla, de abrazarla… Aunque no había estado cerca de ella, había notado el rubor que le había dejado la primera copa de vino en las mejillas. Mi polla saltó ante la imagen que recorrió mi mente. Llevaba sus vaqueros favoritos y un *top* que no había visto antes. Dios, su culo… Giré el mando de la ducha hacia el agua fría; debía retomar los pensamientos adecuados, pero estaba seguro de que no podía salir tan helada como la del Ártico.

Me duché con rapidez, me puse algo de ropa, me sequé el pelo con una toalla y fui con los demás a la cocina.

Beth estaba de espaldas a mí y le puse la mano en el brazo. Se giró y la besé en la mejilla.

—Hola —saludé, y acepté una cerveza de Jake. Ash fue la siguiente. Tenía que saludarla con un abrazo, como hacía siempre, pero sentía los miembros pesados y las articulaciones flojas.

—Hola —le dije, acercándome a ella. Se bajó del taburete, y la idea de estar a punto de tocarla casi fue demasiado. Tuve que inspirar hondo.

—Hola —respondió; deslizó las manos por mis hombros y yo las mías por su espalda. Su aroma dulce y sexy me envolvió. Me recordaba al hogar, a la felicidad, a los veranos pasados bajo los magnolios de los jardines de mis padres. Apreté las manos contra su espalda un instante y luego la solté. Nuestros cuerpos se alejaron, pero me sentía muy atraído hacia ella. Quería seguir tocándola.

Ignorando el instinto de volver a estrecharla entre mis brazos, me acerqué a Haven y le di un beso en la mejilla.

—¿Has traído el vino? —preguntó.

—Ah, sí. Toma. —Cogí el vino de la consola del pasillo. *Contrólate, Luke. Conoces a esta chica de toda la vida. Actúa con normalidad*—. Contadme novedades; ¿de qué estabais hablando? —Le di la botella a Haven.

—Eres tú el quien ha llegado necesitando una ducha. ¿Qué pasa? —preguntó Beth.

Le di un trago a la cerveza.

—Estoy entrenando para un triatlón.

—¡Joder! ¿Qué dices? —La exclamación de Jake fue alta y clara, pero yo estaba demasiado concentrado en no mirar a Ashleigh como para oír a Beth y Haven. Ashleigh se quedó callada. Normalmente se habría burlado de mí sin descanso alegando una temprana crisis de mediana edad o algo así.

Me senté en uno de los taburetes, dejando un asiento vacío entre Ashleigh y yo.

—¿Cuándo es la competición? —preguntó Jake.

—Aún no estoy seguro. Fiona cree que no debería comprometerme a participar en una carrera concreta hasta que lleve unas semanas entrenando.

Haven me sostuvo la mirada.

—¿Quién es Fiona? —preguntó.

—Una chica del bufete que hace triatlones. Me está ayudando con el entrenamiento, ya que le gustan mucho estas cosas. Está revisando mi *planning*. —Todo iba mucho más rápido desde que tenía a alguien que me diera una idea de lo que debía hacer—. Fuimos a correr a principios de semana. Es muy rápida. Pequeña pero mortal. —Sonreí —. Ahora tengo que comprarme un equipamiento nuevo que, como es obvio, voy a necesitar. Lo que Fiona me recomiende. Sabe lo que hace.

—Bien por ti, amigo. Te acompañaré a correr alguna vez si quieres —se ofreció Jake.

Asentí.

—Me parece bien. Fiona me dijo que tenía que comprometerme a

entrenar cuatro veces a la semana, pero que debía aumentar el número de carreras a medida que mejore mi forma física. —Cuando lo había analizado, me había dado cuenta de que iba a ocupar una buena parte de mi tiempo libre, así que tenía que encajarlo como pudiera, lo que me había llevado a ir corriendo a la cena del domingo.

—Parece que Fiona se interesa mucho por tu bienestar —comentó Haven.

Me encogí de hombros y miré a Ashleigh, que estudiaba con intensidad su copa de vino como si no estuviera incluida en la conversación. ¿No le parecía bien que probara cosas nuevas? ¿Que viviera mi vida? Quise preguntarle qué había hecho esas dos semanas sin mí. Preguntarle si lo que quería era que encontrara un hogar donde vivir y que empezara a entrenar para un triatlón. ¿Era feliz? ¿Había estado pensando en mí?

—¿Y los demás? ¿Ya has salvado el mundo, Jake? —pregunté.

¿Me echas de menos como yo a ti, Ashleigh?

—Eso está en la agenda de la semana que viene —contestó Jake.

—La gran noticia es que estamos planeando un viaje a Chicago —intervino Haven—. Vamos a ir todos. —Hizo un gesto con el brazo, señalándose a sí misma, a Jake y a Beth.

—Así que puede que tengas que cocinar de verdad el domingo que estemos fuera. Trata de no intoxicar a Ash, ¿vale? —dijo Jake.

—¿Puedes creerlo? —Ashleigh me miró finalmente—. Se van de vacaciones sin nosotros. —Ladeó la cabeza y puso morritos, como si estuviera coqueteando. Me pareció condenadamente mona. Quise morderle el prominente labio inferior.

—Te he dicho que puedes venir —dijo Haven.

—No. ¿Chicago en octubre? —Ashleigh arrugó la nariz—. Tienes que estar de coña. Pensaba que eras muchimillonario, Jake. ¿No puedes llevarnos a todos a Aruba?

Jake sonrió.

—La próxima vez.

Me relajé mientras me dejaba llevar por las bromas entre nosotros. Era agradable. Familiar. Me alegraba dejar que los sonidos de la charla de mi familia me envolvieran, en lugar de participar activamente. Bajé del taburete y cogí el vino de la nevera. Primero llené la copa de Haven y luego rodeé la encimera para hacer lo mismo con Ashleigh. Ella sujetó el pie de su copa con la mano y me la acercó por la encimera de granito. Incliné la botella mientras ponía la mano sobre la superficie junto a la copa, con los dedos encima de los suyos. No había planeado tocarla, pero no podía estar tan cerca de ella y no hacerlo.

Necesitaba sentir su calor.

Entreabrió la boca y el enrojecimiento de sus mejillas se hizo más

intenso cuando su mirada pasó de Haven a mí. Noté una opresión en el pecho ante la idea de que el contacto de mis dedos pudiera provocar semejante reacción. No la había perdido, todavía no. Su copa acabó más llena de lo debido y me alejé. Cuando me aparté de la nevera, me la encontré mirándome. Giró la cabeza bruscamente, asintiendo a lo que fuera que Haven estuviera diciendo. Miré el suelo de camino a mi asiento esforzándome por disimular la sonrisa que se me dibujaba en la cara.

—Tengo que irme. —Miré el reloj—. Mañana por la mañana tengo que salir a correr temprano. —Eran casi las diez y, aunque no era tarde, cada momento que pasaba fuera de la cama hacía menos probable que siguiera con mi plan de entrenamiento.

—Sí, yo también. Bueno, yo no voy a ir a correr, Dios me libre.

Ashleigh me sonrió. En el transcurso de la velada habíamos encontrado la manera de estar juntos de forma que todo pareciera normal. La había sorprendido mirándome un par de veces cuando pensaba que no me daba cuenta. La había pillado porque intentaba hacer lo mismo, por supuesto; ella siempre apartaba la mirada rápidamente.

—¿Me acompañas al metro? —preguntó. Era nuestra rutina habitual, pero esa vez la pregunta parecía distinta. El pulso me martilleó en el cuello. Iba a disfrutar de un tiempo a solas con ella. Lo necesitaba desesperadamente, pero me aterrorizaba que me dijera algo que no quería oír. El aire estaba cargado con lo que no nos decíamos, y evitamos mirarnos mientras Haven nos acompañaba a la puerta, sin apenas despedirnos.

—¡Te llamaré para lo del entrenamiento! —le grité a Jake antes de que Haven cerrara y me dejara a solas con Ashleigh en el pasillo.

Me miré los zapatos y metí las manos en los bolsillos mientras esperábamos el ascensor. A duras penas pude evitar acercarme a ella.

—Pareces estar bien. ¿Qué tal con Emma y la mudanza?

La estudié mientras clavaba los ojos en las puertas cromadas, como si intentara mantener el control.

—Estoy bien. Sobre Emma y la mudanza… —Iba a tratar de ser lo más específico posible. No estaba bien sin Ashleigh, pero me contuve y no se lo dije. No quería presionarla.

El ascensor se abrió con un chasquido y yo entré para sostener las puertas abiertas para Ashleigh.

—Emma y yo deberíamos habernos separado hace mucho tiempo. No me está resultando tan difícil como creía. Y me sienta bien seguir adelante, probar cosas nuevas. —Era verdad. Me gustaba mi nuevo hogar, y había descubierto que vivir por mi cuenta no era tan

agobiante como había pensado—. Hacer triatlón también ha sido buena idea.

—Eso parece. Me alegro de que estés… bien —respondió, y me dedicó una sonrisa.

No iba a estar bien hasta que fuera mía.

Ashleigh

Llevaba toda la noche queriendo tenerlo para mí sola y por fin lo había conseguido: no había nadie más, y tenía que esforzarme para contener los celos que sentía por Fiona, para no tocarlo, para no desearlo.

Incluso a través del grueso abrigo de lana, sentí su mano en la parte baja de la espalda cuando salimos del ascensor. Cerré los ojos, intentando controlarme.

—¿Qué tal el apartamento nuevo? Y te has ido justo al centro de la City. Eso es… sorprendente.

Luke asintió.

—Lo es. Pero me gusta. Y creo que a ti también te gustaría. Llego enseguida al trabajo y, comparándolo con el piso que compartía con Emma, es más confortable, más mío. —Se atropellaba al hablar—. Tienes que venir a verlo. —Sonaba emocionado.

—Me encantaría. —De hecho, me disgustaba no haberlo visto ya. Me costaba aceptar que hubiera partes de su vida que no conociera—. Tal vez deberías hacer una fiesta de inauguración.

Bajó los hombros y apretó los labios como si le hubiera molestado lo que le había dicho.

—Y deberías ser el anfitrión de la cena del domingo alguna vez.

—¿Qué te parece el próximo domingo, mientras están en Chicago? —preguntó.

¿Íbamos a cenar juntos —y solos— en su apartamento?

Sí.

Habíamos parado la relación en el momento justo. Íbamos a salir adelante como amigos. Nuestra familia no iba a desintegrarse por que hubiéramos tenido relaciones sexuales. El pensamiento me llenó de alivio y decepción. ¿Significaba eso que solo íbamos a ser amigos? Yo siempre iba a querer más de él.

—Solo si me prometes cocinar. —Le di un golpe juguetón en el hombro.

Nos dirigimos a la izquierda, hacia el metro.

—Solo si prometes comprarme un regalo de inauguración. Uno bueno.

Sonreí ante su expresión traviesa.

—Te echo de menos —solté. Justo cuando habíamos empezado a relajarnos y a bromear el uno con el otro, había tenido que añadir una capa de incomodidad. Pero quería decírselo; quería saber si me echaba de menos.

Luke se pasó las manos por la cara y se quedó mirando al frente mientras seguíamos avanzando hacia la estación de metro en silencio.

—Lo siento. No debería haberlo dicho. —Quería volver atrás en el tiempo.

—No, a menos que signifique que estás preparada para darnos una oportunidad. De lo contrario, es una puñalada por la espalda.

Asentí. Tenía razón. Le había pedido este tiempo y espacio, y tenía que sufrir las consecuencias.

—Lo siento —dije en voz baja.

Asintió, como si comprendiera que aún no estaba preparada para confiar en sus sentimientos. Quería estar preparada, y quería que él también lo estuviera.

15

Ashleigh

Por primera vez en mi vida deseé tener un trabajo de oficina. Un trabajo en el que me sentara detrás de un escritorio y tuviera acceso a internet. Llevaba nerviosa toda la mañana, en parte por todo el café que había tomado y en parte por mi extraña interacción con Luke. Le había dicho que lo echaba de menos y esa frase lo había estropeado todo. Después de que me dejara en la estación del metro, casi no había dormido. Lo que sí tenía era un conocimiento práctico de las cuatro abogadas llamadas Fiona que trabajaban en el bufete de Luke. Estaba bastante segura de que la ganadora era Fiona Pritchard. En la foto de Facebook aparecía con ropa de correr y un número atado a su chaleco. No pude ver ninguna otra foto suya porque tenía el perfil en modo intimidad antiacoso, pero sin duda parecía la candidata más probable.

Oír a Luke hablar de otra mujer me había mostrado de manera clara las consecuencias de la elección que había hecho. Sabía que, si decidía estar con otra —ya fuera Fiona u otra chica—, significaba que, en realidad, nunca habíamos tenido una oportunidad. Pero eso no quería decir que no me doliera. Quería que pasáramos un tiempo separados para que Luke se diera cuenta de que no podía vivir sin mí porque estaba enamorado de mí; no había contado con que se obsesionara con esa tal Fiona Pritchard.

Parecía muy seria en la fotografía oficial en la página web del bufete, pero no por ello poco atractiva. No era un bombón, pero tampoco la más fea del baile. En el perfil del bufete decía que trabajaba en Planificación y Medio Ambiente. No conocía muy bien a qué tema se dedicaba Luke, pero estaba bastante segura de que estaban en departamentos distintos. No fui capaz de decidir si eso era bueno o malo. Bueno porque no se veían mucho, pero malo porque podía preocuparles menos mantener una relación.

A pesar de que me había pasado la mitad noche espiando a Fiona, mi curiosidad no se había saciado del todo. No había memorizado cada detalle de su cara. Me había parecido de la misma edad que Luke, pero quería comprobarlo de nuevo, echarle otro vistazo. ¿Era ella la chica que iba a poner el último clavo en el ataúd de nuestra breve relación?

—Ya puedes hacer el descanso si quieres —me dijo la jefa de enfermeras—. Ve a comer algo. Estás pálida.

Lo último en lo que pensaba era en comer, pero agradecí que me hubiera relevado antes de hora.

Justo cuando salía del hospital vibró mi teléfono. Era Haven.

—Hola, ¿cómo estás? —pregunté.

—Estoy almorzando y me he acordado de ti. ¿Qué tal anoche?

—¿Anoche?

—Ya sabes, ¿qué tal con Luke después de marcharos? Es decir, parecía que todo iba bien entre vosotros mientras estábamos cenando.

Y había ido bien. Siempre disfrutaba del tiempo que estaba con Luke.

—Sí, aunque esa era la intención, ¿no? Paramos la situación antes de que no pudiéramos volver a ser amigos. Tú misma lo dijiste cuando lo descubriste: si no nos iba bien, te verías obligada a elegir y nuestra familia se desintegraría.

—No debí decir eso. Me cogisteis por sorpresa y lo solté sin haberlo pensado bien. Ya sabes cómo soy. —Su voz era solemne—. Lo sabes, ¿no? Nunca elegiría a uno de vosotros por encima del otro. Siempre seremos una familia.

Haven no debía sentirse mal: su comentario había sido acertado.

—Pero tenías razón. Puede que no suceda de inmediato, pero si Luke y yo no podemos llevarnos bien como pareja, acabaremos distanciándonos. No puedo perderos a ninguno de los dos. —Habría preferido mantener esa conversación cara a cara. Me hacía falta un abrazo.

—¿Así que estás renunciando a que ocurra algo entre Luke y tú porque tienes miedo de que no funcione y pueda perdernos a los dos? —Eso era exactamente lo que temía, pero no estaba renunciando a Luke.

—Tal como yo lo veo, quizá él no sienta lo mismo que yo, que he estado enamorada de él toda mi vida, y ahora de repente está libre por primera vez en mucho tiempo y me quiere a mí. Creo que, si puede encender ese sentimiento tan rápido, puede apagarlo con la misma velocidad. —Se me revolvió el estómago al pensar que tal vez ya lo había perdido—. Si me permitiera pensar que podríamos ser algo y más adelante él decidiera que quiere a otra, acabaría destrozada y con el corazón roto de verdad. Y, además de un corazón roto, también se habría roto mi familia. Es decir, ¿qué me quedaría? —Se me encogieron las tripas al pensar en perder a Haven y Luke. Supuse que podía empezar de nuevo en Hong Kong si sucediera eso, porque iba a tener que alejarme—. Y si siguiéramos juntos, no podía pasar toda mi vida sabiendo que lo quiero más que él a mí. Al final acabaría por volverse en mi contra.

—Lo entiendo. Lo entiendo. Pero, ¿sabes?, a veces vale la pena arriesgarse. ¿Vale la pena perderlo por una chica del bufete porque no quisiste correr el riesgo?

—Para empezar, creo que si él puede ir en serio con otra persona, lo nuestro no iba a funcionar. Y prefiero saberlo ahora. —Era doloroso, pero menos—. ¿Crees que soy idiota?

—Eres una de las chicas más inteligentes que conozco. Solo me preocupa que Luke y tú podáis estar por fin juntos y bien. Quiero que alcances la felicidad plena. Es lo que deseo para ti. ¿Solo necesitas tiempo?

Yo tampoco quería perder esa oportunidad. Y me preguntaba a cada segundo si estaba haciendo lo correcto.

—Necesito tiempo, pero Luke también. Quiero que pueda pensar en todas las opciones.

—Hablando de otras opciones, ¿es raro que haya estado indagando quién es esa tal Fiona? —preguntó—. Quiero decir, entiendo que no estás lista todavía para estar con él, pero en algún momento espero que lo estés. —Haven comenzó a hablar más rápido—. Te estoy apoyando, y no quiero que lo chafe todo ninguna reina del triatlón.

No podía haber querido a Haven más de lo que lo hacía en ese momento.

—Por ahora, no me estoy involucrando técnicamente, ¿entiendes? Solo estoy actuando como la mejor amiga que, por supuesto, soy.

—Por supuesto —confirmé.

—No le he preguntado a Luke por ella.

Tuve que tragarme la decepción que me bloqueó la garganta, aunque comprendí que intentaba mantenerse imparcial.

—Pero se lo he preguntado a Jake. Porque, ya sabes, estoy casada con él. —Pude oír la risa en su voz—. Al parecer, Luke nunca la había mencionado.

—Claro —dije, tratando de evitar que la alegría se filtrara en mi voz.

—Pero eso es bueno. Si le hubiera gustado de antes, le habría dicho algo a Jake.

No estaba convencida. Había un millón de razones por las que Luke no le habría confesado a Jake sus ganas de desnudarse con una compañera de trabajo. Una, que Jake estaba casado con su hermana. Además, Luke no era conocido por tomar decisiones rápidas en su vida personal, y esa era otra de las razones por las que había rechazado la forma repentina en la que habían aflorado sus sentimientos hacia mí. Tal vez aún no había decidido si le gustaba Fiona.

—Es guapa.

—Ya sabía yo que la habías investigado. Si tú también crees que es Fiona Pritchard, no es tan guapa. —Haven sabía exactamente qué

decir.

—Es guapa. Pero tengo que dejar de obsesionarme. Como te he dicho ya, si él la quiere, significa que lo nuestro no iba a funcionar. Le pedí que viviera su vida; eso es lo que yo quiero y lo que él necesita. —Mi cabeza y mi corazón libraban una batalla constante y mi cabeza casi nunca ganaba: evitaba el dolor a corto plazo por lo que esperaba que fuera un duradero futuro juntos.

—¿Y tienes en mente un período de tiempo para que viva su vida? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un año? —Haven parecía impaciente.

No tenía una respuesta para ella. Tenía que creer en lo que Luke sentía, y una parte de mí se preguntaba si eso era posible. Llevaba toda la vida amándolo. Quizá le estaba pidiendo algo que él nunca iba a poder darme.

Quizá ya habíamos terminado.

16

Ashleigh

Empezaba a llover, pero no me atrevía a llamar al timbre para entrar. Luke me había enviado un mensaje hacía unos días con su dirección, donde me indicaba que fuera a su nueva casa el domingo a las seis a cenar. Estaba nerviosa porque iba a volver a verlo y, sobre todo, porque la última vez que habíamos estado solos le había dicho que lo echaba de menos y él me había llamado, con razón, cabrona.

El regalo de inauguración que había comprado me parecía más pesado a cada segundo que pasaba. Pensar en el regalo adecuado para Luke me había mantenido ocupada toda la semana. No había estado segura al principio de si debía ser práctico o tener significado. Me decidí por lo segundo y compré un magnolio para el balcón. El viernes, cuando había visto a Richard y le había dicho que iba a comprar un árbol, él, muy amable, me había acompañado y lo había subido a mi apartamento. Por eso no sabía de primera mano lo pesado que era.

Para mí era un regalo muy simbólico, pero no iba a admitirlo ante Luke. Me preguntaba si iba a darse cuenta de lo que era, si iba a entender el simbolismo. El árbol en sí era pequeño, solo tenía un par de metros de altura. El problema de mi considerado regalo era que no estaba en flor, y no iba a estarlo hasta la primavera. Así que, básicamente, parecía un puñado de palos asomando desde el suelo y, pegada a ellos, una etiqueta de cómo iba a ser, con suerte, su aspecto. Una promesa de una transformación casi imposible, y un símbolo de mis recuerdos favoritos de la infancia. Recuerdos de veranos pasados bajo un magnolio, donde me había enamorado de Luke.

Mientras me demoraba, una pareja joven entró en el edificio y me sostuvo la puerta. Entré. Ellos doblaron la esquina en dirección a su apartamento mientras yo iba hacia los ascensores. Encontré el número del piso de Luke rápidamente y dejé la maceta donde debía de haber estado el felpudo de bienvenida. Me miré las manos, sucias y rojas por la hendidura del borde de la maceta, y me las froté una contra otra para deshacerme de la tierra. La puerta se abrió en ese momento y Luke apareció al otro lado, con una ceja arqueada de forma inquisitiva.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Es que… —Me metí la mano en el bolsillo y saqué el teléfono. Eran las seis y diez. No llegaba temprano. Repasé mentalmente los días de la semana. Sin duda, era domingo. Me coloqué el pelo detrás de la oreja, tratando de disimular el calor de mis mejillas. ¿Habría entendido mal?—. Me has invitado.

—Me refiero a por qué estás delante de la puerta. ¿Por qué no has llamado abajo?

Solté el aire, aliviada.

—He entrado con una pareja cuando estaba a punto de llamar al timbre. —Señalé el árbol—. Tu regalo.

Sonrió y dio un paso atrás para examinarlo.

—Gracias.

—He pensado que podría darle una nota de alegría al balcón.

—Estupendo. Gracias.

Se agachó y cogió la maceta como si fuera comestible. Lo seguí cuando se dio la vuelta y entró en el piso. Sus músculos se tensaron y luego se aflojaron bajo la camiseta. Me quedé mirándole la espalda e intenté concentrarme en otra cosa, pero acabé fijándome en su culo. Joder, solo llevaba cinco segundos de visita y ya había perdido el control.

Luke

Había oído crujidos en la puerta y, cuando había ido a investigar, había encontrado a Ashleigh agachada sobre una maceta. Parecía nerviosa; de hecho, sabía que lo estaba. La semana anterior me había dicho que me echaba de menos. Esa idea se me había metido en la cabeza y me había jodido vivo. Parecía un juego en el que ella hacía de Estella y yo de Pip. Solo el entrenamiento me había ayudado a despejarme la cabeza. Había ido a correr todos los días de la semana. El ardor de mis músculos me ayudaba a disipar la erección casi permanente que aparecía cuando pensaba en ella. Disolvía las teorías conspirativas que había creado en torno a cómo Ashleigh había pasado de ser mi mejor amiga y amante a una zorra sociópata. Su cercanía me tranquilizaba: seguía siendo mi mejor amiga y la mujer que quería que fuera mi novia.

Sentí los ojos de Ashleigh clavados en mí mientras me acercaba al balcón. Levanté la barbilla, indicándole que la abriera. Tanteó la cerradura y luego se apartó.

Salí y dejé la maceta en el suelo. Me agaché y cogí la etiqueta atada a una de las ramas. Cuando florecía, la planta me resultaba familiar. Era bonita. ¿Dónde la había visto antes? Me giré y Ashleigh se unió a

mí en el balcón.

—Gracias, Ashleigh. Quedará precioso cuando le salgan las flores.

Se encogió de hombros y puso un mohín. Se movía de un pie a otro, lo que delataba lo incómoda que se sentía.

—Si no, lo mataré —continué, tratando de calmarla.

—Es bonito —dijo, señalando el salón, el comedor y la cocina de planta abierta con la mano—. La luz… lo invade todo.

Me reí entre dientes. Ella estaba luchando y eso me ayudó a relajarme. Nos conocíamos de toda la vida; no tenía por qué ser tan difícil.

—Ven, que te lo enseño. ¿Te sirvo un poco de vino antes?

—Sí, creo que el alcohol me sentará bien.

—Y tengo algo para picar. Creo. Suponiendo que no lo haya quemado. He intentado hacer esos *fingers* de queso que hace Haven. —Llevaba cocinando la mayor parte del día. Tenía ganas de ver a Ashleigh, y quería hacer algo que le gustara—. ¿Te ocupas del vino mientras yo me encargo de los aperitivos? —Le señalé el armario donde guardaba las copas de vino y cogí un paño de cocina. Era agradable tenerla allí, cerca de mí, haciendo algo que hacíamos normalmente, aunque fuera en un nuevo lugar.

Deslicé la bandeja caliente sobre la encimera. Los *fingers* tenían el mismo aspecto que cuando los hacía Haven. Estupendo.

—¿El piso estaba amueblado o has comprado todo lo que veo? —Ashleigh dejó las copas de vino junto a los palitos de queso y se acercó de nuevo al frigorífico.

—Estaba amueblado. Solo he tenido que traer mis artículos personales, sábanas y cosas así.

—¿Y el sofá?

Me reí entre dientes. Mi obsesión por mi antiguo sofá de la universidad debía de parecerle ridícula. En ese momento lo pensaba hasta yo.

—No, el sofá se ha ido al cielo de los sofás.

Ashleigh se volvió hacia mí, con los ojos entrecerrados.

—Lo tiré. Estaba hecho polvo.

—Vaya, si te encantaba… A ver, era feo, y gracias a Dios te has deshecho de él, pero ¿por qué?

Me encogí de hombros.

—Ya no me parecía importante. Había llegado el momento de dejarlo ir…

Ashleigh se concentró en abrir el vino. Veía las palabras que burbujeaban en su mente. Nunca se contenía. ¿Qué estaba pensando? Quise estrecharla entre mis brazos y besarla hasta que me dijera lo que le rondaba por la cabeza. La piel suave y cremosa de su cuello parecía estar llamando a mis labios. Los dedos me hormigueaban por

la frustración por no poder tocarla.

Sirvió el vino, lo que pareció exigirle más concentración de la debida. La falta de pestañeo y su ceño fruncido sugerían que estaba practicando un cirugía cerebral por primera vez, no sirviéndole una copa a un viejo amigo.

—Menuda decisión —dijo finalmente.

—¿Te refieres al sofá? La verdad es que no. O quizá sí, pero ahora que ya no está, me doy cuenta de que debería haberlo tirado hace años. No es para tanto; ha llegado el momento de seguir adelante.

Sonreí, consciente de lo que estaba diciendo y de las implicaciones que tenía para nosotros. Ella permaneció en silencio.

—¿Puedes traer tú el vino? Yo llevo esto. —Señalé la bandeja de aperitivos que había preparado—. ¿Lo tomamos en el balcón?

Asintió, y su falta de palabras espesó el aire entre nosotros.

Mantuve abierta la puerta del balcón y ladeé la cabeza para indicarle que saliera antes. Cuando pasó, su mano me rozó el torso y me encendió la piel bajo la camisa. Fue deliberado y coqueto; el tipo de cosa a la que estaba acostumbrado por parte de Ash, más que de Ashleigh. ¿Estaba intentando volver a lo de antes? ¿O estaba haciéndolo deliberadamente para que la deseara? En lugar de llamarme la atención, tomó asiento y me acercó una copa de vino a través de la mesa de metal.

—Guau…, puedes ver el Shard. Este sitio es genial. —Aliviado porque por fin había hablado, me relajé en la silla.

—Dios, estaba deseando que lo vieras.

—Y no está nada mal. —Se hundió de nuevo en la silla para admirar las vistas, relajada.

—He cocinado pato —solté, orgulloso.

—Guau, guau… ¿Pato? ¿Seguro que no es del chino? —Me miró arqueando las cejas.

—Seguro. —Puse los ojos en blanco—. ¿Sabes algo de Haven? —Era más probable que ella hubiera hablado con mi hermana antes que yo, y hablar de Haven me parecía un tema poco peligroso.

—Sí. Está disfrutando de la ciudad. Beth la está llevando a rastras por ahí, mostrándole los lugares de interés. Creo que así Jake puede pasar tiempo con su padre.

—Haven puede arreglárselas sola.

—Lo sé, pero ya sabes lo amable que es Beth. Está tratando de mantenerla ocupada, creo.

—Sí. —Sabía todo lo que había que saber sobre mantenerse ocupado.

—¿Cómo va la preparación para la carrera?

—El entrenamiento va bien. He salido a correr esta mañana. —Hacer ejercicio por la mañana me provocaba una sensación de calma

que me acompañaba el resto del día, lo que ayudaba a mi productividad en el trabajo y me impedía llamar a Ashleigh cada vez que pensaba en ella—. Intento entrenar seis días a la semana.

—Vaya, ¿estás comiendo más?—Paseó distraídamente sus ojos por mi torso. Sabía que lo que estaba viendo no era un michelín. El entrenamiento había tenido un efecto casi inmediato en mi cuerpo. Siempre había estado en forma, pero mis músculos estaban mucho más definidos. La ropa me quedaba un poco diferente. Me sentía más firme, más fuerte, más rápido. Era una sensación poderosa, pero nada comparado con ver a Ashleigh mirar mi cuerpo como si fuera chocolate.

La polla me dio un brinco cuando ella se humedeció los labios. Cogí la copa de vino, intentando relajarme. Al moverme, dejó de contemplar mi abdomen, y un rubor se extendió por sus mejillas.

Las cosas eran diferentes entre nosotros, no porque estuviéramos en un lugar nuevo, sino porque parecía una cita. No éramos dos viejos amigos quedando para cenar. Ella me miraba porque le gustaba mi aspecto y yo no podía dejar de imaginarme lo que sentía al hacerlo.

Tal vez Ashleigh siempre se había sentido así y había logrado asumir que solo éramos amigos, pero para mí había cambiado algo y ya no podía volver a ser como era antes. No quería hacerlo. Lo que quería era tumbarla delante de mí y devorarla.

La estudié por encima de mi vaso. Si la presionaba, ¿iba a resistirse? ¿Podía hacerlo? ¿Debía decirle cómo me sentía o era demasiado?

—¿Te la vuelvo a llenar? —Le quité la copa de las manos, rozando deliberadamente sus dedos con los míos. Dio un respingo, como si al tocarnos hubieran saltado chispas. Hice lo que pude para disimular la sonrisa.

Estaba acabada.

Era mía.

Seguí observándola mientras le servía más vino. Parecía decidida a admirar el *skyline* de Londres.

—¿Qué te parece si te enseño el apartamento? —pregunté.

Me levanté, y ella me siguió hasta el salón.

Me dirigí a la pared del fondo y abrí las puertas de acordeón de nogal.

—Esto es el estudio. Supongo que se podría usar como comedor.

—Qué bonito. Es genial. —Pasó los dedos por el escritorio y por el respaldo de la silla mientras miraba los libros de la estantería.

—¿Son tuyos? No recuerdo haberlos visto cuando vivías con… Emma.

—Sí, son míos. No llegué a abrir la caja donde los guardaba.

—Dios, sí, me acuerdo de este. ¿No lo leíste en el colegio?

Escribiste una redacción y todo. —Había cogido un ejemplar de *El señor de las moscas* y ojeó la contraportada—. Estabas obsesionado con él. Me llamaste Piggy durante todo el verano.

Fruncí el ceño, pero Ashleigh estaba girada hacia las estanterías, así que no podía verle la cara.

—No me acuerdo de eso. Es decir, recuerdo haberlo leído y estar obsesionado con él, pero no recuerdo haberte llamado Piggy.

—¿No? No me di cuenta hasta años después que no fue por mis muslos… Oh, y este. ¿Te acuerdas? Solíamos leerlo por turnos bajo el magnolio del jardín de tus padres.

Asentí, recordando el verano en que nos pasábamos *Las aventuras de Huckleberry Finn* como si fueran el tesoro secreto que, por supuesto, eran. Era como si hubiéramos pasado todo el verano bajo aquel árbol, leyendo, riendo y peleándonos. Me acerqué a Ashleigh lo suficiente como para apartarle el pelo del cuello. Ansiaba ver con más detalle aquella piel perfecta.

Siguió hablando de aquel verano, del florecimiento, de cómo desde entonces *«antebellum»* era una de sus palabras favoritas. Parloteaba como si mis dedos no estuvieran enredados en su pelo, recorriéndole el cuello, dibujando sus omóplatos. Dios, me tenía hipnotizado. Olía tan dulce, tan a verano… ¿Cómo me había resistido a sus encantos durante tanto tiempo? ¿Cómo no había visto lo importante que era para mí? ¿Lo preciosa, lo sexy que era? Sentía la piel tensa, como si fuera a estallar si no la besaba.

—Ashleigh… —susurré.

Pero en lugar de girarse y acercarse a mí como yo esperaba, se quedó quieta un segundo antes de volver a colocar el libro en la estantería y salir a toda prisa del estudio.

¿Qué?

¿Había hecho algo mal? ¿Me había imaginado las chispas que saltaban entre nosotros?

La seguí y la encontré guardando el teléfono en el bolso. ¿Se iba?

—Ashleigh.

—No puedo. Es decir, me derrito cuando estás cerca de mí y…

Se me aceleró el corazón. Sonreí y ella apartó la mirada.

—Eso está bien, Ashleigh. Me pasa lo mismo.

—No lo entiendes. A mí me ha estado pasando desde hace años. Quiero decir, no puede ser lo mismo para ti. Es demasiado pronto. Solo han pasado unas semanas desde que…

—¿Desde que desperté a lo que he tenido delante de mí toda la vida? Eso me convierte en un idiota, pero no significa que no esté seguro de mis sentimientos. Si pudiera volver atrás en el tiempo y hacer las cosas de otra manera, darme cuenta de lo que sentía por ti antes, lo haría. Pero no puedo, y nunca voy a poder.

—Lo sé. —Se le entrecortó la voz al hablar.

—Eso no quiere decir que lo nuestro no pueda funcionar. Dime qué debo hacer. —Solo quería llegar a la parte en la que pudiera abrazarla. Estaba preparado. ¿Acaso no lo veía?

—Solo necesito algo de tiempo. Y tú también.

—En realidad no necesito más tiempo. —Solté el aire—. ¿Alguna vez estarás preparada para confiar en mí?

—No lo sé, Luke. Estoy asustada. Lo siento.

Ashleigh

Lo estaba jodiendo todo. Tener a Luke tan cerca me confundía. Era como si me precipitara montaña abajo en un coche sin frenos. No sabía qué hacer o cómo detenerlo, pero sabía cómo iba a terminar.

Todo resultaba tan perfecto que era enloquecedor. Luke había dejado a Emma, había alquilado su propio apartamento, tenía un *hobby*. Dios, incluso había tirado ese sofá horrible que conservaba desde la universidad. Estaba marcando todas las casillas que decían que estaba listo. Entonces, ¿por qué estaba sentada con la cabeza entre las manos en lugar de estar desnuda debajo de él?

La cuestión era que todo parecía demasiado perfecto y estaba pasando demasiado rápido. Me preocupaba que Luke considerara mis preocupaciones como parte de una lista en la que debía trabajar hasta completarla. Debía tomarse su tiempo para entender lo que quería en realidad. En las tres semanas que habían pasado desde la última vez que nos habíamos besado, la última vez que nos habíamos visto desnudos, Luke no había podido resolverlo todo.

El problema era que parecía preparado; que parecía y se sentía preparado. Notar sus dedos en el cuello me había excitado. Estaba tan tensa que tal vez solo veía lo que quería ver. Debía recuperar el sentido común.

—Ashleigh… —dijo mi nombre como si conjurara un hechizo. ¿Cuándo me había convertido en Ashleigh para él?

—Debería irme.

El sofá se hundió cuando se sentó a mi lado.

—Lo siento, no era mi intención tocarte. Es que… Deseaba tocarte y he pensado que tú también querías que lo hiciera.

Solté el aire. Ese era el problema. Quería que Luke me tocara. Me pasé las manos por la cara.

—Y quiero… —dije en voz baja. Al instante, su mano se dirigió a la parte baja de mi espalda para darme un masaje tranquilizador. Me sentí genial.

—¿Eh? —me dijo; me apartó las manos de la cara, ahuecó las suyas

sobre mis mejillas y me obligó a mirarlo a los ojos.

Ese hombre, del que había estado enamorada toda mi vida, me deseaba. ¿Por qué no podía dejarme llevar? Ladeé la cabeza y el me sentó en su regazo.

—Lo entiendo, Ashleigh. Entendí por qué echaste el freno al principio. Pero ¿ahora? Deseo esto. Te deseo. —Sus palabras tuvieron el efecto contrario al esperado. Parecía demasiado seguro, y yo sabía que no podía estarlo. Al menos en tan poco tiempo.

Me bajé de sus rodillas.

—No.

—¿No? ¿No me crees? ¿O no me deseas?

Le creía y, por supuesto, lo deseaba, pero era demasiado pronto.

—Todavía no. No estás preparado.

—Joder, Ashleigh. No puedes decidir cuándo estoy listo. Te estoy diciendo que lo estoy. Y lo sabes. Estás en mi piso, coqueteando conmigo, burlándote de mí. ¿Es eso? ¿Estás intentando hacerme desear algo que no puedo tener para que sepa cómo te has sentido todos estos años?

Su voz se volvió más tensa, más dura, más fuerte con cada palabra. Se levantó del sofá y yo me alejé de él. Habíamos tenido relativamente pocas discusiones a lo largo de los años, pero recordaba cada una de ellas con todo detalle. Lamentaba cada palabra cruzada que había habido entre nosotros.

—Eso no es justo, Luke. ¿Crees que estoy tratando de devolvértela?

—¿Y bien? ¿Lo estás haciendo?

Me llevé las manos al pecho. ¿Cómo podía pensar que yo quería hacerle daño? Lo único que hacía era protegerme. Tenía que salir de ahí. No quería que me viera llorar y sabía que las lágrimas eran lo que venía a continuación.

Cogí el bolso y me acerqué a la puerta. Él me siguió.

—¿Te vas a ir ya? ¿Sin más? ¿Sin discutirlo? Cojonudo.

—No estamos manteniendo una discusión. Me estás gritando. Solo intento… —Continué hacia la puerta y me detuve al tocar el picaporte.

—¿Qué, exactamente? ¿Que los dos estemos fatal? ¿O buscas una razón para no estar conmigo?

El pasillo estaba oscuro, pero aún podía ver la sombra del enorme cuerpo de Luke cerniéndose sobre mí. Estaba tan cerca que, si retrocedía un centímetro, mi cuerpo iba a chocar con el suyo.

—Por favor. —No estaba segura de lo que estaba pidiendo. Si que tuviera paciencia conmigo o que me dejara marchar.

—Dime lo que quieres. —Esa vez habló en voz baja.

—Quiero estar segura de ti y de lo que sientes. Si de la noche a la mañana has decidido que me quieres, entonces puedes volver a

cambiar de opinión con la misma rapidez. Quiero estar segura de que no soy la opción fácil…

—Créeme, no me pareces la opción fácil. Y menos en este momento. —Suspiró y se alejó de mí. Me volví hacia él. Estaba apoyado contra la pared, con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza ladeada.

—Lo siento.

—Dime cuánto tiempo tengo que esperar, qué tengo que hacer. Entiendo que la primera vez era demasiado pronto después de lo de Emma, pero ahora…

—Hay mucho en juego. —Mi familia, mi seguridad, mi mundo estaban en juego.

—Y también hay mucho que ganar.

—Solo han pasado unas semanas.

—No en mi cabeza, Ashleigh. Creo que nunca sentí algo tan profundo por Emma. No es comparable a lo que siento por ti. Esto es diferente. No puedo volver atrás. Significas demasiado para mí y no puedo pensar que no va a funcionar.

El pulso me saltaba en el cuello. Estaba diciendo todo lo que yo quería oír.

—Solo necesitamos tiempo.

—Yo no. —Sonaba muy seguro—. Quizá tú necesites tiempo, pero yo estoy listo para la siguiente etapa de mi vida y no quiero perderme ni un momento.

—Entonces, ¿me darás tiempo? —Tal vez era eso. Tal vez necesitaba tiempo para adaptarme, para confiar en los sentimientos de Luke por mí.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Vive tu vida, Luke. Si estamos destinados a estar juntos, lo sabremos cuando sea el momento adecuado para los dos.

17

Luke

—Vaya, tu ritmo ha mejorado mucho. —Fiona me agarró la muñeca y pulsó los botones del pulsómetro—. Sí. Tu velocidad ha subido un veinte por ciento en solo unas semanas. Es increíble.

Caí hacia delante y me apoyé en las rodillas para inhalar con desesperación el aire que necesitaba en los pulmones y para esperar a que se redujeran los latidos de mi corazón y así poder hablar, pensar…

Fiona jadeaba, pero no parecía a punto de desmayarse como yo. ¡Qué vergüenza! Sabía que ella llevaba entrenando mucho más tiempo, pero yo no había empezado de la nada. Siempre había corrido.

—Dios, tú sí que estás en forma —dije, mirándola, cuando por fin fui capaz de pronunciar alguna palabra.

—Gracias —repuso; se encogió de hombros con timidez y me dedicó una sonrisa—. Acabas de empezar a entrenar de forma diferente, pero lo estás haciendo muy bien. Ahora tienes que variar. Quizá deberías empezar a entrenar en circuito. No te limites a correr, montar en bicicleta y nadar. Sé que suena contradictorio, pero te ayudará. —Me dio un golpecito en el brazo—. Vamos. Sigue andando.

Fiona y yo habíamos estado haciendo una ruta por la City, tan tranquila los fines de semana. Los ejecutivos habían desaparecido y habían dejado los edificios de oficinas vacíos, así que los pocos que vivíamos en el área que conformaba el distrito financiero de Londres teníamos las calles para nosotros. Había sido una carrera tranquila, muy diferente a cuando corríamos entre semana, que apenas encontrábamos sitio por las aceras. Fiona decía que los parques del oeste de Londres, donde siempre había corrido antes, estaban demasiado concurridos los fines de semana, sobre todo si hacía buen tiempo. Hyde Park siempre había sido uno de mis favoritos, pero entonces no me importaba que la gente se interpusiera en mi camino y me ralentizara el ritmo.

—¿Tomamos un café? —Señalé uno de los pocos signos de vida: una pequeña cafetería al otro lado de la calle. Me daba una razón para sentarme, lo que me venía bien.

Fiona entrecerró los ojos, pero asintió.
—Claro.
Hicimos el pedido —en mi caso un zumo y agua, pues estaba dejando la cafeína— y encontramos una mesa cerca de la ventana. Solo había otra pareja en el local. No me extrañaba que no hubiera nada abierto por allí; no había clientes. Miré cómo intercambiaban sin mediar palabra algunas páginas del *Sunday Times*. Podíamos haber sido Emma y yo. Que nos sentíamos cómodos juntos, que seguíamos adelante de forma inconsciente. La vida no requería que evaluaras tu relación constantemente, así que la mayoría de la gente se dejaba llevar sin más si no tenían una razón para separarse. En cierto modo, tenía suerte de que Emma hubiera puesto el tema del matrimonio sobre la mesa porque me había visto obligado a tomar una decisión consciente sobre mi futuro. Supuse que eso era exactamente lo que Ashleigh temía: que me alegrara de dejarme llevar por la vida de pareja y la eligiera a ella por discriminación positiva. Inspiré hondo al darme cuenta. Quizá las semanas que habían pasado desde la última vez que había viso a Ashleigh habían sido buenas para los dos.
—¿Te gusta? —preguntó Fiona.
Tragué el zumo de pomelo.
—Es ácido.
Se rio, y el movimiento de sus pechos captó mi atención.
—Me refería al entrenamiento.
Puse los ojos en blanco.
—Ah, ya… Sí. Es brutal, y no estoy seguro de que sea saludable que me guste lo brutal, pero sí.
Disfrutaba de la concentración, de no tener demasiado tiempo libre y de la lucha para conseguir algo. Me había gustado la forma en que Ashleigh había mirado los cambios en mi cuerpo la última vez que la había visto. El calor de su mirada me había hecho creer que me deseaba.
No habíamos vuelto a coincidir desde entonces. Me había excusado para faltar a las cenas de los domingos durante las semanas siguientes, y no había habido llamadas telefónicas ni contacto entre nosotros. No me había gustado nada, sobre todo al principio, y no paraba de mirar el teléfono esperando que me dijera que estaba lista. En ese momento me sentía casi resignado a dejar que las cosas se arreglaran solas entre nosotros.
Fiona se rio.
—Es brutal, pero a mí también me gusta la sensación —dijo, mirando cómo giraba la tapa de mi bebida—. Después de correr, el relax. El sudor secándose, la conciencia de los músculos fuertes bajo la piel, la adrenalina disipándose. —Estiró los brazos, se irguió en la silla, el dobladillo de la camiseta se le subió y dejó al descubierto una

franja de suave piel blanca.

Se relajó y volví a mirarla a la cara. Me había pillado de pleno. Sonrió y aparté la vista.

—Sí. Supongo que esa parte es buena. —Me quedé mirando a la nada por la ventana, sin saber muy bien a qué me refería. Era una buena compañía. Y atractiva.

—¿Qué te llevó a entrenar? ¿Una mala ruptura? —preguntó.

Ashleigh y yo no habíamos roto; no habíamos tenido la oportunidad de romper. Me di cuenta de que, en realidad, estaba en el período posterior a una ruptura, pero con Emma.

—No sé si fue mala… —Me moví en mi asiento, más cómodo porque mi atención se había alejado de su cuerpo y se encontraba de nuevo en territorio seguro…

—¿Cuánto tiempo llevabais?

—Tres años. Vivíamos juntos. He tenido que mudarme. —Una sensación sorda irradió desde mis entrañas. No era tristeza, sino irritación, quizá arrepentimiento por haberme quedado tanto tiempo con ella. Debí haber sido más valiente, debí haberme ido antes. Pero el día a día no había sido un problema. Emma y yo nos llevábamos bien, no nos peleábamos continuamente. No había nada que me alejara de por sí. Era solo que cuando sumaba esos días, no significaban mucho. Viéndolo en perspectiva, no nos habíamos importado mucho el uno al otro, no había nada que nos uniera, que nos hiciera mejores al ser pareja. Dios, parecía que había pasado toda una vida. Todo había sucedido antes de darme cuenta de lo de Ashleigh, y cualquiera antes de ella parecía muy lejano. Ash era diferente. Con ella cada día importaba.

Asintió.

—A mí me ayudó a despejar la mente y me mantuvo ocupada. Creo que lo superé en cuanto pasé la línea de meta de la primera carrera.

—¿Tu ruptura no fue amistosa? —pregunté.

—En aquel momento pensaba que no. Estaba tan triste, tan enfadada… Quería matarlo. Ahora echo la vista hacia atrás y me resulta difícil recordar por qué. A veces era un gilipollas, pero yo lo culpaba de cosas que no eran culpa suya. Aprendí una gran lección: solo nosotros somos responsables de nuestra felicidad. Nadie más puede dárnosla si no estamos preparados para ello.

—Pero ¿estar con él no te hacía feliz?

—Exacto. Así que debería haberme ido en lugar de quedarme y echarle la culpa.

Me tomé un momento para asimilar lo que decía. ¿Estaba buscando a alguien que me hiciera feliz? ¿Tenía miedo de estar solo? Tal vez Ashleigh pensara eso, pero para mí no era así. Pensaba que la razón por la que Emma y yo nos habíamos separado era que yo no quería ser

responsable de su felicidad, y sabía que ella no podía ser responsable de la mía. Con Ashleigh, era diferente. Quería hacerla feliz.

—¿Y estás con alguien ahora? —Nunca había mencionado un novio. ¿Qué tipo de chico le gustaba?

Un rubor se extendió por sus mejillas.

—Todavía no. Pero no he perdido la esperanza de encontrar al adecuado. —Se concentró en la taza dando vueltas a la cucharilla en lo que quedaba del café americano solo que había pedido.

—Gran trabajo, Luke. Un resultado tremendo para el cliente y el bufete. —Derek Mills, nuestro socio principal, rara vez salía del quinto piso. Estaba seguro de que no conocía mi nombre hasta el caso Nigelson. Aunque nadie me lo había dicho, que me hiciera socio dependía de ese caso. Y acabábamos de recibir la respuesta. Todo se había resuelto de forma positiva y a lo grande.

—Gracias, Derek. Hemos obtenido el resultado correcto —respondí.

—No seas modesto. Lo has hecho genial. —Sonreí y estreché la mano de Derek—. El apellido Daniels quedará muy bien en el membrete —dijo, y después me guiñó un ojo y se marchó. Quizá se referían a eso cuando decían que te habían dado el visto bueno. Tenía que esperar a la resolución oficial del bufete, pero la cosa pintaba bastante bien.

Me concentré en volver a mi mesa reprimiendo una sonrisa de oreja a oreja. Le envié un correo a Haven diciéndole que habíamos llegado a un acuerdo. Luego puse la mano sobre el teléfono, desesperado por llamar a Ashleigh; quería compartir mis buenas noticias, todas mis noticias, toda mi vida con ella. Ojalá ella estuviera preparada pronto para entenderlo. ¿Tal vez debía tomar las riendas de la situación y obligarla a darse cuenta de que la deseaba?

—¡Felicidades, Luke! —Fiona se acercó a mi mesa—. Pero lo decisivo ha sido el informe medioambiental, ¿no?

Le sonreí.

—Sí, has dado en el clavo.

Juntó las manos.

—Gracias a Dios que se ha acabado.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí.

—¿Salimos temprano y nos tomamos unas cervezas?

—No estoy segura de que eso entre en tu plan de entrenamiento. Pero sí, estoy dispuesta. —Guiñó un ojo y se dio la vuelta para marcharse—. Nos vemos abajo en diez minutos —dijo por encima del hombro.

—¿Champán? —preguntó Fiona; se echó sobre la barra intentando

llamar la atención del camarero.

Habría preferido cerveza, pero el champán era obligatorio en una situación como esa.

—Ahora sí que vas a ser socio. —Sonrió. Me sentí aliviado de que no demostrara ni una pizca de celos o resentimiento. Era una gran persona.

—Todavía hay que esperar. —Me encogí de hombros.

—Sabes que vas a conseguirlo. Al parecer, la votación es la semana que viene. Este acuerdo no podría haber llegado en un momento más oportuno. Te lo mereces.

Sonreí y cogí la botella de la cubitera de hielo. Fiona cogió las copas y fuimos a la parte delantera del bar. A pesar de ser media tarde, había mucha gente en las mesas.

—No deberíamos beber cuando los demás están comiendo. No parece adecuado —dijo Fiona en un susurro.

Se me revolvió el estómago. En cierto modo me sentía mal, incómodo. La persona con la que quería celebrar mi ascenso era Ashleigh. Sentía que debía estar con ella, no con Fiona. Debía dejar de suspirar, hacer lo que ella me había pedido y vivir la vida.

—Beber durante el día siempre parece ilícito, ¿verdad?

—No puedo quedarme mucho tiempo. Tengo una cita esta noche. —Ladeó la cabeza.

Arqueé las cejas como respuesta. ¿Tenía una cita? Fiona, al menos, vivía su vida.

—De hecho, no debería estar bebiendo. Voy a hacer de canguro. Bueno, mi sobrino tiene doce años, ya no es un bebé.

—Entonces, ¿no se trata de una cita interesante?

—Esta noche no —respondió.

Me pregunté por qué no tenía pareja. Era guapa e inteligente y tenía unos abdominales de acero. El tipo de chica que parecía hecha para el matrimonio. Ashleigh me había dicho que saliera con alguien, ¿no?

—¿Te gustaría ir a cenar alguna vez? —No era lo que había planeado decir, pero una vez que lo había soltado, esperaba que dijera que sí.

Entrecerró los ojos.

Hacía años que no invitaba a salir a una mujer. De hecho, estaba seguro de que nunca le había pedido una cita a Emma. Frecuentábamos el mismo círculo de amigos de vez en cuando y nos habíamos besado estando borrachos. Parecía que había pasado toda una vida. Yo era un crío. Llevaba unas semanas pensando que podía gustarle a Fiona, pero su reacción a mi invitación no había sido demasiado entusiasta.

—Quiero decir, no pasa nada si no quieres. Pero pensaba que…

—No. Me parece bien. ¿Una cita?
¿Estaba a punto de hacer el ridículo? Me encogí de hombros.
—Sí.
Se sonrojó y asintió.
—De acuerdo. A cenar.
Ojalá todo en mi vida fuera tan fácil.

18

Ashleigh

—Estoy harta de sentirme tan mal. He perdido totalmente la gracia. —Tomé asiento ante la encimera de la cocina de Beth y me desplomé dramáticamente hacia delante. Beth me había pedido ayuda con un proyecto y me alegraba de tener compañía.

—No has perdido la gracia. Eres divertidísima —respondió Beth.

—Solía ser divertida. Hacía reír a la gente. Ahora solo soy una catástrofe inminente. Dondequiera que voy, me acompaña la tristeza.

—Ahora estás siendo graciosa, aunque sea sin querer.

Sonreí. Había sido totalmente intencionado. Estaba lista para volver a ser yo. Me había hartado de estar deprimida en casa y de evitar a Luke. Bueno, evitar a Luke había sido fácil. No había estado en contacto con él desde el domingo que Haven y Jake habían ido a Chicago. De eso hacía más de un mes. Había ido a la cena del domingo al fin de semana siguiente, pero según Haven, Luke estaba trabajando. No lo había visto desde que había salido pitando de su apartamento.

—¿Así que quieres verme borracha? —pregunté a Beth.

—¿Cómo puedo resistirme a una oferta así? Pero antes de nada, ¿puedes ayudarme con esto? —dijo Beth, señalando detrás de mí con la cuchara de madera que sostenía.

Miré por encima del hombro y vi una cámara en un trípode enfocando en nuestra dirección. *¿Qué?* Me volví para ver cómo Beth vertía miel en un cuenco.

—Eeeh…, perdona, ¿cuánto me ofreces? No voy a dejar que me filmes desnuda y cubierta con miel haciendo… Dios sabe qué.

—Oh, no voy a pagarte.

—Bueno, desde luego no voy a hacerlo gratis. —Me reí—. Lo que quiero decir es que no hago nada de eso delante de una cámara. Y menos contigo. No te ofendas, eres preciosa y tienes un cuerpazo, pero no. Me gustan los hombres. Quiero decir, no pienso hacerlo delante de una cámara y con miel…

—¿En serio? —Beth me miraba como si estuviera totalmente loca.

—He perdido el control de mi boca.

—En serio, cálmate. Nadie va a desnudarse.

—Vale, ¿qué quieres?

—No quiero que se lo digas a Jake, pero necesito que me prepares la cámara. Se me ha ocurrido que podría filmarme a mí misma cocinando para luego subirlo a internet. Lo grabaré mañana, pero he pensado que podrías prepararme la cámara y dejarla lista.

—Oh, eso sí. Déjame decirte que me siento algo decepcionada. Pensaba que mis horizontes estaban a punto de ampliarse.

—¿Por mi cuerpazo? Gracias por el piropo, por cierto. —Se encogió de hombros, coqueteando de forma juguetona.

—De nada. —Sonreí. Llamaron a la puerta y Beth fue a abrir. Oí a Haven charlando en el pasillo. Beth y ella vivían en el mismo edificio. Debí haberla avisado al llegar. Esperaba que no se enfadara.

—Hola, preciosa. ¿Hay sitio para otra más? —preguntó al verme.

La abracé.

—Te he echado de menos.

—Siento como si te hubieras divorciado de mí. Hace semanas que no te veo.

—Lo siento. Quería que Luke tuviera oportunidad de ir a la cena del domingo, y eso no parecía probable si iba yo, así que…

—Bueno, él también se ha divorciado de mí. Tampoco lo veo desde hace semanas. ¿Cómo es que cuando intentáis evitaros el uno al otro, acabo echándoos de menos a los dos? Ojalá lo solucionarais de una vez. Parece que hoy va a correr; una carrera divertida.

—Suena como un oxímoron. ¿Está con Fiona?

—Creo que sí. Es con el club de atletismo o algo así.

Sentí un pellizco en el estómago. Había estado lloviendo todo el día. Era demasiado fácil imaginármelo calado hasta los huesos y abatido, quitándose luego la ropa mojada y dejando al descubierto ese cuerpo más duro que antes, los abdominales tonificados, los brazos musculosos llevándome a la ducha… No paraba de pensar en él, pero, contra todo pronóstico, había resistido la tentación de llamarlo. Necesitaba tiempo para decidir lo que quería. Tal vez fuera a Fiona.

—De todos modos —dije, alargando la palabra como una niña de seis años—. Estoy intentando recuperar mi gracia.

—Para eso necesitas vino —dijo Haven, rebuscando en un Longchamp Le Pliage pétalo rosa—. Lo siento, Beth. La sobriedad te funciona a ti, pero a ella no. —Levantó la barbilla y sacó una botella de vino—. Ya está frío.

Miré a Beth y luego a Haven. Había bebido delante de Beth, pero nunca en su casa.

—¿Te parece bien? Estaba bromeando cuando te pedí que me vieras emborracharme.

—Por supuesto. No pasa nada, aunque si me pillas dando un trago, entonces tendremos problemas. —Me guiñó un ojo.

Negué con la cabeza.
—Haven, no, guárdala.
—Está de coña. ¿No?
—Claro que sí. —Beth sonrió—. Que otros beban no es un problema. El problema es que beba yo.
Beth siempre parecía demasiado sabia para su edad. Había pasado por muchas cosas y se le notaba, no porque pareciera cansada o amargada, sino porque irradiaba una serenidad que solo se adquiere con la experiencia.
—En realidad, ¿podrías ajustar la cámara mientras estás sobria? —me preguntó Beth al tiempo que Haven iba a buscar unas copas de vino.
Me bajé del taburete y me acerqué a la cámara.
—¿Debo preguntar por la cámara? —Haven frunció el ceño—. Es decir, me da igual lo que te guste, no voy a juzgarte ni nada. De hecho, estoy planeando filmarme para Jake mientras él…
—Hay cosas que no hace falta compartir —la interrumpió Beth tapándose los oídos.
—Mmm, no es verdad —respondí—. Cuéntame más.
—Jake se va a Chicago un mes. Pensaba enviarle un regalo. Te contaré el resto otro día.
Beth puso los ojos en blanco.
Eso era agradable. No me había sentido tan cómoda, tan en casa, desde hacía años.
—¿Has hablado con él? —preguntó Haven. Al instante, mi comodidad se hizo añicos.
Negué con la cabeza.
—Ash, sabes que te adoro. —Se me encogió el corazón. Estaba a punto de recibir un sermón—. Pero han pasado semanas, de hecho, han pasado meses, desde que se separó de Emma. ¿Cuánto tiempo necesitas?
Era una pregunta que me había hecho un millón de veces. Pero no se trataba de tiempo. Se trataba de experiencia. Si Luke se quedaba en casa esperando a que yo volviera a él, entonces nunca iba a pasar suficiente tiempo.
—Ni idea. —Suspiré—. Creo que los dos lo sabremos cuando sea.
—Eso es mentira —intervino Beth.
Haven empezó a mordisquearse el interior de la mejilla y miró el vino.
—¿El qué? —pregunté.
—¿Qué pasa si no vuelves a verlo? Tal y como vais, puede que acabéis evitándoos el uno al otro hasta que seáis viejos y canosos. Él no sabe lo que quieres, y, para ser sincera, yo tampoco.
El corazón me martilleaba en el pecho. ¿Me había comportado

como una imbécil?

—Lo siento, siempre digo lo que pienso. A veces olvido que no somos parientes y que en ese caso es menos aceptable —dijo Beth.

—No te arrepientas de hablarme claro —agradecí su opinión—. Se reduce a la confianza. Al principio pensaba que todo se debía a que yo no confiaba en su cambio de opinión. No quería ser el segundo plato. Ni siquiera se había molestado en salir a buscar lo que de verdad quería, así que se había dejado llevar. Pero no es solo eso. También tengo que confiar en mí misma. Tengo que estar dispuesta a arriesgarlo todo: mi familia, mis amigos, mi futuro, todo lo que es importante para mí, para intentarlo con Luke.

Beth inspiró hondo.

—Tienes que entender que te apoyaremos y te querremos pase lo que pase. No estás arriesgando a tu familia ni a tus amigos. Pero, si nunca das ese siguiente paso con él, sí que te estarás jugando el futuro.

Sus palabras me llegaron al corazón. Quizá tenía razón, y arriesgaba más al no darnos una oportunidad.

LUKE

—¿Quieres blanco o tinto? —pregunté cuando el sumiller se acercó a la mesa.

Fiona se encogió de hombros.

—Me da igual. Decide tú.

Me movía en terreno desconocido. Salir con alguien y tener que pensar qué le apetecía a pesar de que no la conocía muy bien. Emma siempre bebía shiraz, estuviéramos donde estuviéramos o comiéramos lo que comiéramos. Haven y Ashleigh bebían prácticamente de todo, pero el sauvignon blanc era su blanco favorito y el pinot noir su tinto preferido. Y tener que aprender las preferencias de otra mujer se me hacía raro.

—Tomaremos una botella de champán —dije al camarero. Sabía que le gustaban las cosas con gas porque las habíamos tomado en el bar—. Va con todo, ¿verdad? —pregunté a Fiona cuando el camarero se marchó.

—Suena bien.

Estaba sonriendo, así que no había metido la pata.

—Estás preciosa —añadí. Estaba claro que se había esforzado por estar guapa, y le sentaba bien. Nunca se maquillaba demasiado para ir a trabajar y tampoco cuando salíamos a correr, pero esa noche su aspecto era glamuroso, incluso sexy, pero no de forma ostentosa. Nunca la había visto con el pelo castaño suelto. Le sentaba bien, la

hacía más femenina, al igual que el vestido rosa. Parecía más mujer que nunca. Era una cita de verdad, lo cual me parecía… confuso.

—Tú también. Quiero decir que estás muy guapo. —Sus mejillas se colorearon; me pareció muy dulce.

Sonreí. Me sentía muy consciente de todo mi cuerpo. Como si tuviera que recordar cómo poner un pie delante del otro, levantar el brazo, inspirar o espirar. Llené los pulmones y me llevé las manos a los costados. Podía hacerlo. No tenía por qué estar nervioso. Fiona y yo pasábamos mucho tiempo juntos. Me gustaba, nos llevábamos bien. La conocía desde hacía mucho tiempo, pero solo habían pasado un par de meses desde que éramos algo más que colegas. Pero eso no debía hacer que la velada resultara incómoda. Teníamos mucho en común y nos gustábamos.

—¿Has entrenado hoy? —preguntó.

Le agradecí que llevara el peso de la charla. Había emigrado al país de los idiotas y había olvidado cómo se entablaba una conversación.

—Sí, en el gimnasio. He hecho una sesión con ese preparador que te dije que estaba pensando en contratar. Hemos hecho pesas y luego me he centrado en la cinta de correr.

—Es bueno que tengas ayuda para hacer ejercicio. Yo hice lo mismo al principio. Es muy fácil hacerse daño, pero supongo que ya habrás entrenado antes. —Movió las manos arriba y abajo en el aire, abarcando todo mi cuerpo.

Me encogí de hombros.

—Para un objetivo como esta carrera no. ¿Y tú? ¿Has ido a correr?

—Sí. Me encanta correr los sábados por la mañana. Pero he ido temprano. A las seis. Luego me he depilado y he tomado café con una amiga.

—¿Te has depilado? —Cuando terminé la pregunta me di cuenta de lo que había dicho y rompí con rapidez el contacto visual. Joder, ¿por qué tenía que preguntarle por eso? Había ido al salón de belleza. Se había preparado… para la noche. Me sudaban las manos. ¿Esperaba enseñarme las zonas depiladas? Ni siquiera me había planteado acostarme con ella.

—Ha sido una cita periódica. No porque hubiéramos quedado esta noche. Quiero decir que cuando una chica corre es importante mantener… Oh, por favor, dime que me calle. —Echó la cabeza hacia atrás.

Me eché a reír. La mención de la depilación había roto el hielo.

—Vamos a cambiar de tema, ¿de acuerdo? ¿Qué tal ha ido el café?

Negó con la cabeza.

—No deberían dejarme salir a la calle. Sí. Gracias. El café ha sido genial. He quedado con una amiga que conozco desde que tenía cinco años. Crecimos juntas; va a casarse, y me ha pedido que sea su dama

de honor. Así que, sí, me he alegrado de verla.

—Oh, eso está muy bien. ¿Cuándo es la boda?

—El próximo verano. Para ser sincera, no es algo que me agrade. No puedo soportar esa clase de espectáculos ni los vestidos ridículos, pero es importante para ella, así que debo considerarlo un honor.

Sonreí. Parecía que teníamos algo más en común que los triatlones.

—¿Tienes hermanos? —pregunté. Nuestras conversaciones hasta el momento habían versado principalmente sobre trabajo o entrenamientos, así que, aunque en cierto modo la conocía bastante bien, en realidad lo que sabía de su vida privada era limitado.

—Dos hermanas. Las dos mayores que yo. Yo soy la pequeña y el patito feo.

—¿El qué?

—Mis hermanas son impresionantes. Y quiero decir que son superfemeninas y elegantes. Yo siempre he sido un poco marimacho.

—Bueno, esta noche no pareces un marimacho.

—Dios, ¿ha sonado como si estuviera buscando cumplidos? Lo siento, de verdad que lo siento. Me encanta que mis hermanas sean tan guapas, bueno, la mayor parte del tiempo. Pero, ya sabes, en esos incómodos años de la adolescencia resultó muy duro. ¿Qué estoy diciendo? Apuesto a que no sufriste esos años.

Hice memoria. No recordaba haberlo pasado mal.

—Creo que eso es más cosa de chicas. —Aunque tampoco recordaba que Haven o Ashleigh se hubieran sentido incómodas.

—Tal vez. De todos modos, si son felices, yo soy feliz. Una vive en Los Ángeles con su marido, que es productor. La otra vive en Barnes. También es abogada.

Me gustaba oírla hablar de su familia.

—¿Estáis unidas?

Ella pareció pensárselo durante un par de segundos.

—No nos llevamos mal. Pero no, no estamos muy unidas. Les hago de canguro y eso, pero tenemos unas vidas muy diferentes. ¿Qué hay de ti? ¿Cómo te llevas con Haven?

Me di cuenta de que ya sabía que yo tenía una hermana. Había debido de hablar de ella sin darme cuenta.

—Estamos muy unidos. También me llevo bien con su marido. —No mencioné a Ashleigh. ¿Todavía éramos amigos? ¿Íbamos a encontrar la manera de volver a estar juntos aunque no fuera como amantes? Se me encogió el estómago. No me gustaba que no formara parte de mi vida.

—¿Estás bien? —preguntó Fiona.

—Sí, bien. Acabo de acordarme de que le dije a Haven que la llamaría hoy y me he olvidado. —La mentira era más fácil que la verdad.

Negué con la cabeza e inspiré hondo. No podía estar pensando en Ashleigh.

Después, me relajé y me resultó más natural compartir detalles de mi vida con ella y ella conmigo. Fue cómodo y agradable. Me caía bien. Era dulce y cariñosa.

—¿Puede esperar aquí un momento? —le pregunté al taxista; Fiona bajó y yo la seguí hasta la acera—. Gracias por una velada tan agradable —dije mientras nos acercábamos al edificio.

—Gracias, Luke. Me lo he pasado muy bien. —Me dedicó una sonrisa al llegar a la puerta de su casa.

—Entonces, ¿nos vemos en el trabajo el lunes?

Asintió. Había llegado el momento de darle un beso de despedida. Definitivamente, tenía la impresión de que no iba a ser mal recibido, pero hacía mucho tiempo que no me encontraba en una situación como esa. Me sentí tan consciente de mi cuerpo como al principio de la noche. Me gustaba, y solo era un beso. Mirando al suelo, di medio paso hacia ella, le puse los dedos de debajo la barbilla y le alcé la cabeza. Paseé la mirada entre su boca y sus ojos un par de veces antes de acercarme y besarla. Su cuerpo se balanceó hacia mí y percibí su aroma por primera vez en la noche. No me resultaba familiar. Me pasó las manos por los brazos, pero antes de que se convirtiera en algo más, me aparté.

—Buenas noches —susurré.

Intenté recordar la primera vez que había besado a Emma. Había sido parecida a esa. Agradable. Habíamos sido conscientes de que aún no encajábamos del todo, pero que podíamos llegar a hacerlo. Con Fiona había sido lo mismo. Era una chica agradable, fácil de tratar y teníamos mucho en común, más de lo que había tenido nunca con Emma.

Pero no era Ashleigh.

19

Ashleigh

—Este es supercómodo —le dije a Richard cuando me acomodé en el sofá. Richard se había mudado a un apartamento nuevo y me había pedido que lo ayudara a comprar los muebles.

—¿No te gusta el de cuero marrón?

Me dio un vuelco el estómago. Los sofás de cuero marrón siempre me recordaban a Luke, aunque al final hubiera tirado el suyo.

Negué con la cabeza.

—El cuero es frío en invierno y se te pega en verano. Nunca he entendido su atractivo. Además, chilla.

—¿Chilla? ¿Como una persona? ¿Has ido al terapeuta a tratarte eso? —Richard abrió mucho los ojos.

—Lo hacen. Ya sabes…, cuando te mueves sobre ellos. —Me sonrojé y aparté la mirada. Me había imaginado follando con Luke de todas las maneras posibles en su viejo y maltrecho sofá, y cada vez que lo había hecho, los chirridos habían sido desagradables, incluso en mi fantasía.

Richard se desplomó a mi lado.

—Sí, este es cómodo. Y es bonito y te hundes en él. ¿Crees que dos personas podrían tumbarse juntas en él? Creo que deberíamos probar si cabemos los dos abrazados. Solo para estar seguros.

Le di un codazo en las costillas.

—Déjalo ya. —Richard llevaba toda la mañana flirteando conmigo; me había tomado el pelo diciéndome que íbamos directos al departamento de camas a probar colchones.

—Se supone que estás aquí para ayudar. —Me pasó la mano por los hombros y apoyó los pies en la mesa de centro que tenía delante—. Este no está mal. Pero ya que has vetado el cuero, ¿puedo al menos comprar uno esquinero?

¿Qué les pasaba a los hombres con esa clase de sofás?

—Si tienes sitio…

—No has visto el apartamento, ¿verdad? Deberías venir. Puedo hacer la cena. ¿Qué tal esta noche?

Se me aceleró el corazón al recordar la velada en el apartamento nuevo de Luke. No había llegado a probar el pato que había

preparado.

—No es para tanto. Podemos ir directamente cuando acabemos aquí. —Dio una palmada y se frotó las manos.

Llevábamos semanas siendo amigos, así que esperaba que dejara de flirtear conmigo de una vez. Pero no había sido así, y lo peor era que estaba empezando a disfrutarlo, a disfrutar de sus atenciones.

—Puede ser. Ya veremos. —Me gustaba su compañía, pero lo último que quería era animarlo. Señalé la sala de exposiciones—. Probemos el gris. Me gusta porque es esquinero pero la parte de la esquina no sobresale.

—Muy elocuente, Ash. De verdad. —Me apretó el hombro, se levantó y me ofreció el brazo.

—No soy una anciana. Puedo arreglármelas perfectamente.

—Está bien, señorita gruñona, solo intentaba ser caballeroso. —Se dio la vuelta y se acercó al otro sofá.

Dios, a veces era una bruja. Estaba imitando a Haven.

—Lo siento. Y no necesitas intentarlo, te sale de forma natural —dije cuando me puse a su altura.

—Así está mejor. —Me dio un golpecito en el hombro—. ¿Lo ves? Puedes ser encantadora cuando te lo propones. Y este también me gusta. —Se lanzó sobre los cojines del sofá—. Voy a pedirle a una extraña que se acueste aquí conmigo para probar la capacidad de acurrucamiento de este sofá si sigues negándote a cooperar.

—¿En serio? Buena suerte. Además, no te atreverás.

Apoyó la cabeza en el codo y arqueó una ceja.

—¿Me estás desafiando? ¿De verdad me estás desafiando?

Richard parecía haberse relajado en las últimas semanas —sin la presión de una relación, yo también lo había hecho—, y nos llevábamos mejor que nunca. Había empezado a ver su lado divertido. Mis sentimientos por Luke me habían llevado a etiquetar a Richard como no indicado, pensando que Luke lo era…, pero eso tampoco había conseguido que funcionara.

Quizás me había equivocado al descartar a Richard tan pronto.

—Disculpe, señorita. —Richard se puso de pie de un salto y llamó la atención de una mujer con un cochecito mientras yo lo miraba con la boca abierta.

—A mi mujer —dijo señalándome— no le gustan las demostraciones públicas de afecto. No quiere acurrucarse conmigo en este sofá para ver si encajamos. ¿Le importaría sustituirla?

La mujer volvió la cabeza hacia mí y yo no pude hacer otra cosa que encogerme de hombros.

—Lo siento. Llego tarde —se disculpó, antes de escabullirse hacia el otro extremo de la sala, hacia los ascensores.

Sonriendo, Richard se volvió hacia mí. Puse los ojos en blanco.

—Que conste —dijo— que no es buena idea retarme a hacer nada. Me resulta imposible pasar un reto por alto.

Me guiñó un ojo como si yo fuera el siguiente.

—Pinot noir, ¿verdad? —preguntó Richard al tenderme una copa de vino.

—Perfecto, gracias. —¿Cómo había sabido qué vino me gustaba? Me lo había pasado muy bien comprando con él. Había adquirido finalmente el sofá gris esquinero-no-esquinero, a pesar de que no sabía si podíamos acurrucarnos en él. Había sido divertido y relajado y todas las cosas que yo había querido que fuera cuando estábamos saliendo. No quería separarme de él en ese momento, así que cuando volvió a pedirme que fuéramos a cenar a su piso, acepté.

—¿Cómo es que te has mudado?

Se unió a mí en su viejo sofá y apoyó los pies tapados con calcetines en la mesa de centro.

—Creo que estaba aguantando hasta encontrar a alguien con quien compartir piso. Y entonces, después de que… —Hizo una pausa y bebí un sorbo de vino, tratando de ignorar la incomodidad que creció entre nosotros—. Pensé que necesitaba seguir adelante y vivir en el lugar que más me gustara.

Asentí, sorprendida de que no se hubiera ido con la siguiente chica cuando yo había terminado con él. Siguió con su vida, pero mantuvo la puerta abierta entre nosotros. Básicamente, había hecho lo que le había pedido a Luke.

Se volvió hacia mí, reacomodando el cuerpo de modo que quedó sentado con una pierna enganchada en el cojín, el brazo apoyado en el respaldo del sofá y la mano justo detrás de mi cabeza.

—Es bonito. —Eché un vistazo alrededor. Todo estaba ordenado e iba a juego en varios tonos de gris. Me volví para mirarlo.

Me estaba observando.

—No es muy familiar, pero creo que podré volver a mudarme cuando llegue el momento.

—¿Te sientes preparado para tener familia?

—Sí, quiero encontrar a esa persona especial y tener un montón de niños revoltosos. ¿Tú no?

Pensé en Luke, Haven y yo sentados bajo el magnolio, leyendo, peleando, riendo.

—En algún momento.

—He pensado que tal vez tú tenías razón. Creo que por eso estaba tan tenso cuando salíamos.

—¿Estabas tenso? —¿No había visto a su verdadero yo?

—Sí, estaba loco por ti y quería que todo saliera bien. —Se encogió

de hombros. Parecía que le resultaba fácil sincerarse conmigo sobre lo que había sentido, y me gustaba que fuera así.

—¿En serio estabas loco por mí? —le pregunté. ¿Habíamos salido el tiempo suficiente para que estuviera loco por mí?

—Sabes cómo me sentía, cómo me siento. Estaba seguro de que podíamos estar genial juntos. Lo que pasa es que fui impaciente y te presioné cuando no debía.

—Richard… —Había supuesto que en algún momento íbamos a tener esa conversación. Habíamos estado mucho tiempo juntos y nunca habíamos hablado de lo que había pasado entre nosotros. Aun así, me sentía incómoda.

—Solo quería que supieras que lo entiendo. Sé que me equivoqué. No quiero que pienses que soy un idiota.

Me moví ligeramente para quedar frente a él, reflejando la posición de sus piernas con las mías.

—No creo que seas idiota. En absoluto. Pero aprendemos de cada relación, ¿no? Y lo llevamos a la siguiente.

—Tal vez…, es solo que… que, si es así, me pregunto si puede haber una segunda oportunidad… para ti y para mí. —Sus ojos oscuros me miraban fijamente.

Inspiré hondo. Si no hubiera estado perdida en la niebla de mi relación con Luke, probablemente lo habría visto venir con más claridad. Tal vez incluso habría querido esa segunda oportunidad.

—No creo haberte dado ni la primera, Richard. Y no fue culpa tuya, fue solo mía. Fui injusta contigo. —Tenía que sincerarme con él—. Es que hace mucho tiempo que siento algo por otra persona. —Me quedé mirando el vino, avergonzada por haberle dado falsas esperanzas, aunque en realidad había estado intentando superar lo de Luke cuando salíamos.

—Luke —dijo, dejándome a cuadros.

¿Acaso era tan obvio? Asentí.

—Pero ¿no estáis juntos?

Me dolió el corazón ante sus palabras.

—No, no estamos juntos.

—¿Lo habéis estado alguna vez? Me refiero a si es algo no correspondido.

Se me encendieron las mejillas. Me sentía mal hablando con él de Luke, sobre todo, porque Richard acababa de declarar que estaba loco por mí.

—Hubo un breve… No tengo ni idea. —Luke me había dicho que sentía algo por mí, algo romántico, y el sexo había sido increíble, pero yo no sabía qué futuro nos aguardaba. Solo sabía era que no estaba lista para renunciar a él. Todavía no.

Los dedos de Richard se deslizaron por mi brazo.

—Tonto será si no te ama.

—Richard…

—Lo digo en serio. Entiendo que estés pillada por él, pero si no entiende lo increíble, sexy y divertida que eres, entonces, es gilipollas.

Cerré los ojos, dispuesta a no llorar. Estaba siendo muy amable y comprensivo. Una parte de mí quería que me abrazara y me consolara.

—Y si es así, cuando estés lista para empezar a salir de nuevo, yo intentaría no estropearlo —continuó.

—Richard… —Estaba siendo muy amable y yo no sabía cómo reaccionar.

—No digas nada. Solo medítalo. Sin presiones.

Abrí los ojos y me miré el regazo.

—Oye, no estés triste. No quería que te deprimieras. —Me acarició la mandíbula—. Vamos —dijo, saltando del sofá—. Puedes ayudarme con la cena. Tal vez pueda conquistarte con mis habilidades de chef. Dejemos ese tema por esta noche y pasemos una velada agradable. ¿Vale?

Sonreí. Era justo lo que necesitaba oír. Quería tiempo para procesar lo que me había sugerido. Era un buen tipo y quería una segunda oportunidad. No podía descartarlo sin más, ¿verdad? Pero, al mismo tiempo, no estaba dispuesta a renunciar a mi cuento de hadas.

Una pausa era exactamente lo que me pedía el cuerpo.

Luke

—Te pareces a mi hermano, pero no puedes ser él. Ya no viene por aquí —alegó Haven, mirando por la mirilla.

—Ja, ja, Haven. Déjame entrar.

Le había prometido a Haven que iba a ir a la cena del domingo esa semana. Llevaba días acosándome, pero tenía razón. Ashleigh y yo teníamos que superar lo que había pasado y quedar al menos como amigos, así que no podía seguir evitándola.

La puerta se abrió, pero ella ya se había dado la vuelta por el pasillo, en dirección a la cocina.

—Qué manera de hacerme sentir bienvenido.

Jake estaba de pie junto al mostrador, agachado sobre lo que parecía un libro de recetas.

—Hola, amigo —saludé.

Me abrazó con ojos brillantes.

—Me alegro mucho de verte. Gracias por venir. Haven lleva fatal todo lo que os está pasando a Ash y a ti.

Me dio un vuelco el corazón. No había pensado en el impacto que estábamos teniendo en Haven.

—Lo siento. Solo necesitaba un poco de espacio.

—No necesitas que yo te dé espacio, gilipollas —dijo.

—Tú no, me refiero a Ashleigh. No quería que fuera difícil para vosotras dos, así que pensé que… no sé.

—Ahora está aquí, Haven. Eso es lo principal —intervino Jake—. Será una gran noche.

—¿Va a venir Ashleigh? —pregunté. Haven se había mostrado bastante fiera cuando me había dicho que lo superara y que fuera a cenar. Que iba a hacer obligatoria la cena del domingo por la noche y que iba a decirle lo mismo a Ashleigh.

—Por supuesto que sí. Te lo he dicho, no hay elección. Vosotros dos tenéis que encontrar la manera de toleraros porque no voy a permitir que mi familia se rompa. —A Haven le tembló la voz y Jake extendió la mano para trazar círculos en su espalda—. Ahora no. —Se apartó de él y pasó corriendo junto a mí hacia el baño. Al mismo tiempo, sonó el timbre de la puerta. Dios, no sabía que estuviera tan enfadada.

—¿Puedes ocuparte tú? —preguntó Jake—. Iré a ver a Haven.

—Sí, por supuesto. Dios, lo siento… —No soportaba ver a Haven triste. Mi trabajo era protegerla. Lo último que quería era ser la causa de su tristeza.

—Escucha, no te preocupes. Te lo explicaré en un momento… A ti y a Ash. —Jake corrió detrás de Haven, y yo fui a abrir la puerta.

La sonrisa de Ashleigh vaciló un poco cuando me vio.

—Hola. Su voz era suave e insegura, y tuve que reunir fuerzas para no quedarme mirándola y recordar lo delicadas que eran sus curvas.

Me agaché y la besé en la mejilla.

—Me alegro de verte, Ashleigh. De verdad que sí. —Inhalé su aroma. Era una llamada al hogar, al lugar al que pertenecía. Cada vez que la veía estaba más seguro de que estábamos hechos el uno para el otro, de que la necesitaba, de que la quería…, de que la amaba. Le había dado un poco de espacio al no ir a la cena del domingo, pero también me lo había dado a mí mismo. Era demasiado doloroso que me recordaran constantemente lo que deseaba con tanta desesperación y que no podía tener. Dónde debía estar, con quién debía estar.

—¿Dónde están Haven y Jake? —Miró alrededor del salón cuando entramos.

Fruncí el ceño.

—En el baño, creo. Haven se ha alterado un poco. Creo que es por todo el asunto de la cena del domingo. Quiero decir, yo no he asistido. No sé tú.

Negó con la cabeza.

—No, yo tampoco. Pensaba…

Ella pensaba que así iba a darme espacio y yo había intentado hacer lo mismo.

—Deberíamos esforzarnos más.

Asintió; la luz se reflejaba en su pelo y resaltaba su hermoso rostro. Tuve que apartar la vista. ¿Cómo había podido estar tantos años sin quedarme totalmente hipnotizado por ella?

—Dios, no es propio de ella enfadarse por cosas así. —Cambió el peso de un pie a otro. Lo único que quería hacer era acercarme a ella.

Contuve la respiración mientras las voces de Haven y Jake se hacían más fuertes y las puertas se abrían y cerraban.

—Es culpa de este tío —anunció Haven, señalando con el pulgar a Jake.

—¿Qué te pasa? —pregunté mientras Haven abrazaba a Ashleigh. ¿Por qué le echaba la culpa a Jake?

—Me estoy emocionando… —Haven se separó de Ashleigh y puso su brazo alrededor de la cintura de Jake—. El muy capullo me ha dejado embarazada.

—¿Qué? —chilló Ashleigh—. ¿Estás embarazada? Es increíble.

—Os queríamos a los dos aquí para poder decíroslo al mismo tiempo —dijo Jake.

—Y también a Beth, pero está en Chicago, y como no bebí nada de alcohol cuando vino a principios de semana, pues, bueno, lo adivinó…

—Vaya, felicidades —dije, sorprendido; estreché la mano de Jake y lo abracé. Miré a Haven de arriba a abajo, tratando de detectar algún bulto. Se llevó las manos al vientre. Mi hermana estaba embarazada. Iba a ser tío. Joder. ¿Y antes pensaba que la vida iba muy deprisa?—. Eres mucho más valiente que yo.

—No me mires así. —La llevé hacia mí y me rodeó la cintura con los brazos. El orgullo me hizo sentir un vuelco en el estómago. Una enorme oleada de alivio me recorrió al pensar que nunca había tenido un accidente con Emma. Me habría casado con ella, por supuesto, y no habría sido suficiente para mí.

—Estoy muy orgulloso de ti —dije, con la mejilla apoyada en su cabeza—. Vas a ser una madre increíble.

—Resulta que no es tan difícil quedarse embarazada —respondió Haven—. No fue planeado. —Me dio un vuelco el corazón. Esperaba que estuviera preparada. Yo no estaba seguro de llegar a estarlo nunca. Un niño iba a cambiar la familia para siempre.

—Eso es porque somos muy buenos haciendo bebés. —Jake sonrió con orgullo.

—Vale, ya basta. —Ashleigh se tapó las orejas. La abracé en un extraño doble abrazo desde detrás de Haven. Los tres permanecimos juntos como la unidad que habíamos sido durante tanto tiempo.

Me sentí bien.

—Venga, chicos, dejadlo ya. Empiezo a sentirme excluido —comentó Jake.

Nos dispersamos y nos congregamos alrededor de la isla de la cocina.

—Esto hay que celebrarlo. Debería haber traído champán. —Ashleigh juntó las manos. Estaba emocionada, le brillaban los ojos. Nuestra anterior incomodidad se había disipado.

—Tengo algunas botellas. Tenemos mucho que celebrar. Ash ha hecho la prueba de acceso al máster. Y tú has ganado ese caso que te va a catapultar… —añadió Haven—. No te he visto desde entonces.

—¿Has ganado el caso Nigelson? —preguntó Ashleigh, con los ojos muy abiertos.

Asentí y metí las manos en los bolsillos.

—Bueno, se resolvió a nuestro favor.

—Dios mío, Luke, qué pasada. Felicidades. —Me rodeó el cuello con los brazos. Sorprendido, deslicé las manos alrededor de su cintura, me agaché y la pegué a mí—. Deberías habérmelo dicho —murmuró contra mi piel. Su aroma familiar me envolvió: un olor a dulzura y verano. Tuve que esforzarme para no bajar las manos a su culo perfecto. Movió su cuerpo contra el mío. Como si fuera piedra contra pedernal, me saltaron chispas de la piel. Dios, era una tortura tenerla así y no poder quitarle la ropa, tumbarla y disfrutar de ella. Se me puso la polla dura. Me tensé y di un paso atrás.

—Lo sé. —Normalmente se lo habría dicho, pero había olvidado cómo ser normal con ella—. ¿Qué tal te ha ido la prueba?

—Bien, creo. Hasta dentro de unas semanas no sabré si he entrado. —No me miró a los ojos cuando nos separamos. Se acercó a la nevera como si acabáramos de darnos un abrazo amistoso—. La regla número uno de tu embarazo es que no puedes juzgarme por beber. Ya va a ser bastante malo saber que soy la única de las tres, Beth, tú y yo, que sigue tomando alcohol, no quiero que me juzgues.

—Trato hecho. Y párame los pies si me convierto en una de esas mujeres que empiezan a decirte que no sabía lo que significaba el amor hasta que tuve un bebé. Puede que lo piense, claro, pero si suelto esas palabras, siéntete libre de volver a metérmelas dentro. También prometo dar al niño en adopción si solo hablo de pañales y lactancia.

—No daremos a nadie en adopción. —Jake había empalidecido. No pude evitar una risita.

—Ya te he dicho que voy a ser una madre terrible —dijo Haven, encogiéndose de hombros como si debiera saber que no podía esperar otra cosa de ella.

Jake la agarró por la cintura y la estrechó contra él. Aparté la mirada, era un momento demasiado íntimo. Ashleigh me dedicó una pequeña sonrisa. La echaba mucho de menos.

Las cosas se tranquilizaron después de aquello y pasaron unos

minutos en los que olvidé la incomodidad que había entre Ashleigh y yo. Volvió a surgir cuando tuve que resistirme a pasarle la mano por la espalda mientras nos sentábamos a la mesa y de nuevo cuando sentí la tentación besarla en la mejilla al pasar junto a ella. Me vi obligado a recordar que no estábamos juntos.

—En serio, deberíamos celebrarlo como es debido —comentó Jake mientras me daba un plato de verduras—. Tenemos que salir. El próximo fin de semana, tal vez.

—Tengo muchas ganas de ir al Chiltern Firehouse —dijo Ashleigh.

—Está muy bien —dije al mismo tiempo que Jake.

Las chicas giraron la cabeza hacia nosotros. Jake y yo intercambiamos una mirada.

—¿Habéis ido juntos sin que lo sepamos? —preguntó Haven.

—Fui allí hace siglos, antes de conocerte —dijo Jake, mirando a Haven.

Haven pasó la mirada de su marido a mí.

—Yo fui el fin de semana pasado. Me gustó —dije.

No debí haber dicho nada. La insinuación flotaba en el aire como una niebla lúgubre. Sin duda, Chiltern Firehouse era un restaurante para citas. Ashleigh se concentró en su copa. Quería gritar *«Pero tú me dijiste que saliera con otras»,* aunque no lo hice. Si seguía sintiendo algo por mí, habría sido inteligente que yo saliera con alguien. Sin embargo, si ella quedara con alguien, estaba seguro de que iban a terminar acusándome de asesinato. Íbamos a tener que superar eso de alguna manera.

Juntos.

20

ASHLEIGH

Me quedé mirando la grieta del techo. Era tarde —o temprano, según se mirara—, pero no me molesté en girar la cabeza para ver qué hora era exactamente.

Luke había estado en Chiltern Firehouse el fin de semana anterior. El fin de semana. Así que no había sido por trabajo. Me habría gustado que Haven le hubiera preguntado a qué había ido allí, pero ella se había puesto a lavar los platos y los cubiertos como si le fuera la vida en ello.

¿Era el tipo de lugar al que Luke iba en una primera cita o era más para una segunda cita? Luke lo habría dicho si no hubiera sido una cita, ¿no? Si no, ¿por qué no había dicho por qué había ido? Debía de haber llevado a una mujer. ¿Una novia? De forma frenética, repasé cuánto tiempo había pasado. ¿Podía tener novia ya? Tal vez. En especial, si la conocía de antes. Alguien como Fiona.

Pensarlo me puso enferma. Tanto porque no me había elegido a mí y nunca iba a tener mi cuento de hadas, como porque tal vez podía haberme conformado con amarlo más de lo que él me amaba a mí. No debí haberlo alejado e insistido en pasar ese tiempo separados. Tal vez Luke era uno de esos tíos a los que les iba lo fácil, y estaba segura de que Fiona le estaba poniendo las cosas mucho más fáciles que yo.

El teléfono vibró en la mesilla. En un arrebato de energía, me giré para cogerlo. Deslicé los dedos por la pantalla y vi un mensaje de Richard. Solté un suspiro. Eran las cinco de la mañana; no había pegado ojo.

Richard me preguntaba si quería cenar con él esa noche. Inspiré hondo. Podía ser una buena manera de intentar sacarme a Luke y a Fiona de la cabeza. La noche anterior me había recordado que Luke estaba haciendo todo lo que yo quería; había seguido con su vida.

Acepté y me levanté de la cama. No tenía sentido quedarme tumbada pensando en lo que Luke podía o no haber hecho. Yo también necesitaba seguir con mi vida.

Me había cambiado de ropa en los vestuarios para poder ir a cenar

directamente desde el trabajo, ya que mis turnos y los de Richard coincidían.

Richard se acercó por detrás, deslizó la mano por mi espalda y me besó en la mejilla.

—¿Estás lista?

—Sí. He pensado que podríamos ir a esa pizzería…

—¿Pizza? —Hizo una mueca.

—En Shoreditch. Es muy famosa. Icónica, o algo así. Y yo pago, así que puedo elegir. —Eché a andar hacia la parada de autobús.

—No vas a pagar tú. ¿Y vas a hacerme ir en el autobús?

—No seas quejica. —Le di un codazo en las costillas—. Sal de tu torre de marfil y vive como el resto de nosotros. —Le sonreí.

—Hoy me ha cagado alguien encima, literalmente. No estoy seguro de que mi torre de marfil sea tan bonita como crees.

Solté una risita.

—Bueno, nadie va a cagarse en ti en el autobús… Creo. Así que estás a salvo.

Cuando subimos al autobús, tuvimos que quedarnos de pie porque todos los asientos estaban ocupados, tanto en el piso de arriba como en el de abajo. Me agarré a la barra cuando el movimiento nos empujó adelante y atrás, llevándome de vez en cuando hacia Richard. Cada vez que me sujetaba, sus dedos se quedaban más tiempo del necesario, su palma se apretaba contra mí de forma innecesaria, cálida y posesiva. Me parecía un gesto protector, cómodo.

—¿Nunca has estado en Pizza East? —pregunté.

—No. ¿Lo ves? No dejas de ampliar mis horizontes. —Se acercó y me acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja.

Se me secó la boca. Sabía lo que quería, me lo había dicho, pero hasta ese momento no me había dado cuenta de lo diferentes que eran nuestras expectativas. Yo estaba con él para reprimir mis sentimientos por Luke, para distraerme y para no estar imaginándolo con Fiona. Pero Richard me quería a mí; y estaba siendo injusta con él.

Aparté la mirada y me concentré en las calles del East End de Londres. Noté una opresión en la boca del estómago ante la perspectiva de pasar una velada juntos.

—¿Sabes lo que decías la otra noche? —Miré por la ventanilla mientras hablaba.

—¿La otra noche? ¿Te refieres a lo de tener una segunda oportunidad?

Fruncí el ceño.

—No te estoy presionando —dijo.

Nuestros sentimientos eran muy diferentes y no quería engañarlo.

—Lo sé. Creo que… no podemos ser más que amigos. Me gusta salir contigo, pero no quiero nada más.

—He dicho que no te estoy presionando. —Se movió para dejar pasar a alguien y puso la mano en mi cintura, acercándose a mí. Cualquiera habría supuesto que éramos pareja.

—Lo sé. Solo quiero dejarlo claro. No quiero engañarte ni…

—No me estás engañando. Estamos divirtiéndonos. Viendo cómo van las cosas. —No era una conversación para tener en un autobús, pero era evidente que esperaba que nuestra relación progresara, y no era justo para él dejar que lo pensara.

—Richard, no puedo…

—Shhh… —Me puso un dedo en los labios y sus ojos se clavaron en los míos—. Vamos a pasar una velada agradable, ¿vale?

Asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Cuándo sabrás algo del máster? —Habíamos dejado el tema de nuestra amistad. Por el momento.

—La semana que viene, espero.

—Te admitirán, seguro. —Sonrió.

—¿Tú crees? Pensaba que no lo aprobabas.

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

Me encogí de hombros. No podía recordar si Richard había dicho que el máster era una mala idea o si solo se había tratado de que pretendiera que fuera ama de casa.

—Es mucho trabajo. Tenía un compañero que lo hacía.

—Lo es. No creo que tenga muchas posibilidades de tener una vida privada si me aceptan, con el trabajo y el máster.

Como Richard no respondió enseguida, levanté la vista y me lo encontré mirándome fijamente.

—Podrías trabajar a tiempo parcial mientras haces el máster.

—¿Estás loco? No puedo permitirme trabajar media jornada.

Llenó el pecho de aire y me miró antes de hablar.

—Bueno, nunca se sabe cómo irán las cosas en los dos próximos meses —susurró—. Para cuando empieces, puede que seamos… incluso buenos amigos…, y podrías mudarte conmigo y ahorrarte el alquiler. No te estoy presionando, pero piénsalo. Puede que te resulte más fácil.

Varias veces abrí la boca para hablar, pero no me salía nada. Me había quedado literalmente sin habla.

Fue como si el cielo se abriera en ese momento y su invitación me trajera de repente la claridad. Richard era dulce, amable y generoso, y si no podía enamorarme de él, prefería estar sola a estar con alguien que no fuera Luke.

No estaba dispuesta a asumir el compromiso con otro.

LUKE

El restaurante estaba más tranquilo de lo que esperaba un sábado. Probablemente porque se encontraba en la City. De alguna manera, la falta de ruido me empujaba a hablar más.

—Estás preciosa —le dije a Fiona. Vestía de rosa, lo que hacía que sus ojos parecieran más azules que nunca.

—Gracias. Tú también estás muy guapo. Tu cara parece más… bronceada, si eso es posible con este tiempo.

—Oh, debe de ser por el bronceado de bote que he usado. —Le sonreí.

—¿En serio? —Parecía sorprendida.

Sonreí.

—No, la verdad es que no me gustan los potingues.

Se echó a reír.

—Gracias a Dios.

Aunque habíamos estado saliendo mucho entre horas, corriendo y almorzando en el trabajo algunos días, esa noche era mi cuarta cita oficial con Fiona. Hasta ese momento, no habíamos hecho otra cosa que besarnos. Me bastaba con eso, pero cuando la había dejado en casa el fin de semana anterior, me había invitado a pasar. Había entrado en pánico y había inventado una excusa. Tenía que estar más preparado.

—¿Pido otra botella de tinto? —pregunté. Estábamos en un italiano informal cerca de mi apartamento y ya nos habíamos bebido una botella. ¿Estaba tan nerviosa como yo? Seguramente también había pensado que íbamos a acostarnos esa noche.

—Claro. Supongo que no tenemos que bebérnosla toda.

—Aquí tienen unos postres increíbles.

Habíamos terminado los platos principales, y tampoco era como si estuviese retrasando el momento de dar un paseo de regreso a su casa —o a la mía, pues vivíamos a pocas manzanas uno de otro—, pero no me iba mal hacer algo de tiempo antes de irnos. Estaba nervioso. No estaba seguro de querer acostarme con ella. Me gustaba y era atractiva. Antes de estar con Ashleigh, habría estado pensando en cómo llevármela a la cama, porque no sabía nada. Ahora lo sabía. No ansiaba tocar a Fiona ni estar cerca de ella.

Como si nada, llegó el camarero con la carta de postres y pedimos vino y pudín. Después íbamos a tomar café.

—Será la última vez que beba alcohol hasta después de la carrera —dijo Fiona.

—¿En serio? ¿Nada de nada? —Tener trabajo y triatlones en común significaba que, aunque me sentía presionado para hablar, nunca faltaban temas de conversación interesantes. Emma y yo no habíamos salido a menudo a solas, pero cuando lo habíamos hecho, habíamos acabado hablando de sus amigos y de lo que hacían. Había llenado el

silencio, pero en realidad no me interesaba. Fiona y yo encajábamos bien en muchos sentidos, y nuestra relación era mucho menos complicada de lo que habría sido con Ashleigh.

—Sí, desde un mes antes. Es como una rehabilitación. Pero me vuelvo loca después de la carrera y vivo a base de chocolate y alcohol, así que eso deshace todo lo bueno que hago antes.

—Pensaba que era una dieta normal para chicas.

Fiona puso los ojos en blanco al mismo tiempo que el camarero nos ponía delante unos enormes púdines de chocolate y nos servía el vino. No pude evitar una risita.

—Entendido, señor Daniels.

—No voy a decir nada más, pero esto te va a encantar. —Señalé el plato con el tenedor—. No puedo creer que nunca hayas venido. Está muy cerca de tu casa.

—Supongo que normalmente no vengo por aquí. Pero es agradable. Podríamos volver.

Le sonreí. Era agradable.

Al salir del restaurante, nos dirigimos al piso de Fiona sin mediar palabra.

Me metí las manos en los bolsillos y Fiona enlazó el brazo con el mío y se pegó a mí. Me gustó que se sintiera tan cómoda como para hacerlo.

—¿Mañana estás liada? —Era una pregunta tonta, pero no me gustaban los silencios incómodos.

—Mmm…, la verdad es que no. Entrenaré un poco, pero nada más que eso. ¿Cenas con tu hermana?

—Sí. Está embarazada, ¿te lo he dicho?

—Ya me lo has dicho, sí. ¿Tienes ganas de ser tío?

Sonreí. Mejor eso que ser padre.

—Voy a mimar mucho al niño. —Los nervios se apoderaron de mi estómago cuando llegamos a su calle. El sexo con alguien nuevo siempre era agobiante. Excepto con Ashleigh, tal vez porque nos conocíamos desde hacía mucho tiempo. Por eso, y porque habíamos estado borrachos la primera vez.

Me soltó el brazo y rebuscó las llaves en el bolso.

—¿Quieres entrar?

—Claro. —Tragué saliva. Era el momento. Iba a entrar. La seguí al salón.

—¿Te traigo un café? ¿O más vino? —Me pasó la mano por el pecho.

—Pues una copa de vino estaría bien, si tienes una botella abierta. Miré a mi alrededor y estudié el apartamento—. ¿Cuánto tiempo

llevas aquí? —Parecía un piso alquilado. Los muebles y la decoración no reflejaban quién era ella, y no percibía los detalles que estaba acostumbrado a ver en los apartamentos de Haven y Ash.

—Casi dos años. Es alquilado. No estaba segura de dónde quería vivir cuando me separé de James. He estado tan ocupada que me he quedado aquí. —Volvió al salón con dos copas de vino. Fuimos hasta el sofá y nos sentamos juntos.

—¿Estás bien? —me preguntó. Quizá estaba pálido.

—Sí, bien, ¿y tú? —El corazón me latía con fuerza contra el esternón y el peso de la expectación aumentaba. Me dio la copa, entrelazó nuestras manos libres y me sonrió. Le apreté la mano y le rocé los nudillos con el pulgar. Tenía que dejar de ser un cobarde y besarla—. Estás muy guapa. —Lo decía en serio. Era una chica preciosa, y su amabilidad la hacía aún más hermosa.

Cogí su copa y la dejé sobre la mesa. Le acaricié la cara y me agaché para besarla. Gimió de inmediato y abrió la boca, invitándome a avanzar. Le deslicé la lengua por el labio inferior. Era cálida y accesible, y lo deseaba de verdad. Sus manos subieron por mi pecho y juguetearon con el botón superior de mi camisa. Me vino a la mente una imagen de Ashleigh; había hecho lo mismo la noche de la entrega de premios. Cerré los ojos con fuerza, intentando deshacerme de su recuerdo.

Me puse de rodillas, empujé suavemente a Fiona hacia atrás y gateé sobre ella. Separó las piernas y me coloqué entre sus muslos. Le sujeté la cintura con la mano. Intenté recordar si sentir a Ashleigh debajo de mí había sido así, pero me di cuenta de que eso era lo último en lo que debía pensar.

Fiona volvió a tocarme la camisa y empezó a desabrocharme los botones, acariciando la piel que quedaba al descubierto. Profundicé más en su boca, empujando la lengua contra la de ella, con la mano aún en su cintura, preguntándome si debía moverme más arriba o más abajo.

Con la camisa desabrochada, la atención de Fiona se dirigió a la hebilla de mi cinturón, y la realidad de la situación me alcanzó de golpe. Cuando notó la tensión en mi cuerpo, detuvo los dedos. Me arrodillé, me aparté y me senté.

—Lo siento —dije.

Se apoyó en los codos.

—Dios, no. Yo lo siento. ¿He ido demasiado rápido?

Me restregué las manos por la cara y me levanté.

—No, es… Soy yo. Estoy…

Movió las piernas y sentí el peso de su mirada.

—Pensaba que… —empezó.

—Sí, pero… Mierda. Lo siento mucho; no puedo hacer esto. —Era

una mujer encantadora. Guapa, divertida, buena compañía.

Pero no era Ashleigh.

Ashleigh era la única persona que quería que me tocara. Ashleigh era la única persona que quería debajo de mí. No estaba listo para pasar página, no estaba listo para conformarme con alguien que no fuera ella. No estaba seguro de que fuera a estarlo alguna vez.

—¿Esto? —me preguntó—. ¿Vamos demasiado rápido?

—Dios, Fiona, lo siento mucho mucho… —Me giré para mirarla—. Eres encantadora. De verdad. Me gustas. Es solo que no creo que esto… —dije, señalándonos a ambos— vaya a funcionar. Creo que no he superado lo de…

—Emma.

No la corregí, pero no podía estar más equivocada. No había estado enamorado de Emma.

—No sé qué decir. No he debido… Creía que…

—No lo hagas. Tal vez te he presionado. Me gustas y quería gustarte yo a ti.

Lo último que quería era que se culpara a sí misma.

—Me gustas; eres genial. De verdad, lo eres. Soy yo. Creo que necesito resolver ante lo que quiero. —No estaba siendo sincero. Estar con Fiona, que era tan adecuada para mí en muchos sentidos, acababa de demostrarme que Ashleigh era perfecta para mí. Era más complicado y teníamos mucho más que perder, pero Ashleigh valía la pena.

—¿Es demasiado pronto? ¿Debemos ir más despacio? —preguntó.

Habría sido más fácil decir que sí. Pero no podía mentirle.

—Lo siento. No creo que vaya a funcionar. Pero no quiero que pienses que tiene algo que ver contigo.

Se levantó y forzó una sonrisa.

—¿No eres tú, soy yo? —Arqueó una ceja. Negué con la cabeza. Parecía una excusa, pero era verdad.

—Lo siento. —No podía decirlo lo suficiente, y lo decía en serio cada vez—. Quería que funcionara. Quiero decir, debería haber funcionado. Me gustas, de verdad. Pero estoy enamorado de otra persona y no estoy listo para renunciar a ella. Lo siento mucho.

—No lo sientas. —Su mirada estaba fija en el suelo, parecía más decepcionada que enfadada. Ojalá me hubiera dado cuenta antes de hacerle daño.

—¿Podemos seguir siendo amigos? —Me gustaba mucho su compañía y me había ido bien conocer a alguien nuevo. A medida que me hacía mayor, me retraía a viejos hábitos y amistades. No me había dado cuenta hasta que había empezado a salir con Fiona y a entrenar para el triatlón—. Me caes muy bien, de verdad. En serio. Y he disfrutado mucho del tiempo que hemos pasado juntos. Me has

ayudado a ver más mundo. No quiero perderlo.

—Vas a tener que darme un poco de tiempo para eso. —Se cruzó de brazos, creando una barrera entre nosotros—. Sé que no eres una mala persona y que no puedes evitar amar a quien amas. Solo necesito recuperarme.

Asentí, le di un beso en la coronilla y me fui.

Sabía dónde tenía que estar.

21

Luke

Los nervios se agitaban con determinación en mi estómago, amenazando con derramar los cafés que llevaba. Ese domingo por la mañana temprano, la combinación de esas dos cosas significaba que era muy probable que una Ashleigh somnolienta me cortara los huevos y me los pusiera de sombrero, pero al menos habría tomado café. No podía —y no quería— pasar otro segundo sin ella. Ya había perdido suficientes años sin ver lo que tenía delante de mis narices. No iba a esperar más.

Lo ocurrido la noche anterior con Fiona había dejado las cosas claras. Ni siquiera la agradable, cómoda y hermosa Fiona era suficiente. Sin más, no era Ashleigh.

Ashleigh era la elegida, y me había cansado de esperar. Me había preparado para ser paciente, para que se convenciera de lo que sentía por ella, pero a medida que pasaba el tiempo, no podía evitar pensar que tal vez Ashleigh no confiaba en sus propios sentimientos. Quizá debía agarrarla de la mano para que diéramos un salto de fe juntos.

Inspiré hondo y pulsé el timbre de su apartamento.

Esperé, pero no contestó. Quizá todavía estaba en la cama.

Volví a pulsar; tampoco contestó. ¿Y si estaba en la cama con otra persona? No se me había ocurrido, pero podía haber vuelto con Richard o haber conocido a alguien que le gustara más. Alguien con quien quisiera casarse y tener hijos. Me invadió el pánico, y se me puso la carne de gallina. Pulsé el timbre de nuevo. Iba a tener que convencerla de que el único hombre adecuado para ella era yo.

Volví a llamar y esa vez no lo solté.

—¿Quién coño…? —se oyó por el interfono. Sonreí. Al menos contestaba.

—Déjame subir, Ashleigh.

—¿Luke? Dios, más vale que se trate de algo importante.

Oí el tintineo de la puerta y la empujé para abrirla.

Troté hacia la escalera. Con una taza en cada mano, intenté mantener los brazos firmes mientras subía los escalones de dos en dos hasta el tercer piso.

En cuanto llegué al descansillo, estiré el cuello para intentar ver su

cabeza cuando me diera la bienvenida; estaba desesperado por verla otra vez, pero los cerrojos de la puerta no sonaron hasta que estuve sobre el felpudo.

—¿Café? —pregunté, y le tendí uno.

Entrecerró los ojos, pero cogió el vaso y dio media vuelta. ¿Estaba enfadada porque estaba allí? ¿Había interrumpido algo?

—Te toca —dije.

—¿Por qué me sorprende esto? Ah, sí, porque son las siete de la mañana y es domingo. ¿Qué haces aquí?

—¿Estás sola? —pregunté—. Quiero decir, si hay alguien contigo, vale. Voy a partirle la cara, pero no pasa nada. —Reprimí el impulso de correr de estancia en estancia buscando pretendientes escondidos.

—¿Quién iba a estar conmigo? Claro que estoy sola. Estoy estudiando.

Bien. Era el primer paso. Al menos no tenía que echar a nadie antes de explicarle por qué estaba ahí y por qué no pensaba irme nunca.

—¿Te han aceptado en el máster? ¿Por eso estás estudiando? —pregunté, mirando los libros y papeles que había sobre la mesa.

—No lo sé, pero voy adelantando por si acaso. —Frunció el ceño. Era adorable.

—Eres una sabihonda. Una adorable y perfecta sabihonda.

Se encogió de hombros. Me encantaba que le importara una mierda ese mote. Era quien era y se aceptaba tal cual. Mi corazón rebosaba cuando estaba a su lado.

—¿Y…? —preguntó, bebiendo un sorbo de café antes de dejarse caer sobre los cojines del sofá. Tomé asiento a su lado.

—Ah, ¿te refieres a qué estoy haciendo aquí?

—Sí.

—Estoy aquí para quedarme. Estoy aquí para estar contigo, para convencerte de que soy el único hombre que vas a necesitar o a querer. Ese tipo de cosas. No es para tanto.

Si era muy realista con el asunto, pero me mostrara completamente decidido, tal vez iba a entender lo inevitable que era nuestro futuro juntos. Igual que yo. No se movió, no parpadeó, no respiró. Si no hubiera captado el movimiento de su mirada de mis ojos a mi boca, habría estirado la mano para tomarle el pulso.

—Bueno, pues tengo que estudiar —repuso finalmente.

—Muy bien. Me quedaré aquí sentado. No pienso ir a ninguna parte. —Si intentaba echarme o decirme que había superado lo que había entre nosotros, iba a tomar las medidas que hicieran falta para convencerla de que estaba equivocada.

—¿Te vas a quedar aquí, solo, mientras estudio?

—Si eso es lo que hace falta… He venido a demostrarte que hablo en serio. No voy a dejar que me engatuses más, Ashleigh. No voy a

dejar que me digas que no estoy preparado, que tengo que elegirte y todo eso… Estoy aquí. Te elijo a ti. He tenido toda la vida para decidirme, para conocerte, y no voy a estar más seguro de algo como lo estoy de que te quiero a ti. Solo a ti. Y si tengo que quedarme aquí sentado todo el día, toda la semana, todo el año, pues eso haré. —Me sentí bien al decirlo; y ella debía oírlo.

Frunció los labios.

—Entonces, ¿esto es como una especie de sentada? Una manifestación. —Estaba tratando de reprimirse, pero yo podía ver la sonrisa en sus ojos.

—Si quieres… Solo que voy a ducharme regularmente y, si te vas, me voy contigo.

—¿Como un acosador?

Se echó a reír, pero lo disimuló tosiendo. No pude evitar sonreír. Le pasé el pulgar por la mejilla. Sus ojos brillaban cuando me miraba. No podía ocultarlo.

—Llámalo como quieras. Sé que te deseo. Y si no estás lista, pues vale, esperaré el tiempo que haga falta para que lo estés. Pero yo sí lo estoy, y no podrás entenderlo o verlo por ti misma a menos que esté aquí, contigo. Por eso voy a estar aquí. No me iré a ninguna parte.

—Luke, esto no se trata de mí… —Dejó el café sobre la mesa y agitó las manos, como si eso pudiera ayudarla a encontrar las palabras. Se las atrapé en el aire y entrelacé sus dedos con los míos, desesperado por establecer una conexión física con ella.

—¿Estás segura? —Ashleigh estaba asustada y, aunque había hecho buenos comentarios sobre mi elección, ese no era el problema—. Quizás una parte de ti no confía en sí misma. Y no pasa nada, porque hay mucho en juego y ninguno de los dos se ha enfrentado bien a las relaciones hasta ahora. Pero esta es diferente. Tú y yo somos diferentes, y si no confías en ti misma, me conoces desde hace el tiempo suficiente para confiar en mí.

Intentó apartar los dedos, pero no se lo permití. No iba a soltarla.

—Se trataba de que tú tomaras una decisión, Luke, no de que la tomara yo.

—Y yo te digo que mi elección eres tú. Y es elección más importante que haré en mi vida. —Me deslicé hacia ella hasta que nuestros muslos se tocaron y me llegó su calor.

—Pero… —Tiré de ella hacia mi regazo; por fin la tenía en mis brazos, por fin era capaz de inhalar su aroma, el de siempre, el de mi hogar.

—Ya sé que crees que no tengo otras opciones. Quizá tenías razón. Tal vez te parecía demasiado conveniente que, justo cuando Emma y yo nos separamos, me diera cuenta por fin de lo que sentía por ti. Tal vez lo fue. Pero eso no significa que no fuera la elección correcta. —

Ashleigh siempre iba a ser la elección correcta—. ¿Y ahora? ¿Crees que no tengo la oportunidad de follar con otras mujeres? Siempre he sabido que hay otras opciones.

Hizo una mueca.

—Tienes razón; has estado delante de mis narices todos estos años y, por la razón que sea, no ha pasado hasta ahora, pero no estoy pensando «Ashleigh está cerca y disponible», eso sería fácil. Estoy pensando, «qué maldito desperdicio, soy un idiota. Podríamos haber sido felices todo este tiempo, juntos». —Miré su cara, tratando de leer su reacción. ¿Lo entendía?—. Nunca habrá nadie más que tú para mí.

ASHLEIGH

La cabeza me daba vueltas y el corazón me latía con fuerza. Me había despertado cuando estaba soñando con Luke para encontrármelo en la puerta menos de una hora después. Todo indicaba que había llegado el momento. Había llegado la hora de confiar en él, de que me arriesgara. Y había tomado esa decisión antes de que llamara a la puerta.

Además, sentada tan cerca de él, todo lo que decía me parecía absolutamente convincente. Era considerado y apasionado a partes iguales. Pero aunque una parte de mí quería caer en sus brazos, otra tenía miedo. No porque no creyera lo que decía, sino porque le creía. Era todo lo que podía desear de él. Sin embargo, en ese momento era tan capaz de estropearlo todo como él. Y pensar que yo tenía la misma responsabilidad en la relación era aterrador. Había soñado con eso durante años. ¿Qué pasaba si lo echaba a perder? No tenía excusas para rechazarlo ni razones para decirle que no. Estaba preparada. Entre nosotros había surgido un equilibrio, que era lo que yo quería.

Y me daba mucho miedo.

Luke me acomodó el pelo detrás de la oreja.

—Dime lo que estás pensando.

—Que… —Me puso la mano en la barbilla y la atrapé entre las mías mientras me miraba con los ojos llenos de preguntas—. Que me alegro de que estés aquí.

Era el momento.

Con la mirada clavada en nuestras manos enlazadas, noté que nuestras respiraciones se sincronizaban. ¿De verdad estaba ocurriendo lo imposible?

—¿En serio? —indagó Luke mientras me levantaba la mandíbula, obligándome a mirarlo a los ojos. Mantuve la vista baja—. Mírame, Ashleigh.

Hice lo que me pedía muy despacio.

—Eres preciosa —susurró. Se acercó a mí y me pasó las manos por el cuello—. Voy a besarte. ¿Estás lista?

Lo estaba, por fin, y creía que él también.

—Sí, estoy lista. —Me quedé sin respiración. No iba a ser un beso de borrachos en una entrega de premios ni de dos amigos que olvidaban los límites por un momento, sino que iba a significar algo.

Sus labios se deslizaron hasta los míos y dejó caer un besito en la comisura de los míos. Cerré los ojos, intentando asimilarlo, pero Luke me apartó de él. Parpadeé y vi que estaba de pie.

—Ven —dijo, tendiéndome la mano—. Voy a demostrarte cuánto te he echado de menos.

Se me calentaron las mejillas. En cuanto estuve a su lado, deslizó los dedos alrededor de mi cintura y enterró la cabeza en mi cuello.

—Hueles muy bien. Siempre hueles bien.

Sonreí ante su comentario. El perfume que llevaba me recordaba a Luke porque olía a magnolias. Me gustaba que él pareciera absorberlo cuando estaba cerca de mí. Era como si nos uniera.

Me acercó más. Estaba duro contra mi estómago y me sentí aliviada al ver que sus palabras se veían reflejadas en la evidencia de su deseo por mí. Me rodeó con los brazos y anduvo hasta mi dormitorio, aunque se agachaba y me besaba el cuello a intervalos regulares.

Nos quedamos de pie junto a la cama; me levantó el borde de la camiseta y me rozó la piel con los dedos. Se me puso la carne de gallina cuando levanté los brazos y él me quitó la prenda, que dejó caer detrás de mí. Le apoyé las manos en el pecho, sintiendo su dureza bajo la tela. Levanté la vista y lo encontré sonriendo. Seguí su ejemplo y le quité la camisa. Luego me tumbó con ternura y cubrió mi cuerpo con el de él.

—¿Luke?

Como si intuyera lo que necesitaba, se puso a mi lado y me pasó la mano por el vientre.

—No tenemos por qué hacer nada. Si no estás preparada, esperamos. Solo quiero estar cerca de ti.

Le sonreí y le pasé la mano por el pelo. Lo tenía alborotado, como cuando era más joven.

—Estoy lista, para ti y para mí, para todo, es solo que…

—Pregúntame cualquier cosa, siempre te diré la verdad —dijo, lo que probaba que me conocía demasiado bien.

—Todas esas mujeres con las que has tenido la oportunidad de follar… —¿Estaba mal sentir celos, aunque solo hubiera hecho lo que le había pedido?

—He estado a punto, pero no me he acostado con nadie desde que estuve contigo. —Dejó caer un beso sobre mi pecho y luego se apartó, dándome tiempo para pensar.

—¿A punto?

Cerró los ojos e inspiró hondo.

—He tenido algunas citas. Ya sabes que me dijiste que…

—Lo sé, y está bien. No tienes que contármelo. —Pero quería saberlo.

—Vale, sin embargo, quiero que tengas todos los datos que necesites.

Busqué su mano y entrelacé los dedos con los de él para transmitirle que estaba de acuerdo con lo que fuera a decir.

—Salí con Fiona algunas veces.

Fiona, la del trabajo. Fiona, la triatleta. Contuve la respiración, esperando a que me diera más detalles.

—¿Te gusta?

—Es una mujer estupenda, pero no es *tú*. No siento lo mismo por ella. —Me apretó la mano.

—Y con ella casi…

—Me di cuenta de que no podía, de que no quería. Eso me ayudó a decidirme a venir hoy. Pensaba quedarme hasta que te hubiera conquistado.

Acerqué la mano a su mandíbula y pasé un dedo por los ángulos de su cara.

—¿Y tú? —preguntó.

Tardé un segundo en darme cuenta de lo que quería decir.

—Mmm… —Todavía estaba distraída por su hermoso rostro.

—Vaya… —Cayó de espaldas.

Me agaché y dejé caer un beso sobre su pecho con una sonrisa.

—No hay nada de qué asombrarse. Richard y yo hemos pasado mucho tiempo juntos como amigos. Creo que él quería más, pero yo tenía claro que no.

Luke suspiró como si estuviera considerando si podía aceptar que era verdad lo que yo decía.

—Nunca habrá nadie más que tú para mí. —Repetí sus palabras.

Me agarró la cara y buscó mis labios con los suyos. El calor me recorrió la piel. Era mi mejor amigo y también lo deseaba. Mi cerebro, mi corazón y mi cuerpo competían por su atención.

Mi cuerpo estaba ganando en ese momento.

Gimió contra mi boca y me empujó hacia atrás para ponerse encima de mí. Me enseñó lo que sentía y movió las caderas contra las mías para insinuarme lo que estaba por llegar.

—Necesito saborearte —me dijo. Levanté la cabeza para capturar sus labios de nuevo.

—No, así no. Quiero mi lengua aquí —se insinuó, contoneando las caderas contra mí de nuevo.

Se arrodilló entre mis piernas y me miró desde ahí arriba.

—Luke —susurré. ¿Qué estaba haciendo?

—Eres tan hermosa. Te he estado esperando mucho tiempo. Necesito saborearte, pero no puedo aguantar más. —Buscó el botón de mis vaqueros y rápidamente me los bajó por las piernas y me dejó en ropa interior—. Eres preciosa. Preciosa. —Negó con la cabeza, se quitó los pantalones y los calzoncillos. Luego se echó sobre mi cuerpo, metió la mano por debajo de mí, me desabrochó el sujetador, me lo quitó y capturó mis pechos con ambas manos. Los masajeó con una combinación perfecta de suavidad y aspereza, alternando palmaditas y pellizcos con la caricia de sus pulgares de mis pezones.

Su movimiento entre mis muslos se hizo más intenso y subí las rodillas para rodearle la cintura. Éramos perfectos en todos los sentidos.

Se agachó hacia mi cuello; el sonido de succión contra mi piel me enloqueció y me hizo retorcerme debajo de él.

Le hundí las manos en el pelo.

LUKE

Su piel bajo mis dedos desataba sensaciones casi abrumadoras. Su tacto era increíble, olía bien… y me moría por conocer su sabor. Hasta el último milímetro de su cuerpo me tentaba, intentaba desviar mi atención, pero yo bajaba concentrado por su vientre. Quería ver, oler y saborear que me deseaba.

Dejé caer unos besos suaves en la parte superior de sus braguitas, disfrutando de sus jadeos cuando, de tarde en tarde, mi lengua se sumergía por debajo del elástico. Al llegar al hueso de la cadera, le bajé las bragas, pero cerré los ojos hasta que sus piernas quedaron completamente libres, de modo que no la miré hasta que tuve una vista totalmente despejada.

Y allí estaba. Brillante de deseo.

Esperándome, deseándome…

Era todo un espectáculo; mi polla se retorcía celebrándolo con tanta fuerza que era casi doloroso. Quería tardar en correrme; tenía que demostrarle lo que era capaz de hacer y por qué no podía volver a abandonarme.

—Separa las piernas. —La voz que resonaba en mi cabeza era más ronca de lo normal, cargada de deseo y expectación. Sus ojos pasaron de mi boca a mi polla.

—Separa-las-piernas.

Poco a poco, movió las rodillas y deslicé las palmas de las manos por sus muslos, guiándola para que las abriera más. Tuve que respirar más despacio para no correrme en ese mismo momento. Estaba

resbaladiza, empapada. Gemí y besé la parte superior de su sexo. Cuando pasé la lengua sobre el nudo de nervios, tuve que sujetarla mientras arqueaba las caderas hacia mi boca.

Gritó mi nombre entre palabras ininteligibles. El poder de hacerla perder la cabeza era justo lo que necesitaba en ese momento, tenía que saber que podía hacerle esas cosas.

Hundí la lengua entre sus pliegues. Estaba suave, caliente y húmeda. Dios, estaba deseando sentirla apretada alrededor de mi polla… y no iba a tardar mucho. Me agarró violentamente el pelo y apoyó los pies en mis caderas como si estuviera trepando por mi cuerpo. Establecí un ritmo preciso, deslizándome arriba y abajo por sus pliegues, rodeando su clítoris cada vez que llegaba arriba. La respiración de Ashley se volvía más y más entrecortada, sus sonidos eran cada vez más fuertes, hasta que se tensó y arqueó la espalda. El poder que sentía al hacerle aquello no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Reduje la presión de mi lengua, pero mantuve el ritmo hasta que su cuerpo se quedó flácido y sus rodillas se cerraron alrededor de mis hombros.

—Voy a dejar mi trabajo y a hacer que te corras para ganarme la vida —bromeé, deslizándome sobre su cuerpo. Se estremeció al sentir mi polla en las piernas—. Es lo más satisfactorio que podría soñar. —Me lamí los labios, disfrutando de su sabor. Me agarró del cuello y tiró de mí para lamerse sin pudor en mi boca. Joder, era lo más excitante que había experimentado nunca.

—Te quiero dentro de mí, Luke.

No tuvo que pedírmelo dos veces. Me detuve en su entrada, comprobando su reacción. Tenía los labios separados y los ojos muy abiertos y se retorcía debajo de mí, tratando de acercarse, de atraerme. Me encantaba ver la desesperación en sus ojos, su deseo, cuánto me necesitaba. El corazón rebosó en mi pecho al saber que no la había perdido, que era mía.

—¿Sientes esto? —Empujé hacia delante—. Es lo que vas a sentir el resto de tu vida. —Entré en ella con un movimiento rápido y dejó escapar un grito ensordecedor.

Era como si estuviera hecha para mí. Sus músculos me estrujaban como si no quisieran soltarme. Dejé caer la cabeza sobre su hombro, y gruñí contra su piel. Me sentía demasiado bien. Me llegaba el olor a verano, a sexo y a la suavidad inconfundible de Ashleigh.

Me moví, sabiendo que iba a tener que concentrarme si quería durar más de quince segundos.

—¡Oh, Dios! —susurró. Intenté no notar la presión perfecta sobre mi polla, ni la forma en que se agarraba a mis hombros ni su piel bajo mis labios, y concentrarme en sus palabras. En eso. *«Sí… Allí… Sí… Oh, Dios… Sí… Oh… Oh… Oh…».* Lo único importante era que ella

disfrutara. Que la hiciera sentir bien. Me clavó las uñas en la carne y empujó la pelvis hacia mí, gritando mi nombre una y otra vez antes de quedarse sin fuerzas. Estaba perdido. Aceleré, persiguiendo la luz blanca que tenía delante. ¿Cómo había podido esperar tanto para volver a sentir eso? Levanté la cabeza y nuestros ojos se encontraron. En un instante, el orgasmo me recorrió la columna vertebral y me partió por la mitad.

Me desplomé sobre ella, hundí la cabeza en su cuello y la estreché contra mi cuerpo. Quería sentir toda mi piel contra la suya. El corazón me latía con tanta fuerza en el pecho que estuve seguro de que ella podía sentirlo. Extendí la mano y entrelacé mis dedos con los de ella, con los brazos extendidos.

Le rocé el hombro con los labios y volví a embriagarme con su aroma. Me abrí camino hasta su boca.

—¿Te estoy aplastando? —pregunté entre besos.

—No sé dónde acabo yo y dónde empiezas tú —dijo.

La idea me calentó; estábamos inextricablemente unidos.

Preocupado por mi peso, me moví para quedarme boca arriba, pero dentro de ella. No estaba seguro de si ella era consciente, pero sus músculos seguían latiendo alrededor de mi polla. Empecé a excitarme de nuevo.

—Eres demasiado —dije, pasando los dedos por su espalda—. Vas a volver a ponérmela dura si no tienes cuidado.

Se incorporó un poco, apoyando las manos en mi pecho, lo que hizo que sus tetas quedaran apretadas entre sus brazos. Dios, tantos años y nunca me había dado cuenta de lo increíbles que eran sus pechos. Me quedaba tanto por aprender de ella… Me llevé una mano a la nuca, feliz de poder seguir mirándola el resto del día mientras yacía desnuda encima de mí. Me sonrió y movió despacio las caderas hacia delante y hacia atrás, tal vez pensando que no iba a darme cuenta. Arqueé las cejas, preguntándole en silencio qué estaba haciendo; sus músculos se ceñían a mi polla, empujándola más adentro.

—Quiero correrme otra vez, Luke, ¿estás conmigo? Quiero que te corras otra vez. —Se mostraba insaciable, y yo estaba encantado de dedicarle el tiempo que hiciera falta para saciar su sed.

La sujeté por las caderas y tiré bruscamente de ella hacia mi erección.

—Quiero saber lo que te gusta. Quiero darte todo lo que necesitas.

—Te necesito —gimió—. Solo a ti.

Nunca me habían excitado especialmente la charla en la cama. Como la mayoría de los hombres, me concentraba en lo visual: un buen culo, una buena boca. Y con Ashleigh me excitaba todo. Pero escuchar sus palabras, saber que me necesitaba, y la forma en que lo decía, como si mi cuerpo se las arrancara del interior, eran el

afrodisíaco más potente que jamás había probado.

Siguió mirándome mientras se mecía hacia atrás, haciendo que la sangre me hirviera despacio en las venas. Nunca había estado tan relajado y al mismo tiempo tan a punto de explotar.

No podía apartar la vista de sus tetas, que rebotaban con cada movimiento.

—Eres un hombre de tetas —comentó como si estuviera tomando nota para más tarde. Me acerqué a ellas y rocé con mis pulgares los duros pezones. Echó la cabeza hacia atrás y gimió.

—No hay parte de tu cuerpo que no adore. —Nunca me había sentido tan seguro de nada. Echaba de menos incluso mirarla, verla por entero.

Me cogió una mano y la movió hacia donde nuestros cuerpos se unían. Me encantaba que me pidiera lo que necesitaba. Le acaricié el clítoris y sus palabras se hicieron más fervientes. Saboreé cada «sí», cada «más», cada «oh», cada «ahí», cada «por favor». Quería todas y cada una de sus palabras. Sabía lo que era no tenerlas, y nunca iba a darlas por sentadas.

Una capa de sudor la cubrió, mis dedos se humedecieron más y más y sus movimientos se hicieron más rápidos y bruscos.

—¡Luke! —gritó. Tiré de ella hacia mí para reclamar su boca, buscando su lengua con la mía mientras sujetaba sus caderas y la penetraba. Tomé el control, incapaz de contenerme por más tiempo. Ella gimió en mi boca durante unos segundos antes de que sintiera un espasmo a mi alrededor que me hizo derramarme dentro de ella.

Se desplomó sobre mi pecho, jadeante y relajada. No podía imaginarme más feliz que en ese preciso momento.

22

Ashleigh

Me desperté con tanto calor que pensé que tenía fiebre. Al abrir los ojos, me sorprendió la claridad. Me tumbé de cara a la ventana, con las cortinas abiertas. Entonces me di cuenta. Luke… Debía de haberme quedado dormida después de… Oh, sí, el sexo. Aún podía sentir su semen entre las piernas y sobre mi piel. Tenía el brazo sobre mi hombro y una pierna sobre las mías, como si intentara retenerme, atraparme. Sonreí y me tapé la boca con la mano. No, nada de sonrisas. Tenía que averiguar qué significaba aquello. Todo había sido demasiado repentino. Bueno, quizá no repentino, pero sí inesperado. Se había mostrado decidido, firme. Sus palabras se repitieron en mi cabeza.

«Nunca habrá nadie más que tú para mí».

Sabía que eso era lo que yo sentía por él. Pero ¿de verdad era lo que él sentía por mí? Volví a sonreír para mis adentros. Tal vez sí. Emma y él llevaban meses separados y, como me había dicho, había tenido la oportunidad de elegir a otra persona y no lo había hecho. El tiempo también me había ayudado a mí. Luke era lo bastante tranquilo como para querer una vida cómoda, pero no tanto como para arriesgar el vínculo que Haven, él y yo compartíamos si no quisiera tener algo en serio conmigo. Ya lo veía claro.

Me moví bajo él, pues necesitaba pensar sin que me estuviera tocando, sin estar oliendo su esencia, la nuestra. Con cuidado, me zafé de su abrazo y entré en el cuarto de baño.

Tenía el pelo alborotado como si hubiera retrocedido a los años 80. Saqué un cepillo del armario y empecé a deshacer los nudos.

«Nunca habrá nadie más que tú para mí».

Se me encogió el estómago. ¿Era eso? ¿Ese era el comienzo de lo mío con Luke? Eso parecía. Sabía que, si alguna vez lo perdía, iba a acabar destrozada, así que tenía que hacerlo bien. Separarme de él había sido muy doloroso, tanto que había sentido su pérdida visceralmente… No podía permitir que volviera a ocurrir. Debíamos tener cuidado y no echar a correr antes de andar.

De ninguna manera iba a ir a casa de Haven oliendo a sexo. Y, de todos modos, él y yo teníamos que hablar antes de ir a ningún sitio.

Era casi mediodía y nos esperaban a los dos para la cena del domingo, así que le envié un mensaje a Haven y me duché con rapidez. Luego me sequé y me puse los vaqueros y la camisa que llevaba antes de que llegara Luke.

La imagen de Luke dormido era, sin duda, una de mis favoritas. No tenía ni idea de cómo un cuerpo tan grande podía parecer tan completamente relajado y vulnerable. Me senté a su lado en la cama y me acerqué para sentir su calor. Puse la alarma de mi teléfono para despertarlo. Abrió los ojos antes de que terminara.

—Hola —dije.

Se sacudió la somnolencia cuando me vio.

—¿Qué? —Se levantó de un tirón—. Ashleigh, ¿qué pasa?

—Shhhh… —Le acaricié la cara, tratando de suavizar su pánico. No era como la última vez, cuando lo había despertado y le había dicho que no era nuestro momento.

Me rodeó la cintura con las manos y tiró de mí hacia el colchón.

—Tenemos que hablar.

—No pienso renunciar a ti, Ashleigh. No vas a alejarme. —Sus palabras fueron entrecortadas.

—No es eso lo que quiero. —Me giré entre sus brazos y me dejó espacio. Cuando me puse de cara a él, le pasé los dedos a la cara, tratando de tranquilizarlo—, pero creo que…

—No quiero oír ningún «pero» o ningún «si». Esto es lo que hay. Ahora estamos juntos. Nada más tiene sentido.

Levanté la barbilla y lo besé.

—Lo sé.

—¿De verdad? —preguntó.

Asentí.

—Quiero que esto funcione.

—Va a funcionar. —Podía notar la tensión en su garganta.

—Pero…

—He dicho que sin peros.

Se ponía muy guapo cuando discutía.

—Quiero que esto ocurra, pero hay que admitir que es complicado por nuestra historia y por lo que está en juego.

—Nada con lo que no podamos lidiar. Está controlado. Tienes que confiar en mí.

Me encantaba oír su tranquilidad, su seguridad. Todo lo que decía me hacía sentir cada vez mejor, cada vez más relajada. Tal vez saliera bien.

—Confío en ti. Más que en nadie. ¿Puedo hacerte una sugerencia que creo que va a ser buena para los dos?

Dejó escapar un breve resoplido como un niño pequeño enfurruñado, y no pude evitar una sonrisa.

—Escúchame. Estaba pensando que tal vez deberíamos tener una cita.

No respondió, esperó a que me explayara.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—No entiendo lo que me preguntas. ¿Qué quieres decir con «una cita»?

—Quiero decir que creo que deberíamos salir a cenar y hablar, y que puedes acompañarme a casa y tal vez besarme, y luego podemos hablar por teléfono y coquetear, y hacer todas esas cosas que hace la gente cuando está saliendo.

—De acuerdo. —Me miró con desconfianza.

—¿Estás de acuerdo?

—Supongo. Si te soy sincero, creo que estás tratando de decir algo que no pillo y me lo estás vendiendo en una caja que pone «una cita». ¿Puedes soltarlo sin más? ¿Qué intentas decir?

Claro que tenía razón, me conocía muy bien.

—Creo que la última vez pasamos de cero a cien en tres segundos. Creo que esta vez deberíamos darnos un poco más de tiempo para acomodarnos. Quiero decir, sé que…

—El sexo fue alucinante.

Solté una risita.

—Sí, y no estoy intentando volver a meter al genio en la lámpara. Solo digo que nos demos un tiempo para conocernos así, como pareja. —Pasé los dedos por sus brazos, incapaz de resistirme—. Tal vez no deberíamos estar todo el tiempo juntos a partir de ahora. No quiero forzar la situación a corto plazo, porque quiero que funcione a largo plazo. Tomémonos las cosas con calma.

—Vale, gracias por traducir el lenguaje de Ashleigh a algo que pueda comprender.

Le di una patada en la pantorrilla y sonrió.

—¿Así que quieres salir conmigo? —preguntó. Me tumbó boca arriba y se puso encima de mí antes de que pudiera responder.

—Tal vez.

—Bueno, voy a cenar con mi hermana y su marido más tarde. ¿Quieres acompañarme?

Le sonreí.

—Tal vez.

Bajó la cabeza, me atrapó el labio inferior entre los dientes y me lo chupó.

—Puedo aceptar que nos tomemos las cosas con calma. Por ahora…

—Gracias. —Lo besé en el hombro.

Nunca habría nadie más que Luke para mí.

23

Ashleigh

Estaba en la calle, delante del edificio donde vivían Haven y Jake, y Luke me rodeaba con sus brazos. Era un día frío, pero no podía sentir más calor. Solo habían pasado ocho horas desde que Luke había aparecido en mi puerta, decidido a demostrarme que había superado lo de Emma y que me quería. Habíamos estado desnudos la mayor parte de ese tiempo. No habíamos hablado de nada, no habíamos hecho nada oficial. Nuestros cuerpos se habían apoderado de nuestras mentes. Había sido hermoso, incluso dichoso. Sin embargo, seguía sin tener palabras para describir lo que éramos Luke y yo, y hasta que no supiera en realidad dónde estábamos, no quería exponer esa nueva situación a ningún tipo de escrutinio.

—¿No crees que Haven lo adivinará? Nos conoce a los dos bastante bien —comentó Luke—. Podríamos ser sinceros con ella. No quiero ocultarle nada.

Tenía razón. Mi mejor amiga nos conocía muy bien a los dos. Una mirada e iba a saber de inmediato que estaba pasando algo. Pero, a pesar de todo, quería tomarme las cosas con calma. Le había sugerido que saliéramos. Nos había llevado tanto tiempo poner en marcha lo que había entre nosotros, que no había motivos para precipitarse. Quería asegurarme de que lo nuestro no era solo físico. Estaba segura de que no lo era en mi caso, pero después de tantos años de amor no correspondido por Luke, necesitaba tiempo para entender cómo me sentía. Lo que significaba que no estaba lista para decírselo a nadie más.

—Entonces, vas a tener que poner cara de póquer —dije—. No quiero que lo adivine. Tampoco es que quiera ocultarle nada, pero esto es nuevo. Llevamos saliendo menos de ocho horas. Vamos a disfrutarlo nosotros un rato.

La primera vez que Luke y yo nos habíamos besado, Haven se lo había tomado mal y eso me había hecho cambiar a mí. Quería asegurarme de que era más fuerte, de que estaba más segura de nuestra relación por si ella volvía a tomarse las cosas igual.

—Vale, como quieras, pero me va a resultar difícil no tocarte en las próximas horas. —Luke me estrechó con más fuerza.

—Lo conseguirás. Mi fe en ti es infinita. —Me eché hacia delante y le di un beso en el pecho—. Tienes que dar una vuelta a la manzana.

—¿En serio?

—No creo que debamos llegar al mismo tiempo.

Luke bajó la cabeza, pero asintió. Me abrazó más fuerte.

—No nos quedemos mucho rato, ¿vale?

Fruncí el ceño. Para mí, salir y tomarse las cosas con calma significaba que no íbamos a pasar juntos todo el tiempo.

—Ah… —adivinó—. No quieres que pasemos la noche juntos. —Retiró las manos de mi cintura y las metió en los bolsillos.

—No es que no quiera, es que creía que habíamos acordado que debíamos tomarnos las cosas con calma y no precipitarnos. —¿Había entendido mal lo que le había sugerido?

—Vale, pues vas a tener que explicarme las reglas otra vez para que me queden claras.

Intenté que no se me notara el mohín.

—¿Estás enfadado?

—No, no estoy enfadado. Quiero… Quiero hacerte feliz, pero no quiero perder el tiempo. Quiero acelerar, no ir más despacio, recuperar todos los años perdidos en los que podríamos haber estado juntos. —Me puso el pelo detrás de la oreja—. Pero si lo que necesitas es ir despacio, así lo haremos. —Sonrió con ternura, pero eso no ocultó el matiz de decepción en su voz.

—Gracias.

—¿Puedo al menos pensar en ti desnuda? —preguntó.

Sonreí.

—Me decepcionaría que no lo hicieras.

Dio un paso atrás, a punto de dar la vuelta a la manzana. Me acerqué a él y le acaricié el pecho.

—Te veo dentro de un minuto. —Y miré cómo caminaba por la acera.

Estaba sentado en uno de los taburetes de la barra, mirando a Haven en la cocina. Había pensado que le tocaba cocinar a Jake, pero no iba a recordárselo. Sin duda íbamos a comer mejor si cocinaba Haven.

—Tengo entradas para *El hombre elefante*. Jake no puede ir. ¿Quieres venir? —me preguntó mientras ponía copas de vino en la barra frente a mí.

—Ya he ido. Te lo dije. —A menos que me hubiera olvidado de decírselo.

—¿En serio? ¿Cuándo fuiste?

Me encogí de hombros.

—Hace un par de semanas.

Dejó de cocinar y me miró.

—Fui con Richard. —Revisé mi teléfono. Había dejado a Luke hacía veinte minutos—. ¿Qué lo retenía? Me habría ido bien una distracción en ese momento. Estaba a punto de recibir un tercer grado de Haven.

—¿Estáis saliendo otra vez?

—No, es que le sobraba una entrada.

Enarcó las cejas y volvió a accionar la batidora. Sonó el timbre y Jake salió corriendo de su despacho.

—¿Ya estás aquí? —me dijo antes de responder al interfono.

—¿Qué pasa?, ¿es que yo no soy lo suficientemente buena para que salgas de tu guarida? —pregunté.

—Sabes que Haven siempre me manda a paseo mientras habláis de pollas.

—No estábamos hablando de pollas —respondí.

—Tienes razón. No estábamos hablando de pollas, pero deberíamos haberlo hecho. ¿Cómo es la de Richard? —Haven ladeó la cabeza.

El familiar sonido de la voz de Luke me llegó desde atrás, y tuve que reprimir la sonrisa que se me formó en los labios. A pesar de haberlo visto hacía menos de media hora, la expectación hizo que el estómago me diera un vuelco.

—Hola, chicas —dijo—. ¿Qué pasa? —Se acercó a Haven y le plantó un beso en la mejilla mientras intentaba robar uno de los pasteles que estaba preparando. Ella le dio un manotazo.

—Estábamos hablando de que Ash está saliendo en secreto con Richard.

Si no conociera tan bien a Luke, no habría notado la rigidez casi imperceptible que lo atenazó al oír esas palabras.

—¿En serio? —preguntó; me miró con las cejas arqueadas.

Negué con la cabeza.

—No estoy saliendo con él. Haven, deja de ser tan cabrona. —Dios, no quería que Luke se hiciera una idea equivocada y pensara que había sido poco sincera con él cuando me había preguntado si había salido con alguien. Ya había suficiente incertidumbre entre nosotros; no necesitábamos más.

—No estoy siendo una cabrona. Acabas de decir que tuviste una cita con Richard.

—No es verdad. —Mis ojos pasaron de Luke a Haven—. Te he dicho que tenía una entrada de sobra para el teatro y que fui con él. Como amigos. Eso es todo. —Quería pasar las manos por la barbilla de Luke, asegurarle que, para mí, Richard no podía compararse con él. Luke se volvió hacia la nevera.

—¿Acaso no pueden los amigos convertirse en algo más? —insistió Haven.

Luke se estaba pensando demasiado qué cerveza elegir. Quería que

se acercara y se sentara a mi lado.

—Creo que parece un buen partido. Es médico y esas cosas. Y es muy dulce. Te trata muy bien. —Haven miró a Luke.

—¿Cómo puedes decir eso tú? Sobre todo tú —respondí a Haven—. No te conformaste. Esperaste… —Hice un círculo con la mano señalando a Jake—. Ya sabes. «El elegido». No quiero salir con alguien porque parezca un buen partido. No, Richard es un amigo y punto.

—Ya he oído eso antes —intervino Jake.

—Jake, no la alientes —repliqué, mirando a Luke, que seguía estudiando las etiquetas de las cervezas. El corazón me latía con fuerza. ¿Me estaba evitando?

—No la estoy alentando. Eres tú la que acaba de confesar que tuvo una cita con ese tal Richard.

—No fue una cita. —Negué con la cabeza.

—A mí me parece que sí fue una cita —afirmó Luke mientras se volvía para mirarme, sonriente. Solté un suspiro al darme cuenta de que no estaba enfadado.

—Como queráis. Échame vino. —Empujé la copa al otro lado de la barra.

Sonrió mientras cogía mi copa, rozándome los dedos a propósito. Me estremecí. ¿Por qué habíamos ido a cenar? ¿Por qué había sugerido que pasáramos la noche separados? Aunque no estuviera conmigo esa noche, solo iba a pensar en él.

Haven se encogió de hombros.

—¿Por qué no le das una oportunidad? Quiero que seas feliz, Ash. Debes de gustarle si seguís siendo amigos después de que rompieras con él. Podría convertirse en el elegido sin que te des cuenta.

—Creo que cuando encuentre al elegido lo sabré —murmuré contra mi copa. Lo que sentía por Luke hacía que cualquier posibilidad de que alguna vez saliera con Richard estuviera dentro de la caja de las cosas imposibles. Era un buen chico, pero no me hacía arder la piel con un solo roce. Su sonrisa no me podía calentar las mejillas. Sin más, no era el elegido.

—¿Qué has dicho? —me preguntó Luke.

—¿Qué? —dije, fingiendo no entenderlo.

—¿Has dicho algo del elegido? —Luke me sonrió, era evidente que disfrutaba torturándome.

—¿Y tú, Luke? —Jake me interrumpió, salvándome de pasar más vergüenza—. ¿Has madurado por fin y le has pedido una cita a Fiona?

Inspiré hondo. ¿Qué más iba a descubrir?

—¿Llevo esto a la mesa? —pregunté a Haven, señalando la ensalada, para intentar disimular que quería oír hasta el último sonido que saliera de la boca de Luke sobre Fiona. Haven me miró, compasiva, y asintió. Debía de pensar que no quería enterarme de que

Luke salía con Fiona. Me acerqué al otro lado del salón con la ensaladera.

—Sí, hemos salido un par de veces.

—¿Qué? —se sorprendió Haven—. ¿Has empezado a salir con ella y no me lo has dicho? ¿Te gusta? ¿Vamos a conocerla?

—Sí, me gusta. Es buena gente.

Aunque estaba segura de que Luke no sentía nada por Fiona, se me revolvió el estómago. No me gustaba que hubiera salido con ella. Tampoco era que hubiera hecho algo malo malo —solo lo que yo quería que hiciera—, pero habría sido mejor que hubiera resultado que estar con ella no le gustaba. Después de todo, seguían trabajando en el mismo bufete. La veía con regularidad. Precisé de toda mi fuerza de voluntad para no soltar que Luke y yo estábamos juntos. Quería reclamarlo. Ansiaba que Haven dejara de decir que otras mujeres podían ser buenas para él. Yo sí que era buena para él.

A pesar de la curiosidad que sentía, me excusé para ir al baño. Necesitaba tomarme un momento para recomponerme. Me miré al espejo y me pasé los dedos por las cejas, con el ceño fruncido. Estaba acostumbrada a envidiar a Emma, pero siempre me había reconfortado que ella no viera en Luke lo que yo veía; ella no compartía la misma historia, no podía hacerlo reír como yo. Sin embargo, no sabía nada de Fiona, y tenía en común con Luke lo del triatlón, que a él parecía encantarle. Además, lo veía en el trabajo y yo no. ¿Lo hacía reír? ¿Me había convertido en una Emma para Fiona?

Cuando volví al salón, todos habían tomado asiento alrededor de la mesa del comedor. Me hundí en el sitio libre entre Luke y Jake. Intenté convencerme de que había una barrera invisible entre Luke y yo. Que nos tocáramos era una idea muy mala si no queríamos que Haven y Jake se dieran cuenta de todo.

El problema era que mi barrera era defectuosa y actuaba más bien como un imán. Estar tan cerca de él me hacía querer estar aún más cerca. Necesitaba que me abrazara. Crucé los brazos para no perder el control y estirar la mano accidentalmente hacia su pelo alborotado o pasarle los dedos por la ancha espalda.

Me sobresalté cuando me rozó la pierna con la suya al coger la jarra de agua. ¿Acaso intentaba torturarme? Quise subirme a su regazo y que me abrazara. Acercó la mano a mi muslo y me derretí.

Me miró y yo abrí mucho los ojos en señal de advertencia. ¿Qué estaba haciendo? Me preocupaba que Haven viera su mano. Me apretó la pierna y retiró los dedos, dejando unos hormigueos en mi piel. Miré a Haven. ¿Lo había visto?

—Entonces, ¿cuándo sabrás lo del máster, Ash? —preguntó Jake.

Vacilé, intentando concentrarme en algo que no fuera Luke.

—Pronto, creo. —Había olvidado que la decisión se tomaba esa

semana.

—¿Cómo te las vas a arreglar para estudiar y trabajar al mismo tiempo? —preguntó Haven—. Parece imposible.

—Sí, creo que será difícil. Richard sugirió que trabajara a tiempo parcial, pero no puedo permitírmelo de ninguna manera. Así que es imposible.

—¿Cómo te sugirió que pagaras el alquiler? —preguntó Haven—. En serio, los hombres no tienen ni pizca de sentido común.

Jake puso los ojos en blanco y Luke negó con la cabeza ante el desprecio de Haven por la especie masculina. Ambos la manejaban a la perfección.

—Oh, tenía una solución. Sugirió que me mudara a su apartamento.

Luke se llevó la copa a los labios y tragó saliva al oír mi revelación.

—¿Qué has dicho? —Su voz era tensa.

Me concentré en Haven, temiendo encontrarme con los ojos de Luke. Quizá no debí haber compartido aquello sin habérselo mencionado antes a Luke.

—¿Qué te ofrecía?, ¿la habitación de invitados? —insistió.

—¿A cambio de algunos polvos? —añadió Jake.

—No está bien decir «algunos polvos» —dije, sonriéndole a Jake mientras Haven le daba un golpecito juguetón en el brazo. Luke no se unió a sus bromas y sus puños apretados me dijeron que no estaba contento. Me entraron unas ganas terribles de atravesar la barrera invisible y darle un besito en el hombro. No tenía de qué preocuparse.

LUKE

Creía a Ashleigh cuando decía que no había pasado nada con Richard, pero eso no impedía que quisiera matarlo. Ashleigh era mía, y tenía que saberlo todo el mundo. Había estado a punto de anunciárselo a Haven y Jake. Lo único que me había detenido había sido esa tontería de que teníamos que tomárnoslo con calma. Solo quería avanzar. Quería empezar nuestro futuro juntos. Deseaba que ella tuviera tantas ganas como yo.

Intenté pensar en formas para persuadirla de quedarse conmigo esa noche. No quería estar solo, y menos con aquellas conversaciones sobre Richard y Fiona en la cabeza. No quería que se centrara en lo que podía haber sido, sino en nosotros.

—Me voy a casa. Anoche no dormí mucho y no quiero empezar la semana cansada —comentó Ashleigh, cerrando el lavavajillas. Se echó hacia delante para programar la máquina y me ofreció una excelente vista de su escote. ¿Llevaba sujetador? Había estado toda la noche

intentando controlar mi erección, pero mi polla se estaba hartando de tanta tontería. Estaba a punto de llevar a Ashleigh a rastras hasta su casa para desnudarla.

—Te quedarás a tomar otra cerveza, ¿verdad? —me preguntó Jake.

Quería decir que no, pero miré a Ashleigh y me hizo un gesto con la cabeza.

—Claro —acepté. Mejor ahí, con Jake y Haven, que en casa, solo, deseando estar con Ashleigh.

Me relajé cuando ella se fue. Llevaba nervioso toda la noche, tratando de no delatar lo que sentía por ella. Más de una vez había estado a punto de tocarla y había tenido que reprimirme. No me parecía natural actuar como habíamos hecho durante las dos últimas décadas.

Todo había cambiado.

—Bueno, no has vuelto a mencionar a Fiona, ¿qué ha pasado? —preguntó Jake cuando nos acomodamos en los sofás con nuestras cervezas. Haven lo siguió con un vaso de agua.

—No hay nada que decir. Es una buena persona, pero no es para mí.

—¿No? ¿Significa eso que sabes quién es para ti? —preguntó Haven.

—Haven, sabes que la pelota está en el campo de Ashleigh.

Haven suspiró.

—Ojalá lo solucionarais. Está claro que Richard no es competencia. Haz lo que tengas que hacer, Luke. Haz que se sienta especial. Si ella es la elegida, necesita saberlo. Actúa.

Era un buen consejo. Un consejo que ya había seguido. Solo faltaba que Ashleigh entendiera que no teníamos nada que ocultar, que no tenía nada que temer, que podía confiar en mí.

Mi teléfono vibró.

Ashleigh: *Hola.*

Luke: *Hola.*

Ashleigh: *¿Has pasado una buena noche?*

Luke: *Habría sido mejor si hubiera podido tocarte sin tapujos.*

Ashleigh: *Agradezco tu paciencia.*

Luke: *No estoy seguro de cuánto durará. Eres demasiado hermosa para resistirme a ti y ahora eres mía. Sabes que lo eres.*

Ashleigh: *Lo soy.*

Luke: *Me alegro de que estés de acuerdo.*

Ashleigh: *Te echo de menos.*

Luke: *¿Ya?*

Ashleigh: *Ya. ¿Qué tal si las citas empiezan ya? ¿Vienes por aquí cuando salgas?*

Sonreí. No había ningún lugar en el que prefiriera estar que con Ashleigh, y ella no podía resistirse lo que había entre nosotros más que yo. ¿A quién intentaba engañar?

24

LUKE

Me había ido de casa de Haven y Jake tan pronto como me había terminado la cerveza. Tal vez había sido demasiado obvio por qué me había marchado justo después de Ashleigh, pero me importaba una mierda.

Apoyé la frente en la puerta de Ashleigh, deseando entrar. Los latidos de mi corazón se aceleraron cuando la oí acercarse para abrirla.

Había parado en un supermercado nocturno y había comprado chocolate y un pequeño ramo de flores. Cuando abrió la puerta, se los tendí.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Bueno, flores y bombones, que es lo que se lleva a las citas, ¿no?

—¡Qué bobo eres! —Sonrió—. Gracias.

—Mientras te guste lo bobo, me parece bien.

Me rodeó el cuello con los brazos y me sostuvo la mirada.

—Me gusta mucho.

Era agradable tenerla en mis brazos: era la prueba de que era mía y no de otro hombre. Aunque racionalmente sabía que Richard no era una amenaza, seguía sintiendo un puñal en el estómago cada vez que hablaba de él, sobre todo, cuando decía que le había sugerido que se fueran a vivir juntos. Sin embargo, había conseguido recuperar la calma justo a tiempo.

Ya no podía contenerme más; había esperado toda la noche. La abracé y la besé. Sus gemidos amortiguaron el sonido de las flores y los bombones al caer al suelo. Su sabor era delicioso y no podía saciarme de ella. Quería devorarla en todos los sentidos. No me llegaba con besarla.

Todo lo que decía me hipnotizaba: sus frases, la forma en que movía los dedos al hablar… Algunas personas hablaban con las manos, pero Ashleigh puntuaba casi todas sus frases con un gesto de los dedos. No me había dado cuenta hasta entonces.

La hice retroceder, perdí la paciencia y la empujé contra la pared.

—Richard no volverá a tocarte. —Le rodeé la cintura y separé el top de la falda porque necesitaba sentir su piel—. Si te mudas con

alguien, te mudas conmigo. —Le pasé las manos por la espalda desnuda—. Dios, has estado toda la noche sin sujetador. Joder. —Lo sospechaba. Le recorrí los pechos con las manos, solo para asegurarme. Sus pezones se tensaron bajo mi contacto y se estremeció. No pude evitar gemir contra su boca. La sangre me inundó la polla y tuve que acercarme más, tenía que verlos. Intenté desabrochar los botones de su blusa, pero mis dedos no funcionaban bien. Algo parecido al pánico se apoderó de mí porque me moría por verla desnuda. Mientras me fijaba en sus tetas, Ashleigh había conseguido desabrocharme la camisa por completo. Desesperado, agarré la tela de su blusa y luego tiré: los botones saltaron y sus increíbles senos quedaron al descubierto.

—Son mi razón de vivir. Y aquí están. —Mis ojos estaban clavados en sus tetas.

Ashleigh llevó las manos a mi bragueta. Deseaba verme desnudo tanto como yo a ella. Solo de pensarlo, mi polla dio un brinco. Me quité los vaqueros de una patada y tiré la camisa.

Di un paso atrás para poder contemplarla. Estaba desnuda de cintura para arriba y me miraba con el pelo revuelto y con la boca hinchada y roja por mis besos. Me pareció una diosa. Joder, era un tipo con suerte. ¿Cómo no era capaz de entender que yo sabía lo preciosa que era? Podía confiar en mí.

—Voy a mantenerte despierta toda la noche y ni siquiera vas a recordar el nombre de Richard cuando haya terminado. —Deslicé la mano bajo su falda y le quité la ropa interior de un tirón—. Tengo que estar dentro de ti ahora mismo. —Podía compensárselo más tarde, pero no había tiempo para juegos preliminares, no iba a aguantar tanto. La agarré por el culo y la levanté contra la pared. Me rodeó la cintura con las piernas.

—Por favor —jadeó—. Por favor, te necesito.

Era justo lo que necesitaba oír. Me sumergí en ella y fue perfecto.

—Parece que hace siglos que no te tengo así —susurré contra su mejilla. Aunque habíamos estado juntos por la mañana, había pasado demasiado tiempo. La sentía húmeda y preparada, y entraba y salía con la fricción justa; era como si estuviera hecho para ella.

Apoyó la cabeza contra la pared, lo que me dio acceso a su cuello inmaculado. Recorrí con la lengua la suave columna de piel, desesperado por saborearla. Toda ella era deliciosa.

—Luke, te siento muy dentro…

No pude hacer otra cosa que gruñir como respuesta y a moverme con más fuerza. Sabía que estaba siendo brusco, pero no podía contenerme. Ver cómo mis caderas la empujaban contra la pared, cómo su cuerpo se rendía al mío era exactamente lo que necesitaba.

—Eres tan hermosa…, tan condenadamente perfecta… Me encanta

la sensación de estar enterrado tan profundo dentro de ti, Ashleigh.

Me agarró de los hombros, luego del pecho. No entendí lo que quería hasta que me miró a los ojos.

Sus iris salvajes. Me necesitaba.

Me necesitaba a mí.

Me invadió una sensación de alivio y poder.

Esa era una Ashleigh nueva para mí. Una Ashleigh desnuda. Una Ashleigh jadeante y entregada. Era nueva, pero sexy y… tan… tan dulce. Deliciosa. Y mía.

No podía creer que me hubiera pasado dos décadas tomándole el pelo, siendo su amigo, dejando que tipos como Richard tuvieran una oportunidad con ella. Podía haber estado todo ese tiempo haciéndola feliz; podía haber estado horas enterrado en ella. Tenía que recuperar todo ese tiempo perdido.

—No somos amigos, Ashleigh, ¿lo sabes? Ya no lo somos. Somos más que eso. Eres mía por entero. Cuanto antes te acostumbres, mejor. —Me hundí más en ella, saliendo y volviendo a entrar bruscamente.

—¡Oh, Dios! —Separó los labios y me miró fijamente mientras se estremecía a mi alrededor. Noté que el orgasmo atravesaba cada átomo de su cuerpo. Me encantaban los sonidos que hacía al correrse, su respiración agitada, los jadeos, las palabras a medias. Quería memorizar cada una de ellas. Nunca nada había sonado tan sexy.

Quería decirle que nunca habría nadie más. Ella era mi futuro, mía para siempre. Era exactamente lo que había estado buscando sin saberlo. Me contuve, preocupado porque ella sintiera que era demasiado pronto, porque pensara que era una reacción a mi ruptura con Emma. Sabía que lo nuestro solo tenía que ver con lo que sentía por Ashleigh. Con Emma, había valorado la independencia. Con Ashleigh, no quería estar sin ella ni por un segundo. No me había dado cuenta de que podía sentir eso. Ashleigh lo había despertado.

El amor había estado escondido a plena vista todo el tiempo.

ASHLEIGH

Me desplomé hacia delante y rodeé a Luke con los brazos cuando el orgasmo me recorrió las extremidades.

Los embates de Luke se hicieron menos profundos. Me di cuenta de que se estaba conteniendo, dejando que me recuperara antes de perseguir su propia liberación.

—Llévame a la cama —le susurré al oído. Me encantaba tenerlo ahí. ¿Cómo había pensado que podía pasar una noche sin él?

Sin salir de mi interior, me llevó al dormitorio mientras yo lo besaba en el cuello, mordisqueándole la piel y la barbilla.

—Eres muy sexy. —Se estremeció y contoneé las caderas, deseando volver a sentirlo.

Gimió.

—Dios, me vas a matar. —Me tumbó boca arriba en la cama y le aparté el pelo de la cara.

—Y no querríamos eso. ¿Por qué no me dejas hacer parte del trabajo?

—Oh, créeme, nena, follar contigo no será nunca otra cosa que un completo placer.

Me moví debajo de él hasta quedar encima, como había querido. Me apreté contra su cuerpo, saboreando la sensación de su pecho duro bajo las manos. Sentada a horcajadas sobre él, gemí cuando me penetró más profundamente. Cerré los ojos, saboreando por un instante aquella profundidad. Cuando los abrí, me devolvía la mirada, contemplando cómo disfrutaba de él. Ningún hombre con el que hubiera estado había antepuesto tan claramente mi placer al suyo ni se había excitado tanto con lo que podía hacerme.

—Me gusta sentirte dentro —susurré, moviendo mis caderas hacia arriba para clavarlo dentro de mí de nuevo—. Tan profundo, tan duro. Estoy tan llena…

Gruñó y levantó las caderas de la cama como si no pudiera contenerse. Encontramos un ritmo y mi cuerpo se retorció de placer.

Se acercó a mis pechos, los masajeó, rozó la parte inferior con los dedos y me acarició los pezones con los pulgares. Le cogí una mano y lo guie hacia abajo.

El roce de su piel sobre mi clítoris interrumpió mi ritmo y me detuve a disfrutar de la sensación. Retiró la mano. Contoneé las caderas en señal de protesta y me moví sobre él. Su mano volvió a buscar mi clítoris, pero me detuve para saborear su piel sobre la mía. En cuanto paré, sus dedos también lo hicieron. Era como si me recompensara con sus caricias. Reanudé los movimientos, ciñéndole mientras subía y bajaba, y luego volvía a bajar. Era como si tuviera que ganarme sus dedos, y estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta.

Tuve que concentrarme cuando me rodeó el clítoris con el pulgar, incrementando el calor que recorría mi cuerpo.

—Nena, estás tan mojada…

—Por ti. Todo es por ti.

Gimió y retiró las manos de donde estaban, provocando sensaciones puras en mi cuerpo. Me agarró por la cintura, y hundió los pulgares en la carne sensible de mis caderas, balanceándose hacia arriba, al ritmo de mis movimientos. Junté las manos sobre las suyas mientras chocábamos el uno contra el otro una y otra vez; cada movimiento me acercaba más y más al clímax.

La luz de la luna parpadeaba a través de las cortinas y se reflejaba

en el brillo del sudor que se había formado en el hermoso rostro de Luke.

—Cuando me miras así, no puedo contenerme, nena —confesó.

—No lo hagas. Toma lo que necesites.

Su mandíbula se tensó, las yemas de sus dedos se clavaron con más fuerza en mi piel y me penetró más rápido. Renuncié al control y me mantuve encima de él mientras me embestía con fuerza. Bastaron unos segundos para que me inundara otro orgasmo, tan intenso como el anterior, y me recorriera la piel hasta llegar a lo más profundo de mi ser. Mi clímax permitió a Luke dejarse llevar y, tras tres fuertes embestidas, se vació dentro de mí. Por fin se le aflojaron los músculos de la mandíbula y le pasé los nudillos por la sombra de la barba incipiente solo para comprobarlo.

Tiró de mí hacia abajo y me recorrió el cuerpo con los dedos, haciéndome estremecer. Me rodeaba con las piernas y seguía dentro de mí; era como si quisiera decirme algo, compartir algo importante, pero no le salieran las palabras.

Lo quería. Siempre lo había sabido, pero nunca me había permitido ceder tan completamente. Pero con él en mi cama, con mi cuerpo poseído por él, no me quedaban defensas. En ese momento, solo lo sentía a él. Me había abierto en canal y mi amor por él se había derramado. Estaba abierta ante él y nunca iba a poder cerrarme de nuevo.

Después de menos de un día juntos, no podía soportar renunciar a él, ni siquiera por una noche.

Si alguna vez me dejara, iba a destrozarme.

El pensamiento era aterrador. Luke tenía el poder de destruirme.

A la mañana siguiente nos levantamos como pudimos de la cama, tras una noche de sueño irregular interrumpido por los labios, las manos y más de un orgasmo. En cuanto salí al aire frío y fresco de noviembre en Londres, me sentía de todo menos pesada. Llegué flotando al trabajo, con una sonrisa tatuada en la cara que tuve que concentrarme en reprimir para no invitar a que me hicieran preguntas.

A mitad del día, me llamaron a recepción y me encontré con un enorme arreglo de peonías y entre ellas una tarjeta escrita a mano.

«No huelen tan bien como tú.

Luke».

No sabía si las flores eran una señal consciente de que comprendía que necesitaba que me tranquilizara, pero el efecto era el mismo. No quería que avanzáramos sin más hacia la complacencia. Había una

parte de mí que precisaba que me cortejara, que deseaba estar segura de que se trataba de mí y no solo de que necesitaba a alguien.

¿Cómo era posible echar de menos a alguien que conocías de toda la vida y que se había alejado apenas unas horas antes? Sentía su ausencia físicamente, como si me faltara un brazo cuando no estaba conmigo.

Le envié un mensaje.

Ashleigh: *Gracias por las flores. Estoy deseando que llegue esta noche.*

Recibí una respuesta enseguida.

Luke: *Te echo de menos. Estoy deseando verte.*

Me recorrió un escalofrío y mi sonrisa se hizo más amplia.

—Alguien es un hombre afortunado. —Levanté la vista y vi que Richard miraba las flores. Se me cayó la cara de vergüenza.

—Sí… —¿Cómo responder a eso?

Apoyó la mano en mi hombro.

—Lo digo en serio. Es un tipo con suerte. No hace falta que me lo expliques.

Solté el aire.

—Lo siento —dije. No podía ofrecerle ninguna frase tópica. No podía decir que no era serio. Mi relación con Luke era tan seria que no podía fingir lo contrario.

—No lo hagas. Eres increíble. Claro que tienes pretendientes a diestro y siniestro. Me sorprende que me permitieran ser uno de ellos, aunque fuera por poco tiempo.

Me dolió el corazón al oír sus palabras. Era un hombre generoso y, en muchos sentidos, habría sido mucho más fácil si me hubiera enamorado de él.

—Bueno, resulta que sé que tienes a las chicas haciendo cola alrededor de la manzana. Y con razón —respondí.

Me apartó un mechón de pelo de la cara y sonrió, pero no contestó. El zumbido de mi teléfono en el bolsillo interrumpió el momento.

—Nos vemos —dijo, y se fue.

—Hola, Haven —contesté. No era habitual que llamara a mediodía. Pensé en su embarazo. Esperaba que no le hubiera pasado nada.

—Estoy organizando la Navidad. Necesitamos un plan. No irás a Hong Kong, ¿verdad?

Tenía razón: no iba a ver a mis padres. Había pocas posibilidades de que me dieran días libres en el trabajo para ir y, de todos modos, la última vez mi madre se había pasado todo el tiempo acusando a mi

padre de haberla engañado. Él lo había negado, pero no habían hecho más que discutir. Había resultado agotador y cualquier cosa menos alegre.

—No.

—He pensado que va a ser más fácil comer fuera en vez de hacerlo todo nosotros. He encontrado un restaurante genial en Mayfair. He reservado sitio para cenar esta noche y probarlo.

—No puedo ir esta noche. ¿No puedes llevar a Jake?

—No, tiene una cita con un inversor y, de todas formas, quiero ir contigo.

—Bueno, pues estoy ocupada. —Repasé las posibles mentiras para convencerla de que no podía cancelar la cita cuando me preguntara lo inevitable.

—¿Por qué no puedes venir?

—Tengo algo —¿Podía salirme con la mía siendo vaga? No quería mentirle.

—¿Algo? ¿Qué clase de algo? ¿Qué pasa?

—Nada, es del máster. Nos dan información. —Me estremecí.

—¿Antes incluso de que te acepten? Eso es un poco cruel si luego no entras, ¿no? Están pasándote por las narices lo que podrías haber tenido.

Sentí un cosquilleo en el estómago, pero no estaba preparada para decirle nada sobre Luke y sobre mí. Quería tener una base más sólida antes de contárselo, antes de decírselo a nadie. La opinión de Haven nos importaba a los dos y, si no iba a darnos su bendición, tenía que sentirme lo bastante cómoda con mi relación con su hermano como para darle tiempo a cambiar de opinión, para ganármela. Por supuesto, lo que en realidad quería hacer era separar la parte de ella que era hermana de Luke y decirle a mi mejor amiga que había encontrado al amor de mi vida. Aunque temía no poder soportar su desaprobación, quería compartir mi felicidad. Sabía que la mejor amiga que tenía en Haven iba a estar encantada de que Luke y yo hubiéramos encontrado la manera de estar juntos.

—No lo sé. Tengo que dejarte.

—Haz lo que quieras. Ve a conocer gente nueva, divertida, interesante, sin hijos. Me da igual. —El tono de Haven era melodramático, y no pude evitar reírme.

—Puedo ir mañana por la noche. ¿Qué te parece? —Mientras pronunciaba las palabras, me di cuenta de que obviamente significaba que no podría quedar con Luke si salía con Haven y, aunque no quería que fuéramos demasiado rápido, no estaba segura de cómo iba a soportar un día entero sin verlo.

—Vale, cambiaré la reserva. Jake puede venir también mañana. ¿Les pregunto a Luke y a Beth?

—Como quieras. —Intenté sonar despreocupada, pero me debatía ante un dilema. Iba a poder ver a Luke, pero Beth era una de las personas más perceptivas que conocía. No creía que Luke y yo pudiéramos evitar dar pistas sobre en qué punto de nuestra relación estábamos. Ya me costaba bastante ocultarlo en el trabajo.

—Pero ¿estás bien con Luke? Ayer os vi muy cómodos. Estaba menos gruñón que de costumbre. —Me di cuenta de que estaba a punto de preguntarme si estaba preparada o no para intentarlo con Luke, tema en el que no quería entrar. Sin embargo, no fui capaz de reprimir una sonrisa al pensar que se había dado cuenta de que su humor había cambiado tanto.

—Sí, muy bien. Invítalo. Siempre me alegro de verlos a Beth y a él.

—Hace tiempo que no hablamos de eso. Parece que ya ha superado lo de Emma. Ya sabes, va a participar en el triatlón y esas cosas. ¿No crees que tal vez estés preparada para intentarlo con él?

A Haven no se la disuadía con facilidad cuando se le había metido una pregunta entre ceja y ceja. Y yo que pensaba que me había salido con la mía; debí haberlo supuesto. Habría sido el momento perfecto para decirle que estaba más que preparada, pero me detuvieron las ganas de pisar un terreno más firme con Luke. No quería crear falsas expectativas, ni siquiera a mí misma. Necesitaba tiempo.

—Haven…

—Vale, los invitaré. ¿Esperas enterarte hoy de si te han aceptado o no en el máster? Tal vez lo anuncien en esa fiesta. Dios mío, ¿y si te han invitado por eso? Van a decirte que estás dentro. ¡Qué emocionante! Mañana podríamos celebrarlo. ¡Oh, es increíble!

—Tengo que volver al trabajo, Haven. —La excitación que transmitían sus palabras aumentó mi sentimiento de culpa. Le estaba mintiendo a mi mejor amiga sobre lo que iba a hacer esa noche, sobre Luke y yo. Nunca le había mentido a Haven, era mi familia, pero no podía decírselo, todavía no.

25

Luke

Me limpié las palmas de las manos en los pantalones. Estaba muy nervioso. Nervioso porque iba a cenar con una mujer a la que conocía de toda la vida y a la que había visto desnuda en numerosas ocasiones. Era absurdo. Pero quería que la velada fuera perfecta. Ella quería salir, y yo estaba dispuesto a hacer lo que fuera para hacerla feliz. Tenía que sentirse segura con respecto a mis sentimientos. Sospechaba que pensaba que parte de lo que nos unía era el sexo, y no se equivocaba. Nunca había disfrutado del sexo como con ella. Cada curva de su cuerpo, cada movimiento de sus caderas, cada roce de su lengua me volvía loco, y la forma en que me decía palabras un poco sucias —y sus sonidos— me hacía querer tenerla desnuda el resto de nuestras vidas. Pero no se trataba solo de lo físico, y esperaba que salir con ella la ayudara a verlo. Quería a Ashleigh Franklin, la mujer. La mujer que me hacía reír, con la que podía hablar durante horas, la mujer que me hacía querer matar a cualquier hombre que me hubiera precedido. Incluso quería a esa parte de ella a la que le importaba tanto lo que pensara mi hermana, pero que me quería de todos modos.

La quería entera, para siempre.

Uno de sus vecinos me dejó entrar en el edificio. Aporreé la puerta sujetando las flores con la otra mano. Me abrió con una sonrisa y me relajé al instante. Su boca tenía poderes mágicos en muchos sentidos, y solo con mirarla me tranquilizaba. No tenía por qué estar nervioso. Era solo Ashleigh, la chica con la que había crecido, la mujer sin la que no podía estar.

—Hola, guapo —dijo—. Llegas justo a tiempo.

Era nuestra primera cita oficial, así que de ninguna manera iba a llegar tarde.

—Y estás superelegante. Has dicho una cena informal, ¿verdad? —Me hizo un gesto para que la siguiera al interior. Le di las flores antes de que se diera la vuelta. ¿Tenía que intentar besarla? No estaba seguro de cuál era la etiqueta que debía seguir esa noche.

—Son unas flores preciosas, pero no tenías por qué molestarte. Tengo ahí esas preciosas peonías que enviaste y las flores de ayer.

Tal vez regalar flores tres veces en tres días era demasiado, pero

quería que supiera lo especial que era para mí. Nunca había comprado nada así para chicas con las que había salido, así que me había costado pensar qué era apropiado. A Emma le había comprado regalos de Navidad y de cumpleaños, pero siempre me decía lo que quería, y yo iba a comprarlo. A Ashleigh le había regalado flores porque me gustaba pensar en su sonrisa cuando las recibía.

—Quería hacerlo. Estas tampoco huelen tan bien como las otras, pero son bastante bonitas. Cambiando de tema, estás impresionante.

—¿Cómo puedes decir «bastante bonitas»? Son preciosas. No deberías haberte molestado.

Me pregunté si no aceptaba los cumplidos en general o si solo rechazaba los que yo le hacía. Fuera como fuese, iba a tener que acostumbrarse.

La seguí hasta la cocina, donde desenvolvió los lirios y se dispuso a cortar los extremos antes de colocarlos en un jarrón. Me quedé en la puerta, observándola mientras decidía qué flores colocar en cada lugar del arreglo. Se sorprendió al verme estudiándola.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Me encogí de hombros.

—Nada. Es que me gusta mirarte. —Todos sus movimientos eran elegantes e inconscientemente sexis.

Sonrió con timidez y ladeó la cabeza. El aire crepitó a nuestro alrededor cuando se humedeció los labios. Dios, ese simple gesto fue directo a mi polla. Quería saber qué aspecto tenía esa boca brillante cuando me la chupara. Me moví, intentando controlarme.

Me aclaré la garganta.

—Creo que deberíamos marcharnos.

La sonrisa de Ashleigh se volvió perversa, pero asintió. Salí al pasillo para esperar y así convencer a mi polla de que tenía que sosegarse. Apareció un minuto después y salimos al frío glacial de la calle y paramos un taxi en cuanto pudimos.

—Es una cita a mediados de semana, ¿verdad?, así que no he planeado nada lujoso. Solo una cena.

—No espero nada elegante. Solo quiero pasar un rato contigo completamente vestida y en público. No quiero saltarme la parte buena y pasar directamente a quejarme de que dejas la tapa del váter levantada, o de que te pones a lavar el coche un domingo. ¿Te parece lógico?

Asentí. Cualquier momento que pudiera pasar con ella, sin importar lo que estuviéramos haciendo, me parecía bien. Y cuanto antes se lo contáramos a Haven y a Jake, mejor. Así íbamos a poder hablar abiertamente de que estábamos juntos. Quizá al final de la velada la habría convencido de que estábamos preparados para contárselo a todo el mundo.

Entrelacé mis dedos con los suyos y se los estreché.

—Tiene mucho sentido. Aunque nunca tenemos que saltarnos esa parte. Sé que así era con Emma y conmigo, pero Haven y Jake no son así, y nosotros tampoco tenemos por qué serlo. Siempre podemos hacer cosas divertidas. Siempre quiero hacer cosas divertidas contigo.

—De acuerdo, de acuerdo. Y no vamos a ir al Chiltern Firehouse, ¿verdad?

—No iremos allí. ¿No te gusta? Es información que guardaré para futuras diversiones.

Miró hacia el suelo.

—Es que… No me gusta que hayas llevado a Fiona. Sé que te dije que debías salir y todo eso, pero eso no significa que…

¿Había sido idiota por no haberle dicho antes a Ashleigh que estaba listo?

—Lo siento. No fue nada serio y no llegamos a desnudarnos. Supongo que solo estaba…

—No tienes que disculparte por eso. En serio.

—Si te hace sentir mejor, con gusto me cargaría a Richard.

Se rio. Su risa era uno de mis sonidos favoritos. Solo superado por los ruidos jadeantes que hacía cuando tenía mi polla dentro o mi lengua sobre ella. Le pasé el pulgar por la muñeca y me sorprendió cómo se estremecía.

Llegamos al restaurante, un italiano de Mayfair que me había recomendado un compañero de trabajo. Lo había visitado durante la hora de almuerzo solo para comprobar si era un lugar del gusto de Ashleigh.

—¿Murano? —preguntó Ashleigh.

—Sí, ¿te gusta?

—Mucho. Siempre he querido venir. Pensaba que habías dicho que esta noche no sería nada del otro mundo.

Sonreí. Había elegido el lugar adecuado.

—Señor Daniels, me alegro de volver a verlo —nos dijo el *maître* al llegar.

Noté que Ashleigh se ponía tensa. Me di cuenta de que pensaba que había estado allí con otra mujer. Me agaché hacia ella.

—Hoy he venido a echar un vistazo —le susurré al oído—. No había estado antes y quería asegurarme de que era lo bastante bueno para ti.

Se volvió hacia mí, me rodeó el cuello con las manos y me besó con esos labios tentadores.

—Gracias —dijo al separarse.

—¿Por qué? —No me quejaba del beso, pero me había pillado desprevenido.

—Oh, ya sabes…, solo por ser maravilloso.

Sus palabras me llenaron el corazón. Me resultaba increíble que esa mujer estupenda, tan sexy, cariñosa, divertida y amable pudiera pensar que yo era maravilloso. No iba a cuestionármelo.

Al final de la velada, estaba desesperado por tenerla. Cada minuto que pasaba con ella me hacía darme cuenta de lo tonto que había sido todos esos años. Ella había estado justo delante de mí, deseándome, y yo nunca había elegido explorar ese camino.

Ashleigh

Cuando llegamos delante del edificio donde vivía, me apartó el pelo de la cara.

—Ashleigh, gracias por aceptar salir conmigo esta noche. He pasado una velada estupenda y me gustaría mucho volver a verte. ¿Estás libre el sábado todo el día?

¿Estaba dando por terminada nuestra cita? No estaba segura de estar preparada para separarme de él.

—Gracias por unas horas maravillosas. Me encantaría verte de nuevo el sábado.

Asintió.

—¿Puedo besarte?

Me dio un vuelco el corazón. Deslicé la mano por su duro pecho, después de dar medio paso adelante para cerrar la brecha que nos separaba.

—Me gustaría, sí.

Me cogió la cara y me dio un beso en la comisura. Separé los labios cuando me pasó la lengua por el inferior antes de hundirla en mi boca. Me bajó las manos por la espalda, estrechando mi cuerpo contra el suyo, haciéndome sentir deseada y segura.

Jadeó cuando pasé los dedos por su cinturón. Ya nos habíamos acostado y yo no pretendía volver a meter al genio en la lámpara. ¿Iba a quedarse si se lo pidiera? Antes de que pudiera decir nada, deshizo el beso y dio un paso atrás.

—Eres increíble, pero me cuesta mantener el control. —Aún se me hacía difícil creer que podía hacerle eso—. Tengo que madrugar, así que me voy.

Asentí, con la decepción inundando mis venas. Estaba decidido a marcharse. Me dio un beso en la mejilla y me miró mientras me dirigía al edificio.

Me había sentido cortejada, valorada. Pero estaba tumbada en la cama con un dolor entre las piernas que solo Luke podía curar. ¿Debí haberlo invitado a entrar? No me había preguntado, no lo había asumido, y yo había olvidado en qué punto estábamos. ¿Salir con él

significaba no practicar sexo? Luke era todo lo que quería, y él había dejado claro que me quería a mí. ¿A qué estaba esperando? Tenía mucho que perder, pero aún más que ganar.

Me puse el abrigo y salí corriendo. Era tarde y vivía lejos de una calle principal donde pudiera coger un taxi. Tardé unos veinte minutos en encontrar uno libre y, cuando subí, me di cuenta de que no sabía en qué planta estaba el piso de Luke. Había estado allí antes, pero solo una vez. Me pasé el trayecto mirando mis mensajes, intentando encontrar aquel en el que me había dado su dirección. Antes de darme cuenta, estaba de pie frente al edificio de Luke, mirando cómo desaparecían las luces traseras del taxi. Dios, era idiota. ¿Qué hacía allí? Tal vez no me había presionado para entrar porque no quería. Quizá también se sentía inseguro sobre nuestra relación. Eché a andar, demasiado asustada para seguir buscando en los mensajes antiguos. No debí haber ido. Debí haber confiado en mi instinto y haber dejado que marinara nuestra relación, dejar que los dos nos acostumbráramos a la idea de estar juntos. ¿En qué había estado pensando al ser tan presuntuosa como para suponer que yo era la única que se estaba conteniendo?

Lo echaba de menos.

—Ashleigh…

Di un respingo y, al volverme, me encontré a Luke acercándose a mí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Oh…, oh… No lo sé. —¿Estaba enfadado?—. Lo siento.

—No lo sientas. ¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Consultó el reloj y luego me miró. Me estrechó entre sus brazos—. ¿Tienes frío? Lamento no haber estado aquí.

Me di cuenta de que acababa de llegar a casa después de dejarme. ¿Dónde había estado?

—No. No debería haber venido. Debería marcharme. No quería presionarte. —*Dios, debería haberme quedado en casa.* Habíamos pasado una noche maravillosa y yo la había estropeado apareciendo sin invitación.

—¿Qué quieres decir con «presionarme»? Por favor, no te vayas —me dijo contra el pelo, tensando los brazos—. Dime por qué estás aquí.

Inspiré hondo.

—Te echaba de menos. —Era genial que me abrazara. Me sentía tan segura…

—¿En serio? —Me besó la coronilla—. Vamos dentro. Debes de estar helada. No deberías salir sola, no es seguro y no quiero que te pase nada.

—Pero si te sientes presionado, tienes que decírmelo.

—¿Presionado porque estés aquí? Ashleigh, yo estoy preparado para correr; solo estoy esperando a que me alcances, cariño.

Todo lo que decía me hacía sentir mejor. Cada momento que pasaba con él me hacía sentir más segura de nuestro futuro juntos.

—¿Estoy loca? —pregunté al entrar.

—¿En general o por alguna razón en particular? Porque las respuestas son sí y tal vez.

Puse los ojos en blanco y él se rio.

—Por echarte de menos, por aparecer aquí en mitad de la noche. Creo que estoy loca.

—Bueno, si eso te convierte en loca, me gusta tu locura. Pensaba que no querías que me quedara y no quiero que te sientas obligada. —Tenía el ceño fruncido, como si tratara de armar un rompecabezas.

—Sé lo que dije, pero he cambiado de opinión. —Miré al suelo—. Las citas deberían incluir fiestas de pijamas. ¿Qué te parece?

Metió las llaves en la cerradura y me hizo pasar.

—Creo que tal vez estás empezando a alcanzarme.

Se desplomó en el sofá y me subió a su regazo.

—No quiero estar ni un momento más sin ti. Me siento idiota por no haber visto lo que tenía delante de las narices durante tanto tiempo. En lo que a mí respecta, cada noche debería ser una fiesta de pijamas, pero sé que tienes algunas dudas y que quieres protegerte. Entiendo todo eso, y quiero ir a tu ritmo, pero no debes preocuparte por si estás presionándome. Todo lo demás que quiero en la vida palidece en comparación con lo mucho que te quiero a ti.

Su discurso hizo que el estómago me diera un vuelco. Esas palabras habían sido el material de mis sueños desde que era una adolescente.

—Eres maravilloso.

—En realidad no lo soy. Pregúntale a Emma, o a Fiona. A cualquiera de mis ex. Es diferente contigo; tú me haces diferente. Mejor. Me gusto más contigo que sin ti.

No estaba segura de que nadie me hubiera hecho nunca un cumplido así, y resultaba casi abrumador.

—Vale, así que eres mi señor maravilloso particular.

—Puedo vivir con ello. —Entrelazó los dedos con los míos y apoyó la cabeza en mi cuello—. ¿Te sientes mejor?

Asentí. Era imposible no sentirme extasiada por lo que acababa de decir.

—Mucho.

—Siempre hemos podido hablar, Ashleigh, y ahora que estamos juntos eso no tiene por qué parar. De hecho, dada mi experiencia, no hablar, no decir lo que sientes, solo puede conducir al dolor.

Estábamos juntos.

Las palabras sonaban en bucle en mi cabeza, mezcladas con su

aliento en mi cuello, haciendo que mi cerebro se viera envuelto en la confusión y mis miembros se relajaran. Sonaba tan seguro. Tan firme. Como si fuera algo definitivo, una calle de sentido único.

—Tal vez tengas razón.

—¿Tal vez? —preguntó, incrédulo.

Solté una risita.

—Es decir, sí, tienes razón sobre lo de hablar, pero también cuando me dijiste lo que había entre nosotros. A lo mejor lo sabías desde el principio.

—Me alegro de que por fin empiece a rodar la bola de nieve. Tengo una sabiduría superior a la de mi edad cuando se trata de lo que siento por ti y de cómo funcionarán las cosas entre nosotros. Te acostumbrarás.

—Los fanfarrones no le gustan a nadie, Luke Daniels.

—Bueno, acabas de cruzar Londres por mí en mitad de la noche. Parece que te gusto bastante.

—Menudo creído —susurré, y dejé caer un beso sobre su mandíbula. Obviamente, no lo decía en serio, pero algo había. Estábamos juntos. Era lo lógico y me sentía bien—. Creo que ha llegado el momento de decírselo a Haven. —Le di otro beso en la mandíbula.

—¿Estás preparada para que te dé igual que ella se comporte de forma extraña?

—¿Crees que le parecerá raro?

—No, pero quiero que tú estés segura de mí, de nosotros. No quiero que vuelvas a romper conmigo si dice algo que no te gusta.

Tenía razón. Había estado demasiado dispuesta a aceptar las dudas de Haven, incluso las había ampliado en mi imaginación.

—Creo que ella le dio voz a mis temores. Escucharlos de su boca los magnificó. Pero ahora no acabas de romper una relación duradera y te creo cuando me dices que no soy la opción fácil para ti. Es como si hubieras salido de la rutina y aceptaras un cambio por primera vez.

—Y tienes razón. Había intentado meter todo lo que me rodeaba en una especie de burbuja temporal porque pensaba que eso era lo que me haría feliz. Probablemente ha sido así desde que murieron mis padres. He olvidado esa necesidad de mantenerlo todo igual, y tú me has ayudado. Me has mostrado lo bueno que puede ser el cambio.

No podía haber dicho nada que me hiciera amarlo más.

—Eres muy dulce al decir eso…

—Lo digo en serio.

—Estoy preparada para contárselo a Haven. —Me acerqué y le dibujé una hilera de besos en el pómulo.

—Vamos. —Me levantó de su regazo—. Eso es motivo para celebrarlo desnudos. Vamos a la cama. —Su teléfono empezó a vibrar.

—Es Haven —comentó—. Es tarde; me pregunto por qué llama. —Silenció la llamada. Cuando llegamos al dormitorio, era mi teléfono el que sonaba. Antes de mirar, supe que iba a ser Haven. Era demasiada coincidencia que nuestros móviles hubieran sonado de forma tan seguida.

—Tengo que contestar. Podría ser por el bebé, y Jake está fuera esta noche.

—¿Haven? —Me senté en la cama y me quité los zapatos.

—Hola, lo siento. ¿Es muy tarde? Acabo de intentar llamar a Luke, pero no contesta, y Jake tampoco.

—¿Estás bien?

—Sí, es que he notado una sensación rara en el vientre y me he asustado un poco. He hablado con el médico y me ha dicho que estoy bien y que es normal; que probablemente el bebé estaba dando patadas, pero necesitaba que alguien a quien quiero me diga que todo va a ir bien.

Luke se había quedado en calzoncillos e intentaba quitarme el jersey por la cabeza. Me pegó el teléfono a la oreja para soltarme el brazo. Volvió a ponerme la mano en el teléfono y me empujó de nuevo sobre la cama mientras Haven seguía parloteando.

—Está más que bien. Es increíble, Haven. Tienes un ser vivo dentro de ti. Es raro, pero totalmente genial.

Luke me deslizó los vaqueros por las piernas, seguidos de mi ropa interior. Me quedé desnuda sobre la cama.

—Así que estás bien. ¿Quieres que vaya? —Habría tenido que darme una ducha fría antes de salir, pero si de verdad hubiera querido que fuera, lo habría hecho. O esa era la mentira que me contaba a mí misma.

—No, estoy bien. Solo necesitaba oírte decirme que está bien. Me siento aliviada, eso es todo.

Luke empezó a darme besos suaves como aleteos de mariposa en el vientre. Le pasé la mano libre por el pelo, adorando sentir su calor contra la piel.

—¿Qué tal la reunión? ¡Dios mío! ¿Has conseguido una plaza? Lo siento; he estado hablando sobre mí y se me ha olvidado preguntarte. ¿Eres una futura alumna de un máster?

Se me revolvieron las entrañas. Gracias a Dios que iba a enterarse de lo nuestro enseguida. Odiaba mentirle. Me aparté de Luke, que se puso a mi lado y apoyó la cabeza en el hueco del brazo, mirándome.

—Hoy no me he enterado de nada. Creo que nos lo dirán esta semana.

—Pero ¿la cena estuvo bien? —preguntó.

—Muy bien, pero estoy muy cansada. ¿Te importa si nos ponemos al día mañana?

Haven y yo nos despedimos, colgué y dejé el móvil en la mesilla. Luke me pasó el dedo por la mandíbula.

—¿Está bien?

—Sí, supongo que son los nervios de una madre primeriza.

—Jake la hará sentir mejor. Sabe cómo manejarla.

Asentí.

—No puedo creer que vaya a ser madre. Es decir…

—Es joven —afirmó. No era lo que estaba a punto de decir.

—La verdad es que no es eso. Quiero decir, es un evento que cambia la vida y no ha sido planeado. Creo que le habría gustado tener un poco más de tiempo para estar sola con Jake.

Luke se rio entre dientes.

—Estoy seguro de que Jake siente lo mismo.

Me había dado la impresión de que ese embarazo era justo lo que Jake quería. Llevaba tiempo hablando de tener hijos. Luke veía las cosas de otra manera, o estaba proyectando sus propios sentimientos sobre ser padre. Que no hubiéramos hablado de tener familia era una prueba de lo nueva que era nuestra relación. Tal vez no hacía falta. Había dejado claro que no quería tener hijos cuando estaba con Emma, y había bromeado con Jake cuando Haven había contado que estaba embarazada, diciéndole que se alegraba de que no le hubiera pasado a él. Supongo que tenía que aceptar que, si quería a Luke, los hijos no iban a formar parte de la ecuación. Un vacío empezó a crecer en mi interior.

—¿Estás bien? —me preguntó, devolviéndome al presente con una caricia en el pelo.

—Sí, me siento fatal por mentirle a Haven. —Y por renunciar a la posibilidad de ser madre.

—No te sientas mal, preciosa. Se lo diremos mañana.

Decírselo a Haven era el siguiente paso. Ni siquiera podía pasar mis horas de sueño lejos de Luke, así que ella debía saberlo ya. Sin embargo, en mi cabeza daban vueltas miles de posibilidades sobre cómo iba a reaccionar.

—Quiero que lo sepa. Estoy lista.

—Lo sé. Le encantará saberlo. Antes estaba preocupada. Pensaba que te iba a tratar como a un rollo, o que todo saldría mal y nuestra familia quedaría rota. Pero no pasa nada. Ahora es diferente, y lo verá.

Coloqué la palma de la mano justo debajo de su caja torácica y miré cómo mi mano subía y bajaba con su respiración.

—A mí también me preocupa —dije en voz baja—. No podría soportar no tener… —Tuve que dejar de hablar porque me temblaba la voz. La idea de perderlo a él y a Haven resultaba demasiado dolorosa.

Luke deslizó la mano bajo la mía.

—No dejaré que pase eso, Ashleigh. Siempre seremos familia. Te lo prometo.

Inspiré hondo y me dejé reconfortar por sus palabras.

—¿Cómo vamos a decírselo? Es nuevo y…

—Ashleigh, esto no es nuevo. Te conozco de toda la vida. Déjame encargarme de mi hermana. Sé cómo hacerlo.

26

LUKE

No me gustaba ir de compras y, desde luego, normalmente nunca habría interrumpido mi trabajo en el bufete para abrirme paso a codazos entre los demás clientes de un centro comercial, pero eso era exactamente lo que estaba haciendo. Ashleigh me había dejado claro que me estaba pasando comprándole flores. Sin embargo, quería que siguiera pensando en mí, quería que sonriera y hacer cosas que sabía que iban a hacerla feliz. Así que hice un hueco en mitad de la jornada laboral para comprarle un regalo.

Rara vez la había visto mimarse. Sabía que había pasado apuros al comprar el apartamento, y Haven me había contado que no había ido a Chicago con ellos porque no podía permitírselo y no había dejado que Jake le pagara el vuelo y la habitación de hotel. Así que, si ella no se gastaba dinero en sí misma, yo iba a compensárselo. Tenía en mente lo que quería regalarle. Íbamos a contarle a Haven esa noche que estábamos saliendo y quería que siguiera tan bien como hasta entonces cuando lo hiciéramos. Quería que pensara en lo que íbamos a hacer más tarde en lugar de estar nerviosa por la cena. Nunca había comprado ropa interior femenina; no era ese tipo de hombre. Emma me había dicho una vez que yo era la persona menos romántica que había conocido y, mientras habíamos estado juntos, había tenido razón. Ashleigh había dejado al descubierto un nuevo yo.

—¿Puedo ayudarle, señor? —preguntó una de las dependientas cuando entré en la boutique de lencería de lujo que había buscado en Google esa misma mañana.

—Sí, quiero comprar un regalo para… —Todavía no habíamos tratado el tema de las etiquetas, había estado demasiado preocupado dejando que Ashleigh marcara el ritmo—. Mi novia. —Novia sonaba bien, y tuve que reprimirme para no curvar demasiado las comisuras de los labios. No quería que la dependienta pensara que le estaba tirando los tejos.

—¿Tiene algo en mente? —preguntó.

Eché un vistazo a la tienda. A Ashleigh le quedaría bien cualquiera de las prenda que había allí.

—¿Algún color que le guste o que, por el contrario, no le guste? —

Me encogí de hombros. Quizá era demasiado pronto. No quería presionarla ni hacer sentir a Ashleigh que lo nuestro era solo sexo. Aunque estaba seguro de que ya lo había entendido.

—¿Tiene algún presupuesto en mente?

—Quiero algo bonito. Que ella elegiría para sí misma. No quiero que piense que lo compro por mí. —No estaba seguro de que eso fuera a ser de mucha ayuda para la dependienta, pero ella se limitó a sonreír y me condujo hasta uno de los estantes.

—¿De qué color tiene el pelo? ¿Y la piel?

—El pelo casi negro y piel clara. Bastante clara. Dice que se quema con el sol. —Era la razón por la que solíamos pasar los veranos bajo los árboles cuando éramos niños.

—El rojo le quedará precioso; mejor un rojo intenso, como este. —Levantó un sujetador.

Asentí. Sobre su piel iba a quedar espectacular. Intenté no imaginarme con demasiada claridad el aspecto que habría tenido. Eso solo me habría traído problemas.

—¿Estaba pensando en sujetador y braguita a juego, o mejor un corpiño y un liguero?

Joder, eso se estaba complicando.

—¿Qué compraría usted si alguien le diera una tarjeta regalo?

—Yo pasaría de los ligueros, compraría dos bragas y me llevaría el sujetador y el bustier.

—Me parece bien. —Quería que a Ashleigh le encantara su regalo, pero mimar a mi novia era una experiencia nueva. Un cambio más. Ashleigh me estaba haciendo ser un nuevo yo.

Tardé lo que me pareció una hora y media en tener envuelto el conjunto para regalo —algo que me pareció un proceso muy enrevesado que incluía envolverlo en papel blanco, empaquetarlo, atarlo con lazos, envolverlo de nuevo, esa vez en papel negro, y luego meterlo en una enorme bolsa de regalo—. Había muchas posibilidades de que Ashleigh pensara que le había comprado un coche en lugar de ropa interior.

Mientras volvía al trabajo, el móvil vibró en el bolsillo de mi chaqueta.

—No tengo ninguna foto tuya en el teléfono. —Me había dado cuenta cuando la dependienta me había preguntado la talla de Ashleigh y había querido enseñarle una fotografía.

—Eh, hola… ¿Estabas pensando eso cuando me llamaste?

—Es en lo único en lo que he estado pensando. Quiero desnudarte y hacerte fotos. —La idea hizo que hubiera una gran agitación dentro de mis pantalones.

—Eres un pervertido.

—Me encanta tu cuerpo. —Y su mente y su alma—. Tienes que

aprender a aceptar cumplidos.

—Es que es raro. Estoy acostumbrada a que te burles de mí, a que me eches la bronca sin motivo y a que yo te devuelva la pulla.

Entendía por qué a ella le parecía raro, pero yo no sentía lo mismo. Para mí, la transición que había hecho en mi cabeza de amiga a amante había sido fluida. Convencerla de que podía confiar en mí era más difícil, pero yo tenía muy claro lo que sentía.

—Te acostumbrarás, cariño. De todos modos, ¿no deberías estar salvando vidas o algo así? Normalmente no me puedes llamar en mitad del día. ¿Qué ha pasado?

—Es porque trabajo en cuidados paliativos. Mis pacientes no se curan.

—Ah, sí, creo recordar que ya lo habías dicho antes. —No pude contener la sonrisa que se había apoderado de mi cara. Podía decir por su voz que lucía una parecida.

—Ahora bien, estoy preparada para que Ash y Luke duren muchos años.

—A por Ashleigh y Luke 2.0. Solo necesitas tener un poco de fe.

—La tengo, pero estoy nerviosa por lo de esta noche. En realidad, no hemos hablado todavía de lo que vamos a decir o cómo vamos a hacerlo, y… Quizá deberíamos tener un plan.

—Mi plan es que no te atrevas a romper conmigo, da igual la reacción que tenga Haven.

—Eso no es un plan.

—Es el plan más importante. En serio, Ashleigh, tengo que saber que no vas a sufrir otra crisis. —Si la perdía en ese momento, podía darme un ataque. Ya era una parte de mí.

Se hizo el silencio al otro lado del teléfono y mi corazón empezó a galopar.

—Tranquilo, eso no pasará —dijo en voz baja, pero yo necesitaba que fuera más convincente—. No quiero tener que elegir entre complacer a Haven y complacerte a ti.

—¿Qué tal si piensas en lo que tú quieres? Yo te quiero y espero que me quieras.

—Lo hago, solo que no puedo…

Mi ritmo cardíaco no se detuvo.

—¿No puedes qué, Ashleigh?

—No puedo perderte.

Casi se me doblaron las rodillas de alivio. Cerré los ojos para concentrarme en lo que acababa de decir.

—Nunca me perderás. No te preocupes por lo de esta noche. Encontraré la forma de sacar el tema lo antes posible para que no te mueras de un ataque de ansiedad a mitad de la cena. Todo va a ir bien. Te lo prometo.

—Vale, tienes razón. Todo va a salir bien. Gracias.

—Genial. —No había mayor premio que calmar las preocupaciones de Ashleigh. Era como si ese fuera mi trabajo desde que era mi novia: cuidar de ella y hacer que todo fuera mejor. Estábamos conectados. Yo estaba mejor cuando Ashleigh se sentía mejor. Hacerla feliz me hacía feliz a mí.

—Oh, joder… Me olvidaba de decírtelo. Te he llamado porque he conseguido una plaza en el máster. —Ella alargó la palabra máster por la emoción.

—¿Lo dices en serio? Eres increíble y no lo he dudado ni por un momento. Tenemos que celebrarlo. —Estaba muy orgulloso de ella, pero sentí una inquietud que reconocí enseguida; que hiciera un máster significaría un cambio. Su enfoque iba a cambiar. Pero eso podía ser positivo, ¿no? No podíamos quedarnos quietos, lo había aprendido por las malas. Si podía comprar lencería, nada iba a resistírseme. Si eso no demostraba que podíamos adaptarnos a todo, nada lo hacía. Hacer un máster iba a ser pan comido. Y que Ashleigh fuera feliz era lo mejor que podía pasar.

—Lo celebraremos esta noche. ¿Te quedas a dormir?

Su pregunta me hizo sentir mejor al instante.

ASHLEIGH

Cuando llegué a casa, encontré en el felpudo una bolsa enorme de una tienda de lencería muy cara. Sonreí, sabiendo que debía de ser de Luke. No estaba segura de cómo se las había arreglado para entrar en el edificio, pero que Luke hubiera sacado tiempo en lo que habría sido un día muy ajetreado para ir de compras y dejarlo en mi casa era casi tan asombroso como el regalo en sí. Casi.

Después de apartar copiosas cantidades de papel de seda, saqué el juego de lencería más bonito que había visto en mi vida. Eran un sujetador, dos bragas y un corpiño a juego, todo de encaje en color rojo oscuro. Me desnudé con rapidez para probármelo. Era suave y sexy, el corpiño me subía las tetas y me tapaba lo justo para que no se me salieran. Estaba deseando que Luke me viera esa noche. Estaba segura de que iba a quedar muy satisfecho con su compra. De hecho, no creía que las bragas fueran a durar mucho bajo sus dedos, y esa idea no me molestaba nada.

Perdida entre el papel de seda había una nota.

«Quiero que te sientas tan increíble como sé que eres.

No tienes de qué preocuparte. Lo tenemos todo.

Con amor.

Luke».

Estar con Luke me hacía creer que era una diosa. Nunca me había sentido tan adorada. Empezaba a pensar que tenía razón. Tal vez teníamos eso.

Me puse un vestido negro sobre la ropa interior nueva y me maquillé con rapidez para salir a cenar con todos.

Cuando llegué al restaurante que Haven había elegido, mi ansiedad se desvaneció. Mi atención estaba más centrada en la sensación del encaje contra mi piel y en imaginar la cara que iba a poner Luke cuando me viera más tarde, sin nada más que lo que me había comprado.

Si su intención había sido distraerme, había cumplido su misión.

—Hola —dije al llegar a la mesa que nos habían asignado. Era la última en llegar, lo que no era propio de mí. Besé a todos para saludarlos; incluso Beth estaba allí—. Haven, este lugar es precioso.

Ocupé el hueco libre entre Luke y Haven. Cuando me senté, Luke me apretó el muslo y su contacto me hizo sentir un vuelco en el estómago. Le di las gracias, y él me guiñó un ojo.

Luke me llenó la copa de agua y me relajé en la silla. ¿Qué iba a decir? ¿Y cuándo? Una parte de mí estaba nerviosa, pero la otra estaba ansiosa. Quería que mi familia supiera que Luke y yo estábamos juntos.

—Espero que la comida sea buena —comentó Haven—. No me importa cocinar en Navidad. Pero si no puedo beber, tiene que haber algo bueno ese día.

—Ya he dicho que no me importa ser chef por un día —intervino Beth.

—No, Haven tiene razón. Salir será genial. Es bueno establecer nuevas tradiciones —dijo Luke.

El corazón se me aceleró. ¿Iba a decirlo ya? No estaba segura de estar preparada.

—Tienes que cocinar algo —dije—. Será una nueva regla en Navidad. Todos hemos probado suficientes postres de Beth para saber que pueden llevar a un coma diabético. —Hubo risitas alrededor de la mesa.

—Bueno, es gracioso que digas eso porque va a ser el eslogan de mis videoclips: «Lo mejor de la cocina de Beth: un coma diabético en ciernes».

—Creo que será un éxito. ¿Cómo vas? Ya he visto que has tenido un millón de visitas el fin de semana.

Estaba segura de que Beth iba a convertirse en un fenómeno de YouTube muy pronto. Parecía una joven Elizabeth Taylor y vestía

como tal, con vestidos *vintage* de los años 50. Era el tipo de chica con la que Haven y yo bromeábamos sobre cuestionarnos nuestra sexualidad.

—Eres muy atenta al estar pendiente. No estoy segura de que sea un millón, y la mayoría son solo de la gente que se sienta alrededor de esta mesa.

—Había muchos comentarios. Algunos pervertidos, todo hay que decirlo. Tener a una mujer como tú en la cocina debe de ser el sueño húmedo de muchos hombres. La mayoría eran de gente que se ha vuelto loca por ti y por tu repostería.

Beth se sonrojó.

—Solo lo hago por diversión, pero, en realidad, ayer recibí una llamada de un tipo que quiere darme cinco minutos en un programa que hay a la hora del desayuno los sábados, en Chicago.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Jake—. Eres increíble. Vas a ser una superestrella.

Beth empujó a Jake cuando intentó agarrarla para darle un beso.

—Es en la televisión local. Y probablemente se quede en nada, pero puede ser divertido, ¿verdad?

—Es fantástico —intervino Luke—. Estamos rodeados de mujeres increíbles, Jake —añadió, moviendo la cabeza con asombro. Mi necesidad de besarlo fue casi demasiado fuerte para resistirme.

—Lo sé —respondió Jake.

Un sumiller se afanaba vertiendo coraje en forma de burbujas en las copas. Me aterraba pensar en lo que iba a costar la velada. Había pedido una segunda hipoteca para pagar la parte de la matrícula del máster que no cubría el hospital y había solicitado varias becas, pero mi situación económica no iba a ser muy boyante durante los años venideros.

Cuando el camarero hubo llenado todas las copas, Luke apartó la silla y se levantó. El corazón empezó a latirme tan fuerte que me sorprendió que no llamaran a una ambulancia.

—Me gustaría decir algo —informó mientras todos lo miraban con intensidad.

Había llegado el momento. La emoción me hormigueaba bajo la piel.

—Estoy enamorado de Ashleigh Franklin —anunció.

Me miró mientras hablaba, y yo no pude hacer otra cosa que clavar los ojos en él.

¿Me quería?

Por supuesto que sí.

¿Cómo había podido dudarlo?

—Estoy obsesionado con ella de una forma que raya la locura. Soy un devoto, estoy pillado, total y completamente enamorado de ella.

Espero que sienta por mí solo una pequeña fracción de lo que yo siento por ella. Tengo la intención de pasar el resto de mi vida tratando de ganarme su amor y su respeto. Eso es todo.

En todos los años que llevaba amándolo, nunca había sentido tanto amor por él como en aquel momento. Estaba describiendo lo que yo sentía por él. Nuestros sentimientos eran mutuos. Nunca había pensado que eso fuera posible.

Me rozó el pómulo con el pulgar y me dio un suave beso en los labios.

—Respira —susurró.

—Estoy bien. Ya está hecho —respondí.

Por fin aparté la mirada de él y escruté los tres rostros que nos miraban fijamente, centrándome en Haven. Ella sonrió como un gato satisfecho y puso los ojos en blanco. Jake levantó la copa mientras Beth entrelazaba las manos con una sonrisa en la cara.

Me volví hacia Luke.

—Yo también te quiero. Lo sabes, ¿verdad? —Hacía tanto tiempo que sabía en el fondo de mi corazón que lo amaba que había dado por hecho que él lo sabía, pero decirlo en voz alta me parecía… correcto.

—Eso espero.

—No tienes nada que esperar. Tienes mi amor. Todo mi amor. Para siempre. —Fruncí el ceño, intentando transmitirle lo seria que estaba. Tenía que entender que solo iba a quererlo a él.

—Nunca me cansaré de que me lo digas.

—Te quiero —repetí. Lo había amado desde que tenía memoria, pero en ese momento era diferente: más profundo, más sustancial, casi como si pudiera extender la mano y tocar lo que fuera que había entre nosotros.

Luke sonrió y me apretó la mano.

—Te quiero.

—Vale, a los dos, ¿podéis parar antes de que empiece a tener arcadas? —dijo Haven.

—¿Te parece bien? Quiero que te parezca bien. No quiero perderos a ninguno de los dos. —Esperaba que su sonrisa indicara que había aceptado la idea.

—Bueno, evidentemente, no las muestras públicas de afecto, pero no se me ocurre nada mejor que el que estéis juntos.

No lo entendía. ¿Por qué había cambiado de idea?

—Pero…

—Sin peros —me interrumpió—. Sin embargo, como lo estropeéis, os mataré a los dos. No voy a dejar que mi familia se separe.

—Vale, vale, pero no vamos a estropear nada —respondió Luke.

—¿Cuánto hace que os conocéis, que estáis juntos? —preguntó Beth, mirándonos—. Se os ve muy unidos.

Me sonrojé. ¿Parecíamos una pareja? Miré a Haven. Joder, esperaba que no estuviera enfadada por no haberlo sabido enseguida.

—Unos días, supongo, pero ha pasado mucho tiempo —respondió Luke—. Lo sabía desde que me separé de Emma. Solo necesitaba madurar un poco y convencerla. —Ladeó la cabeza en mi dirección y deslizó el brazo por el respaldo de mi silla, echándose hacia mí.

—¿Y estás convencida? —preguntó Haven.

—Sí. ¿Y tú?

—Le preocupa que no lo apruebes —intervino Luke. Le apoyé la mano en el muslo. Renunciar a Luke no era una opción.

—No necesitáis mi aprobación y, de todos modos, hagáis lo que hagáis, siempre la tendréis. Solo quería asegurarme de que tuvierais claras las consecuencias. Pase lo que pase, tenemos que mantener unida la familia. No quería que os la jugarais solo por follar.

Solté el aire, aliviada de que Haven no estuviera enfadada, ni siquiera remotamente. No hacía falta convencerla de que no iba a perdernos a ninguno de los dos. Nos estaba animando; podía percibirlo en su sonrisa. Al plantear sus preocupaciones, solo había intentado protegernos a los dos. Sonreí cuando me llevó hacia ella y me besó la mejilla.

El amor que me envolvía era abrumador.

—Lo sabemos —dijo Luke, pero no pude concentrarme en el resto de su frase. Repetía ese plural en mi cabeza una y otra vez. Encajaba. El calor de su cuerpo me devolvió al momento. El roce de sus dedos en mi espalda de vez en cuando me hacía sentir segura.

Éramos un nosotros.

Y éramos una familia.

—Tenemos mucho que celebrar —comentó Jake.

—Ah, y me han aceptado en máster —añadí. Un día cualquiera, habría sido un gran acontecimiento. Hoy me parecía solo la guinda del pastel.

La mesa estalló en felicitaciones y abrazos.

La vida se desarrollaba ante mí de la mejor manera posible.

27

Luke

—Entonces, ¿yo tenía razón? —preguntó Jake mientras nos recuperábamos de la carrera. El sol empezaba a abrirse paso entre el aire hostil y había descongelado el hielo que se había acumulado en los aleros de los edificios y las paradas de autobús, pero aún hacía frío y teníamos que llegar a la estación de metro.

Había bajado un poco el ritmo de los entrenamientos desde que Ashleigh y yo nos habíamos convertido en pareja. Como era comprensible, Fiona ya no estaba tan entusiasmada por entrenar conmigo para el triatlón, pero yo disfrutaba de las endorfinas que me proporcionaba el cardio casi diario. También tenía que asegurarme de seguir dándole a Ashleigh lo que necesitaba en la cama. El sexo había sido increíble desde el principio y cada vez era mejor y no menos frecuente.

—¿Tenías razón en qué?

—Sobre Emma, y que era obvio que no era la adecuada para ti porque no querías casarte con ella.

—Ah, sobre eso. —Jake estaba convencido de que cuando encontrara a la mujer adecuada, mis ideas sobre el matrimonio iban a cambiar. Sonreí—. Sí, lo reconozco. Tenías razón.

—¿Ya le has comprado el anillo? —Giramos a la izquierda; el metro estaba más adelante, aunque estaba casi seguro de que ir andando a casa desde donde estábamos iba a llevarme el mismo tiempo.

—Tío, si le empiezo a hablar de matrimonio, voy a acojonarla del todo. Todavía está un poco recelosa con respecto a mi cambio de opinión. Creo que ella lo vivió como un proceso gradual, pero para mí no fue así. Me desperté de repente y ¡boom!, me di cuenta de que estoy enamorado y quiero tener diecinueve hijos con ella. Si fuera por mí, me casaría mañana mismo, pero no quiero asustarla. No deja de decirme que solo llevamos juntos unas semanas, aunque para mí es definitivo. Así que estoy tratando de ser paciente.

Jake me sonreía.

—Sí. Tú estás seguro. A mí me pasó exactamente lo mismo.

—No sé cuánto tiempo podré contenerme y no sacar a colación nuestro futuro. Ya hemos perdido mucho tiempo, y quiero seguir

adelante. Ashleigh parece feliz de quedarse donde estamos. —Nos habíamos dicho que nos amábamos, así que no estábamos parados, pero yo me sentía muy por delante de ella en cuanto al punto en el que nos encontrábamos en nuestra relación. Miraba constantemente por encima del hombro para asegurarme de que me seguía, aunque quería que se dejara llevar. Que se dejara llevar como lo había hecho yo.

—¿Has hablado con ella al respecto?

—No. Decírselo a Haven era algo muy importante para ella. Se siente más segura y feliz ahora que está hecho, y una parte de mí no quiere presionarla. Pero estoy preparado para lo que vendrá. Supongo que tendré que aprender a tener paciencia.

—¿Y qué es lo siguiente? —preguntó Jake.

Era como si estuviera en una carrera de obstáculos y acabara de superar con éxito el de «comunicárselo a la familia» y el de «decirnos que nos queríamos», y hubiéramos doblado una esquina para toparme con el de «irnos a vivir juntos».

—Quiero que se mude conmigo. Por supuesto que quiero casarme ya, pero entiendo que eso podría ser demasiado para ella.

Jake rio entre dientes.

—Quizá vivir juntos sea un buen paso intermedio. Puede que le entusiasme más de lo que crees. Cuando Haven comprendió por fin que los dos estábamos hechos para estar juntos para siempre, no se resistió en absoluto.

Tal vez Ashleigh estuviera preparada. Podía empezar a soltar indirectas sobre mudarnos ahora que Haven estaba de acuerdo. Ashleigh podría alquilar su apartamento y eso iba a ayudarla económicamente. De todos modos, pasábamos todas las noches juntos. Se acercaban las Navidades y podíamos aprovechar para trasladar sus cosas antes de que empezara a estudiar en Año Nuevo. Era un buen momento. Era lo lógico. Si la convencía de lo práctica que era una mudanza, tal vez se podía distraerla de lo que significaba para nuestra relación.

Vacilé en la entrada del metro.

—¿No te vas a casa? —preguntó Jake.

—En realidad, creo que voy a ir andando. —Quería pensar en la situación, reformular el enfoque.

Asintió y volvió con Haven. Jake era un buen tipo. Siempre había pensado que era un poco flojeras por casarse con mi hermana justo después de conocerla. Incluso había sentido pena por él. Por supuesto, eso había sido antes de que me pasara algo parecido con Ashleigh; hasta entonces había supuesto que lo había hecho para consolar a Haven, para tenerla feliz. En ese momento comprendía que, si sentía por Haven la mitad de lo que yo sentía por Ashleigh, sin más, no le

había quedado otra alternativa si quería ser feliz, porque yo quería atarme a Ashleigh de todas las formas posibles.

Eché a correr hacia casa mientras repasaba los argumentos que Ashleigh podía esgrimir si le sugería que viviéramos juntos. Era lo que hacía cuando me enfrentaba a cada nuevo caso en el que trabajaba. De pronto, estaba en las afueras de la City, no muy lejos de casa. Tomé un atajo, girando a la izquierda en Hatton Garden, y me adentré en el corazón del distrito joyero de Londres. Las joyerías se alineaban a ambos lados de la calle, con los escaparates llenos de anillos de compromiso. Unos fornidos guardias de seguridad vigilaban la multitud de parejas que miraban los escaparates. Estaba a mitad de camino cuando un anillo llamó mi atención y me atreví a detenerme para echar un vistazo a través del cristal. Nunca me había fijado en un anillo de compromiso hasta que vi el de Haven. Ella se mostraba extasiada con el suyo y me lo había enseñado varias veces. El anillo que había vislumbrado no era pequeño, pero tampoco enorme; desde luego, no estaba a la altura del de Haven. Era azul, probablemente porque la piedra era un zafiro. No se trataba un anillo de compromiso tradicional, pero el nuestro no era un amor tradicional. Me parecía precioso sin ser llamativo; como Ashleigh. Tenía un aire antiguo, con una gran piedra cuadrada en el centro rodeada de diamantes diminutos. Sonreí. Me lo imaginé en su dedo, en ese instante y dentro de treinta años, cuando tuviera a nuestros nietos en brazos. Era atemporal. Estaba seguro de que a Ashleigh iba a encantarle si algún día consideraba la posibilidad de casarse conmigo.

—Es una pieza preciosa, ¿verdad? —comentó una mujer mayor. Llevaba unas flores y entraba en la tienda.

—Sí que lo es.

—Está hecho para una mujer hermosa. Es un engaste de platino con una piedra medio oscura sin tratar de algo menos de cinco quilates. Es uno de mis favoritos. No durará mucho. Solo tenemos un diseño así una vez cada pocos años, y siempre se agota en cuestión de días. Conseguir ese tipo de piedra no es fácil.

—Es caro. —Inhalé una bocanada de aire mientras mis ojos se centraban en la etiqueta del precio. No era una compra para tomar a la ligera. No se trataba de ropa interior.

—Lo vale. ¿Ella lo merece?

Aparté la vista del anillo y miré a la mujer.

—Sí. Pero tengo que pensarlo.

La mujer me sonrió.

—No lo deje pasar mucho tiempo.

Cuando llegué a casa, encontré a Ashleigh en la barra del desayuno, en ropa interior y camisola, mirando el portátil. Al salir a correr con Jake la había dejado dormida.

—Estás para comerte —le dije, y la giré en el taburete para mirarla de frente.

Descruzó las piernas y separó los muslos, rozando con las manos aquella piel blanca.

—¿Sí? —Ladeó la cabeza e inspiró. Joder, era increíble. No podía resistirme a lo que había entre esas piernas perfectas.

Me acerqué a ella y rocé sus brazos con los dedos.

—Sí —susurré en su cuello.

—¿Qué tal la carrera? ¿Qué tal con Jake?

—Bien. Interesante. —Había encontrado el anillo con el que quería proponerle matrimonio. Solo tenía que sopesar los siguientes pasos, idear una estrategia que condujera a ponerlo en su dedo.

—¿Interesante?

—Sí. Estuvimos hablando de nuestras chicas.

—¿En serio? Qué bien. ¿Y qué tiene eso de interesante? —Parecía intrigada.

—Bueno, le he dicho que quería que nos fuéramos a vivir juntos.

Curvó los labios y enarcó las cejas. Vi sorpresa, pero no horror.

—¿En serio? ¿Qué te respondió Jake?

—Que cuando todas las piezas están ahí, no se tarda mucho en encajarlas. —Me encantaba cómo me miraba: abierta y confiada—. Dime lo que estás pensando. —Le acaricié la clavícula con los dedos y disfruté de sus escalofríos.

—Sabes lo que estoy pensando.

Lo sabía.

—¿Que es demasiado pronto? ¿Que voy a cambiar de opinión?

—Vas muy rápido, Luke. —Sus palabras eran ligeras y suaves, como si fuera fácil de persuadir.

—No voy tan rápido. Ya pasamos la mayoría de las noches juntos, de todos modos. Podrías alquilar tu apartamento. Así te sería más fácil pagar el máster.

—Vas muy rápido —reiteró.

Retrocedí despacio.

—Quítate la ropa interior. —Me fijé en mi premio, mirando con intensidad la unión entre sus muslos. Ella vaciló, luego enganchó los pulgares en los laterales de las bragas y separó la tela de su piel. Por puro instinto, cerró las piernas. La miré a la cara—. Enséñamelo —dije.

—Luke…

—Venga, enséñamelo.

Separó los muslos, dejando ante mi vista su dulce sexo. Me arrodillé frente a ella y le separé más las rodillas. Se echó hacia atrás, apoyando los codos en la barra. Ya estaba lo bastante mojada como para que pudiera ver la humedad que brillaba entre sus pliegues.

¿Había estado allí sentada pensando en mí? ¿Esperaba a que volviera y le hiciera eso? La idea me hizo gemir.

Deslicé los pulgares por la unión de sus muslos, aguantándome las ganas de hundir la lengua hasta el fondo. Aún no me había recuperado del todo de la carrera y no estaba seguro de recuperar el aliento mientras Ashleigh estuviera desnuda. Era todo lo que necesitaba.

Me dejaba sin aliento.

Soplé sobre sus pliegues.

—Luke. —Me agarró la cabeza con una mano—. Por favor…

—¿Por favor qué? —Me encantaba oír sus palabras. Eran una prueba más de que la Ashleigh que tenía delante no era la Ash que había conocido toda mi vida.

—Por favor. Chúpame, fóllame… Lo necesito.

Sus palabras surtieron el efecto de siempre y me mareé un poco cuando la sangre acudió a mi polla. Gruñí y le separé más las piernas.

—Ven a vivir conmigo. —Era una reclamación injusta: estaba pidiendo un rescate por ella, pero no me importaba mientras me saliera con la mía. Le rocé con los dientes la cara interna del muslo, torturándola, queriendo llevarla a un punto en el que estuviera tan desesperada por mi lengua, por mi polla, por mis dedos que accediera a cualquier cosa.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Múdate conmigo.

—Luke… —Se movió en el taburete, empujando las caderas hacia delante. Me retiré para evitar darle lo que necesitaba.

—Dime que te mudarás.

—Dios, esto no es justo. Quiero sentirte. —Su voz era jadeante y desesperada.

—Y yo quiero saborearte —respondí, con mi voz vibrando contra su piel.

—Sí, por favor, Luke, sí. Me mudaré. Pero, por favor… —Su voz era aguda y desesperada, y el sonido provocó una oleada de sangre hacia mi erección. No pude contenerme más.

ASHLEIGH

Era una esclava de las caricias de Luke. Habría hecho cualquier cosa por él, pero iba a tener que encontrar la manera de dar marcha atrás. No podíamos ir demasiado rápido, no podíamos vivir juntos. Con los brazos alrededor de su espalda y el cuerpo aún flácido por las réplicas del orgasmo, Luke me llevó al dormitorio.

—Tengo que ducharme —dije.

—Más tarde. Primero tengo que ensuciarte más. Quiero estar

dentro de ti sin distracciones.

Me soltó y me deslicé por su cuerpo, retrocediendo hasta la cama.

—Date la vuelta. A cuatro patas. Tengo que… Voy a intentar… Dios, no podré…

Me encantaba que me deseara tanto que no pudiera controlarse.

—No intentes hacer nada. Solo poséeme como quieras.

—No quiero…

—No vas a hacerme daño. Quiero que me demuestres cuánto me deseas.

Me di la vuelta, me puse a cuatro patas y le devolví la mirada. Estaba desesperada por sentirlo dentro, por sentir su longitud en mi interior cada vez más gruesa y dura. Era una sensación poderosa que, al mismo tiempo, me debilitaba.

—Joder. —Me agarró por las caderas, se hundió dentro de mí inmediatamente y se detuvo. Jadeé al sentirlo. Siempre me resultaba inesperada la forma cómo me llenaba, como si yo estuviera hecha solo para él.

Sentí su aliento cálido contra la piel mientras me recorría con la nariz la columna vertebral, reuniendo fuerzas y deslizando las manos desde mi cintura hasta mis hombros.

—Soy adicto a tu olor. Me recuerda a… a casa. —Me mordió el hombro y me sorbió la piel hasta que me dolió y le supliqué que folláramos—. Y me encanta saborearte.

Estaba segura de que me había dejado una marca. Me estremecí al tener un recuerdo semipermanente de él en mi piel.

—Por favor. Te deseo.

—Dímelo —me susurró al oído. Le gustaba que le hablara, decía que quería oír mis palabras más apasionadas. Y yo no habría podido evitar que salieran de mi boca aunque hubiera querido.

—Quiero follar con tanta fuerza que no pueda caminar durante el resto del día.

Gimió, y yo empujé hacia atrás, instándolo a iniciar un ritmo continuo.

—¿Y qué más? —preguntó.

—Quiero que te deslices dentro de mí y que sientas lo mojada que estoy. Lo desesperada que estoy por tu polla. Que sepas que haría cualquier cosa por follar contigo… —Me sacaba todas las verdades cuando follábamos. No podía ocultar nada cuando estábamos juntos de esa manera.

Mis palabras surtieron el efecto deseado y empezó a hundirse en mi sexo y a retirarse. Arqueé la espalda, aliviada, cuando me bajó los dedos pegajosos por la columna, llevó el pulgar más abajo y rozó la carne fruncida de mi ano. Lo quería todo; quería sentirlo de todas las formas posibles.

Pasó la mano por encima de las caderas, bajó hasta mi clítoris y rodeó el nudo de nervios. Mis palabras se hicieron más rápidas.

—Sí. Más. Más fuerte. Más. Así. Así.

Me hormigueó la piel de todo el cuerpo y me sentí débil. Me cedieron los brazos y caí hacia delante, lo que cambió el ángulo de su penetración. Jadeé y apreté los músculos internos, lo que provocó que los gemidos de Luke se hicieran cada vez más fuertes. Lo traicionó su desesperación, e interrumpió el ritmo para intentar profundizar más y más, agarrándome por las caderas y luego por los hombros, tirando de mí hacia él. Dejé que se apoderara de mi cuerpo sin oponer resistencia mientras él me penetraba y se movía como quería. Era demasiado, demasiado bueno, demasiado perfecto.

Me acariciaba el clítoris, me pellizcaba los pezones dolorosamente duros y me rozaba el culo.

—Sí —jadeé al fin cuando sentí que su pulgar empapado empezaba a empujar. No quería que se contuviera—. Más.

—Dios, eres tan perfecta… —gimió, manteniendo el ritmo mientras su pulgar empujaba en mi interior, más allá del anillo de músculos. La sensación era excesiva. La sangre me retumbaba en los oídos y cerré los ojos cuando el orgasmo me inundó; fue como si saliera de mí y me recorriera las extremidades.

Luke soltó un grito ininteligible a mi espalda y las yemas de sus dedos me apretaron con tanta fuerza que pensé que estaba hundiéndose por completo en mi cuerpo. Se me doblaron las piernas bajo la fuerza de sus embestidas y me quedé tumbada en la cama mientras él perseguía su orgasmo. Segundos después, se liberó dentro de mí.

Se desplomó sobre mi espalda y luego se tumbó a mi lado.

—¿Qué me estás haciendo? —Su voz estaba enronquecida por el esfuerzo mientras tiraba de mi cuerpo inerte para que quedara tendida sobre él—. Eres increíble. Te quiero.

—Eres increíble y te quiero.

—Entonces, habrá mucho que hacer en este piso cuando te mudes.

—No hay forma de que me obligues a eso. Me estabas torturando. Tú eres abogado; deberías saber que las pruebas obtenidas por coacción no se sostienen ante un tribunal.

Luke se apoyó sobre los codos y yo lo miré desde mi posición sobre su pecho.

—Te vienes a vivir conmigo, Ashleigh. Estuviste de acuerdo y te estoy abrazando…

—¿No crees que es demasiado pronto? —Las parejas normales no vivían juntas unas semanas después de conocerse. Odiaba echar a perder lo que teníamos por ir demasiado rápido.

—Llevamos esperando toda la vida. Nos conocemos mejor que

nadie en el mundo entero. No perdamos más tiempo. —Su tono era suplicante y decidido a partes iguales, y descubrí que no tenía tanto pánico como debía. Quizá fuéramos especiales.

Noté un vuelco en el estómago al pensar que íbamos a hacerlo de verdad.

—Insisto en pagarte parte del alquiler.

—Eres mi amante, no mi compañera de piso. —Entrelazó los dedos con los míos—. Pediremos una hipoteca y yo la pagaré mientras estés en el máster.

Lo besé en el pecho. Quizá había llegado la hora de creer en los cuentos de hadas y dar un salto de fe.

—Vale —murmuré.

—¿Qué has dicho?

Levanté la vista; me estaba sonriendo.

—Vale —repetí.

—¿Vale? ¿Vale qué?

Al parecer, el deseo de Luke de torturarme no había disminuido.

—Vale, me mudaré contigo. Siempre y cuando me prometas orgasmos a demanda.

—Entonces, ¿quieres que sea una especie de Netflix de orgasmos?

Asentí.

—Sí, eso es exactamente lo que quiero.

Luke me dio la vuelta y se apoyó a mi lado.

—¿Me quieres utilizar para el sexo?

Sonreí.

—Mmmm, sí. Creía que lo habíamos dejado claro.

—Claro —contestó, saltando de la cama. Me pregunté si estaría enfadado hasta que me agarró por los pies, tiró de mí hasta el borde de la cama y me cargó sobre su hombro.

—Si quieres orgasmos, vas a tener que ducharte con regularidad.

Chillé cuando me dio una palmada en el culo y me metió en el cuarto de baño.

28

Luke

Me desplomé en el sofá del piso de Ashleigh.

—Estás aburrido.

Ashleigh había acertado, pero tampoco trataba ocultarlo.

—Te he dicho que vayas a correr mientras hago esto.

Se suponía que íbamos a empaquetar sus pertenencias y a preparar el piso para la mudanza del día siguiente. Pero tenía tantas chorradas que no avanzábamos mucho. Llevaba toda la mañana dándome razones por las que vivir juntos no iba a funcionar, y me estaba empezando a cabrear.

—Lo sé, pero quiero estar contigo. Es solo que, ya sabes, esto es aburrido. Quiero llegar ya a la parte en la que nos despertamos desnudos el domingo por la mañana.

—La vida es aburrida. No podemos pasar todo el tiempo en la cama. Si vivo contigo, te aburrirás cada vez más a menudo.

Suspiré.

—Ahora me estás cabreando. Es como si estuvieras buscando una discusión, y yo no te la voy a dar. No vas a sabotear la mudanza.

—¡¿Yo?! —gritó—. Tú eres el que quiere que vivamos juntos. Es culpa tuya.

—Sí, supongo que soy una persona terrible. Solo quiero que seamos felices. Adelante, mátame.

Como Ashleigh no me respondió, me di la vuelta. Tenía los labios apretados. Estaba claro que pensaba en cómo iba a responder.

—Lo siento —dijo en voz baja. Se acercó al sofá donde yo estaba sentado y se puso delante de mí—. Es solo que estoy nerviosa. Quiero que todo sea perfecto y tengo miles de cosas por todas partes, hay más de las que pensaba y no veo cómo va a encajar todo en…

—Ashleigh, inspira hondo, o vas a desmayarte y eso sí que va a cabrearme. —La agarré de la mano y la subí a mi regazo—. Vamos a tener baches en el camino y nada va a ser perfecto, pero eso está bien siempre y cuando los dos vayamos en la misma dirección. Tienes que entender que nuestro futuro va en la misma dirección, y nada va a cambiar eso.

Hizo un puchero como una niña pequeña.

—Te quiero, y quiero vivir contigo. Es solo que… me estresa.

La acerqué a mí y le rodeé la cintura con los brazos.

—Lo sé. Pero no hay por qué ponerse nervioso. Te he visto con resaca y con el rímel corrido. Te he visto llorar. He aguantado tus locuras cuando llega tu huracán hormonal. Y no te quiero a pesar de todo eso, te quiero por todo eso. Nos conocemos bien, Ashleigh.

Me pasó las manos por el pecho y apoyó la mejilla en mi camisa.

—Esta faceta romántica, adulta y protectora tuya es, bueno, no nueva, pero sí más seria que antes. ¿Tiene sentido?

Tenía razón. Yo me comportaba de una forma un poco diferente con ella. Siempre había sido protector, pero en ese momento habría matado por protegerla.

—Ya te lo he dicho. Tú sacas todo eso, todo lo bueno que hay en mí. —Era un hombre mejor con ella.

—Vale, ya están tranquilos —dijo, mirándome.

—¿Quiénes?

—Los duendes que llevan dando saltos en mi estómago toda la mañana. Han recibido una dosis del sedante de Luke Daniels.

—Ahora me tienes preocupado. Si tienes duendes viviendo dentro de ti, tal vez no sea buena idea vivir juntos. Quizá estés mejor en un psiquiátrico. —Me reí y ella puso los ojos en blanco como si hubiera sido yo el que había dicho algo ridículo—. En realidad, hablando de duendes, tengo un evento del trabajo con mujeres y novias el próximo fin de semana. ¿Puedes venir?

—¿Y eso tiene que ver con duendes? Pues claro que iré, me encantan los duendes.

Me tocó a mí poner los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. Es un asunto comercial. Un partido de rugby: Inglaterra juega contra Irlanda el sábado.

—Claro. —Se encogió de hombros.

—¿Seguro?

¿De verdad iba a ser tan fácil? Emma nunca había querido acompañarme a los eventos de trabajo.

—Sí, será divertido.

Y así como así, estaba tratando de hacerme feliz, queriendo pasar tiempo conmigo, donde quiera que estuviéramos. Nunca había sido así con Emma.

—Tendré que enseñarte las reglas. No quiero que seas como las demás mujeres.

—Te conozco desde hace más de veinte años. ¿Crees que no me he enterado todavía de cómo se juega al rugby?

Bajé la cabeza y la besé en la comisura de los labios, intentando distraerme ante la oleada de orgullo que sentía en el pecho. Me encantaba que mi chica conociera las reglas del rugby, que me

conociera tan bien.

—Hueles bien.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque es verdad.

Se apartó de mí.

—Bueno, vamos a embalarlo todo. Cuanto antes acabemos, antes podremos volver a casa y desnudarnos.

—Ahora sí tengo un incentivo. Empezaré por la cocina.

—Voy a poner música motivadora. —Ashleigh se acercó al sistema de altavoces.

—Vale, pero, por favor, Dios, no pongas *P!nk*. —Cogí una caja de embalaje vacía y la llevé a la cocina—. Dios… —susurré para mis adentros cuando los acordes de Taylor Swift me llegaron desde el salón.

—¡Lo siento! —gritó Ashleigh, y la señorita Swift dio paso a Otis Redding. Un compromiso perfecto.

Sonreí y empecé a sacar cacerolas del armario más cercano a la puerta. Lo estábamos haciendo. Lo estábamos haciendo de verdad. Había vivido con Emma, pero para mí se había tratado más de compartir recursos. Con Ashleigh, se trataba de comenzar un futuro juntos. Emma me había propuesto que me mudara, para ella, había sido el primer paso hacia el matrimonio y los hijos. Yo no lo había visto así. Pero, por supuesto, eso era exactamente lo que debía haber imaginado. Había sido ingenuo y cruel sin enterarme. Una punzada de culpabilidad me atravesó al pensar en ello.

No me había dado cuenta de cómo debía ser el amor.

Terminé en la cocina con rapidez y fui a ver qué progresos había hecho Ashleigh. Otis Redding se había convertido en Stevie Wonder. La encontré en el dormitorio, de espaldas a mí y con las manos en la cadera, buscando su próximo objetivo. Sabía lo que Stevie quería decir: Ashleigh me había dejado boquiabierto.

—Creo que ya he terminado —dijo cuando me sorprendió mirándola—. ¿Cómo lo llevas?

Metí las manos en los bolsillos para no empujarla contra la pared y arrancarle la ropa interior.

—La cocina está lista.

—Bueno, entonces, eso es todo. No me hace falta guardar la ropa. Los de la mudanza dijeron que se encargarían ellos. Dios, ¿cómo vamos a meter todas estas cosas en tu apartamento?

—Nuestro apartamento.

Ashleigh sonrió.

—Sí, supongo que ahora lo será.

—Podemos mudarnos si no nos llega el sitio. Alargo el alquiler mes a mes. Deberíamos buscar un piso para los dos, para comprarlo. —

Como de costumbre, mi mente corría hacia la siguiente fase de nuestras vidas, mientras que Ashleigh aún se estaba acostumbrando a la actual.

—¿Estás intentando que me dé un infarto? Déjame mentalizarme primero de esto. Paso a paso.

Y ahí estaba la respuesta a la pregunta de si estaba preparada o no para que le propusiera matrimonio. Se me encogió un poco el corazón. Había pasado dos veces por la joyería de Hatton Garden desde que había visto por primera vez el anillo que creía perfecto para ella. Todavía estaba en el escaparate, pero no sabía cuánto tiempo iba a seguir ahí. Tenía muchas ganas de enseñárselo, de pedirle matrimonio. Estaba claro que no estaba preparada. Quizá podía comprarlo y guardarlo hasta que llegara el momento. Estaba bastante seguro de que iba a conseguir que Ashleigh se convirtiera en mi esposa. Solo que no sabía cuánto tiempo me podía llevarme.

—Vale, pues disfrutemos de nuestra PND.

—¿Qué es PND? Prométeme que no es un deporte. —Juntó las manos en un simulacro de oración.

—Puta Noche Desnudos, obviamente. Puede ser nuestra primera nueva tradición.

—Estás loco. —Me empujó el pecho.

—Pero me adoras de todos modos.

—Te adoro porque estás loco, no a pesar de ello. —Se puso de puntillas y me rozó la mandíbula con los labios. No había una sensación mejor. Solo me faltaba conseguir que se casara conmigo y la vida iba a ser perfecta.

ASHLEIGH

—Vamos a necesitar un piso más grande. —Mirara donde mirara había una caja de mudanza a medio vaciar. ¿Cómo podía haber acumulado tantas cosas en menos de treinta años en el planeta y con el sueldo de una enfermera? Tenía dos pares de zapatos de noche y pensaba que era una chica sin muchas posesiones. Por lo visto, me equivocaba.

Luke se rio entre dientes.

—¿Tú crees? No quiero decir que te lo dije… Bueno, ¿qué estoy diciendo? No me importa decirlo en absoluto. «Te lo dije».

—No importa. Tenías razón.

—Entonces, ¿podemos empezar a mirar pisos para comprar?

Me encogí de hombros. Ahora que estaba allí con todas mis pertenencias, me resultaba menos extraño de lo que esperaba. Luke tenía razón; era inevitable que estuviéramos juntos, así que lo más

fácil era aceptarlo y seguir adelante en lugar de frenar constantemente.

—Vale, pero ¿puedes al menos esperar hasta mañana para empezar a buscar en Google? Nuestros invitados llegarán en cualquier momento. ¿De quién fue la idea de hacer la cena del domingo aquí? —Entorné los ojos de forma acusadora.

—Mmm, creo que tuya.

—No puede haber sido mía porque, como sabes, soy perfecta, y que Beth, Jake y Haven lleguen en menos de treinta minutos está lejos de ser perfecto. Creo que la culpa es de Jake.

—De acuerdo, a mí me vale. Es culpa suya.

El pollo estaba en el horno, el baño limpio. Solo tenía que vaciar algunas cajas más e íbamos a estar a medio camino de conseguir que el lugar no pareciera agobiante y desordenado, lo que era una clara mejora. Aunque quería recibir a mi familia en casa y que todo estuviera reluciente y bonito, no iba a ser posible y tenía que aceptarlo.

—¿Qué es ese olor? —Moví la cabeza hacia la cocina. Luke salió disparado hacia el horno, y abrió la puerta de cristal con un golpe seco.

—El pollo crujiente siempre es mejor que el pollo crudo —comentó Luke, mirando fijamente la comida. Parecía firme, pero poco convincente.

Dejé caer los hombros.

—Echemos un vistazo. —Me asomé al horno y vi lo que parecía un gran trozo de carbón—. Bueno, al menos podemos estar seguros de que está muerto.

Luke rio entre dientes.

—Sí, eso es seguro. No importa. Podría hacer chili, ¿o qué tal nachos?

Miré el reloj.

—¿Me besas?

—¿Qué has dicho?

—No me importa el pollo ni lo que vaya a sustituirlo. No me importa que el lugar sea un desastre ni que tenga que cepillarme el pelo. Nos quedan veinticinco minutos y no es tiempo suficiente para desnudarnos. Así que vamos a besarnos. Podemos preocuparnos luego de lo que vamos a comer cuando llegue la gente. —Tener mis pertenencias colocadas y hacer la cena del domingo ya no parecía tan importante. Luke era lo que yo quería, y tenía que asegurarme de no perderlo de vista. Me subí a la encimera de la cocina y lo agarré por la camisa para tirar de él hacia mí y que se colocara entre mis piernas—. Desestrésame.

Me pasó las manos por las caderas y me besó en la frente. Me hundí

en su contacto y la ansiedad desapareció. Era todo lo que necesitaba.

Sonó el interfono y nos separamos, intercambiando unas miradas de confusión. Teníamos que haber disfrutado de veinticinco minutos de besos deliciosos antes de que nos interrumpieran.

—Quédate ahí; tal vez alguien se haya equivocado de piso. —Luke fue a investigar. Antes de que llegara al interfono, alguien daba golpes en la puerta. Me bajé del mostrador. Nuestra sesión de besos había quedado en suspenso.

Oí gritar a Haven y me acerqué al alboroto a tiempo de verla empujar a Luke y entrar corriendo al baño de invitados.

—Lo siento, tío, lleva así toda la semana —explicó Jake, dándole a Luke una botella de vino.

—¿Irritable y prepotente? Ha sido así toda su vida —respondió Luke.

—Son náuseas matutinas —comentó Jake.

Haven no había mencionado que estuviera enferma cuando había hablado con ella a principios de semana.

—Hola, ¿cómo van los vídeos de internet? Los comentarios que hicieron al de la miel me parecieron increíbles —dije a Beth, que estaba escondida detrás de Jake.

—Por favor, no hagas que mi hermana parezca una estrella del porno —se rio Jake con un suspiro.

Dejamos a Haven en el baño y los demás nos dirigimos al salón. Jake se echó a reír.

—¿No nos esperabas?

La verdad era que todo estaba hecho un desastre.

—Hemos estado demasiado ocupados follando para preocuparnos por el estado del lugar. Tan distraídos que quemamos el pollo…

—Si os parece bien, mejor cenamos fuera —propuso Luke. Me sentí muy agradecida de que hubiera sugerido eso. Al menos, si no estábamos allí, no me tenía que plantearme continuamente lo desordenado que estaba todo—. Esperaremos a que Haven termine de vomitar.

Beth se echó a reír.

—Lo siento —murmuré.

—No lo sientas —respondió Beth—. Me alegro de saber que no eres perfecta. Siempre pareces tan impoluta…

Luke se rio y yo le di una palmada juguetona en el brazo.

—Gracias, pero si parece que es así, entonces, tengo que diagnosticarte una enfermedad grave. Lo digo desde el amor: tienes un grave defecto en los ojos.

Al día siguiente no fui a trabajar, así que me pasé el día ordenando

nuestra casa. Empezaba a parecer mi casa, con mis cosas junto a las suyas. Sus libros mezclados con los míos en el estudio y mi cepillo de dientes junto al suyo en el baño.

Incluso había comprado un poco de sustrato en la floristería de la esquina para el magnolio que le había regalado a Luke. Tenían algunas magnolias que también compré y coloqué en un jarrón sobre la mesa para demostrar a Luke que los palos que sobresalían del suelo iban a convertirse en algo hermoso si los cuidábamos.

Cuando Luke llegó a casa del trabajo, la casa tenía un aspecto fantástico, y yo también. Me había puesto la ropa interior roja que me había comprado hacía unas semanas y que seguía siendo mi favorita a pesar de que me había regalado varios conjuntos desde entonces. Cuando oí la llave en la cerradura, me puse los tacones más altos y cogí una cerveza fría de la nevera.

—Hola, cariño, ya estoy en casa —me dijo desde el pasillo—. Guau, está todo muy bien —comentó, examinando el salón antes de posar los ojos sobre mí—. Pero no tan bien como tú, por lo visto.

Le di un trago a la botella y se la tendí. Se acercó a mí, cogió la cerveza y la puso en el mostrador, a mi espalda.

—No tengo sed. —Su voz tenía ese tono áspero al que me estaba acostumbrando. La lujuria se apoderó de mí y mis ojos bajaron a su entrepierna y luego subieron a su cara.

Arqueó las cejas.

—¿Te gusta lo que ves?

—He comprado flores —tartamudeé y me acerqué al sofá, donde había puesto las magnolias en un jarrón sobre una mesa auxiliar. Luke se acercó por detrás y me besó el cuello.

—No puedo concentrarme en nada cuando estás vestida así. Me la has puesto muy dura. —Llevó los dedos a la cremallera y me empujó con suavidad sobre el respaldo del sofá—. Dios, eres perfecta. —Deslizó los dedos dentro de mi ropa interior y gimió—. Y estás mojada…

Me rozó la hendidura entre las nalgas con su erección y luego empujó más abajo hasta la empuñadura. Llevaba menos de un minuto en casa y ya estábamos follando. Sabía exactamente lo que necesitaba.

Me abrasó la piel con las manos cuando apoyó las palmas en mis hombros y me llevó hacia su polla. Se impulsó hacia delante para que nuestros cuerpos chocaran con fuerza y rapidez. ¿Alguna vez me iba a cansarme de follar así? A veces me torturaba durante días antes de deslizarse dentro de mí. Hacía que me corriera con los dedos y la boca antes de darme placer con su polla por fin. Otras veces, como esa, era como si no tuviera más remedio que entrar en mí y sentir su propio placer, como si hacer cualquier otra cosa pudiera volverlo loco.

—Te necesito tanto —susurró, sus palabras en voz baja eran un

contraste perfecto con los movimientos duros y bruscos de sus caderas y la presión de sus dedos.

29

Luke

El sábado por la mañana volví a pasar por delante de la joyería. Me detuve un par de tiendas más abajo, apoyé las manos en las rodillas e inspiré hondo varias veces para llenar mis pulmones, lo que tuvo un efecto casi instantáneo en mi pulso. No me encontraba en esa parte de la ciudad por casualidad; había planeado la ruta deliberadamente. Cuando me acercaba a esta calle, solo podía pensar en el anillo. ¿Seguía allí? ¿Iba a gustarle a Ashleigh? ¿Cómo iba a reaccionar cuando se lo enseñara? Había investigado un poco lo que me había dicho la joyera sobre su valor y rareza, y lo había confirmado. Con lo que había desaparecido otra razón para no comprarlo.

Vivir juntos y despertarnos cada mañana en los brazos del otro era tan maravilloso como había imaginado y me estaba impacientando de nuevo. Parecíamos habernos asentado más rápido de lo que esperaba. No quería perderme la oportunidad de comprarle el anillo perfecto para cuando llegara el momento de pedirle matrimonio.

Antes de ir por allí, había transferido parte de mis ahorros a mi cuenta corriente, así que estaba preparado por si acaso.

Me levanté y miré la tienda. No podía distinguir los artículos individuales en el escaparate, pero sabía dónde debía estar el anillo de Ashleigh. Di algunos pasos hacia el premio, sin apartar los ojos del lugar donde esperaba encontrarlo. El corazón me retumbó en el pecho cuando vi unas gemas. El anillo no estaba donde yo acostumbraba a verlo. Ni siquiera había espacio para él. Mierda, ¿había esperado demasiado? Ese anillo era perfecto, como si estuviera hecho para Ashleigh. No podía pertenecer a nadie más. Tenía que ser para ella. Escudriñé el resto del escaparate, esperando verlo, pero nada. Me froté las palmas sudorosas contra los pantalones cortos y apreté las manos contra el cristal, tratando de encontrar lo que buscaba. La anciana propietaria volvió a aparecer a mi lado como de la nada.

—Hola, hijo, me alegro de volver a verlo —me dijo, obligándome a apartar la vista del escaparate. Se me contrajo el pecho al oír su expresión cariñosa. Estaba casi seguro de que para ella era una frase sin sentido, pero para mí era un recordatorio de que ya nadie se refería a mí como su hijo. Ojalá mis padres estuvieran ahí para verme

a punto de comprar un anillo para el amor de mi vida, para la mujer que esperaba que algún día tuviera a mis hijos. Me reconfortaba saber que la habían conocido y la habían querido.

—¿Viene a buscar el anillo? —me preguntó, dándome unas palmaditas en el brazo—. Sígame. Está dentro.

¿La había oído bien? ¿Decía que aún lo tenía? Mi cuerpo se tensó por la anticipación.

Me concentré en el tintineo de la campanilla sobre la puerta mientras la seguía al interior de la joyería.

—¿Aún lo tiene?

—Sí, lo he guardado para usted. Estaba segura de que volvería. He visto antes esa mirada. Es la misma que tenía mi marido; quería poner el mundo a mis pies desde el momento en que me conoció. Y lo consiguió. Si eso es lo que siente por su chica, entonces debería tener ese anillo.

Mis músculos se relajaron. Iba a irme a casa con el anillo en el bolsillo.

—¿Quiere poner el mundo a sus pies? —preguntó la mujer.

Asentí.

—Ella siempre me da más de lo que yo podría darle.

—Apuesto algo a que ella dice lo mismo de usted. Ahí es cuando se sabe que está bien. Cuando sientes que es un privilegio conocerla.

Ashleigh me hacía sentir como si me hubiera dejado entrar en un club secreto. El club del amor. Tampoco era que no hubiera estado enamorado antes, al menos eso creía. Solo que no había sido igual a lo que sentía por Ashleigh. Con ella, era algo permanente, fundamental. Con Emma no había previsto que las cosas cambiaran. Con Ashleigh sabía que era para siempre.

Corrí a casa con el anillo en el bolsillo, rodeándolo con los dedos cada manzana para comprobar que estaba ahí. Como todo lo bueno en mi vida, quería compartirlo inmediatamente con Ashleigh. Pero sabía que debía ser paciente. Tenía que convencerla de que lo que sentía no iba a cambiar. El interruptor que había despertado mis sentimientos por Ashleigh era estrictamente unidireccional. No había vuelta atrás, pero ella no estaba convencida, todavía no.

—¡Hola, ya he vuelto! —grité.

—¡Estoy aquí! —gritó Ashleigh desde el dormitorio.

¿Dónde iba a esconder el anillo? No podía arriesgarme a que lo encontrara y saliera corriendo.

—Voy a darme una ducha. —No esperaba que siguiera en la cama cuando llegara a casa. Había pensado esconder el anillo en el dormitorio—. ¿Estás bien? —pregunté al entrar en el dormitorio.

—Tengo mucho sueño. Me siento como si pudiera dormir durante días. —Las ganas de arrodillarme a su lado y pedirle que se casara conmigo en ese mismo momento fueron enormes. Me llenaba el corazón. Parecía tan relajada y sexy, tumbada con el pelo alborotado sobre la almohada en la cama que compartíamos, con los ojos todavía pesados por el sueño. Inspiré hondo, intentando razonar conmigo mismo. No podía, todavía no. Tenía que darle un poco más de tiempo. Convencerla de que se mudara conmigo era una cosa, pero quería que dijera que sí sin dudarlo cuando le pidiera que fuera mi esposa.

—¿Cómo es que tienes tanto sueño? ¿Estás embarazada? —Me reí, y Ashleigh puso los ojos en blanco.

—No digas tonterías. Por si no te acuerdas, me has tenido despierta casi toda la noche.

Lo recordaba. El sexo había sido increíble.

Entré en el cuarto de baño, tratando de aparentar que no buscaba dónde esconder el anillo. Cuando Ashleigh no estuviera, podía llevarlo encima. No era la idea más segura, pero era mejor eso a que ella lo encontrara y se pusiera histérica. Cuando estuviéramos juntos, tenía que esconderlo en algún sitio.

Abrí la ducha y me quité la ropa, sosteniendo la caja en la mano mientras buscaba un buen lugar en el cuarto de baño. El picaporte de la puerta tintineó.

—¿Luke?

Mierda, había cerrado la puerta para que no entrara mientras sostenía el anillo.

—Espera. —Me acerqué al armario de la ropa limpia y enterré la caja en el fondo de una pila de toallas. Podía pensar en un sitio mejor más tarde. Cerré rápidamente el armario, di media vuelta y abrí la puerta—. Hola.

Ashleigh tenía el ceño fruncido.

—Hola. Me preguntaba si querías compañía, pero si prefieres…

—Por supuesto que quiero compañía. —La metí dentro, cerré la puerta y empecé a desnudarla.

—Has cerrado la puerta con llave —alegó, subiendo las manos por encima de la cabeza para que yo le quitara la camiseta.

—La fuerza de la costumbre. —Enterré la cabeza en su cuello y la empujé contra la pared. Era en parte el deseo de distraerla y en parte mi reacción personal ante su cuerpo desnudo.

—Estás sudado —dijo.

—Por eso quiero ducharme. —Me separé de ella y la llevé a la ducha.

—Me gusta.

—¿En serio?

Asintió.

—Siempre hueles… como a verano o a hogar o…

—Tú hueles como si fueras mía.

—Bueno, eso está bien, porque lo soy.

Me rodeó con las piernas cuando la levanté, y me metí bajo la alcachofa de la ducha.

ASHLEIGH

—A ese se le nota por la forma de andar —comentó Haven, señalando a un tipo que estaba al otro lado del restaurante mexicano. Estaba oscuro y había mucho ruido, pero no tanto como para que la gente de las mesas que nos rodeaban no se hubiera dado cuenta de que Haven andaba señalando.

—No puedes hablar de la polla de otro hombre mientras estás embarazada de tu marido.

—Bueno, al parecer, sí puedo porque acabo de hacerlo. Solo digo que se nota. Cualquier dato de un hombre empieza con el tamaño de su pene. Estoy pensando en escribir un artículo sobre ello.

Una parte de mí estaba contenta de salir con Haven, pero la otra, la que me costaba dejar aflorar, quería pasar todo el tiempo con Luke. Pero él trabajaba hasta tarde esa noche, así que, técnicamente, no estaba renunciando a pasar tiempo con él. Dios, ¿cuándo me había convertido en esa clase de chica?

—Voy al baño.

—¿Otra vez? Si acabas de ir. Tengo que discutir contigo sobre pitos.

—¿Qué eres, la policía de los retretes? Y si insistes en hablar de pitos, voy a empezar a hablarte del de tu hermano. —Le dirigí una mirada severa antes de dirigirme al baño. De camino, saqué el móvil para ver si Luke me había enviado un mensaje. Sonreí al ver el símbolo en la parte superior de la pantalla que confirmaba que lo había hecho.

Luke: *Estaré en casa a las diez. Espero que te diviertas.*

Ashleigh: *No tardaré mucho. Las hormonas están volviendo loca a Haven.*

En cuanto salí del cuarto de baño, mi teléfono volvió a sonar.

Luke: *No tiene nada que ver con las hormonas. Te echo de menos.*

La convivencia de las últimas semanas había ido mejor de lo que esperaba. No sentía la presión de que todo fuera perfecto, como había pensado. Todo fluía de forma natural entre nosotros, como si hubiéramos sido pareja desde siempre.

Volví a la mesa con más alegría que cuando me había ido. Esperaba que Haven hubiera terminado de hablar de pollas.

—Esos baños huelen a un ambientador asqueroso. Espero que lo que sirvan huela mejor —dije, arrugando la nariz.

—La comida aquí es muy buena. —Haven hizo un gesto con la mano señalando la cocina—. ¿Cómo te va con Luke? ¿Os habéis peleado ya por el inodoro?

Sonreí.

—No. Se le da bien bajar la tapa.

—¿En serio?

—La verdad es que nos va bien. No ha hecho falta el período de adaptación que esperaba.

—Sí, tampoco me hizo falta a mí con Jake. Supongo que cuando está bien, no cuesta nada.

—Tal vez sea eso. —Me sentía bien, como si siempre hubiéramos vivido juntos.

—Tú serás la próxima en casarse —dijo.

—Sigue soñando. Luke no es de los que se casan. Me lo ha dicho. —No estaba disgustada porque Luke y yo no fuéramos a casarnos; siempre había visto el matrimonio como parte de mi futuro, pero no me importaba modificar mi final feliz. Quería a Luke, no un marido.

—¿Así que habéis hablado de ello?

—No. Me lo dijo cuando hablaba de que Emma quería casarse.

—Los hombres cambian de opinión —aseguró.

—Él fue bastante claro. Rompió con Emma, recuerda, y yo no pondría el matrimonio por encima de Luke. Es una tontería. Sé que me quiere.

—Me alegro verte tan feliz. El amor te hace brillar.

Sonreí. Esos días apenas podía dejar de sonreír.

El camarero nos sirvió la comida y brindamos con vasos de agua.

—¿Quieres ser mi acompañante en el parto? —Mordisqueó un pimiento. Se me revolvió el estómago. La comida no era tan buena como de costumbre. No me atrevía a comer casi nada. Haven no tenía el mismo problema.

—Jake será tu acompañante en el parto, loca.

—¿Sabes qué es lo mejor de estar embarazada?

¿Aparte de la incapacidad de seguir hablando del mismo tema durante más de cinco segundos?

—No tener el período. El resto es terrible y aterrador. Pero al menos no tengo la regla.

Sonreí, pero se me aflojaron los músculos de las mejillas mientras comprobaba la fecha en mi teléfono. No recordaba la última vez que me había venido la regla. Debía de haber confundido las fechas, las pastillas o algo así. Tenía que comprobarlo cuando llegara a casa.

—¿Qué te parece aterrador? ¿Tener que renunciar a tu libertad?

—En realidad, no. Más bien es la responsabilidad. Quiero que mi hijo sea una buena persona, pero ¿qué pasa si la cago? ¿Y si crío un monstruo o un asesino en serie? Podría convertirse en un asesino.

—Me preocupa que te preocupe. —Negué con la cabeza.

—¿No piensas en ello?

—¿Que voy a dar a luz a un asesino en serie? No es un tema que me interese. Pero tampoco estoy embarazada. —Mientras pronunciaba las palabras, empecé a encajar piezas de las últimas semanas. El letargo, el sentido del olfato aguzado, que la comida que normalmente me encantaba no me supiera tan bien, por no mencionar la clara ausencia de la regla. No podía ser, ¿verdad? Tomaba la píldora y… Debía de estar compartiendo síntomas con Haven. Había leído que a veces les pasaba a las amigas íntimas. Al menos, creía haberlo leído. Probablemente había pillado un virus en el hospital. Toda la charla sobre el embarazo de Haven me estaba poniendo paranoica.

—Estoy deseando que Luke y tú tengáis hijos. Dime que no esperarás mucho tiempo. Quiero que nuestros hijos sean amigos íntimos. Que crezcan juntos como nosotros.

Se me hinchó el corazón al pensarlo, pero luego me contuve.

—Acabamos de empezar a vivir juntos. No estamos buscando un embarazo. Y ni siquiera estoy segura de que Luke quiera tener hijos. No deja de decir lo mucho que lamenta que Jake sea padre tan pronto.

—Típico que no sienta pena por mí. ¿No has hablado de tener hijos con él? —preguntó Haven.

Me encogí de hombros. Quería tener hijos y no traerlos al mundo era para mí un compromiso mucho mayor que no casarme. Me estremecí cuando, por un fugaz segundo, consideré la posibilidad de vivir sin Luke. Estaba segura de que, si Luke quisiera tener hijos, ya me habría dicho algo.

Y por eso no podía haberme quedado embarazada. Tener un hijo iba a estropear nuestra relación y a obligarme a tomar una decisión que no estaba dispuesta a tomar.

—¿Qué quieres decir? ¿No quieres tener a los hijos de mi hermano?

—No creo que tu hermano quiera tener hijos, así que nada de embarazos. —No había tenido tiempo para pensar en eso seriamente desde que estábamos juntos. Lo amaba tanto que lo importante era estar juntos. No había permitido que mi mente vagara más allá de ese punto.

—¿Te ha dicho que no quiere tener hijos contigo?

—No lo hemos discutido. ¿Estás loca? ¿Por qué íbamos a hablar de cosas así? No estoy preparada ni para pensar en ello. Y está bastante claro cómo se siente Luke.

Por supuesto, lo había pensado en abstracto. Sabía que quería ser madre en algún momento. También sabía que quería estar con Luke, y él no tenía ningún interés por los niños. Supuse que después de haber estado enamorada de ese hombre toda mi vida, todavía no había tenido tiempo de pensar en los aspectos prácticos de estar con él. ¿Quizá no era capaz de darme la vida que yo quería? Se me revolvió el estómago al darme cuenta de que en algún momento iba a tener que elegir: ser madre o estar con Luke. Aunque esperaba haberme confundido de fechas, cabía la posibilidad de que tuviera que hacerlo antes de lo que pensaba.

—¿Cómo lo sabes si nunca te lo ha dicho?

—Ya sabes cómo era con Emma. Y no le gustan mucho los cambios. No quiso casarse con ella y mucho menos tener…

—Pero no estamos hablando de Luke y Emma. Estamos hablando de Luke y tú. Y estoy segura de que, sí quieres tener hijos, Luke aceptará la idea.

Sentí náuseas al pensar en convencer a Luke para tener ese futuro juntos.

—Pero me hace ilusión ser tía no oficial —dije, intentando cambiar de tema.

—Jake me ha dicho que se quedará con el bebé todas las veces que quiera. Así que nosotras podremos seguir saliendo como antes. Y voy a contratar a una niñera para seguir trabajando. —Jake era un tipo listo. Sabía tan bien como yo que en cuanto llegara su bebé, el enorme corazón de Haven iba a rebosar y ella no iba a querer perder de vista al bebé. Además, era lo bastante inteligente como para no intentar decírselo antes de que ella estuviera preparada para oírlo.

—No tienes que preocuparte, serás una madre maravillosa.

—¿Tú crees?

Iba a ser una madraza.

—Lo sé.

Esperaba que ella tuviera la oportunidad de devolverme esas palabras algún día.

Volví a meter las dos pruebas de embarazo en la caja y la guardé dentro de la bolsa que me habían dado al comprarla. A continuación, la bolsa fue directa al contenedor metálico de residuos peligrosos. Me había metido en uno de los cuartos de baño para minusválidos de la sala de espera, y no sabía si iba a poder salir en algún momento.

Mi formación como enfermera me decía que un falso positivo era

mucho menos probable que un falso negativo, algo que ya de por sí no era muy probable. Estaba embarazada. Había tardado todo el día en armarme de valor para hacerme la prueba, pero esa misma mañana había vomitado, así que ya no podía posponerlo más.

Empecé a dar vueltas. No iba a abortar, eso fijo. Pero había visto la reacción de Luke cuando su hermana había anunciado que estaba embarazada: se había alegrado por ella… y se había sentido aliviado de que no fuera suyo. No quería ese bebé. Para mí era algo más complicado, había sido un *shock,* pero yo sí quería ser madre.

Analicé las opciones. Podía decirle a Luke que estaba embarazada, que quería tener al bebé y que no quería perderlo a él, lo que básicamente era la verdad. Sin duda, él iba a aceptarlo sin más y podíamos criar juntos al niño, pero iba a pasarse el resto de su vida resentido conmigo. Como yo lo amaba, no quería que fuera infeliz; no podía soportar la idea de que me odiara, ya fuera a mí o a nuestra vida juntos. La alternativa era mantener el embarazo en secreto por el momento, poner fin a todo lo que había entre nosotros por alguna razón falsa y luego, cuando hubiera pasado un tiempo prudencial y él hubiera aceptado que lo nuestro había terminado, podía contarle lo del bebé y explicarle que iba a criarlo sola. Esa opción podía acabar conmigo, pero así protegía a Luke de la vida que nunca había querido con Emma. No podía obligarlo a ello, ni a él ni a mi hijo.

Lo quería demasiado como para negarle el futuro que deseaba.

30

LUKE

—Tengo que hablar contigo —dijo Ashleigh, asomándose a la puerta del salón.

¿Por qué las mujeres siempre querían mantener una conversación cuando había rugby? La cogí de la mano y tiré de ella para subirla a mis rodillas.

—Lo digo en serio. ¿Podemos hablar? —Su voz era temblorosa. La miré a la cara para ver si era capaz de adivinar lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Puedo ver antes el final del partido? —Estábamos empatados con los All Blacks.

Ashleigh se obligó a sonreír, se bajó de mi regazo y volvió al dormitorio, donde había pasado la mayor parte de la mañana. Mierda. Silencié el televisor y la seguí. La encontré sentada en la cama, con las rodillas pegadas al pecho y los ojos clavados en el suelo.

—No creo que lo nuestro vaya a funcionar.

Me reí.

—¿Es que verme pegado a un partido de rugby es tan insoportable? —Me senté a su lado, pero se apartó de mí.

—Lo digo en serio. Creo que voy a mudarme otra vez. El inquilino aún no se ha instalado en mi apartamento. No creo que lo nuestro vaya a funcionar. —Se puso de pie.

La sangre retumbaba en mis oídos. ¿Qué estaba diciendo? ¿Estaba rompiendo conmigo?

—¿Qué coño dices? ¿Hablas en serio? ¿Qué te ha pasado? —Me puse de pie e intenté que me mirara, pero se negó.

—No ha pasado nada. Creo que es lo mejor.

Había una maleta abierta sobre la cama y había empezado a meter ropa en ella. ¿Qué coño le estaba pasando? Por la noche estaba dormida cuando había llegado y desde que nos habíamos levantado había estado un poco callada. ¿Qué podía haberle pasado? El corazón me latía tan fuerte que me palpitaba todo el cuerpo. La idea de estar sin ella, aunque solo fuera una noche, era demasiado para mí.

—¿Te molesta que haya trabajado hasta tarde? ¿O es porque estoy viendo un partido de rugby?

Negó con la cabeza.
—No, claro que no.
—Pero me quieres. ¿Por qué quieres irte? Ashleigh, por favor, habla conmigo.
—Los dos necesitamos algo de tiempo.
¿Qué coño significaba eso? ¿Cómo iba a cambiar de opinión de repente? La furia me recorrió la espalda. Cogí la maleta de la cama y vacié la ropa en el suelo.
—¡Luke!
—No, Ashleigh. No vas a irte a ninguna parte. Ese es el trato. Tú y yo estamos juntos. No pasamos el uno del otro. Yo no necesito tiempo, pero si lo necesitas tú, entonces, tienes que decirme por qué. Me lo merezco. —Mi frustración hizo que mi voz fuera más aguda de lo que debía. No quería gritarle, pero ella no se comunicaba.
Se desplomó sobre la cama y se cubrió la cara con las manos.
Inspiré hondo.
—¿Has cambiado de opinión sobre nosotros? —pregunté, tumbándome a su lado en la cama, intentando apartarle las manos para que me mirara. Tal vez de esa manera podía decirme cuál era el problema. El problema que parecía haber surgido de la nada.
—No lo sé.
Sentí una punzada aguda en las entrañas. ¿Había cambiado de opinión sobre lo nuestro? ¿Cómo era posible?
—Creo que quizá queremos cosas diferentes.
Dejé de intentar moverle las manos y me tumbé boca arriba junto a ella. Había estado presionándola demasiado. Aunque no se lo había propuesto, tenía que haberse sentido presionada. Debí haber sido más paciente. Debí haber dejado que llevara la iniciativa. Pero me había despertado de repente amando a Ashleigh y quería seguir adelante; había sido un tonto al pensar que podía ocultarlo.
—Lo siento si te he presionado demasiado. Es que te quiero una barbaridad y no sé cómo disimularlo.
—¿Qué? —preguntó ella.
—Debería haber intentado contenerme más y no haberte obligado a que te mudaras.
—No me refería a eso —respondió ella.
—Entonces, ¿qué es? ¿Es mi trabajo? —No entendía lo que estaba pasando—. ¿Te preocupa cómo nos pueda afectar convertirme en socio?
Se sentó de golpe. ¿Era eso? ¿Pensaba que iba a pasar demasiado tiempo en el trabajo y que no iba a tener tiempo para ella? Se tapó la boca con las manos y huyó al baño. Odiaba verla tan alterada. Quería consolarla, asegurarle que, si ese era el problema, iba a dedicarle tiempo. La encontré encorvada sobre el retrete.

—Dios, ¿estás bien? ¿Estás enferma?

Justo en ese momento, empezó a tener arcadas. Joder. Me puse a su lado y le aparté el pelo mientras se aferraba a la taza del váter con el cuerpo agitado.

—¿Qué has comido? A mí no me ha sentado mal la tortilla. —Por supuesto, no podía hablar, estaba demasiado ocupada vomitando. Le acaricié la espalda. A lo mejor estaba enferma, terminal o algo así, y se escapaba para que yo no tuviera que cuidarla. Era tan desinteresada… era justo el tipo de cosa que habría hecho.

—Ashleigh. ¿Estás enferma? ¿Te pasa algo malo? ¿Es algo serio? ¿Es por eso que quieres irte?

Cogió papel higiénico y se limpió la boca.

—Ashleigh, me estás asustando.

—No, Luke, no es nada de eso… —Le entraron arcadas de nuevo.

Teniendo en cuenta que estaba vomitando como la niña de *El exorcista,* parecía notablemente calmada.

—No estarás… —No terminé la frase. Las palabras flotaron en el aire entre nosotros. Ella no dijo nada, y yo tampoco.

Jesús, ¿estaba embarazada?

¿Iba a ser padre?

Qué condenadamente aterrador y a la vez qué asombrosamente maravilloso.

Intenté no sonreír mientras Ashleigh seguía teniendo arcadas y la respiración agitada.

Pero, entonces, ¿por qué quería dejarme? ¿No quería tener al bebé? ¿Era demasiado pronto para ella? Yo quería a ese bebé, quería tener una familia con ella. Seguro que podía convencerla de que todo iba a ir bien.

Cogí una pinza del lavabo y le recogí el pelo como pude. Me arrodillé a su lado y seguí acariciándole la espalda.

Iba a ser padre. Íbamos a ser padres. Era perfecto. Nuestro hijo tendría la misma edad que el de Haven y Jake. No había nada de qué preocuparse.

Quería hacerle un millón de preguntas, pero ella no estaba en condiciones de responder a ninguna.

Por fin, las arcadas disminuyeron y, con una sola mano, para no separar la otra de su espalda, conseguí llenar un vaso de agua.

—Toma, bebe esto —dije con ternura, y me senté de nuevo—. A pequeños sorbos.

Me quitó el vaso.

—Me siento asquerosa.

En silencio, se levantó y se lavó la cara y los dientes. Mis ojos no se apartaron de ella ni un segundo.

—Bueno, para mí estás preciosa. —La miré. Quería que entendiera

que lo sabía sin decirlo—. Estás radiante.

—Lo siento. No ha sido deliberado y sé que no quieres…, así que no tienes que involucrarte.

La subí a mi regazo.

—¿De qué estás hablando?, ¿qué demonios sientes?

—Debo de haberme saltado alguna pastilla o algo así. Es solo que…

—¿Eres infeliz? —La idea de que ella no quisiera ese bebé, nuestro bebé, me rompió el corazón. Iba a ser una madre increíble.

—Lo siento, pero no.

—¿Por qué sigues disculpándote? Ashleigh, si…

—Pero puedo ocuparme yo sola, Luke. No espero que tú… —Se echó a llorar. Odiaba verla tan triste.

—¿Por qué…? ¿Es que ya no me quieres? No lo comprendo. Estás embarazada; estamos embarazados.

—Sé que no es lo que quieres. No he intentado atraparte ni nada, no puedo dejar que pienses eso, pero no puedo deshacerme de este bebé.

—¿Deshacerte de él? —Me puse en pie, cogí a Ashleigh en brazos y la llevé al dormitorio—. Lo que dices no tiene sentido. ¿Por qué iba a pensar que intentabas atraparme?

—Porque no quieres casarte y…

Las cosas empezaban a aclararse. Pensaba que no quería casarme porque no quería hacerlo con Emma.

—No quería casarme con Emma.

—Lo sé. Y lo respeto. Siempre has sido claro, no has sido ambiguo con ese tema.

Ella me observó mientras volvía al cuarto de baño, abría el armario y metía la mano entre las toallas para sacar su anillo. Tal vez eso iba a ayudarla a que viera con más claridad mis sentimientos.

—No espero nada de ti. Puedo hacerlo por mi cuenta. Ni siquiera tienes que pagar…

—Calla —le dije; me tumbé a su lado y dejé la caja de terciopelo azul entre nosotros. Ella siguió mi mirada hasta que sus ojos se toparon con la cajita.

Me miró a la cara y luego bajó la vista de nuevo.

—¿Qué? ¿Cómo lo has sabido? Ni siquiera se lo he dicho a Haven…

—¿Quieres abrirla?

Inspiró hondo.

—No lo entiendo; si acabas de saber…

Abrí la caja de golpe.

Puso los ojos como platos.

—Es precioso.

—No tanto como tú, pero sí, lo es. Ashleigh Franklin, ¿quieres casarte conmigo?

Comenzó a sonreír, pero entonces algo cambió: se le llenaron los ojos de lágrimas y se tapó la cara con las manos.

—¿Te estás declarando para hacerme feliz y porque estoy embarazada? Porque, si es así, acabarás odiándome si te digo que sí ahora.

¿Pensaba que no quería una vida con ella y nuestros hijos? Sus hormonas ya estaban alborotadas.

—Descubrí que estabas embarazada hace unos veinte minutos, cuando empezaste a vomitar. Algo de lo que ya hablaremos en otro momento. No me gusta que tengamos secretos el uno para el otro. No quiero casarme contigo solo porque estés embarazada, quiero casarme contigo y punto. Quiero que seas mi mujer desde que te besé por primera vez, puede que incluso desde antes. —Le acomodé un mechón de pelo detrás de la oreja y le pasé el pulgar por los labios. No podía dejar de tocarla ni por un segundo—. Me aterrorizaba proponértelo porque te preocupaba que estuviera yendo demasiado rápido y no es cierto. Me casaría contigo mañana mismo si de mí dependiera. ¿No lo entiendes? No quiero perder ni un segundo ahora que estamos juntos. Quiero tener muchos hijos contigo, los suficientes para que podamos tener nuestro propio equipo de rugby. —No podía creer que fuera a tener un hijo. Íbamos a ser unos padres increíbles—. Deseo tenerlo todo contigo. Te lo he dicho: me has cambiado para mejor. Quiero estar siempre contigo. No puedes dejarme, ni ahora ni nunca.

Parpadeó con lentitud, como si estuviera haciéndose una pregunta para sus adentros.

—Pero… no has querido nunca…

—Hasta ahora nunca he querido casarme, tienes razón. No entiendes todavía que haces que todo sea diferente para mí, ¿verdad? Nunca lo he querido antes porque no era contigo. Tú eres la persona que me hace quererlo todo.

Levantó la mano y la puso sobre mi mejilla.

—¿Cuándo lo compraste?

—No lo sé. Hace unas semanas.

—¿Y aún no me lo habías pedido porque…?

—Porque sabía lo asustada que estabas de que quisiera que nos fuéramos a vivir juntos. Pensaba que, si te pedía que fueras mi esposa, te daría un ataque. Quería ir a tu ritmo. Intentaba ser paciente.

—Entiendo.

—¿Qué entiendes? —Se encogió de hombros—. ¿Me vas a decir que no? —pregunté.

Apretó los labios.

—Lo he estropeado todo, ¿verdad? —Y luego frunció el ceño.

—No, nunca. —No era lo que había planeado; quería que fuera un gran momento. Pero supuse que lo era en otros sentidos.

—Ashleigh Franklin, ¿quieres ser mi esposa? —Saqué el anillo de la cajita y le cogí la mano.

—Es demasiado bonito.

—¿Te gusta? Lo vi y no pude imaginar otro en tu dedo.

—Me encanta. Es más yo de lo que había imaginado.

—Eso es porque no sabes lo hermosa que eres.

ASHLEIGH

No estaba segura de si eran las hormonas las que me estaban volviendo loca o el gigantesco zafiro que Luke me había puesto en el dedo anular izquierdo. Encajaba a la perfección. No hacía ni treinta minutos estaba a punto de volver a mi piso, dispuesta a ser una madre soltera, y, sin embargo, el amor de mi vida me había pedido matrimonio. El corazón me rebosaba en el pecho. ¿Cómo podía ser tan feliz?

Luke había cambiado, pero yo no me había dado cuenta de la magnitud del cambio. Me había comprado un anillo porque quería ser mi marido, y apenas se había inmutado cuando se había dado cuenta de que estaba embarazada. De hecho, parecía incluso más emocionado que yo. Era un Luke muy diferente. Aunque creía que había llegado a un punto en el que podía confiar en lo que sentía por mí, no había llegado a comprender lo profundos que eran sus sentimientos hasta ese momento, hasta ese mismo instante.

—¿Y bien? —dijo, levantándome la barbilla hacia él.

—Sí, me casaré contigo, Luke.

—Me alegro mucho de oírlo.

Me besó y yo enredé las manos en su pelo. Íbamos a estar juntos como siempre había deseado. Se apartó y miró entre nuestros cuerpos.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Me subió la blusa y con los dedos tanteó la cremallera de mis vaqueros. Me tumbé boca arriba mientras él dejaba al descubierto mi vientre y lo miraba como si se imaginara lo que crecía dentro.

—Lo descubrí ayer. Me di cuenta de que algo no iba bien durante la cena de la noche anterior, pero me hice la prueba en el trabajo. Sé que no es el mejor momento, pero…

—El momento es perfecto. Sé que tienes que empezar el máster, pero acabarás el primer curso antes de que nazca el bebé.

Me eché a reír.

—Puede que tenga que aplazarlo.

—No, conseguiremos que funcione. Creo que está bien que estés embarazada en las clases. Dicen que para los bebés escuchar a Mozart en el útero hace que sean más inteligentes. Imagina lo que las clases

sobre liderazgo pueden hacer. Vamos a criar a un superhéroe.

Me eché a reír.

—Bueno, siempre y cuando no estemos creando expectativas imposiblemente altas para el niño.

Me besó la barriga.

—Estoy encantado. El bebé, que te cases conmigo, todo es perfecto. —Me miró—. Pero vamos a tener que mudarnos. Y necesitaremos un coche. ¿Qué te parece si buscamos una casa en el campo?

Al parecer, Luke había pasado de tener miedo a los cambios a darles la bienvenida.

—Vayamos paso a paso, ¿vale?

Se echó hacia atrás en la cama.

—Hola —le dije—. ¿Estás bien?

Me apoyé sobre el codo y le acaricié el pecho.

—Si alguna vez me dejas, me quedaré destrozado. —Lo dijo mirando al techo.

Me acerqué y le di un beso en la barbilla.

—No me voy a ninguna parte. He dicho que sí cuando me lo has propuesto, tonto. —¿Qué se le había metido en la cabeza?

—Ibas a irte. Antes. Ibas a desaparecer sin darme ninguna explicación. No puedo volver a pedirte que te cases conmigo si ya estamos casados la próxima vez que te asustes. ¿Qué pasará si intentas dejarme otra vez?

Me volvieron las náuseas, pero dudaba que esa vez tuvieran algo que ver con el embarazo.

—Pensaba que era lo que querías. O lo que querrías cuando supieras lo del bebé. No quería hacerte sentir culpable para que te quedaras a mi lado. No quería que pensaras que te había tendido una trampa.

—¿Por qué iba a ser una trampa estar contigo? Te quiero, Ashleigh, y tengo que saber que nunca vas a dejarme. Que no vas a intentar hacer lo mejor para mí sin preguntarme qué quiero.

—¿Nunca? ¿No voy a poder elegir entre tu cerveza favorita o agua de coco cuando voy al súper? ¿Ni podré chupártela mientras duermes? —Le sonreí y dejé que mi mano bajara por su pecho hasta rodear su polla.

—Lo digo en serio, Ashleigh. Tienes que prometerme que hablarás conmigo o me volveré loco pensando que vas a dejarme otra vez.

—Lo siento —musité, con el corazón roto por su dolor.

—No lo vuelvas a hacer.

—Lo prometo.

Le pasé los dedos por el pecho, los bajé y le desabroché los vaqueros. Quería que sintiera la promesa en mi tacto. Se puso más duro bajo mi mano.

—Te deseo tanto que me da miedo —susurré.

—¿No comprendes que siento lo mismo que tú? —preguntó. El esfuerzo que hizo para mantener la voz firme se reflejó en la tensión de su mandíbula.

—Creo que sí. Ahora.

Cerró los ojos y gimió, moviendo las caderas hacia mi mano.

Había estado demasiado ocupada con mis propios sentimientos para entender lo que significaba que Luke me quisiera. Quería que se sintiera bien, a salvo, como si nunca fuera a marcharme. Pero él tenía razón; yo había supuesto lo peor: que no me necesitaba tanto como yo a él. Me había saltado la parte en la que nos contábamos cómo nos sentíamos. No había confiado en que las cosas eran diferentes entre nosotros, que ya no se trataba de un amor no correspondido.

—Lo siento —murmuré—. No debería haber visto el irme como una opción.

Se incorporó, me quitó los vaqueros a la velocidad del rayo y tiró de mí para que me sentara frente a él, a horcajadas sobre sus caderas, con nuestros cuerpos rozándose.

—No, no deberías haberlo hecho. —Me pasó las manos por la parte baja de la espalda y por el culo, animándome a acercarme. Me deslicé sobre su polla, sintiendo cómo su dureza rozaba mi clítoris a través de la ropa interior. Nadie podía hacerme sentir así. Era como si me abriera en canal y se filtrara a todo mi cuerpo.

—Estoy aprendiendo. Esta conexión entre nosotros es especial y yo también tengo que acostumbrarme. Supongo que aún me estoy adaptando. —Estiré el cuello y le di un besito en la boca.

—Aprendamos juntos, cariño. No me dejes fuera. No te hagas pruebas de embarazo sin mí. Quiero compartirlo todo contigo.

—Te lo prometo.

Me cogió un mechón de pelo y me lo colocó detrás de la oreja.

—Perfecto. —Esbozó su sonrisa más traviesa; me sujetó por las caderas y me hundió los pulgares en ellas—. ¿No me lo dirás porque quieres correrte?

Le rodeé el cuello con los brazos y mis pezones rozaron su duro pecho.

—Pues casi que no.

—Eres incorregible. —Gruñó cuando me moví sobre su polla. Tenía que quitarme la ropa interior lo más rápido posible.

De repente, se detuvo.

—Mierda, ¿podemos practicar sexo?

Fruncí el ceño.

—¿Acaso vas a estar nueve meses sin sexo? Claro que podemos.

—Seré suave —susurró.

—Será mejor que no.

Me puso boca arriba y me recorrió el cuerpo con los labios antes de quitarme las bragas. Yo me deshice de la blusa y del sujetador.

Sonrió contra mi muslo y hundió la lengua entre mis pliegues. Me relajé en el colchón y su jadeo disipó cualquier atisbo de ansiedad. Ronroneó contra mi carne sensible mientras acariciaba la zona con la lengua, lamiendo mi piel, haciéndome sentir diminutas vibraciones de placer que bajaron por mis muslos. Arqueé la espalda y la intensidad se apoderó de mi cuerpo.

Me mecí contra su boca y él deslizó dos dedos dentro de mí mientras concentraba los movimientos de su lengua en mi clítoris.

—Sabes a amor —murmuró.

—Eres muy bueno en eso.

—Somos muy buenos en eso. —¿Se refería al sexo o a nosotros? A ambas cosas, tal vez.

Necesitaba tocarlo, y él lo sabía. Sustituyó la boca por el pulgar y se deslizó sobre mi cuerpo, permitiéndome acariciarlo y posar las palmas en su espalda dura y musculosa.

Me contempló mientras me retorcía con sus caricias, casi estudiando la reacción que tenía cuando él movía los dedos más despacio y luego los aceleraba; movía el pulgar en un sentido y luego en otro.

—Así, bien, sí…

—Háblame…

—Así —dije. La presión contra mi clítoris era perfecta y sus dedos se movían dentro de mí.

—¿Así? —Repitió el movimiento.

—¡Oh, Dios, Luke, sí! Le encantaba oírme cuando me tocaba, cuando estaba dentro de mí, como si pudiera tener la menor duda del efecto que su cuerpo tenía sobre el mío.

LUKE

No estaba seguro de qué era lo que hacía para enviar las sacudidas de placer directamente a mi polla. Era difícil separar la sensación que me provocaba el coño de Ashleigh ceñido alrededor de mi polla de la visión de sus tetas balanceándose delante de mí, tentadoras, suplicando que las tocara. Tal vez era que tuviera el pelo enredado en mi mano, y que le hubiera echado la cabeza hacia atrás para que pudiera lamerle el cuello, arrancándole un grito ahogado. Eran todas esas cosas, pero sobre todo era que por fin entendía lo que sentía por ella. De alguna manera, la verdad me había sido revelada a medias… hasta esa mañana. Antes, nunca me había permitido abrir los ojos por completo a la realidad de que, fuera lo que fuera lo que la vida nos

tenía reservado, íbamos a estar juntos. Siempre nos había ido bien, pero era como si se hubiera levantado el último velo invisible entre nosotros, y me sintiera más cerca de ella que nunca.

Volvió a caer sobre mí y movió las caderas. Joder, podía ser muy tentadora.

Me miró, cogiéndose los pechos; los levantó y los juntó. Dios, la visión de sus pezones rosados y apretados, y el saber cómo se sentían en mi boca hizo que me bajara otro escalofrío por la columna. Tenía que serenarme o iba a correrme demasiado pronto. Le pasé las manos por la espalda y la giré para colocarme encima de ella, aún dentro de ella.

—Me estás volviendo loco.

—¿Porque me gusta mucho tu polla?

Gemí, separándome de ella. No había nada mejor que saber que tu futura esposa adoraba tu polla.

—Ella también te adora, nena —dije, penetrándola de nuevo.

Respondió con intensidad.

—Sí… —gimió.

—Dímelo.

Me concentré en sus palabras, en lo bueno que era estar tan profundamente en su interior, en ese preciso lugar y ese preciso momento, sintiendo cómo el orgasmo se acercaba como un vendaval.

Me hundió los dedos en los hombros, lacerándome la piel con las uñas. ¿Cómo podía saber exactamente cómo funcionaba mi cuerpo? ¿Cómo podía saber qué era lo que quería? Ladeé la cabeza y le lamí los labios, desesperado por probar su sabor. ¡Joder! Movió las caderas en busca de las mías.

—Más dentro —susurró—. Te deseo, no seas suave.

Me eché hacia atrás y le levanté la pierna por encima del hombro para entrar hasta el fondo, como si estuviera persiguiendo algo.

—Joder, nena.

Estiró los brazos por encima de la cabeza y se agarró a las almohadas, mientras que yo contemplaba cómo se movía su vientre plano y cómo ella formaba una O perfecta con la boca.

No había nada mejor que hacer disfrutar a tu futura esposa de un orgasmo que se reflejara en todo su cuerpo.

Su coño siguió vibrando alrededor de mi polla hasta que me llevó el clímax.

Ella era mi mundo.

Epílogo

Una semana después

LUKE

—¿Vamos a ir en la línea verde de District Line? Ni siquiera sabía que estaba abierta el fin de semana. Tenemos que estar de vuelta para la cena del domingo. Esto no será solo una treta para no tener que decirle a Haven que estás embarazada y prometida, ¿verdad? —Le apreté la mano.

—Estoy deseando contárselo a Haven. De hecho, quiero contárselo a todo el mundo. No puedo creer que haya conseguido mantenerlo en secreto durante una semana —dijo.

Me había dicho que debía abrigarme por el frío, así que, además de parecer que estábamos de viaje a Moscú, Ashleigh había insistido en que lleváramos una bolsa de viaje llena de mantas. Mi chica se estaba volviendo loca.

—¿El frío es malo para el bebé?

—¿Cómo puedo tener frío cuando te tengo a ti para mantenerme caliente?

Negué con la cabeza y tiré de los lados de su gorro de lana hasta cubrirle los ojos.

Cuando el metro llegó a la siguiente parada, me apretó el brazo y se levantó. La seguí, con la bolsa de viaje. Me sentía un completo inútil. ¿El Real Jardín botánico de Kew? ¿Era allí a donde quería ir?

Había insistido en pagar la entrada y parecía saber adónde iba. Cogidos de la mano, pasamos por delante de la casa de las palmeras y nos acercamos a unos árboles. Los espacios abiertos y cubiertos de hierba estaban casi desiertos, ya que todo el mundo era lo bastante sensato como para quedarse en casa en un día como ese. Pero a pesar del frío, brillaba el sol y el cielo lucía un hermoso y brillante azul. Después de lo que pareció una eternidad, se detuvo bruscamente bajo un árbol sin hojas y cogió la bolsa, sacó todas las mantas y puso dos en el suelo antes de sentarse e indicarme que hiciera lo mismo. Me acurruqué detrás de ella, la pegué a mi pecho y nos envolví con la manta restante. Sin duda, estaba como una cabra. Pero ¿qué no habría hecho yo por hacer feliz a esa mujer?

Me apoyé en el tronco del árbol bajo el que estábamos y Ashleigh giró la cabeza para mirarme. El frío le había sonrosado las mejillas. Parecía tan joven, tan inocente…

—Luke, me enamoré de ti un verano bajo un magnolio y he estado enamorada de ti desde entonces. Pero a pesar de que mi corazón ha sido tuyo durante todo ese tiempo, te he dado motivos para dudar de mí. Te he apartado y no he confiado en ti, no he pensado que fuera posible que lo que sentías por mí fuera algo parecido a lo que yo siento por ti. Bueno, pues por eso he querido traerte de vuelta a donde todo empezó para mí. Y decirte que, en invierno o en verano, llueva o haga sol, hayan o no florecido los magnolios, te amaré el resto de mi vida. ¿Quieres casarte conmigo?

El corazón me latía con fuerza y levanté la cabeza para estudiar las ramas del árbol bajo el que estábamos sentados.

¿Para eso me había llevado hasta ahí?

¿Para pedirme matrimonio bajo un magnolio?

Se me puso un nudo en la garganta por las mil cosas que quería decirle.

Sacó una bolsa de terciopelo verde de debajo de la manta y abrió los cordones que la sujetaban. Metió la mano dentro y sacó un pequeño círculo de madera.

—Es madera de magnolio. —Desvió los ojos hacia los míos, buscando una reacción—. ¿Te gusta?

—Me encanta. —Era perfecto, un símbolo de nuestro pasado que iba a acompañarnos en el futuro.

—Te medí el dedo con un hilo de algodón mientras dormías. Debería quedarte bien, pero si no quieres ponértelo, lo entiendo. —Estaba balbuciendo y era adorable.

—Por supuesto que quiero ponérmelo. Y por supuesto que me casaré contigo. Te amo.

Me puso el anillo en el dedo anular izquierdo y me estrechó la mano; el brillante zafiro se apoyó en la robusta madera del magnolio.

—¿Así que mi propuesta no fue lo suficientemente buena? —pregunté, riendo entre dientes.

Sonrió.

—He pensado que te merecías saber lo mucho que significas para mí. Saber que me doy cuenta de que lo nuestro es para siempre.

—Vas a ser la esposa y la madre más increíble del mundo. —Me sentía muy orgulloso de ella en ese momento, orgulloso de quién era y de la madre que sabía que podía llegar a ser.

—Vas a ser el marido y el padre perfecto.

La acerqué más y hundí la cabeza en su cuello, inhalando su familiar olor a verano.

—Esta es la historia de compromiso perfecta para contar a nuestros

hijos y nietos.

—¿Crees que la historia en la que me ofreciste el anillo mientras yo apestaba a vómito no es lo bastante romántica? —Soltó una risita—. Para mí fue cuando por fin nos entendimos. No cambiaría ese momento por nada.

—Yo no cambiaría ningún momento de los que he pasado contigo. —Cada segundo era especial cuando estaba con Ashleigh.

Unos meses después

ASHLEIGH

Ver a mi marido arrullando a nuestra hija tenía que ser una de las cosas más sexis que había visto nunca. Parecía gigantesco al lado de la delicada recién nacida.

—Bienvenida a casa, Maggie —susurró al cruzar el umbral de nuestra nueva casa, abrazándola como la preciosa joya que era. Incluso con veintitrés horas, tenía los ojos y la piel dorada de Luke. Era perfecta. Parecía tan desesperada por conocernos como nosotros a ella, y el parto solo había durado dos horas. Había nacido justo después de las seis y a tiempo para la cena. En el hospital nos habían dicho que podíamos irnos a casa antes de la noche, pero Luke, siempre tan protector, había insistido en que la pasáramos allí. Desde que había nacido, Luke y yo nos pasábamos todo el tiempo cogidos de la mano, mirándola.

Unos meses antes habíamos encontrado por fin una casa, una villa victoriana con jardín. Cuando nos habíamos mudado, Haven y Jake habían hecho una oferta por una mansión a dos calles de distancia. Su hogar era al menos nueve veces más grande que el nuestro, pero me moría de ganas de tenerlos a la vuelta de la esquina. La casa estaba en ruinas cuando la habíamos adquirido, pero cuando hubiéramos terminado de rehabilitarla, habría sitio para más bebés y un jardín donde iban a poder jugar. Luke insistía en que quería al menos siete hijos más. Le había dicho que iba a tener que rezar para que se produjera un milagro médico que hiciera posible que los hombres tuvieran hijos. Aunque después de ver a Maggie, probablemente iba a ser capaz de convencerme de que debía estar embarazada el resto de mi vida.

—Huele a ti —dijo, tomando asiento en el salón, sin apartar los ojos de ella ni un segundo. Me puse a su lado, y me eché hacia él, contemplando a mi hija mientras le pasaba los dedos por el pelo. ¿Cómo había tenido tanta suerte?

Me agaché para sentir su aroma.

—Huele a la flor que le da nombre. ¿Cómo es posible?

—Es un milagro.

—Tenemos que intentar no romperla. No podemos cambiarla por otra —dije.

—Somos afortunados, Ashleigh.

Asentí.

—La verdad es que sí.

Hubo algunos ruidos en la puerta principal y luego oí voces. Luke me miró y sonreímos. Había llegado el resto de la familia.

Me di la vuelta y me encontré envuelta en un abrazo de Beth y Haven, una de las maravillas de la vida.

—¿Un parto de dos horas? ¿Estás de coña? —preguntó Haven.

—Dar a luz es su superpoder —explicó Luke con orgullo.

—Y tienes muy buen aspecto —añadió Beth. Me sentía fantástica, eufórica, como si me hubiera colocado con un nuevo tipo de droga llamada bebé.

Jake llevó a Sophia, su hija dormida, hasta el sofá y se colocó junto a Luke y Maggie; todas nos congregamos a su alrededor.

—Es preciosa —comentó Haven, que parecía hipnotizada por Maggie.

—Lo es —respondí—. Maggie, te presentamos a tu futura compinche de travesuras, Sophia. Estamos seguros de que acabaréis rompiendo muchos corazones.

Haven y Beth se rieron.

—No necesito oír hablar de los corazones que va a romper mi hija cuando aún no sabe ni gatear. ¿Estás tratando de que me dé un ataque al corazón? —preguntó Luke.

—No te preocupes, disponemos de unos cuantos años para trazar un buen plan —respondí.

Haven y yo intercambiamos una mirada. Ningún plan iba a funcionar. Sabíamos lo traviesas que podían ser las adolescentes.

—¿Puedo cogerla? —me preguntó Beth.

—Si puedes separarla de su padre, por supuesto.

Luke me lanzó una mirada. No quería perderse ni un segundo con su hija y, a pesar de eso, le cedió el pequeño bulto a Beth de mala gana.

—Beth, tú eres la siguiente —dije.

Beth sonrió.

—No creo.

—Todas dicen eso —comentó Jake— justo antes de conocer al hombre elegido. Y más vale que sea perfecto. —Pasó el brazo por el hombro de su hermana—. Pero, mientras tanto, deberías divertirte.

—Sí, seguro que hay un desconocido alto y moreno esperándote en

uno de tus viajes a Chicago.

—Sí, sexo salvaje con un extraño. Eso es lo que necesitas. —Haven sonaba excitada, y no pude evitar soltar una risita al ver la cara de Jake mientras miraba cómo su mujer consideraba la idea.

Beth puso los ojos en blanco.

—Concentrémonos en estos bebés, ¿vale? Solo porque estéis domesticadas no significa que ese sea mi camino.

—Es solo cuestión de tiempo. —Sonreí.

Rodeé la cintura de Luke con los brazos.

—¿Te lo puedes creer? —Se agachó y me dio un suave beso en los labios.

—Hemos traído comida y cerveza —dijo Haven. No quería perder de vista a mi bebé, así que me quedé de pie mientras Haven iba a buscar platos, vasos y cubiertos.

—Lo hemos dispuesto todo en el jardín —dijo unos minutos después.

—Por favor, ¿me devuelves a mi hija? —pregunté a Beth. Me encantaba que sintiera el amor de los demás, pero quería tenerla en mis brazos para estrecharla contra mi corazón y hacerle saber que seguía allí y que siempre iba a estar.

Beth sonrió y me dio a Maggie antes de ir al jardín.

—Espero que no te moleste toda esta gente ruidosa —le susurré a Maggie—. Pronto te acostumbrarás a sus extrañas costumbres.

—¿Te ha respondido? —preguntó Luke, siguiéndonos a la puerta.

Me volví hacia él.

—Así es. Me ha dicho que está encantada de tener un padre tan guapo, amable y generoso.

—Eso también me lo ha dicho a mí —aseguró Luke.

Solté una risita. La cara de Luke resplandeció con una sonrisa y luego frunció el ceño.

—Dios, eres preciosa. —Parecía tan serio que me dio un vuelco el corazón. Nos estrechó entre sus brazos mientras veíamos al resto congregarse alrededor de la mesa.

El aire era cálido, todavía lleno de verano.

—Vamos a enseñarle el árbol —sugirió Luke.

Nuestros invitados se pusieron cómodos, contentos de dejarnos a los tres deambular por nuestro pequeño oasis.

—Gracias a Dios que aplacé el máster. —Habría suspendido todos los exámenes porque estaba totalmente obsesionada con nuestra hija y nuestra vida en común—. Pero sigo queriendo hacerlo, volver a estudiar. ¿Me convierte eso en una mala madre?

Luke se rio mientras cruzábamos el césped.

—Por supuesto que no. Maggie me ha dicho que eres la mejor madre que podría haber deseado. Me siento un poco celoso y todo. No

puedo imaginarme lejos de ella ni un segundo, pero al mismo tiempo siento un deseo casi neandertal de ganar mucho dinero y ofreceros a las dos todas las comodidades. Si no me hubieran hecho socio antes de que ella llegara, creo que ahora mismo me estaría volviendo loco.

Nos detuvimos delante del árbol.

—Pero así fue. Tenemos todo lo que necesitamos.

Cuando nos mudamos, habíamos llevado con nosotros el pequeño magnolio que le había comprado a Luke como regalo de inauguración de su apartamento y lo habíamos plantado al fondo del jardín. Había florecido en los meses siguientes y, durante el verano, sus flores habían sido tan grandes que habían corrido el riesgo de romper las ramas que las sostenían.

—No me puedo creer que aún le queden algunas flores. Es como si la hubiera estado esperando. Mira, Magnolia, es casi tan precioso como tú. —Se la di a Luke porque me había dado cuenta de que estaba deseando cogerla de nuevo. Iba a ser una niña terriblemente mimada si sus padres se peleaban por su atención.

Luke deslizó el brazo libre alrededor de mi cintura.

—Está floreciendo tarde, lo que es perfecto —dijo.

Miré a mi marido.

—La espera hace que las flores sean aún más hermosas cuando llegan.

Playlist

I Can't Make You Love Me, Bonnie Raitt
If You Ever Want to Be in Love, James Bay
Landslide, Dixie Chicks
Say You Love Me, Jessie Ware
To Make Her Love Me, Rascal Flatts
If I Knew Then, Lady Antebellum
You Are Everything, Diana Ross
Let's Wait Awhile, Janet Jackson
Here I Am, Leona Lewis
Knocks Me Off My Feet, Stevie Wonder
Where My Heart Belongs, Gloriana
Come Rain or Come Shine, Ray Charles

Agradecimientos

Os agradezco mucho que hayáis leído la historia de Luke y Ashleigh. Es difícil explicar lo mucho que me alegra el día recibir un mensaje de alguien diciéndome que le ha gustado uno de mis libros. Cada interacción en las redes sociales o en mi sitio web significa mucho para mí.

Todavía me pellizco de vez en cuando al ver que la gente compra y lee mis libros. Es una lección para todos: algunos de nuestros mejores sueños son los que no planeamos. Una vez oí decir a Condoleezza Rice lo importante que es dejar sitio para la serendipia en la vida. A mí nunca se me ha dado bien, pero, queridos lectores, estoy aprendiendo a hacerlo y todos vosotros me habéis demostrado que merece la pena, gracias.

Gracias a todos los blogueros, seguidores y animadores que tengo la suerte de tener por todas partes. Me encanta vuestra cruzada por la positividad. Necesitamos más de eso en el mundo.

En cierto sentido, no me parece bien dar las gracias a alguien en concreto porque el más mínimo *like,* compartir o retuitear significa mucho, pero no puedo cerrar el libro sin que algunas personas se pongan en pie para saludar.

Elizabeth, no tengo palabras para darte las gracias. Me has enseñado a escribir (y me has provocado varias crisis sobre mi escritura) y te estaré eternamente agradecida. Gracias por ser brutal… y peligrosa.

Karen Booth, te quiero más cuanto más te conozco. Eres tan amable, generosa y encantadora que tengo mucha suerte de haberte encontrado.

Jessica Hawkins, eres una estrella del rock y una amiga muy querida. Gracias por todo tu apoyo y por prestarme a la maravillosa Elizabeth.

Lauren Blakely, gracias por tu generosidad y tu apoyo. Me encanta tu espíritu.

Jules Rapley Collins y Megan Fields. ¿Qué puedo deciros? Vosotras dos sois las que me levantáis el ánimo y me hacéis reír con vuestras escandalosas confesiones. Gracias por dejarme compartir vuestros mundos. Gracias por TODO vuestro apoyo y ánimo.

Gracias a Jacquie Jax Denison, Lucy May, Lauren Hutton, Kingston Westmoreland, Lauren Luman, Mimi Pérez Sánchez, Ashton Williams

Shone, Tina Haynes Marshall, Susan Ann Whitaker, Sally-Ann Cole y Vicky Marsh. ¡Sois demasiado buenas conmigo!

Twirly, gracias a tu cerebro gemelo por inspirar la frase *«He perdido la gracia»*. Espero volver a encontrarla en algún momento.

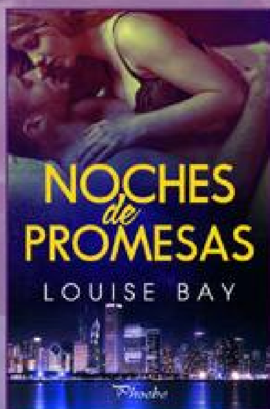
P. D.: Juno es la puta ama porque es hija de su madre.

Para conocer la historia de Jake y Haven, lee *Noches en París*.

Y dentro de poco podrás leer la historia de Beth en *Indigo Nights*.

Noches de promesas

Sinopsis



He estado enamorada de Luke Daniels desde…, bueno, desde siempre.

Pasé más de una década dejando que me viera como la mejor amiga de su hermana, observando desde la distancia con la esperanza de que se fijara en mí, me eligiera, me amara.

Me gustan los cuentos de hadas y Luke es mi príncipe azul. Es alto, con hombros tan anchos que bloquean el sol. Es amable, con una sonrisa tan deslumbrante que me hace olvidar todo lo que está mal. Y es el único hombre que puede hacerme reír hasta que me duelan las mejillas y el estómago.

Pero él nunca será mío. Así que he decidido seguir con mi vida y encontrar la siguiente mejor opción.

Hasta que se han juntado un disfraz de Wonder Woman, una botella de tequila y un juego de *Verdad o reto:* entonces Luke lame la sal de mi muñeca y me dice que soy hermosa. Luego me empieza a quitar la ropa lentamente, mientras roza sus labios con los míos.

¿Y ahora qué? Estoy hecha un lío, no sé si este es el principio de mi «felices para siempre» o el comienzo de una tragedia…



Biografía de la autora

Louise Bay adora la lluvia, Londres, los días en los que no tiene que maquillarse, disfrutar de tiempo a solas, estar con sus amigos, los elefantes y el champán. Todas sus novelas son auténticos *best sellers*.

Noches de promesas es la última novela de la autora en Phoebe, después del éxito conseguido con *Una semana en Nueva York*, *Altas esferas*, *Alta sociedad*, *El escándalo*, *Noches en París* y *Doctor Inalcanzable*, con la serie *Mister (Mister Mayfair, Mister Knightsbridge, Mister Smithfield, Mister Park Lane, Mister Bloomsbury* y *Mister Notting Hill)*, además de la serie *The Royals (El rey de Wall Street, El príncipe de Park Avenue, El duque de Manhattan, El caballero inglés* y *El aristócrata de Londres)* y la bilogía *The Gentlemen (El caballero implacable* y *El caballero equivocado)*.

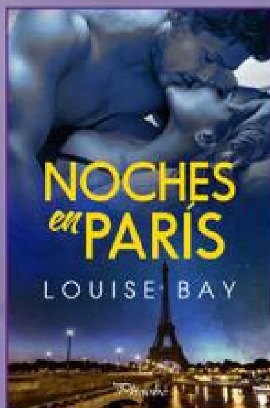
louisebay.com
IG: louisesbay
TW: @louisesbay
FB: @authorlouisebay
GR: Louise Bay

LOUISE BAY
SEXY. SASSY. ROMANTIC FICTION

Otros títulos de la autora en Phoebe romántica



Noches en París
Louise Bay



En el momento en que vi al nuevo fotógrafo de *Rallegra,* la revista en la que trabajaba en Londres, supe el tipo de hombre que era: arrogante, impertinente y muy rico. Las chicas de la revista se lo empezaron a comer con la mirada en cuanto su culo de acero cruzó el umbral de las puertas de nuestras oficinas.

Cuando me vi obligada a viajar con él a París para hacer un reportaje, no estaba interesada ni en su sonrisa seductora, ni en su sexy acento norteamericano ni en sus insinuantes palabras. De ninguna manera iba a dejarme seducir por sus encantos.

Hasta que lo hice.

En París.

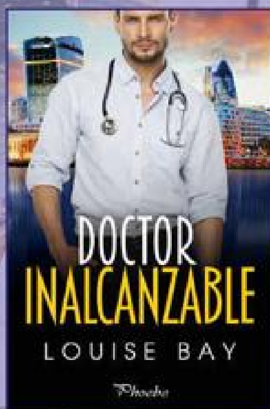
Hasta que empezó a besarme y yo me pregunté cómo habíamos llegado a eso. Hasta que arrastró sus labios por mi piel y yo solo podía desear más. Hasta que consiguió desnudarme en todos los sentidos.

Es curioso, hay locuras que solo puedes cometer en París…

Pero París no puede durar para siempre…

Doctor Inalcanzable

Louise Bay



He renunciado a los hombres para centrarme en el trabajo de mis sueños, que empiezo el lunes, pero mi mejor amiga me convence para que me divierta una última noche, así que me organiza una cita a ciegas.

Acepto porque él se va a ir a África con Médicos sin Fronteras en unos días.

Sin duda, es la mejor cita de mi vida. El doctor África me hace reír y me pone tanto, tanto, que quiero hacerle un examen físico completo. Es así como se convierte en el doctor Aventura-de-una-noche, y no siento el más mínimo remordimiento por ello.

El lunes por la mañana me siento entusiasmada y emocionada a la vez, hasta que me topo con… ¿Lo habéis adivinado ya?

Al parecer, a nuestra cita no asistió el doctor África, sino que le sustituyó su hermano, también médico, y ahora trabajo en el mismo hospital que el hombre con el que pasé la mejor noche de mi vida.

¿Os he mencionado ya que es mi nuevo jefe?

Creo que voy a tener que ir directamente a Urgencias para encontrar cura a lo que siento por el doctor Inalcanzable.

Captura en el código los primeros capítulos de *Doctor Inalcanzable*

